

LONDRES > BERLÍN > WASHINGTON



Audrey Carlan

TODOS ES POSIBLE

3

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

Londres

Skyler

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Skyler

Berlín

Skyler

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Skyler

Washington

Skyler

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Skyler

Nota de la autora

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

«Amo a las mujeres. A todas las mujeres. Me he preparado para saber qué es lo que cada mujer necesita. ¿Quieres algo y tienes el dinero para perseguir ese sueño? Hablemos. Por el precio adecuado, todo es posible.» Parker Ellis es el CEO de International Guy Inc. y su trabajo consiste en asesorar a la gente más rica del mundo sobre la vida y sobre el amor, aunque a veces no pueda evitar que salte la chispa entre él y sus clientas. Sabe que hay todo un mundo allí fuera esperándole, pero lo que no sabe es que quizá también se cruce con alguien que le acabe robando el corazón...

TODO ES POSIBLE 3

Londres
Berlín
Washington

Audrey Carlan

Traducción de Lara Agnelli

Esencia/Planeta

LONDRES

*Para Amy Tannenbaum,
mi agente, mi amiga.*

Cuando la vida parecía muy oscura, tú fuiste mi luz.

*Cuando perdí la esperanza,
tú me prometiste que habría otra manera.*

Creo que eres un regalo para el mundo.

Y yo soy una de las muchas beneficiadas.

BERLÍN

*Para el equipo de Ullstein Verlag, Berlín es para
vosotros.*

Gracias por compartir vuestro precioso país conmigo.

*Castillos de antaño,
habitaciones llenas de conchas, deliciosa cerveza
alemana*

y el histórico Muro de Berlín...

*Nunca olvidaré el tiempo
que pasé con vosotros.*

WASHINGTON

Para Lauren Plude y su cachorro rescatador, Sophia.

Lauren, tú apostaste por mí y por Todo es posible.

Voy a esforzarme por ser merecedora de tu confianza.

*Tu amor por Sophia y por las historias especiales no
tiene rival.*

Me hace muy feliz que seas mi editora.

Siento que me ha tocado la lotería.

Gracias por ser como eres.

*Y gracias a Sophia por la inspiración que me
proporcionó para escribir esta historia.
Mucho amor perruno y muchos besos babosos.*

Londres

Skyler

Esta noche mi vida se bifurca ante mí como si estuviera ante una encrucijada en la carretera. Uno de los caminos lleva a un final feliz con el hombre al que amo y respeto; el otro, a una vida sin él. Mientras me cepillo los dientes, echo un vistazo al mensaje que he escrito en el espejo:

Confía en tu corazón.

Espero que esas palabras no lo animen a abandonarme, dejándome convertida en la cáscara vacía de la mujer que era cuando lo conocí. Durante los últimos meses, he vivido a lo grande. Y no hablo de dinero ni de fama, sino de los subidones de felicidad que no pensé volver a sentir tras la muerte de mis padres. Hasta que llegó Parker, tenía la sensación de estar dividida en dos partes. En una estaba la persona feliz que fui y en la otra la mujer con el presente incierto. Con Parker a mi lado, dejé de sentirme insegura. Por primera vez en mi vida me sentí irrompible. La vida parecía un sueño perfecto: tenía un hombre, uno que me despertaba sentimientos muy profundos. Tenía amigos, de los que me apreciaban por ser yo misma, no por mi fama. Tenía un gran equipo de seguridad en el que confiaba plenamente y había recuperado la inspiración. Nunca había actuado con tanta convicción.

Estaba en el paraíso.

Tal vez cada persona tenga asignada una cuota de felicidad en esta vida y yo ya haya alcanzado mi límite. La divinidad, el universo, Dios, la madre naturaleza, quienquiera que dictara las normas, nos dio a cada uno un medidor de felicidad, y yo me pasé del límite al enamorarme de Parker James Ellis.

Siempre he creído que hay un equilibrio natural en el mundo. Hay bien y hay mal. Hay felicidad y tristeza. Amor y odio. Sin uno, el otro nunca llegaría a experimentar todo su potencial. Para mí, Parker representa todo lo que es

bueno en este mundo. ¿Significará eso que estoy destinada a ser la parte negativa de este conjunto? ¿Estaré destinada a la infelicidad?

Cierro los ojos e inspiro hondo. De pronto, la energía que me rodea se vuelve cálida y noto un chisporroteo en el aire que me eriza el vello de la nuca cuando un cálido pecho masculino se pega a mi espalda. Dos brazos familiares me rodean por detrás, acercándome aún más a él. Mantengo los ojos cerrados por miedo a abrirlos y comprobar que es una fantasía. He añorado tanto esta sensación: un gesto cariñoso, una caricia de sus manos sobre mi piel desnuda...; la espera se me ha hecho eterna. Me rasca el cuello con la barbita hasta llegar al punto de mi cuerpo que ya es más suyo que mío, el hueco de la clavícula. Suspiro sin darme cuenta, como si mi subconsciente supiera que no hay un lugar más sereno en el mundo que sus brazos.

—Veo que me has dejado un mensaje. —Su voz me retumba en el cuello y el pecho.

Asiento en silencio, incapaz de hablar teniéndolo tan cerca. La potencia de su energía mezclada con la mía es gigantesca y abrumadora.

—«Confía en tu corazón.» Parece que es el lema de la semana. ¿Te refieres a mi corazón o al tuyo, ya que soy su dueño? —Me aprieta con más fuerza y yo rodeo sus brazos con los míos, dejando que su calor se cuele en mí y me empape.

—A los dos —admito en un susurro, porque es cierto: él es el dueño de cada centímetro de mi magullado corazón.

Gime contra mi cuello y noto la vibración retumbar hasta mis pies.

Abro los ojos, que se encuentran con los suyos azules en el cristal.

—¿Lista para irte a la cama?

—¿Contigo? —Contengo el aliento y no sé si es porque espero que me haga el amor o porque temo que cumpla su promesa de hablar de lo que pasó.

En estos momentos, no sé qué prefiero—. Siempre.

Parker me planta un suave beso en su lugar favorito, el límite entre mi cuello y mi hombro, cuya piel está cálida y humedecida por su aliento. Hace descender las manos a lo largo de mis brazos y toma una mía.

—Vamos.

—Te seguiría a todas partes —admito, abriéndole mi alma para que vea la sincera necesidad que me hace arder por él. Me doy media vuelta para mirarlo directamente a los ojos—. Donde tú estés, es donde quiero estar. Ésa es mi auténtica verdad.

Él desliza una mano bajo mi pelo, me agarra por la nuca y me alza la barbilla con el pulgar. El tiempo se detiene y percibo cómo el aire entra y sale de su boca mientras se inclina sobre mí. Me imagino que oigo sus pestañas batiendo contra sus mejillas con cada pestañeo hasta que cierra los ojos por completo y sus labios entran en contacto con los míos.

Al principio el contacto es titubeante, como un saludo, como si me estuviera diciendo hola sin palabras. Me pongo de puntillas y le apoyo las manos en los hombros desnudos. Su piel ardiente me calienta al instante. Me sujeta por la cintura y me atrae hacia sí, transformando el beso de saludo en uno de reconocimiento donde todas las partes se implican: los labios, la lengua y los dientes. Cada vez que abro la boca, su lengua penetra un poco más, redescubriendo lo que me gusta, apropiándose de todo lo que tengo para ofrecerle... y un poco más.

Me arden los pulmones por falta de aire cuando el beso se intensifica. Las lenguas de los dos se aplanan la una contra la otra, disfrutando del más exquisito e íntimo de los manjares. Cuando Parker se echa atrás, el aire se cuele entre nosotros. Traza con la lengua el contorno de mi labio inferior antes de succionarlo y apoderarse de él para mordisquearlo. Un chispazo de placer

me recorre, como una cremallera que desciende hasta alcanzar el calor que ha empezado a arder entre mis muslos.

—Cariño —gimo, porque no sé qué me hace más falta: sentir su boca en la mía, su polla en mi interior o sus palabras sellando las grietas de nuestra relación. En mi mente todo tiene prioridad, todo se mezcla y me hace perder la razón.

—Dios, cómo añoraba oír esos «cariños» cargados de sensualidad cada vez que te toco. Te juro que vivo para hacerte gemir. Tus gemidos juntan las piezas rotas de mi alma.

Lo abrazo con todas mis fuerzas y le doy un beso igual de intenso antes de soltarlo.

—¿Qué tengo que hacer para curarla del todo?

Él apoya la frente en la mía y ambos cerramos los ojos.

—Ya lo estás haciendo: estar conmigo, mostrarme lo profundo que es esto que tenemos.

Cuando le hundo los dedos en el pelo y le arañó el cuero cabelludo, él gruñe como si fuera la mejor sensación del mundo.

—Llévame a la cama. —No se me ocurre nada mejor que fundirme con él en un solo ser.

Parker me dirige esa sonrisa sexy que hace que a las mujeres se les caigan las bragas. Es tan guapo...

—Es evidente que allí nos va a llevar esta sesión improvisada de magreos. —Alza una ceja y sonrío con ironía.

Yo pongo los ojos en blanco y lo empujo para que camine de espaldas. Cuando choca con la cama, se cae de espaldas, pero no me suelta, y yo lo sigo y aterrizo sobre su pecho desnudo y el abdomen cubierto sólo por el bóxer. Me

acaricia la espalda pero, antes de que pueda besarme, me incorporo y me siento sobre él.

—Antes de empezar a curar los trozos rotos de los dos, y te aseguro que cuando empiece no creo que pueda parar en toda la noche, tenemos que ser honestos sobre lo que pasó, o no podremos superarlo.

Él suspira y se cubre los ojos con el brazo, pero yo se lo aparto.

—No te puse los cuernos con Johan. —Su cuerpo se tensa cuando trata de huir de la cama, pero yo lo aprisiono con las piernas—. No, no vas a librarte de esto. Sí, metí la pata, lo acepto. Pensé que podría ir a verlo yo sola y convencerlo para que retirara las amenazas y, bueno, técnicamente lo hice.

Parker aprieta los dientes y logra decir:

—Sky...

Pero lo interrumpo.

—No, tienes que escucharme hasta el final. Fui allí y él me contó que estaba arruinado y que debía un montón de dinero a unos tipos muy malos. Millones. Me dijo que su familia no quería saber nada de él y que o encontraba la manera de pagar lo que debía o su vida corría peligro.

—¡Y el muy cabrón te hizo creer que ése era tu problema, pero no es verdad! —Parker gruñe como un animal enjaulado, y su cuerpo se contrae de rabia.

—El caso es que, en otra etapa de mi vida, pensé que Johan era todo lo que tenía. Él me ayudó a superar los peores momentos de mi existencia, y supongo que por eso sentí que de alguna manera estaba en deuda con él.

—¡No le debías una mierda! —ruge Parker, y yo trato de calmarlo acariciándole la mejilla.

—Tras un par de sesiones con mi terapeuta, estoy llegando a esa

conclusión, pero el caso es que, en aquel momento, ayudarlo a salir de una situación horrible sin involucrar a abogados y sin fotos más en todas las portadas de los periódicos me pareció una buena idea.

Parker me agarra la espalda con una mano, la cadera con la otra y se echa hacia arriba en la cama. Se sienta, apoyándose en el cabecero, y yo quedo a horcajadas sobre su regazo.

—Pusiste en peligro nuestra relación —dice, y añade bajando la voz—: Y te pusiste en peligro tú. —Su mirada se me clava de tal manera que siento que puede leerme el alma. El corazón se me desboca y temo que esté a punto de sufrir un ataque de pánico.

Asiento, con los ojos llenos de lágrimas, y le trazo las clavículas con la yema de los dedos. Necesito sentir que estoy en contacto directo con él para poder confesar lo que tengo que decir.

—No estoy orgullosa de lo que hice. Sólo puedo decir que, en aquel momento, me pareció buena idea. No estoy acostumbrada a tener a un aliado en mi vida, a un hombre que me ayude cuando tengo problemas y... —Trago saliva cuando se me seca la garganta—, quería arreglar las cosas. Quería que el problema desapareciera. No pensé... —No puedo seguir conteniendo las lágrimas, que caen por mis mejillas como si hubiera dejado un grifo abierto—. No pensé en lo que podía parecer. Pero te juro que lo único que hice fue pagar sus deudas. Hice que aceptara entrar en un centro de rehabilitación para que dejara las drogas y...

—¿Por qué te quedaste a pasar la noche allí, Sky? ¿Por qué? —Los labios de Parker no pueden estar más fruncidos.

Me paso la lengua por los míos, deseando besar los suyos.

—Fue una tontería por mi parte. Cuando acabamos de hacer los trámites, ya era muy tarde, de madrugada, y casi no me tenía en pie de sueño y

agotamiento. No le había contado a mi equipo de seguridad adónde iba, así que no sabían dónde estaba.

Parker suelta un gruñido salvaje y frunce el ceño. Yo se lo acaricio con los dedos hasta que vuelve a alisarse.

—Cariño, estaba cansada, agotada. Física y emocionalmente. Me ofreció su habitación, que tenía su propia puerta y llave. Me encerré y me dormí. Pasé la noche sola. Él durmió en el sofá.

Parker se relaja un poco. Lleva las manos a mi cara y me acaricia con la punta de los dedos, descendiendo hasta el cuello. Cada una de sus caricias es como un bálsamo, como aplicar loción de calamina sobre un sarpullido. Cada nuevo centímetro que alcanza calma el dolor que me quema por dentro.

—Me dijo que tú habías reavivado la relación —admite Parker con la voz ronca—, y luego me soltó a bocajarro que se había acostado contigo.

Me quedo en shock, como si hubiera metido un cuchillo en un enchufe. El corazón se me cae a los pies y el estómago se me revuelve violentamente.

Ésa es la razón. Por eso estaba tan convencido de que lo había engañado.

Le sujeto las mejillas para mirarlo fijamente a los ojos.

—Nunca te haría eso, Parker. Nunca nos haría eso. Me has devuelto a la vida. Antes de que llegaras, estaba vacía; mi vida estaba hueca. Me levantaba y me acostaba todos los días, pero ahora, contigo, es distinto. Ahora vivo y amo. Nada podría hacer que me apartara de ti voluntariamente. No haría nada que pudiera poner en peligro nuestra relación. Nada.

Él cierra los ojos y me inclino hacia delante hasta unir nuestros labios y sellar mi verdad con un beso purificador y sanador.

El beso de Skyler me llena de vida y felicidad, y calma el indescriptible dolor que se me instaló en el estómago cuando oí la voz de Johan. Se echa hacia atrás y se me queda contemplando mientras me traza una línea con el dedo sobre las cejas hasta la sien, y luego desciende por la mejilla para acariciarme los labios.

Mi mujer no me engañó.

La creo. La creo con cada fibra de mi ser. Sus ojos marrones brillan de sinceridad mezclada con una pizca de tristeza y le tiembla la barbilla.

—¿Y ahora qué? —me pregunta insegura tras su confesión.

Le recorro los muslos con las manos hasta llegar a la cintura y, de allí, al torso.

—Ahora hacemos las paces. —Me incorporo bruscamente y me apodero de su boca en un beso abrasador. Ella se entrega al beso, abrazándose y acercándose más, hasta que nuestros pechos quedan totalmente pegados.

Cuando me separo, Skyler suspira y me acaricia la mejilla con la nariz mientras me clava las uñas en la espalda.

—Tenía tanto miedo... Pensaba que te había perdido, que lo había perdido todo por un tremendo error.

Inspiro hondo y apoyo la barbilla en el hueco de su hombro.

—No voy a mentirte diciendo que no pensé que lo nuestro había acabado. Si me hubieras engañado, no podríamos seguir.

La palabra *engañar* hace que se me dispare una alarma en el cerebro. Me tenso al recordar que besé a Alexis.

—¡Joder! —exclamo con los dientes apretados, poniendo distancia entre ambos.

—¿Qué?

Me paso la lengua por los labios mientras le acaricio los brazos arriba y abajo.

—Mientras pensaba que habíamos terminado... —empiezo a decir, y su cuerpo se tensa hasta quedar totalmente rígido.

Skyler se cruza de brazos.

—Te acostaste con la tetona, ¿no? —Niego con la cabeza y ella suelta el aire entrecortadamente. Con la voz temblorosa, añade—: Algo pasó entre vosotros. Mencionó una oferta... —Frunce los labios.

—Melocotones, no me acosté con ella. No podría hacerlo, soy incapaz. En mi mente sólo hay sitio para ti, pero hubo un momento de debilidad. Estaba adormilado, soñando contigo, y ella...

Skyler gime.

—Cuéntamelo, di lo que pasó —me pide con la voz rota.

—La besé. Eso fue todo. Rompí el beso antes de que pasara nada más y le dejé claro que no estaba disponible.

Endereza la espalda y aprieta los dientes antes de preguntarme: —¿La deseas?

El corazón se me desboca en el pecho y se me seca tanto la garganta que me cuesta tragar.

—¡No! ¡Claro que no!

Skyler agacha la cabeza y un mechón de pelo dorado le cae sobre los ojos. Se lo retiro mientras sigue hablando: —Es preciosa. Tiene un cuerpo de infarto y las tetas enormes.

Cierro los ojos y me vienen recuerdos de Alexis. Sin duda sus curvas voluptuosas son la guinda de un cuerpo atractivo.

—Sí, y usa ese cuerpo de infarto para manipular a los hombres. Por no mencionar que ahora mismo lo está usando para jugar a esconder el salami con Bo.

A Skyler casi se le salen los ojos de las órbitas.

—¡Sí, hombre!

Sonríó con ganas, sabiendo que Bo está a punto de regalarme una carta de «Queda libre de la cárcel» gracias a sus correrías.

—Es verdad.

—Puaj, ¿se ha tirado a la tetona?

Se me escapa la risa.

—Evidentemente. Si no me equivoco, están juntos ahora mismo.

Skyler me apoya la cabeza en el pecho, como si quisiera escuchar los latidos de mi corazón.

—Vale.

Frunciendo el ceño, le acaricio la cabeza y jugueteo con su sedoso pelo. Cada vez que respira, el aire que sale de su boca me provoca, haciéndome cosquillas en el pezón, que se endurece reclamando atención.

—¿Y ya está? ¿Te digo que besé a una mujer que no eras tú y me dices que vale?

Ella se encoge de hombros.

—Francamente, no creo que esa mujer sea el problema.

La palabra *problema* hace que me salte una nueva alarma.

—¿Crees que tenemos un problema?

Sky suspira.

—Sí, sí que lo creo.

—¿Aparte de Johan y Alexis?

Ella cambia de postura para quedar frente a mí, mirándome a los ojos.

—¿Por qué no confiaste en mí?

La pregunta me toma desprevenido, aunque al darle un par de vueltas me doy cuenta de que tiene mucho sentido.

—Confío en ti...

Ella me interrumpe.

—No, creíste a Johan sin ni siquiera hablar conmigo.

Aprieto mucho los dientes y recuerdo lo que sentí al llamarla aquel día. La impotencia, la preocupación por su seguridad; temía que le hubiera pasado algo malo. Y de pronto me entero de que está bien, sana y salva y tan a gusto en brazos de su ex mientras yo la espero en su cama. El monstruo de los celos me araña la piel desde dentro, queriendo salir. Inspiro hondo para luchar contra el dolor que me causa ese recuerdo, tratando de calmarme para poder hablar de esto sin que acabemos discutiendo, y pienso cuidadosamente las palabras que voy a decir.

—Nena, las circunstancias no me lo pusieron fácil. Pasaste la noche con tu ex en su habitación de hotel. Él me dijo que se había acostado contigo y que estabais retomando vuestra relación. La confianza no tenía cabida.

Ella entorna los ojos.

—Ya, y sin embargo, cuando todo el mundo dio por hecho que me estabas engañando en Milán con aquella *stripper*... o con Sophie, y tuve que esperar un día entero para hablar contigo, no perdí la fe en ti. ¿Por qué a ti te costó tan poco creer a mi ex, si ya sabías que era un mentiroso?

Una punzada de culpabilidad me atraviesa el pecho y se me clava en el corazón. El estómago se me retuerce antes de caerme a los pies y en su lugar me queda un hueco.

—Tienes razón. —Le tomo la cara entre las manos y la miro a los ojos—. Tienes razón, Sky. Debería haber confiado en ti, en nosotros, en lo que hemos construido durante estos meses, pero es que...

Cuando me apoya la mano en la mejilla, froto la cara contra ella. Necesito su contacto, el calor que me calma.

—No pares, cuéntame.

—Me jodieron en el pasado, ya lo sabes. Cuando nos conocimos, traté de mantenerte a distancia. Pensé que podríamos divertirnos juntos, aunque, en lo más hondo de mí, deseaba mucho más. Pero tenía miedo. Mierda, Sky, todavía tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—De que hagas lo que hizo ella. —La verdad se me escapa por la boca como si fuera un dragón que escupe fuego y lo chamusca todo a su paso.

—¿Quién? —Frunciendo el ceño, me acaricia la cabeza con las uñas, tal como me gusta.

—Kayla.

Ella pestañea unos instantes.

—La mujer con la que saliste en la universidad.

Asiento con la cabeza.

—Me dejó hecho polvo, nena. Mucho. No era realmente consciente de cuánto me jodió. Royce y Bo estuvieron dándome consejos, advirtiéndome de que no debía comparar lo nuestro con lo que pasó con ella, pero cayeron en saco roto. Aunque intente no hacer comparaciones, el miedo sigue ahí.

—Cariño... —susurra con la voz cargada de amor y tristeza. Y sé que se siente triste por mí, no por ella—. Yo no soy Kayla, nunca seré Kayla; no voy a hacerte daño.

Cierro los ojos, pasándome la lengua por los labios.

—La única otra vez que fui feliz en la vida fue con ella. Lo que nosotros tenemos es un millón de veces más intenso. Mejor, más fuerte. Significa mucho más para mí y... me da mucho miedo perderlo.

Sky se apodera de mis mejillas, presiona la frente contra la mía y me besa suavemente. Una, dos, tres veces.

—No vas a perderme. La única manera de que eso pase es que me abandones. Quiero una vida a tu lado, Parker, y eso no va a cambiar, por nada.

La abrazo hasta que siento su calor contra el pecho, justo donde más lo necesito.

—Quiero creerlo, lo necesito.

Ella me besa el cuello y vuelve a cambiar de postura para mirarme a los ojos.

—Pues hazlo. Créelo. Confía en tu corazón, él nunca te llevará por el mal camino. —Con una preciosa sonrisa, usa las palabras que me ha escrito en el espejo para que sean mi mantra personal.

«Confía en tu corazón.»

—Creo que voy a tener que tatuármelas en la muñeca para que no se me olviden.

—Podemos arreglarlo.

Le hundo los dedos en el pelo, que me cubre los antebrazos.

—¿Irá todo bien?

—¿Me quieres? —me pregunta en un susurro.

—Más de lo que me habría imaginado ser capaz de amar. —Se me forma un nudo en el pecho. La emoción hace que se me despierten todas las terminaciones nerviosas. Siento cada centímetro de su piel en contacto con la mía; oigo su aliento cada vez que inspira y expira, huelo el aroma de su excitación mezclado con su olor a melocotones y a nata.

—Entonces todo irá bien. —Me acaricia la mejilla con el pulgar hasta llegar a la barbilla, donde se entretiene.

Le acaricio la nariz con la mía.

—¿Tan fácil es?

—El amor no tiene por qué ser complicado. Puede ser sencillo, simple. A veces, las dos cosas. —Sonríe, y juro que su sonrisa ilumina la habitación con un brillo etéreo.

—Lo único que sé, Melocotones, es que lo que el amor haya preparado para mí quiero que sea a tu lado.

Al oírme, mi mujer se sienta más derecha, se quita el camisón y deja que sus pechos se bamboleen libremente. Oh, cómo había echado de menos esos picos rosados. Se me hace la boca agua mientras la agarro con fuerza por las caderas.

—Buena respuesta —gruñe justo antes de devorarme la boca.

Las botas de combate de Rachel van Dyken resuenan con fuerza sobre las baldosas del suelo del hospital. Lleva la melena rubia recogida en una coleta formada por trencitas, y la camiseta, ceñida y arremangada, deja adivinar los músculos de bíceps y hombros. Camina con determinación; lleva una pistola

en la cadera y esposas colgando del cinturón. No da ni un paso más de los necesarios mientras examina los pasillos. A nuestra espalda, su marido se encarga de la retaguardia, asegurándose de que nadie nos aborda ni nos interrumpe. Ayer Skyler logró entrar discretamente, pero en cuanto la gente empezó a tuitear y a comentar que la habían visto en el hospital, la intervención de su equipo de seguridad privada se hizo imprescindible. Ninguno de los dos me ha dirigido aún la palabra. No sé si están enfadados conmigo o molestos por la situación; o tal vez lo que no quieran sea involucrarse personalmente. En algún momento voy a tener que hablar tranquilamente con ellos para aclarar las cosas.

Al acercarnos a la habitación, me sorprende al oír la voz de Wendy retumbando en el tranquilo edificio.

—¡Quiero mi collar, joder! —grita con la voz ronca.

Rachel se detiene ante Skyler y sacude la cabeza, indicándonos que no entremos. Wendy está sentada en la cama, con Michael a su lado, y se está tapando la cara con las manos.

Aparto a Rachel y entro en la habitación con Skyler pegada a los talones.

—¡Estás despierta! —Corro hasta Wendy y le apoyo la mano en la cabeza.

Ella me dirige una mirada llorosa.

—¿Estás bien? —grazna.

Se me llenan los ojos de lágrimas y me da igual si parezco un nenaza cuando dos de ellas me ruedan por las mejillas. Ver a Wendy viva y despierta es una alegría tan grande que no puedo controlar las emociones.

—Estoy perfectamente, no te preocupes. Es que me alegro mucho de verte despierta. Nos has dado un susto de muerte. ¿Cuándo te despertaste?

Ella traga saliva.

—Anoche. Le pedí a Mick que no os llamara. Quería daros una sorpresa.

Me vuelvo hacia Michael. Parece que lo haya atropellado un tren... o dos. Sus ojos claros están enrojecidos, tiene ojeras y bolsas. El pelo, que siempre lleva tan cuidado, está hecho un desastre, como si se hubiera tirado de él miles de veces.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Skyler, acariciando la espinilla de Wendy.

Ella sonríe al verla.

—Estoy colocada. Me atiborran de medicamentos para que no sienta dolor —responde guiñando el ojo y haciéndome reír.

Qué propio de Wendy bromear para que todo el mundo se sienta mejor, hasta en estas circunstancias. Vuelvo a pasarle la mano por el pelo corto, de color rojo.

—¿Por qué gritabas hace un momento?

Apoyada en la almohada, echa la cabeza hacia atrás, ruborizándose.

—Me han cortado el collar.

Michael le levanta la mano para besarla.

—Te he devuelto el anillo.

Hasta a mí me suena como un premio de consolación, lo que no deja de ser curioso porque Michael le compró un diamante enorme. La mayoría de las mujeres se habrían preocupado por el diamante, no por el collar.

Wendy mira el anillo de reojo y frunce los labios.

—No es lo mismo, y lo sabes.

Él suspira.

—Lo sé. Lo cortaron, Cherry. Tuvieron que cortarlo antes de llevarte al

quirófano para arreglar el daño que había causado la bala en el pecho y el pulmón. —Endereza la espalda y se acerca un poco más a la cama—. No te preocupes. Encargaré uno nuevo, hecho a medida. Y tendrá diamantes, ¿te hace ilusión?

Ella se encoge de hombros y no puede disimular una mueca de dolor. Tal vez la medicación no le hace tanto efecto como dice, pero no se queja.

—Es que me siento... —Se le llenan los ojos de lágrimas y, cuando se vuelve hacia Michael, le empiezan a caer por las mejillas—. Me siento desnuda, expuesta, sola.

Él se muerde el labio con expresión torturada. Luego se palmea el pecho y juro que casi puedo ver girar los engranajes de su cerebro. Como si alguien hubiera conectado un interruptor, la oscuridad y la rabia desaparecen, sustituidos por la placidez. Se lleva la mano al cuello de la camisa de vestir y busca la larga cadena de bolitas metálicas de la que cuelgan el candado y la llave. Se la quita, retira la llave y se la guarda en el bolsillo de la camisa. Luego la mira fijamente y le dice: —Lo he tenido todo el rato junto a mi corazón, porque este trasto viejo que tengo en el pecho sólo late por ti. Ya lo sabes, sabes que... —Se le rompe la voz.

Ella asiente frenéticamente, con las lágrimas cayéndole sin parar por las mejillas.

Tengo la sensación de que Sky y yo estamos de más en este momento tan íntimo, pero el ambiente de la habitación está tan cargado de electricidad y calidez que me inunda una sensación de paz y amor. Siento que estoy en un lugar seguro y especial, y no quiero irme. Estoy pegado al suelo, abrazando a Sky mientras Michael trata de calmar al amor de su vida.

Le pasa la cadena por la cabeza y la hace descender. Cuando le cae sobre el pecho, ella suspira y aferra el candado como si fuera su talismán personal.

—¿Te encuentras mejor? —La sonrisa de Michael indica que sabe

perfectamente que sí, que está mejor.

Ella le devuelve la sonrisa y pestañea, como si tuviera sueño.

—Sí, mucho mejor. Tú siempre sabes cómo cuidarme.

Él le da un beso en la frente y lleva la mano de Wendy a su mejilla.

—Es la misión más importante que tengo en la vida. Tu felicidad siempre va por delante de todo. Siempre.

—Lo sé —murmura ella antes de cerrar los ojos—. Estoy cansada... —
Exhala y se queda dormida sin soltar el candado.

Skyler me agarra del brazo y señala la puerta con la cabeza.

—Deberíamos marcharnos y dejarlos descansar.

Me aclaro la garganta mientras la marea emocional me golpea con fuerza en el pecho. Michael se asegura de que Wendy esté bien tapada con la manta y nos acompaña a la puerta.

—¿Cómo está? ¿Cuál es el pronóstico?

Él se frota la nuca y luego hace rodar los hombros.

—Se despertó a medianoche. La examinaron y el médico dijo que todo tiene muy buen aspecto, que no hay síntomas de infección. De todos modos, le están administrando antibióticos por vía intravenosa junto a los analgésicos. Las heridas están limpias y se están curando bien, pero tardará un tiempo en recuperar la movilidad completa en el hombro y el brazo. Va a tener que tomárselo con calma, al menos durante seis semanas. Aunque no te extrañe que se alargue la cosa..., tal vez para siempre.

«Para siempre.»

Esas palabras me alcanzan con la fuerza de un disparo en el pecho y casi me derriban.

—Un momento. ¿Estás pensando lo que creo que estás pensando?

Él se pone a la defensiva, cruzándose de brazos.

—Si estás pensando en que mi futura esposa se quede en casa ocupándose de planificar la boda y poco más, vas bien encaminado. No necesita trabajar. Ella prefiere...

Lo interrumpo porque la posibilidad de que Wendy no vuelva a International Guy me resulta insoportable.

—¿De verdad crees que eso es lo que quiere?

—Le haré ver que es lo mejor para la familia, la que estamos construyendo y la que planeamos ampliar en el futuro. Tu negocio es importante para ti, pero ella... —Señala a Wendy con el dedo—. Ella lo es todo para mí. Si deja de respirar, más vale que la pongan en un ataúd de dos plazas porque la seguiré a todas partes, incluida la tumba.

«Por Dios.»

Hay gente enamorada, pero lo de este hombre está a otro nivel. No sé cómo explicar el grado de compromiso y devoción de Michael hacia Wendy. Francamente, es la primera vez que veo algo así. Ni siquiera en mis padres, y eso que llevan casi cuarenta años enamorados. Pero esto es una experiencia casi cósmica.

—Te entiendo, Michael, pero creo que la decisión debe tomarla Wendy. Y por mucho que quieras apartarla del mundo con tus millones, ella nos ha dejado claro que nos considera parte de su vida, parte de esa familia que has mencionado. Así que no pienso dejar que te la lleves sin luchar por ella. Wendy es como una hermana para mí, la hermana que nunca tuve.

Él me apoya la mano en el hombro.

—No pienso impedir que sigáis siendo amigos; lo que no me hace ninguna gracia es que vuelva al trabajo. Lo que ha pasado demuestra que el mundo es

un lugar muy peligroso.

Suspiro hondo.

—Lo que ha pasado no es lo normal.

Michael resopla y se pasa la mano por el mentón sin afeitarse.

—Ya, eso dice, pero tu novia va siempre acompañada por un equipo de seguridad. —Se vuelve hacia Rachel y Nate, que están uno a cada lado, a unos dos metros de distancia, fingiendo estar a sus cosas, aunque todos sabemos que si se acercara alguna amenaza reaccionarían al momento.

Sky me acaricia el bíceps para calmarme y recordarme que está ahí para lo que necesite. La abrazo por la cintura y digo: —Volveremos luego, cuando haya descansado. ¿Puedo contarles a los chicos que se ha despertado? Les diré que tiene que reposar unas horas.

Él asiente con la cabeza.

—Pero dile a Montgomery que como oiga una sola burla o comentario con doble sentido, me lo cargo. Se ha acabado lo de ligar con mi mujer, ¿queda claro?

Me muerdo el labio para aguantarme la risa.

—Clarísimo. Le haré llegar tu advertencia.

—Gracias. Y, Skyler, siempre es un placer verte. —Frunciendo el ceño, añade—: Espero que no te haya molestado el comentario sobre el equipo de seguridad. Sé que lo necesitas.

Ella le da palmaditas en el hombro.

—No me ha molestado. Preferiría no necesitarlos, pero los necesito. Y tienes razón, la vida puede ser peligrosa, pero también es peligroso no vivir cada día al máximo. He pasado por ello y es como morir lentamente por dentro sin que nadie se dé cuenta. Ahora sé que corro riesgos, pero me siento

libre y disfruto de cada momento. —Se libra de mi abrazo y le da uno a Michael.

Al principio, parece que él no sabe qué hacer con las manos. Es como si no concibiera abrazar a alguien que no sea Wendy. Siento lástima por él. Tener toda tu felicidad invertida en una sola persona no me parece una buena idea. Ahora tengo todavía más ganas de que se una a nuestra comunidad.

Finalmente, se rinde al consuelo que Sky le ofrece. Baja los brazos y la rodea con ellos, apoyando la barbilla en su hombro. Tiembla de arriba abajo, como si estuviera soltando la tensión acumulada.

—Pensaba que la había perdido —susurra, y ella le acaricia la nuca y asiente.

—No la has perdido. Está aquí, sana y salva. Se va a curar y te necesita más que nunca.

Él asiente y solloza sobre su hombro. Casi puedo notar todo el dolor que brota de su cuerpo. Sky le da un largo abrazo, de casi un minuto, antes de separarse.

—¿Estarás bien? ¿Podemos hacer algo por ti?

Él niega con la cabeza y se acerca a las cristaleras de la habitación de Wendy.

—Todo lo que necesito está ahí dentro.

Skyler sonrío y le da palmaditas en la espalda.

—Pues ve con ella. Volveremos luego con los chicos y algo de comer.

—Vale. —Se vuelve y toma la mano de Sky—. Gracias —le dice apretándosela. Tras despedirse de mí con una inclinación de la cabeza, entra en el cuarto.

Skyler se vuelve hacia mí y yo le rodeo la cintura con el brazo bueno.

—Le has ayudado mucho —le susurro mientras recorremos el pasillo con Rachel delante y Nate detrás de nosotros.

Ella se encoge de hombros.

—Sé lo que es perder todo lo que uno ama. No hay nada más aterrador.

Le beso la sien y recuerdo lo que sentía cuando pensaba que ya no estaba en mi vida. Aunque, estrictamente hablando, no la había perdido, por un tiempo pensé que sí. No le deseo un dolor ni un tormento tan grande a nadie.

—No, Melocotones. No lo hay.

Esa tarde, a los chicos les faltan piernas para llegar a la habitación de Wendy. Skyler y yo los seguimos a unos pasos de distancia. La sujeto por la cadera con la mano mala y en la buena llevo una bolsa con un bocadillo, patatas fritas y una Coca-Cola para Michael.

Cuando llegamos a la habitación, Bo entra sin llamar, seguido de Royce y de nosotros. Bo lleva un gran oso de peluche y Royce, un ramo de flores silvestres.

Cuando Bo ve a Wendy sentada en la cama, viva, alza los brazos al cielo con el oso colgando de una mano.

—¡Gracias, Dios mío! ¡Hola, Campanilla! ¿Cómo estás, preciosa?

Wendy sonrío y le pregunta:

—¿Ese oso es para mí o es el que abrazas por las noches cuando le das la patada a tu chiquita de turno?

Sacudiendo el oso en el aire, Bo se acerca a la cama. Le levanta la barbilla y se inclina hacia delante. Sus labios trazan una línea que va directa hacia los de ella, pero antes de llegar a su destino, Michael planta la mano en la cara de Bo y lo aparta.

—No me provoques —le advierte con un gruñido amenazador.

Bo se ríe.

—¿Qué pasa? Iba a besarla en la frente. Jesús, qué posesivo eres. — Sacude la cabeza burlón.

—Mucho, y harías bien en recordarlo. Me cuesta soportarte, Montgomery. Me contengo porque Wendy tiene un umbral de tolerancia enorme para los

capullos y debilidad por los idiotas, pero no te olvides de que yo no.

Bo le ofrece el oso a Michael.

—Toma, creo que tú lo necesitas más que ella. Tal vez te ayude a suavizar ese corazón de piedra.

A Sky y a mí nos cuesta aguantarnos la risa desde el rincón.

Wendy se apodera del oso y lo acuesta a su lado.

—Me gusta. Gracias, capullo. Me alegro de verte vivito y coleando.

Bo se pasa una mano por el pelo.

—Nada puede conmigo. —Le guiña el ojo.

—Puedo intentarlo. Creo que deben de tener alguna camisa de fuerza en el hospital —refunfuña Michael.

Wendy le toma la mano y se la aprieta.

—Tranquilo, tigre. Sólo tienes permiso para atarme a mí. —Ella sonríe y Michael se enciende como una hoguera ante nuestros ojos.

—Tienes razón, mi amor —replica, y se inclina sobre ella para besarla dulcemente en los labios.

—Oh —suspira Skyler, y yo le acaricio la sien con la nariz hasta que se vuelve hacia mí y puedo besarla tan dulcemente como él.

Tras el beso, ella me dirige una sonrisa preciosa que consigue que uno de los trozos de mi corazón se recolocque en su sitio. Quedan muchos más flotando por mi cuerpo. Vamos a tener que trabajar en equipo para devolverlos a su sitio, pero creo que los dos estamos más que dispuestos para la misión.

—Venga, hermano. Aparta el culo para que pueda darle cariñitos a mi mejor amiga. —Royce le pega un empujón a Bo.

Wendy levanta la mano y Royce la toma entre sus dos manazas.

—¿Cómo te encuentras, pequeña?

Ella le dirige una sonrisa.

—Las medicinas que me dan son la caña, así que ahora mismo me encuentro estupendamente.

—Vale, vale, eso es lo que quería oír. Te pegaron un tiro en el pecho y sin embargo aquí estás, mostrándonos esos bonitos dientes. Eres asombrosa, hermanita. Estoy seguro de que no hay dos como tú en este planeta. —Le da palmaditas en la mano y luego se inclina y le besa el dorso.

—¡Y que lo digas! —Wendy suspira y se acomoda en la cama.

Se nota que está tratando de aparentar ser la misma de siempre, pero que le cuesta un gran esfuerzo. Le pegaron un tiro que le colapsó el pulmón hace tres días; necesita descansar.

—¿Y bien?, ¿cuándo te van a soltar para que puedas volver al trabajo? —le pregunta Royce—. Ya sabes que no podemos seguir adelante sin el alma de la oficina.

—Cuanto antes —responde ella, al mismo tiempo que Michael dice:

—Nunca.

—¿Cómo? —Wendy le suelta la mano a Royce y se vuelve hacia él—. Pienso volver al trabajo en cuanto el médico me dé el alta.

Michael sacude la cabeza lentamente.

—Lo hablaremos cuando estés en casa, sana y salva.

Wendy cambia de postura, poniéndose un poco más de lado, y hace una mueca de dolor.

—No, hablemoslo ahora. Pienso volver al trabajo, Michael. Sabes que adoro mi empleo...

—Y también sé que ese empleo te ha puesto en peligro. No necesitas trabajar; tengo un montón de dinero.

—Tú lo has dicho. Tienes un montón de dinero: *tú*, Mick, no yo. Y yo quiero contribuir.

Michael le acaricia la mejilla.

—Ya lo haces, Cherry, nena. Me cuidas y, al hacerlo, haces que esta mierda de mundo se convierta en un lugar brillante. No puedo arriesgarme a perderte, y ese trabajo...

—Es lo mejor que me ha pasado, aparte de conocerte y de comprometerme contigo. Ellos forman ya parte de mi familia y no puedo dejarlos. No ahora que las cosas empiezan a ir bien. Ahora que formo parte de un equipo...

—Nena, siempre has formado parte de mi equipo.

Ella le da palmaditas en la mano, que sigue en su mejilla.

—No puedes encerrarme en una jaula de oro. No sería feliz, y lo sabes.

—Pues trabaja para mí. Puedo darte el despacho que está al lado del mío. Serás mi secretaria. Sería perfecto. Trabajaríamos y viviríamos juntos...

Wendy niega con la cabeza.

—No, cariño. Tú adoras a tu secretaria.

—No, yo sólo te adoro a ti. Le buscaré otro puesto en la empresa. Ya verás, te gustará trabajar allí. —Lo dice esperanzado, pero sé que no la va a convencer. Wendy nunca se rinde ante un desafío. Si quiere seguir en International Guy, lo hará.

Bo refunfuña en un rincón de la habitación, lanzándole miradas asesinas a Michael. Royce se pasa la mano por la calva y suspira. Yo me siento bastante optimista, probablemente porque tengo a Skyler sujeta de la mano y veo que Wendy está sana y salva. Ahora es cuestión de tiempo; hemos de esperar a ver

qué sacan los dados en la próxima jugada. Podría salir un siete o un pito doble, pero si tengo que apostar, pongo todo mi dinero a favor de Wendy.

—Mick, necesito tener algo que sea mío y necesito saber que estoy contribuyendo. Quiero ser tu igual, no vivir encerrada en casa, guardada en una cajita. No voy a abandonar International Guy ni a los chicos. Vas a tener que superar el miedo. No te preocupes; todo saldrá bien. Encontraremos la manera de que salga bien.

El rostro de Michael se contrae en una mueca torturada. Tiene el ceño fruncido, igual que los labios, pero se le pasa enseguida bajo la mirada sentida de Wendy.

—Oh, de acuerdo, Cherry. Lo que tú quieras. Ya sabes que no puedo negarte nada, pero no te sorprendas si un día te encuentras con un guardaespaldas.

Los ojos de Wendy se iluminan.

—¿Puedo elegirlo? Me encantaría tener un tipo bien musculoso que me abriera las puertas y me llevara a todas partes como si fuera alguien importante. ¡Oh, Sky! —Se vuelve hacia mi chica—. ¿Y si compartimos a Rachel y a Nate? ¡Sería geniaaaaaal! —exclama entusiasmada.

A Michael se le escapa la risa. Es la primera vez que lo veo reír desde que entró en urgencias hace tres días, aunque parezca que haga mucho más.

—Tu guardaespaldas será un militar retirado, grande como un castillo y más feo que Picio. Y lo elegiré yo, por supuesto. —Se inclina sobre ella para besarla—. Pones a prueba mi paciencia, cariño.

Ella sonríe y se muerde el labio.

—Y lo que te gusta.

—Me encanta. —Él vuelve a besarla justo cuando entra un hombre con bata blanca.

—Señora Bannerman, tiene muy buen aspecto, y por esa sonrisa diría que se encuentra mejor.

Wendy le dirige una sonrisa al hombre bajito con gafas y pelo blanco.

—Sí, estoy mejor, doctor. Siento no haber estado despierta cuando ha pasado esta mañana. El médico de la noche me ha dicho que le debo la vida. Gracias.

Michael se levanta y le ofrece la mano al doctor, que se la estrecha con educación. Con la voz ronca dice:

—Soy Michael Pritchard, su prometido. Voy a hacer una generosa donación al hospital en su honor. Si quiere que los fondos vayan destinados a alguna área en concreto, no tiene más que decirlo. Quedo eternamente agradecido a su talento y experiencia. Ha salvado a mi prometida.

El doctor sonrío, pero pronto su expresión se convierte en una de tristeza.

—Siento no haber podido salvar al niño. —Le da unas palmadas en la mano a Michael y lo suelta.

En la habitación se hace un silencio sepulcral. No se oye respirar a nadie, probablemente porque todos estamos conteniendo el aliento.

—¿Qué? —Wendy se lleva la mano al vientre.

—¿Niño? —susurra Michael.

«Oh, no. Dios, por favor, no.»

El estómago se me cae a los pies y Sky me aprieta la mano con tanta fuerza que casi grito, pero logro controlarme, aunque me cuesta. Sé que no soy ni Wendy ni Michael, pero siento como si me hubieran clavado un cuchillo en el estómago y me hubieran abierto en canal, como un pescador con su captura.

Wendy estaba embarazada cuando le dispararon.

Wendy abortó.

Wendy perdió a su bebé... por mi culpa.

Mi estupidez, mi culpa.

Debería haber averiguado antes que Eloise era la culpable. Si no hubiera estado tan absorto en mis patéticos problemas personales, podría haber trabajado mejor y resolver el caso más deprisa. Tal vez... tal vez no habría sucedido. Tal vez ahora Wendy y Michael estarían celebrando la noticia de que iban a ser padres en vez de estar enterándose de la pérdida de un ser que nunca llegará a existir.

«Dios mío. No.»

El doctor mira a Michael, luego a Wendy, y vuelve a consultar la historia clínica.

—¿El doctor Lopard no se lo comentó? —pregunta con cierta dureza, pero también con tristeza.

Michael niega con la cabeza.

—Eeehhh, tal vez deberíamos hablar de esto en privado —empieza a decir, pero Wendy lo interrumpe.

—No, puede hablar delante de todos. Son mi familia. —Se le rompe la voz y los ojos se le llenan de lágrimas.

—Lo siento mucho, señora Bannerman, señor Pritchard. La exploración mostró que estaba embarazada de unas diez semanas cuando ingresó. —Se aclara la garganta como si le costara hablar—. Debido al efecto de la caída, el disparo y el pulmón colapsado, sufrió un aborto. No pudimos hacer nada por evitarlo.

Michael se lleva las manos al pelo y da una vuelta sobre sí mismo antes de volver junto a Wendy y dejarse caer a su lado. A ella se le escapan las lágrimas y le tiembla la barbilla.

Él la abraza por las caderas y hunde la cara en su vientre.

—Fuera. —Su voz nos llega velada desde donde está tumbado sobre su mujer, tratando de protegerla. Su cuerpo tiembla cada vez más, a medida que crece la tormenta que se ha desatado en su interior—. ¡Todo el mundo fuera de aquí, joder! —brama sin cambiar de postura. Ella agacha la cabeza y le hunde las manos en el pelo, llorando sin parar.

El doctor es el primero en salir; los demás lo seguimos.

Hasta que estamos en el pasillo no me doy cuenta de que Skyler está pegada a mi pecho y me está secando las lágrimas que no sabía que estaba derramando.

—Le he fallado —digo a nadie en particular.

—No es verdad. Esa mujer le disparó; tú no tuviste nada que ver. —La voz de Skyler tiembla de tristeza.

—Hermano... —me dice Royce, con la voz más ronca y profunda de lo normal, mientras me apoya la mano en el hombro—, si es culpa tuya, también lo es nuestra. Somos un equipo, trabajamos juntos.

—Sí, Park. No podemos cargar con esto. No es culpa nuestra, aunque duela igual. —Bo se aclara la garganta y se frota los ojos.

Yo cierro los míos, pero las luces brillantes del hospital me atraviesan los párpados y se me clavan en las retinas.

—Vamos, salgamos de aquí —sugiere Skyler tomándome del brazo—. Necesitan estar a solas. Han de descansar y asimilarlo todo.

—No creo que ninguno de nosotros pueda asimilarlo, y ellos menos. — Señalo la habitación con la barbilla. Michael sigue tumbado sobre Wendy, y su cuerpo se sacude, supongo que por los sollozos torturados.

—Todos tenemos que descansar. Hemos de dormir un poco —insiste

Skyler. La pesadumbre de su voz es un reflejo de cómo nos sentimos todos.

Bo resopla.

—Y una mierda. Yo lo que necesito es una copa. —Se cruza de brazos y el cuero de su cazadora gruñe por la presión de sus músculos.

—Amén, hermano. —Royce se pasa las manos por la cara, de arriba abajo, y acaba apoyando la barbilla en la punta de los dedos.

—A mí no me vendría nada mal —admito suspirando, porque lo que acabamos de presenciar sigue teniéndome el corazón en un puño—. ¿Sky?

—Si tú vas, yo te sigo. —Me acaricia el bíceps y luego me besa la zona por encima de la ropa—. Nos vamos a un bar —les dice a Nate y a Rachel.

Nate reacciona con un gruñido.

—Qué divertido —replica sin rastro de humor.

Rachel, por su parte, hace crujir el cuello moviéndolo a lado y lado y luego hace rodar los hombros.

—Genial. Estaba esperando una buena excusa para desahogarme. Cuando hay alcohol cerca, siempre hay alguien que intenta alguna estupidez, y ahí estaré yo, lista para chafarle la cabeza como si fuera un coco.

—Oh, eso quiero verlo. Una princesa guerrera sexy, pateando cabezas y derribando tipos dos veces más grandes que ella. —Bo le dirige una sonrisa seductora—. Conozco el sitio perfecto. —Con una sonrisa irónica, se coloca al frente de la manada.

—Afloja, macho, que estás hablando de mi esposa —protesta Nate, apretando la mandíbula y los puños.

Si yo fuera Bo, me andaría con cuidado. Estoy seguro de que Nate podría enfrentarse a una manada de elefantes con una mano atada a la espalda. Como si quisiera demostrar mi teoría, los músculos de sus brazos se abultan y se

ondulan, mientras abre mucho las ventanas de la nariz y frunce el ceño hasta que su cara, normalmente atractiva, queda irreconocible.

Bo mira por encima del hombro sin dejar de andar mientras todos lo seguimos.

—Ya lo sé. Los anillos tatuados idénticos que lleváis me dieron la pista. Y que sepas que ella me da más miedo que tú. —Señala a Rachel.

Ella alza una ceja y sonríe.

—Bien dicho, y eso que no me conoces del todo. Venga, guíanos, chisposo.

Cuando llegamos a Chez Serge, me entra la risa histérica y no puedo parar. El local está tan abarrotado que no cabe ni un alma y, además, veo que han cercado una zona en la parte de atrás y que hay un toro mecánico en el centro. A Nate no parece importarle la cantidad de gente concentrada allí, y nos guía con decisión hacia el interior. Rachel permanece junto a Sky, examinando a todas las personas que nos rodean, probablemente buscando potenciales amenazas.

Supongo que no ha sido muy buena idea venir aquí con una estrella del calibre de Skyler, aunque de momento nadie se ha fijado en ella, supongo que porque va pegada a mi pecho, con el pelo cubriéndole el rostro.

Nate le dice algo al camarero, que alza la cara bruscamente y abre unos ojos como platos al ver a Skyler. Asiente y desaparece para reaparecer poco después con un hombretón que destila autoridad. Nos señala con la cabeza una zona cerrada al público, cerca del toro mecánico. Nate le estrecha la mano y lo seguimos hacia el lugar, que queda algo apartado de la multitud. Me aseguro de que Skyler se siente en el rincón más oscuro. Yo me acomodo a su izquierda y Rachel a su derecha, separándola de los clientes. Nate se queda de

pie junto a ellas con una expresión de pocos amigos. Se nota que no le hace ninguna gracia estar aquí, pero es la vida de Skyler y es ella la que debe decidir cómo quiere vivirla, dentro de los límites de la seguridad, claro.

—Nena, ¿estás a gusto?

Mi chica sonrío y asiente con entusiasmo.

—La última vez que estuve en un bar con tanto ambiente fue..., mierda, ni me acuerdo. ¡Qué pasada! —me susurra al oído mientras me abraza.

Royce y Bo se sientan delante de nosotros, pero Bo vuelve a levantarse al momento.

—¿Qué queréis? Invito yo —se ofrece, pero el tipo que había tras la barra le apoya una mano en el hombro para que vuelva a sentarse.

—Tranquilo, amigo. Invita la casa. —Mira a Nate y luego a Skyler—. Soy el gerente, Simon. Vuestro guardaespaldas me ha dicho que estarías dispuesta a fotografiarte junto al cartel de la puerta a la salida, si nadie se entera de que estáis aquí. Me alegro mucho de que hayáis elegido nuestro establecimiento. ¿Qué os apetece tomar?

—Por supuesto, me encantará hacerme una foto —responde Skyler—. Gracias por la discreción.

Él asiente educadamente, pero se frota las manos y le brillan los ojos.

—¿Un siete y siete? —propone Skyler.

El gerente asiente de nuevo y luego se vuelve hacia Royce.

—Whisky, solo, gracias —pide él, tratando de que su voz grave se oiga por encima de la música de rock que suena a todo volumen.

—Una cerveza para mí. Una de la zona —pido yo.

—Lo mismo para mí —se me une Bo.

—¿Y usted, señorita? —Se inclina hacia Rachel para oírla mejor.

—Agua para mí y para el grandullón. —Señala a Nate, que no ha apartado la vista de la multitud.

Simon se da media vuelta para marcharse, pero Bo lo detiene y señala hacia el toro mecánico.

—¿Cuándo empieza la acción? —le pregunta sonriente.

—Cuando queráis, chicos. Iba a esperar un rato, pero si os apetece, lo pongo ya en marcha.

Rachel se levanta y planta las manos en la mesa.

—Mientras no retiréis el cordón para mantener esta zona apartada del resto, ningún problema.

Bo la mira de arriba abajo y le dirige una sonrisa canalla.

—Apuesto a que no aguantas cinco segundos en ese trasto.

Ella le devuelve una sonrisa irónica.

—Si no estuviera de servicio, aceptaría esa apuesta.

Sky le da una palmada a Rachel en el costado.

—¡Va, sí, hazlo! —exclama, y se pone a aplaudir como si fuera una niña a punto de recibir una bolsa de caramelos.

Rachel niega con la cabeza.

—Estoy aquí para trabajar, no para jugar.

Sky tuerce el gesto.

—Pero es que quiero que le des una lección al mejor amigo de mi novio. Sé que a ti te apetece tanto como a mí. Míralo... ¡Tienes que borrarle esa sonrisilla de suficiencia de la cara! —la provoca.

—No. —La voz de Nate suena amenazadora.

Rachel entorna los ojos y se lleva las manos a las caderas.

—No eres mi dueño —replica.

Esto se pone interesante. Esas palabras sólo pueden llevar a una confrontación.

Nate también entorna los ojos antes de replicar:

—Yo diría que el tatuaje que llevas en el dedo y los votos que intercambiamos hace una década dicen lo contrario.

Ella sonrío, pero la suya es una de esas sonrisas que indican que una mujer está a punto de cortar las pelotas a un tío y metérselas en la boca.

Bo se frota las manos y suelta un silbido.

—¡Vamos! ¡Batalla de Van Dyken! Yo apuesto por Rachel.

Nate aprieta los dientes con tanta fuerza que podría desmenuzar rocas.

Mirando a su marido a los ojos, Rachel dice:

—Te reto a un duelo en el toro, Bo.

—¿Qué apostamos? —Bo se echa hacia atrás en la silla, con total confianza.

—El que pierda tendrá que llevar falda durante un día entero. El ganador decide el día. —La sonrisa de Rachel es la de una persona segura de la victoria.

Royce se tapa la boca con la mano para aguantarse la risa.

—¡Jesús! Eso no me lo pierdo.

Nate gruñe tan fuerte que se oye por encima de la música.

—No sé a quién me apetece más ver con falda —admite Sky entre risas—.

¡En los dos casos será algo asombroso! —Su cara resplandece de felicidad. La he echado tanto de menos que me vienen unas ganas incontrolables de besarla. Por eso lo hago.

Sky ahoga una exclamación dentro de mi boca, momento que aprovecho para hundir la lengua en ella y saborearla a gusto. Nuestras lenguas danzan, pero poco después se aparta de mí, dándome unos cuantos picos de despedida, y se vuelve hacia la acción que tiene lugar en la mesa. Le paso un brazo por los hombros para tenerla cerca de mí.

—Venga, chisposo, vamos allá. Nate, te quedas al cargo de todo.

—Obviamente —replica él con los dientes apretados y desprendiendo irritación por todos los poros.

Rachel le guiña el ojo y se dirige hacia donde los empleados del bar están conectando el toro mecánico. Bo se quita la cazadora de cuero y la lanza sobre la silla antes de seguirla con la misma determinación.

Royce y yo sacamos las carteras y echamos un billete de cincuenta dólares encima de la mesa.

—¡Eh, yo también quiero participar! —Haciendo un puchero, Sky mete la mano en su bolso, saca otro billete de cincuenta y lo coloca sobre los demás —. ¿Con quién vais?

Ambos respondemos a la vez:

—Con Bo.

Ella abre la boca sorprendida.

—Ah, no. Ni hablar. Yo voy con Rachel. ¡Sororidad! —Alza el brazo y grita—: ¡Vamos, Rach!

A nuestro alrededor, las luces bajan de intensidad y el ring se ilumina. Sorprendentemente, Bo sube en primer lugar. Lleva vaqueros. Levanta una de

sus largas piernas para subir al toro, se agarra con una mano, levanta la otra y hace una señal al empleado del local que está a los mandos.

El toro empieza a sacudirse bruscamente mientras la multitud cuenta los segundos. Cuando llegan a tres, el toro da vueltas como loco y Bo se desliza por el lateral, pero logra sostenerse. Su cuerpo se arquea sobre el artilugio y la multitud llega a contar el octavo segundo antes de que el toro haga un giro superbrusco que lo lanza por los aires. Aterriza en la superficie roja acolchada y se pone en pie de un salto. Cuando levanta los brazos, el público lo aplaude. Él busca a Rachel con la mirada y la señala apuntándola con dos dedos, como si fueran una pistola.

Ella sube entonces a la superficie acolchada y monta en el toro como si lo hiciera todos los días.

«Oh, oh.»

Rodea el cuerpo de la bestia con las piernas y las presiona con fuerza mientras se seca la mano en los pantalones. Se agarra del pomo, cierra los ojos, respira hondo y levanta la otra mano. El toro se pone en movimiento, girando a la izquierda, luego a la derecha, arriba, abajo, dando una vuelta en redondo. Gira mientras la multitud canta los cuatro segundos.

Salta arriba y abajo a los cinco.

Se desplaza a la derecha a los seis.

Vuelve a la izquierda a los siete.

Cuando cantan los ocho, el cuerpo de Rachel fluye como el agua. El brazo forma círculos en el aire mientras el animal de plástico se sacude bruscamente. Las largas trenzas copian sus movimientos como si fueran el lazo de un vaquero. Es un espectáculo casi mágico. Se mueve con la máquina, no contra ella. Nunca había visto nada igual.

Nueve segundos y ella se mantiene firme.

El toro se detiene cuando cantan los diez segundos.

Rachel se echa las trenzas por encima del hombro, mira a Bo, que no se cree lo que está viendo, y le guiña el ojo. Levanta la pierna por encima del toro y baja a la superficie acolchada.

—¡Traed acá la pasta, chicos! —Sky aplaude, coge el dinero y lo sacude en el aire, mostrándoselo a Rachel.

Bo sigue a la diosa rubia. Su cara no muestra enfado por haber sido derrotado, sino asombro por lo que es capaz de hacer la increíble mujer que acaba de patearle el culo.

Rachel vuelve a ponerse el equipamiento, se sienta tranquilamente y da un sorbo de agua.

Bo se acerca a Nate y le dice a la cara:

—Eres un tipo con suerte.

Él le dirige una sonrisa canalla.

—Imagínate en qué otra parte puede montar así.

—¡Joder! —Bo se pasa la mano por la nuca.

—Tú lo has dicho. —Nate sonrío y se vuelve hacia su esposa—. Bien hecho, fierecilla.

—Creo que ésta no será la última vez que monte esta noche —lo provoca.

—No, no lo será. —Las palabras de Nate son una promesa.

Parece que alguien va a tener suerte esta noche. Me vuelvo hacia Skyler y le toco la sien con la nariz. Ella me apoya la mano en la rodilla y me acaricia la pierna. Cuando llega al muslo, deja la mano ahí. Creo que yo también voy a tener suerte esta noche.

Skyler me aprieta el muslo y, a pesar de las horribles noticias de Wendy y

Michael, me alegro de comprobar que somos capaces de disfrutar de los buenos momentos de la vida. Creo que, en el fondo, de eso se trata, de vivir el momento.

Estamos de vuelta en Boston y ha pasado una semana desde que Wendy y yo fuimos tiroteados. Después de tres días de miedo, temiendo que Wendy no despertara nunca, finalmente lo hizo, y entonces descubrió que había perdido un bebé que no sabía que esperaba.

Doy las gracias al cielo por eso. No es que no sientan la pérdida, pero al menos no habían tenido tiempo de encariñarse con el nuevo ser. Y la idea de volver a ser padres les da esperanzas para el futuro.

Es curioso. Cuando nos enfrentamos a una pérdida, podemos tomar una de dos opciones: una es no aceptar nunca lo sucedido, no curarse nunca ni encontrar el valor para seguir avanzando y aceptar lo ocurrido como lo que es: una pérdida. Si la persona opta por este camino, vive en un círculo infernal de dolor, ya que revive la pérdida a cada momento, todos los días, sin soltarla nunca. Para mí, eso no sirve de nada ni ayuda a la persona perdida.

Pero hay otro camino: el de la aceptación. Aceptar el dolor de la pérdida y dejar que te guíe hacia delante. Eso te hace más fuerte, te empuja a vivir el momento y a dejar el pasado atrás.

Lo de dejar el pasado atrás es más fácil de decir que de hacer. Es un desafío al que la persona se enfrenta todos los días. Todos hemos perdido algo que queríamos, todos hemos sobrevivido a alguna tragedia. La clave está en recoger los trozos rotos de tu corazón, buscar tu fuerza, y seguir adelante.

Un paso detrás de otro.

Un día detrás de otro.

Vivir siempre el momento.

Diariamente tengo miedo de que llegue un correo electrónico del gobierno,

o de que un militar se plante en la puerta de mis padres y los informe de que mi hermano Paul ha muerto en combate. Cada vez que pienso en ello, me estremezco y siento una opresión en el pecho. Mi hermano es un héroe para mí. Arriesga su vida para proteger la libertad y luchar contra la tiranía en cualquier parte del mundo. No saber cómo está en todo momento es muy duro.

En esta situación, espero que Wendy y Michael logren apoyarse mutuamente para superar la pérdida y salir reforzados de la situación, más unidos como pareja. Una parte de mí está segura de que lo conseguirán. La herida de bala y la pérdida del bebé que no sabían que esperaban reforzarán su futuro. La vida se ha encargado de recordarnos lo corta que es, hay que vivirla como si cada día fuera el último.

Y precisamente por eso Skyler no ha vuelto a su casa.

Me acerco a mi cama, donde ella sigue durmiendo, y dejo en la mesilla la taza de café que acabo de prepararle. Dios mío, es etérea. Le brilla la piel, pero todavía brilla más su pelo dorado al recibir los rayos del sol que se cuelan entre las cortinas de mi dormitorio. Está tapada hasta la barbilla. Lentamente, retiro la manta blanca que la cubre, dejando al descubierto su torso desnudo y sus pechos perfectos, con los pezones rosados. Aunque la perfección de uno de esos pechos se ve enturbiada por un chupetón que le hice en uno de esos momentos en que me vuelvo loco por poseer su cuerpo desnudo. No queda ni un centímetro que no haya lamido, besado, succionado o mordido en las últimas cuarenta y ocho horas. Conozco cada peca, cada pequeña marca o cicatriz, el entramado completo que forma el cuerpo de mi mujer.

Me monto sobre sus caderas, me cubro con la manta y me dejo caer sobre ella, tratando de no aplastarla. Todavía llevo la mano vendada y la palma está aún cicatrizando. Hoy volveré a ponerme el cabestrillo, ya que regreso al trabajo, pero durante estos dos días me lo he quitado porque no quería que nada me molestara para amar a mi mujer como se merece.

Skyler suspira y me abraza. Hundo la nariz entre sus pechos, los lamo y succiono con fuerza los pezones hasta que están erectos y relucientes. Su tono rosado se ha oscurecido, transformándose en color ciruela, señal de que está excitada. Con la mano buena, le acaricio el vientre hasta perderme entre sus muslos. Cuando la encuentro húmeda y caliente, gruño y le muerdo un pezón mientras la penetro profundamente con dos dedos.

—Oh, Dios... Yo..., mmm..., pensaba que estaba soñando.

Sigo follándola con los dedos, a un ritmo calmado, hasta que se retuerce bajo mi cuerpo, alzando las caderas para que mis dedos lleguen más adentro. Suspirando, echa la cabeza hacia atrás. Sé que he alcanzado el lugar que la vuelve loca, porque se queda inmóvil, con todos los músculos en tensión.

—¿Quieres correrte ahora o quieres que te folle? —Le lamo el cuello de abajo arriba y succiono hasta que se estremece.

—Quiero correrme ahora y que me folles luego. —Gime y me clava las uñas en la espalda.

Sacudo la cabeza y me río con la cara enterrada en su pelo.

—Avariciosa.

—Contigo... siempre. —Suspira y yo redoblo esfuerzos, jugando con su punto G hasta que ella comienza a sacudirse siguiendo el ritmo de mis dedos.

Su cuerpo, siempre glorioso, lo es aún más cuando se corre; nunca me cansaré de contemplarla. Siempre cierra los ojos con fuerza y abre la boca en un grito silencioso, con el cuello totalmente extendido. Pero no es eso lo que más me gusta. Me levanto, apartándome de ella, para comprobarlo una vez más. Cuando quedo en el aire, acariciándola sólo entre las piernas, ella se niega. No. Mi mujer prefiere notarme pegado a ella en todo momento, sobre todo cuando está a punto de correrse.

—Ven... —Contiene el aliento cuando muevo la mano con más fuerza, y

los dedos juegan con la zona con un ritmo que no puede resistir—. Parker, cariño, ven aquí.

Me agarra por la espalda y me atrae hacia sí hasta que quedamos pegados, pecho a pecho, corazón a corazón. Cuando siento sus latidos alborotados, mi corazón se sincroniza con el suyo y ambos laten como si fueran uno solo mientras se abandona al orgasmo. Me agarra con brazos y piernas y me embiste con las caderas, haciendo que la Bestia llore.

Aparto la mano mientras gruño con la cara hundida en su hombro y, un instante después, me clavo en sus ardientes profundidades. Skyler me da la bienvenida con un grito, mientras las paredes de su sexo se contraen y me aprietan, aún estremecidas por el placer. La follo rápido, duro, haciendo que su clímax se alargue hasta que noto la tensión en la espalda, el cosquilleo en la base de la polla, las pelotas que se aprietan. Ella me sujeta con fuerza, por dentro con su sexo y por fuera con brazos y piernas. Me rodea con todo lo que puede hasta que ya no sé si somos dos seres separados o nos hemos fundido en uno solo. Me corro con tanta intensidad que pierdo la capacidad de pensar y de moverme; sólo soy capaz de clavarme en mi mujer como si fuera la última vez. Con ella siempre me pasa lo mismo. El tiempo y el espacio desaparecen cuando estoy a su lado; sólo la veo a ella, sólo la siento a ella.

Sólo Skyler.

Nunca había disfrutado tanto del sexo en toda mi vida, de un modo tan integral. Supongo que porque antes sólo me interesaba correrme, no estaba haciendo el amor. Antes había dos cuerpos que se frotaban y que obtenían una respuesta biológica; fin de la historia. Pero con Skyler cada vez es una aventura; cada vez es distinto. Cuando nos unimos, no son sólo los cuerpos los que se encuentran. Las mentes y los corazones se funden y las almas se reconocen.

Algunas personas piensan que el alma reconoce a su gemela. Yo sólo sé que no puedo imaginarme una experiencia mejor de la que tengo con ella. Para

mí, Skyler es la definitiva.

La duda que tengo es saber si ella sentirá lo mismo. ¿Soy lo bastante bueno para ella?

Me pregunto si lo que tenemos será suficiente para que siga unida a mí durante el resto de nuestras vidas. Es que no se trata de una mujer cualquiera con un trabajo cualquiera. Es la mujer más deseada del planeta, tanto dentro como fuera de la pantalla. ¿Cómo puedo competir con el resto de la humanidad?

Estos inoportunos pensamientos desaparecen al oír que Skyler canturrea de felicidad mientras me recorre el cuero cabelludo con las uñas. Sonrío con la cara hundida en su cuello y alzo la cabeza.

—Buenos días, Melocotones. ¿Qué tal estás?

Ella me devuelve la sonrisa.

—Mmm, muy bien. —Cuando estira las piernas, mi polla, que empieza a ablandarse, se desliza fuera de ella, que hace un mohín de disgusto.

Riéndome, empiezo a incorporarme.

—No te preocupes, tengo más. —Le beso el pecho y el vientre antes de sentarme—. Te he preparado un café. —Señalo la mesilla y, al hacerlo, veo que mi móvil vibra junto a la taza.

—Eres demasiado bueno para mí —murmura. Se sienta, me echa un brazo al cuello y me besa delicadamente en los labios.

«Ojalá fuera cierto», me digo, aún luchando contra el hecho de que, cuando las cosas se pusieron feas entre nosotros, no fui capaz de creer que ella se había mantenido fiel a nuestra relación. En cambio, cuando pasó lo mismo hace un par de meses, pero en sentido inverso, ella no dudó de mí en ningún momento y esperó a oír las cosas de mis labios antes de perder la cabeza por los celos, como hice yo. Sé que Kayla me la jugó, pero, volviendo la vista

atrás y comparando nuestra relación con lo que tenemos Skyler y yo ahora, veo que no se parecen en nada. Skyler no es Kayla. Y lo que tuve con esa zorra no es ni tan bonito ni tan fuerte como lo que tengo con Sky.

Suspiro, dejándolo todo atrás. Sky y yo estamos empezando de cero. Hemos elegido confiar el uno en el otro y creer en nuestro amor. El resto lo iremos viendo por el camino. No podemos hacer nada más.

La suelto y ruedo por la cama hasta alcanzar el móvil.

—¡Hola! —saludo alegremente, ya que el dormitorio está inundado de luz y arcoíris.

—Hermano. —La cálida voz de Royce me devuelve el saludo—. Sé que esto no te va a hacer ninguna gracia, pero la próxima clienta viene hoy.

—Lo sé. Me dijiste que te reunirías con ella.

Él suspira.

—Exige verte. Dice que, de lo contrario, no hay trato. Es otro contrato de seis cifras, hermano, y después de todo lo que hemos pasado en San Francisco y Montreal, quiero centrarme en el trabajo y en mi objetivo: mi preciosa nena plateada.

Habla del Porsche 911.

Hace años que Royce sueña con ese coche, pero hasta ahora no se ha decidido a comprarlo. Una parte de mí se pregunta si tratar de alcanzar ese objetivo es su manera de compensar otras cosas; otra parte de mí, una más madura, se da cuenta de que es asunto suyo y de que lo mejor que puedo hacer es no meterme.

—Mierda. Vale, pero Sky está aquí conmigo y los paparazzi lo saben. Le dijimos a Nate que no saldríamos de aquí al menos durante tres días y están liados con algo. No puedo dejarla aquí sin protección. ¿Ha enviado Andre a una sustituta para cubrir el puesto de Wendy hasta que vuelva?

—Sí, ya vino ayer. Parece maja, pero es muy callada. Demasiado. Quiero que vuelva Wendy ya.

Una punzada de culpabilidad me retuerce el pecho, pero la aparto y la encierro en un lugar recóndito, junto con mis problemas de falta de confianza.

—Ya, yo también, hermano. Yo también. En la agenda de Wendy está el contacto de una agencia de seguridad que nos recomendaron los Van Dyken. Llama para que nos envíen un chófer y un guardaespaldas dentro de una hora.

—Ahora llamo. Gracias, tío —me dice Royce, lleno de gratitud.

—Eh, estamos juntos en esto. Tú, yo, Bo y nuestra chica, Wendy. ¿Vale?

—Claro, hermano. Paz —añade con su voz profunda, y cuelga.

—¿Qué pasa? —Sky sale del baño con las bragas de encaje blanco, mi camisa y nada más.

Me paso la lengua por los labios antes de morderme el inferior. Cualquier pensamiento relacionado con el trabajo desaparece ante la visión de su cuerpo deliciosamente follable.

—Lo que va a pasar es que no voy a dejarte salir de la cama si no te tapas.

Ella se ríe y se agacha para coger el café de la mesilla, ofreciéndome la visión de su culito con forma de corazón.

—¡Joder, mujer! Vas a acabar conmigo. Como no dejes de ser tan sexy, no voy a poder volver nunca al trabajo.

Ella pone morritos.

—¿Tienes que ir a trabajar? Pensaba que teníamos otro día libre.

Me levanto de la cama y, mientras me dirijo hacia ella, la Bestia se levanta, preparándose para otra ronda con la mujer más sexy del planeta.

—Lo siento, pero la clienta se niega a reunirse solamente con Royce. —Le

froto los brazos arriba y abajo—. No me ha dicho por qué, pero no me habría llamado de no ser imprescindible. Va a enviar a un equipo de seguridad suplente. ¿Te parece bien venir a la oficina conmigo?

Ella asiente y me apoya la frente en el pecho.

—Sólo quiero estar contigo todo el tiempo posible. —Me acaricia el torso de las caderas a las costillas y vuelve a descender—. Te he echado tanto de menos... Sé que estamos bien, pero...

—No estás lista para que nos separemos —acabo la frase por ella.

—No, no lo estoy.

Le quito la taza de café de la mano y la dejo en la mesilla antes de sujetarla por los pómulos.

—Yo tampoco lo estoy. Bueno, pues parece que hoy es el día de llevar la novia al trabajo. Puede ser divertido.

Ella asiente sonriendo.

—Pero antes... —Me recorre el torso en una caricia que nace en el pecho, luego los abdominales, y alcanza mi mata de rizos negros, donde se hunde y encuentra a la Bestia, que se ha despertado del todo.

Con una sonrisa pícaro, se sienta en el borde de la cama y su cabeza queda a la altura perfecta para saludar a mi ansioso amigo. Pasa la lengua por la punta, que reacciona soltando una perla de excitación. Skyler rodea con los labios la bulbosa cabeza y un instante después estoy clavado en su boca hasta la garganta.

Le hundo las manos en el pelo sin pensar, como si hubiera puesto el piloto automático, y cierro los ojos.

—Eres la mujer perfecta.

Ella succiona con fuerza mi carne dolorida y se aparta hasta que los labios

se separan con un «pop». Me rodea la base con una de sus manos menudas y me pajea mientras me desquicia con la boca. Latigazos de placer y calor me recorren la espalda y las piernas hasta que me cuesta mantenerme en pie.

—No se te ocurra olvidarlo —murmura, y me acoge de nuevo en el refugio que es su boca.

Trago saliva y miro al techo cuando me rodea la punta con la lengua y me da golpecitos en la sensible zona situada bajo la corona del glande.

—Nunca —jadeo, echando las caderas hacia delante para hundirme más profundamente en ella. Skyler gruñe y abre un poco más la garganta ante mi invasión—. Ni en un millón de años podré olvidar que la mujer que amo me hace ver las estrellas.

Le sujeto la cabeza y ella acelera el ritmo porque es una auténtica diosa haciendo mamadas. La agarro del pelo con una mano y le sostengo la mejilla con la otra, manteniéndola justo donde quiero mientras me hundo en ella con embestidas poco profundas. Ella me succiona con fuerza, alternando a la perfección las caricias de su mano y las de su boca.

Se me nubla la vista; lo único que veo son estrellas brillando detrás de los párpados cerrados. Un cosquilleo me anuncia que estoy a punto de estallar. Le doy golpecitos en la mejilla para avisarla de que estoy a punto, pero ella no se detiene. Mi mujer se vuelve loca por mi polla cuando estoy a punto de correrme. Sé que es porque le encanta tener el control sobre mí en estos momentos en que soy tan vulnerable. Lo que no sabe es que a mí me encanta cederle el control tantas veces como quiera. Antes de ella, no. Nunca lo hacía. Yo era el puto amo del dormitorio. Pero con Skyler los dos damos y tomamos como iguales.

Me corro espectacularmente en su boca y ella sigue succionando incansable hasta que no queda nada en mí.

Acto seguido, se levanta y me apodero de su boca en un beso fiero y

agradecido.

—Haces que me estalle la cabeza, nena —susurro pegado a sus labios, notando mi sabor salado contrastando con la dulzura de su lengua.

—Y yo que pensaba que te había hecho estallar otra cosa...

La abrazo mientras me echo a reír. Es una sensación maravillosa volver a tenerla entre mis brazos. No quiero que se vaya; no quiero volver a estar sin ella. Mi nuevo objetivo en la vida es apartar de mi camino todo lo que me impida avanzar en mi relación con esta mujer. Quiero un futuro a su lado y no me detendré ante nada para lograrlo. Da igual si soy digno de ella o no; si ella sigue entregándose a mí por completo, yo aceptaré todo lo que me dé.

Cruzamos la puerta de la oficina de International Guy de la mano y riendo como dos bobos enamorados. Cuando veo que dentro hay no una sino dos mujeres desconocidas, abrazo a Skyler por la cintura y la atraigo hacia mí.

La rubia que está sentada tras la mesa de Wendy se levanta inmediatamente. Me mira y luego abre unos ojos como platos al reconocer a Skyler.

—Señor Ellis. Y, mmm, la señorita Paige, supongo.

—¿Y tú eres?

—Annie, Annie Pinkerton. —Me ofrece una mano temblorosa y añade, lanzando miradas de reojo a Skyler—: Soy la empleada temporal de Canton Global. Andre me ha enviado para suplir la plaza de asistente durante dos meses.

—Ah, sí. Bienvenida a International Guy. —Me vuelvo hacia la otra mujer—. ¿Y usted es?

Una morena menuda con ojos oscuros de mirada inteligente y el pelo liso de color capuchino se levanta en la zona de espera y se aproxima con la mano extendida. No mide más de metro cincuenta y cinco. Lleva un vestido entallado sencillo, pero que le sienta como un guante y un collar de oro muy elaborado que le da un toque de estilo. Calza unas bailarinas caras pero elegantes a juego con el bolso Coach. La mujer, pequeña pero bonita, exuda confianza y decisión.

—Soy Amy Tannenbaum, la agente literaria de Geneva James. Tengo una reunión con usted. —Su tono es directo y profesional; no parece afectada en absoluto por la cercanía de una estrella de cine. Me gusta.

—Gracias por esperarme, señora Tannenbaum. Deje que acompañe a mi novia y enseguida estoy con usted —propongo dirigiéndome hacia mi oficina.

—De hecho, me gustaría hablar con los dos, si no le importa. Mi propuesta de negocio los atañe a ambos, por así decirlo.

Frunzo el ceño, pero Skyler me mira y dice:

—Por mí no hay problema.

—Es muy poco ortodoxo —protesto.

Pero Amy me interrumpe.

—Por lo que me contó la pareja de mi primo Gabriel Jeroux, Sophie Rolland, todo lo que hacen ustedes es poco ortodoxo, ¿me equivoco? —Sonríe y espera a que digiera la información.

Sophie. Hay que ver, esa chica. Primero nos pone en contacto con una princesa y ahora con una agente literaria. ¿Qué será lo próximo? ¿Una hechicera? No lo descarto. Las palabras de Amy me recuerdan que tengo que ponerme en contacto con Sophie. Hace demasiado tiempo que no hablamos y aún no sé si su científico francés le ha puesto un anillo en el dedo o no.

—De acuerdo, pues vamos. Annie, por favor, dile a Royce que, si me

necesita, estaré en mi despacho con la señora Tannenbaum.

—Por supuesto, señor Ellis. —Annie sonrío y se sienta discretamente a su mesa o, mejor dicho, a la mesa de Wendy.

Aprieto los dientes y la mano de Sky. Ella me acaricia el brazo mientras caminamos, con Amy a nuestra espalda.

—Dentro de nada estará recuperada y volverá a incorporarse, ya lo verás —me susurra, y yo inspiro hondo, asimilando sus palabras. Wendy regresará. Es cuestión de tiempo. Saldremos adelante.

Abro la puerta de mi despacho y señalo hacia el sofá, para que Skyler y yo podamos tomar asiento juntos. A Amy le ofrezco la silla. Cuando acabamos de sentarnos, doy una palmada y hago una mueca cuando los dos dedos rotos chocan entre sí.

Skyler me agarra el antebrazo. Yo apoyo la mano sobre la suya y centro la atención en Amy.

—¿En qué cree que puede ayudarla International Guy, señora Tannenbaum?

Amy abre su cartera y coloca en la mesa que hay entre los dos un fajo de papeles.

—Ésta es una parte del último libro de la ansiada trilogía «Los más deseados».

Skyler abre la boca e inspira bruscamente.

—¡No puede ser!

Amy asiente.

—Veo que la conoce.

—De Geneva James... —Sky traga saliva y sigue hablando con un tono de voz que estoy acostumbrado a oír cuando estoy con ella en el dormitorio, no

cuando habla de una escritora—. Una de las mejores autoras de todos los tiempos. He leído todo lo que ha escrito.

Amy sonrío y asiente, y su lenguaje corporal denota lo orgullosa que está.

—Me alegro de que sea fan. Eso me facilita mucho las cosas.

Frunciendo el ceño, cojo la novela y la hojeo, haciendo pasar las hojas sin ver nada. He oído hablar de esta autora, ya que algunas de sus novelas han sido llevadas al cine con gran éxito.

—¿Qué es esto? —Le muestro el fajo de papeles.

—Como decía, es parte de la tercera y última entrega de la trilogía «Los más deseados». Las dos anteriores han permanecido en la lista de los más vendidos de *The New York Times* durante más de cien semanas. Se suponía que esta entrega tenía que haberse publicado hace un año. Los fans están furiosos, y cuanto más tardamos en publicarlo, más seguidores perdemos. Hemos vendido los derechos de la trilogía a Paramount Pictures. Quieren empezar la producción de la primera entrega, pero tienen miedo de embarcarse sin que la tercera esté acabada.

—Vale, eso lo entiendo, lo que no acabo de entender es qué hace aquí.

Ella frunce los labios.

—Geneva está bloqueada. Tiene un bloqueo enorme, de esos que pueden acabar con la carrera de un escritor. No para de decir que no sabe cómo acaba la historia, que los personajes ya no le hablan.

Sky me da un empujoncito en el hombro.

—Ya te has encargado de un caso parecido. —Me dirige una sonrisa irónica, y yo ladeo la cabeza.

—No es lo mismo. En tu caso, tratamos de tu musa inspiradora personal, de tus problemas, no del argumento de una novela. No estoy seguro de poder

ayudarla.

Amy saca el talonario.

—Mi empresa está dispuesta a pagarles doscientos cincuenta mil dólares si ayudan a la autora, si logran que supere el bloqueo. Sólo tienen que hacerle ver lo que vemos todos.

—¿Y qué es? —Me echo hacia delante, pendiente de Amy, que desprende sinceridad por todos los poros.

—Que es una mujer con un talento increíble. Que las palabras que escribe y las historias que cuenta son un don. Por desgracia, la editorial con la que publicó su último libro la trató fatal. Abusaron de su confianza y la dejaron por los suelos. Ahora no se ve con fuerzas para enfrentarse al libro final. Se ha convertido en un proyecto tan grande que está paralizada por la presión. Tiene miedo de fallarles a los lectores y de fallarse a sí misma.

Skyler se lleva las manos al pecho.

—¡Oh, no! ¡Qué horror! Es una escritora increíble. Cariño, tienes que leerte los dos primeros libros de la trilogía. Son magníficos.

—Me resulta muy interesante que piense eso, señorita Paige, ya que Geneva se inspiró en usted para crear a Simone Shilling, la rutilante estrella de cine que protagoniza los libros; la mujer de la que millones de personas en todo el mundo están enamoradas, pero que no encuentra el amor, hasta...

La cara de Skyler se ilumina entusiasmada y acaba la frase de Amy en su lugar:

—Hasta que conoce a Dean Briggs, un empresario que no pertenece al mundo del cine ni tiene el menor interés en salir con alguien de Hollywood.

Amy sonrío encantada y su sonrisa hace que pase de ser bonita a realmente hermosa. Tiene el pelo liso y oscuro, y lo lleva suelto con la raya al medio. Le

queda muy bien con su piel aceitunada y el discreto maquillaje. Si tuviera que describirla con dos palabras, éstas serían elegancia y confianza.

—Veo que ha leído la historia.

—Oh, sí, claro. Y le he pedido a mi agente que esté atenta por si sale algún proyecto de película basado en sus novelas. Me encantaría protagonizarlas.

—Pues precisamente de eso va lo que quería proponerles. —Amy no nos dirige una sonrisa triunfal, pero se nota que no le faltan ganas. Tiene a Skyler comiendo de la palma de su mano.

«Por fin», pienso.

—Soy todo oídos.

—Si la señorita Paige estuviera interesada, me encantaría que los dos fueran a Londres para pasar un tiempo con mi clienta. Tiene que terminar el libro, pero algo la tiene bloqueada. Quiero que averigüe de qué se trata y que la ayude a romper el bloqueo. Hay mucho en juego. Señorita Paige, si acepta, me aseguraré de que la Paramount entienda que usted fue la musa inspiradora de ese personaje y la mejor opción para protagonizar la película. Ya sólo el contrato le supondría unas ganancias multimillonarias.

—¡Sí! ¡Claro que sí! ¡Me apunto! —exclama Skyler entusiasmada.

—Melocotones, ¿sabes lo que implicaría eso? Tendrías que saltarte compromisos laborales, y no creo que a Tracey le hiciera ninguna gracia. ¿No tenías algún acto promocional para tu película *Ángel*?

Ella frunce los labios y sacude la mano en el aire.

—Ya se me ocurrirá algo. Y además, aunque no pudiera participar en la adaptación al cine, conocería personalmente a una de mis autoras favoritas. ¿Tienes idea de lo que mola eso? ¡Tienes que dejarme ir! —Cuando vuelve a hacer un mohín, debo controlarme para no morderle ese labio provocador.

Me vuelvo hacia Amy y suspiro.

—Doscientos cincuenta mil por dos semanas. Es mi última oferta. Si no logro resolver sus problemas de bloqueo, no quiero que eso perjudique a la empresa ni sea un obstáculo para que la señorita Paige participe en una posible película sobre el libro en el futuro. ¿Está conforme?

Amy endereza la espalda y le ofrece la mano.

—Es duro negociando; me parece respetable.

Le estrecho la mano. Skyler también.

—¿Cuándo tendríamos que estar en Londres?

Amy se levanta y se alisa las arrugas del vestido.

—Me he tomado la libertad de reservar dos billetes de primera clase en el vuelo de British Airways que sale mañana a las diez de la mañana.

—Una decisión un tanto arriesgada, ¿no cree, señora Tannenbaum? —
Sonrío, porque me encanta el lado rompepelotas de esta mujer.

—Vivir es arriesgado, pero si es por algo que vale la pena, el riesgo parece menor. Espero que me envíe informes regulares de los progresos de mi autora, señor Ellis.

—En ese caso, los recibiré. Dígame a mi asistente dónde quiere que la localice y estaremos en contacto.

—Me ha encantado conocerlos a los dos. —Vuelve a estrecharnos la mano —. Y, señorita Paige, es usted una actriz de gran talento. Soy fan de sus películas y espero verla en la gran pantalla, dándole vida a la trilogía.

Qué elegante. Así es cómo se demuestra la admiración por la carrera de alguien. Sin histerias, simplemente compartiendo con ella lo mucho que disfruta con su trabajo.

—Gracias, Amy. Haremos lo que podamos para que la savia creativa de su

autora vuelva a fluir —le asegura Skyler, mucho más alterada que Amy.

La agente cierra los ojos y sonrío antes de volver a abrirlos.

—Eso sería fantástico. Cuídense y que tengan buen viaje.

En cuanto se cierra la puerta, Skyler empieza a dar saltos y a bailar por el despacho.

—¿Tú sabes las ganas que yo tenía de conocer a Geneva James?

Me echo a reír.

—Pues no. Pensaba que tu sueño era conocer a Sylvia Day.

Ella niega con la cabeza.

—No, porque a Sylvia ya la conozco; es majísima. Pero Geneva James no asiste a firmas de libros ni a convenciones. Se dice que se ha vuelto muy introvertida. ¡Pero yo voy a conocerla y, además, seré la primera candidata para protagonizar su trilogía! ¡Éste es uno de los mejores días de mi vida! —Da un salto—. Tenemos que celebrarlo. Salgamos a brindar con champán. Oh, no. —Frunce el ceño—. Tenemos que hacer las maletas. —Sacude la cabeza y da unos pasos—. Bah, ni hablar. Haré que mi *personal shopper* me envíe ropa a Londres y me llevaré lo esencial. ¡Es fantásticoooooo!

Voy hacia ella y la abrazo.

—Me encanta verte tan feliz. Me recuerda a cuando nos conocimos y fuimos a un montón de sitios de Nueva York. ¿Te acuerdas?

Ella sonrío.

—Sí, no lo olvidaré nunca. Y ahora yo podré enseñarte Londres. Conozco bastante la ciudad. —Me echa los brazos al cuello y me dirige una mirada llena de felicidad—. Vamos a trabajar juntos, cariño. ¿A que mola mucho?

Sonriendo, la beso en los labios.

—Muchísimo. Pero no te olvides de que vamos a trabajar. Hemos de ayudar a esta autora, así que, durante el vuelo, quiero que me cuentes todo lo que sabes de ella. Y esta noche empezaré a leer la serie. Espero haberla acabado cuando lleguemos a Londres.

Ella abre mucho los ojos.

—¡La leeremos juntos! La releeré y así podemos ir comentando cosas. ¡Va a ser épico!

Está tan emocionada que vibra como una hoja. Me alegra verla tan feliz, pero yo siento un leve escalofrío de alerta en la nuca. ¿Cómo demonios voy a conseguir salir por Londres con una autora que tiene millones de lectores y una estrella de Hollywood sin que los fans nos acosen?

Anoto mentalmente hablar con los Van Dyken para organizar un dispositivo de seguridad para las dos.

Tengo la intuición de que vamos a tener problemas; lo que no sé es desde dónde van a venir.

El teléfono de Skyler empieza a sonar al mismo tiempo que llaman discretamente a la puerta. Con el móvil en la oreja, Sky se acerca a abrir.

Es Annie. La chica nueva.

Haciendo una mueca de dolor, clavo la mirada en el ordenador para no tener que ver a una recepcionista rubia en vez de a mi fiera pelirroja que ha pasado a ser mucho más que una secretaria o una asistente. En los meses que lleva con nosotros, se ha convertido no sólo en una más del equipo de International Guy, sino también en un miembro de la familia.

—Hola, Flor, me alegro de que me llames. ¿A que no sabes adónde voy a ir mañana y a quién voy a conocer allí? —Skyler se dirige al sofá y se desploma sobre él, hecha un saco de emociones.

Annie la mira y se me acerca con un montón de sobres y papeles doblados.

—Eeehhh, siento molestarlo, señor Ellis. He abierto el correo y me he ocupado de las facturas. Estas otras son solicitudes de posibles clientas. La de encima no la he abierto porque pone «Confidencial». —Me entrega el montón de cartas.

Las reviso por encima y se las devuelvo.

—Vas a tener que dárselas a Royce. Mañana viajo a Londres para el caso de la señora Tannenbaum.

—De acuerdo. ¿Quiere que reserve vuelo?

Niego con la cabeza mientras miro el sobre amarillo. En él sólo está mi nombre. No hay remitente ni sello, lo que indica que alguien lo ha entregado en mano.

—¿Lo han traído directamente a la oficina o ha llegado con el correo general? —Le muestro el sobre.

—Lo ha traído un mensajero con otras cartas.

—No, no necesito que reserves vuelo. Al menos para nosotros. La clienta ya nos ha sacado billete a Skyler y a mí. Sin embargo, mi novia necesita que la acompañe su equipo de seguridad: Nathan y Rachel van Dyken. También en primera clase. Si no consigues billete para ellos en nuestro mismo vuelo, tendrás que cambiar los billetes para que volemos juntos. Y cargarlos a la clienta.

—Sí, señor Ellis. ¿Me pongo en contacto con los Van Dyken para pedirles sus datos personales?

No llego a responderle porque Skyler alza la voz y los dos nos volvemos hacia ella.

—Tracey, recuerda que no eres sólo mi agente, sino también mi mejor amiga. Necesito pasar estos días con Parker. Lo sabes; estás al corriente de cómo lo pasé. —Me busca con la mirada y el dolor que veo en sus ojos no me deja dudas de que se está refiriendo a cuando estuvimos separados—. Me da igual lo que quieras; voy a pasar las dos próximas semanas en Londres. Esto puede suponer una serie de tres películas trabajando junto a Geneva James. ¿No quieres que hable con la prensa? Pues daré un par de entrevistas mientras esté en Londres, pero al resto de los países no podré ir hasta que acaben estas dos semanas.

Annie abre mucho los ojos al oír el tono de Sky y se retuerce los dedos nerviosa.

—La señorita Paige parece muy enfadada. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar? ¿Le traigo un café? ¿Una infusión?

Asiento.

—Sí, usa la tarjeta de empresa y ve a la cafetería que hay a la salida. Tráele un café con leche al caramelo y para mí un café largo, con crema. Trae también *muffins* y *bagels* para todos. Y pregunta a Royce y a Bo si quieren algo.

Ella asiente, sonriendo discretamente, y la observo mientras se retira. Annie es dulce, tímida, y viste bien. De hecho, el traje negro que lleva me suena mucho. Lleva adornos intrincados en las solapas y los bolsillos. Y recuerdo haber jugueteado con la cremallera dorada. Cuando Annie llega a la puerta, recuerdo dónde he visto ese traje antes. Fue durante una entrevista que nos hicieron a los dos. A Sky le sentaba mejor, pero Annie no está nada mal. Tiene buenas piernas y un culo prieto. No es Skyler Paige, pero seguro que más de uno vuelve la cabeza para mirarla.

—Gracias, Annie. La información sobre los Van Dyken la encontrarás en la agenda de contactos.

Ella se echa el pelo hacia atrás y me dirige una sonrisa radiante.

—De nada, señor Ellis. Enseguida me pongo.

Recorro el sobre con los dedos y lo abro con el abrecartas. Saco el papel y le doy la vuelta. Sólo hay seis palabras escritas con grandes letras negras:

YO SOY ELLA. ELLA SOY YO.

Qué raro. No tengo ni idea de a qué se refiere. En el reverso del papel no hay nada escrito. Busco cualquier información sobre quién puede haber enviado una nota tan extraña, pero no encuentro nada. Sólo está mi nombre, el nombre de la empresa y la dirección, y el sello de CONFIDENCIAL.

Skyler gruñe, se echa hacia delante y se pasa las manos por el pelo.

—Tracey, siento ponerte en un aprieto, pero voy a acompañar a Parker. Daré entrevistas de vez en cuando, pero el resto del tiempo lo pasaré en

Massachusetts, así que vete acostumbrando a no encontrarme en casa. Estoy donde quiero estar y nunca había sido tan feliz.

De repente sonrío y su cuerpo pierde la rigidez.

—Yo también te quiero. No te preocupes por mí, estoy en buenas manos.
—Sonríe y acaba la llamada despidiéndose—: Adiós.

Dejo la nota rara en la bandeja donde pongo las mierdas varias para las que no tengo tiempo y me acerco a mi chica.

—Efectivamente, estás en buenas manos. Ven aquí. —Me siento y ella monta sobre mi regazo y oculta la cara en mi cuello. Es tan agradable tenerla entre mis brazos que a ratos me cuesta creer que sigue siendo mía. Tras el desastre de Johan, pensé que no volveríamos a estar así nunca más. Pensé que jamás volvería a sentir esta paz, esta calidez, esta felicidad. Le acaricio la espalda arriba y abajo y le masajeo la nuca.

—¿Todo bien?

Sky asiente.

—Ahora sí. A Tracey no le ha hecho gracia, pero es que últimamente nada le parece bien. Creo que necesita echar un polvo; le van a salir telarañas entre las piernas.

Echo la cabeza hacia atrás y me río con ganas.

—Echar un polvo es la solución a los grandes problemas de la humanidad.

Sky desliza una mano entre los dos y se apodera de mi creciente erección.

—Si los humanos se pasaran los días follando, no tendrían tiempo para declarar guerras. Imagínate un mundo sin guerras.

Sonriendo, le tomo la cara entre las manos y le acaricio el labio inferior con el pulgar.

—¿Haz el amor y no la guerra?

Ella se inclina hacia delante y une los labios de los dos mientras me sujeta con más intención.

—Eso mismo.

—¿Quieres que salgamos de aquí?

Me acaricia por encima de los pantalones.

—Sí.

—¿Te apetece que cenemos esta noche con mis padres?

Ella se detiene en seco y se echa hacia atrás. Un brillo de felicidad se abre paso en su mirada lujuriosa.

—¿Todavía quieren verme?

Frunzo el ceño.

—Melocotones, no les conté que no estábamos juntos. Para mi familia, nada ha cambiado.

Ella brinca sobre mi regazo, me sujeta las mejillas y me planta un beso decidido en la boca. Seguimos dándonos el lote con ganas cuando se abre la puerta veinte minutos más tarde.

Annie, con dos vasos de papel en las manos, nos mira boqueando como un pez.

—Yo..., eeehhh..., lo siento. Yo..., eeehhh..., no he podido llamar porque llevaba los cafés —se disculpa.

Cuando aparto la mano del culo de Skyler, ella desmonta, se sienta a mi lado y cruza las piernas, limpiándose el pintalabios de la cara.

—Perdón —se disculpa ruborizándose—, estamos recuperando el tiempo perdido.

Annie deja los cafés en la mesita auxiliar.

—Un café con leche al caramelo y un café largo con crema. La próxima vez llamaré, señor Ellis. —Ella también se ha ruborizado, aunque deberíamos ser nosotros los que nos avergonzáramos por no poder mantener las manos quietas ni siquiera en la oficina.

—No te preocupes. Mientras estés en International Guy vas a ver y oír muchas cosas interesantes. Somos poco convencionales.

Annie ladea la cabeza.

—Sí, eso me ha dicho Wendy. Tengo mucho que aprender.

—¿Wendy? —Frunzo el ceño y cuento los días mentalmente. Sólo hace una semana que salió del quirófano y tres días desde que le dieron el alta en el hospital.

Annie se humedece los labios nerviosa.

—Me está ayudando desde casa, diciéndome cómo hacer las cosas para poder ser útil. Lo estoy aprendiendo todo rápidamente, así que no se preocupe.

Miro a Sky y ella frunce los labios y sacude la cabeza.

—Déjalo por imposible, Parker. Ya sabes que Wendy va a su bola.

Refunfuñando, cojo el teléfono.

—Ya, hasta que Michael decida patearnos el culo, a ella y a mí. No tengo ningunas ganas de que ese hombre se cabree. Quiere que Wendy deje el trabajo; no necesita que le demos más razones.

El teléfono suena varias veces y finalmente ella responde.

—Hola, hola, jefe.

Ah, cómo me alegra oír su voz, aunque me guardo de decírselo y voy directo a reñirla.

—Wendy —refunfuño gruñendo—. Se supone que no puedes trabajar. En

absoluto.

Ella suspira.

—Pero es mi trabajo; alguien tiene que formar a la chica nueva hasta que yo vuelva y, por cierto, espero poder volver dentro de tres semanas, un mes como máximo.

Echo la cabeza hacia atrás y me llevo los dedos a la sien.

—¿Sabe Michael que estás trabajando?

Ella baja la voz.

—Eeehhh..., sí, claro.

—Entonces, si le envío un mensaje comentándole que estás formando a la chica nueva, le parecerá estupendo, ¿verdad?

—¡No te atreverás! —exclama en un susurro amenazador que me hace mucha gracia, aunque logro aguantarme la risa.

—Claro que sí. Lo digo en serio, Wendy. Deja de trabajar y recupérate. Te necesitamos; nadie puede ocupar tu lugar. —Al volverme me doy cuenta de que Annie sigue en la puerta, con expresión compungida. Cierro los ojos y me giro en redondo—. ¡Mierda!

—Mi sustituta te ha oído, ¿no? —adivina Wendy.

—Sí. —Aprieto los dientes.

Wendy se echa a reír y suelta un grito.

—No me hagas reír; me duele cuando me río.

—Pues no te rías de mí. Maldita sea, Wendy. Eres una pesadilla.

—Supongo que la nueva piensa lo mismo de ti. —Vuelve a reír como una loca hasta que se detiene con un gruñido de dolor—. Mira, tío, tengo que dejarte. Diviértete en Londres. Estaremos en contacto —añade antes de colgar.

Dichosa Wendy, siempre tiene que decir la última palabra. Es una descarada.

Al volverme, veo a Sky tapándose la boca con la mano para disimular la risa. Annie ya no está, gracias a Dios.

—Wendy te tiene calado, niño bonito. —Skyler me sonrío y me falta tiempo para coger mi café y sentarme a su lado en el sofá. La abrazo por los hombros y ella se acurruca contra mí, con el café pegado a los labios.

—¿Lista para Londres?

—Totalmente.

—Pues vámonos. Yo no tengo *personal shopper*, así que debo hacer la maleta si queremos ir luego a cenar con mis viejos en el Lucky's. Y tengo que hablar con Nate y Rachel. ¿En qué andan, por cierto?

Sky se muerde el labio y sonrío.

—No puedo decírtelo, es una sorpresa. Pronto lo sabrás. Los llamaré por el camino y les diré que se reúnan con nosotros en tu casa. Siempre llevan ropa de recambio para una semana o más, así que no creo que tengan problemas para salir mañana hacia Londres.

—Todo controlado, pues. —Me levanto y le ofrezco el brazo bueno con la mano rota. Ella me da la mano y juntos salimos de la oficina de International Guy.

Acabo de regresar y ya vuelvo a estar en marcha. Me pregunto si me sale a cuenta tener una oficina con lo mucho que viajo. Mañana estaré en Londres y la siguiente clienta puede llevarme a Asia. Con mi chica bajo el brazo y mi vida amorosa arreglada, sé que no importa dónde esté, siempre y cuando conserve el corazón de esta mujer.

En el corazón de Skyler, ahí es donde está mi hogar.

Llegamos a Londres a las diez de la noche hora local, nos fuimos a dormir a las doce y ahora, exactamente veinticuatro horas después de haber subido al avión, nos dirigimos en un Audi negro a casa de la autora Geneva James.

Skyler está tan emocionada que no puede estarse quieta en el coche. Apoyándole la mano en los vaqueros, a la altura de la rodilla, le digo: —Relájate, Melocotones. Parece que te esté dando un ataque.

Ella pone su mano sobre la mía.

—Es que estoy muy nerviosa. ¿Y si no le gusto? Ya sabes, ¿y si no le gusta la auténtica Skyler, no la persona que ve en la pantalla?

Siempre le pasa lo mismo. Ese miedo es una de las razones por las que nos conocimos. Por eso la animé a hacer la campaña «No te escondo nada».

Me llevo su mano a los labios y le beso la punta de los dedos. Ella se tranquiliza en el mismo momento en que mis labios entran en contacto con su piel. Espero causar siempre ese efecto en ella.

—Sky, todo lo que eres, todo lo que ella verá, es hermoso porque tú eres hermosa, nena. Por dentro y por fuera. No tienes que preocuparte por nada. Además, Amy dijo que era una gran fan.

Ella suspira y deja caer la cabeza hacia atrás en el asiento.

—Sí, pero ése es el problema. La gente se hace una idea de ti y luego, cuando te conocen en persona, si no encajas en esa idea, a veces quedan decepcionados.

Frunce los labios pintados de rosa brillante. Va con unos vaqueros oscuros lavados a la piedra, zapatos de tacón color amarillo canario y una blusa de seda estampada con flores verdes y amarillas. Lleva las mangas del blazer

dobladas a la altura de los codos y un montón de pulseras doradas en los brazos, que tintinean cada vez que se mueve. Se ha retirado la mitad de la melena hacia arriba y hacia atrás, por lo que tengo una visión privilegiada de sus bonitos ojos marrones y sus altos pómulos.

Me vuelvo hacia ella y le apoyo la mano en la mejilla, haciendo que me mire.

—Es imposible que nadie quede decepcionado contigo. —Finjo tener una lista en la mano e ir tachando cosas—. Belleza..., la tienes. Elegancia... — miro de arriba abajo su conjunto atrevido pero chic—, la tienes. Un corazón compasivo..., lo tienes. Sonrisa dulce... —ella sonrío y me pierdo admirando sus labios—, la tienes. Una cara preciosa, un cuerpo de lo más follable...

No puedo acabar la frase porque Sky se lanza sobre mi boca y me besa con tantas ganas que noto el impacto hasta en la punta de los pies. Me sujeta la barbilla y me acaricia el labio inferior con el pulgar, tal como a mí me gusta hacérselo a ella.

—Ya lo he pillado.

Le dirijo una sonrisa.

—Bien. Y ahora relájate y piensa que probablemente ella está más nerviosa y asustada que tú.

Skyler niega con la cabeza.

—Lo dudo.

—A ver, que no es como si fueras a conocer al papa o... —sacudo la mano en el aire hasta que se me ocurre otro famoso— a Oprah.

Ella se echa a reír.

—Es verdad. Y me gusta cómo comparas a una actriz y presentadora con el líder de una religión.

—No deja de ser lo mismo. —Le guiño el ojo y ella se echa a reír.

—¡Dios, cómo te quiero! —exclama tomándome la mano.

Yo se la aprieto con fuerza.

—Eso está bien, porque no te vas a librar de mí.

Skyler recuesta la cabeza en mi hombro y se relaja.

—Como si quisiera, ¡puf! —Suelta el aire en un resoplido, pero yo me quedo dando vueltas a sus palabras, como si fueran una promesa de lo solemne y no un comentario desenfadado.

Quince minutos más tarde, Nate se detiene frente a una bonita verja negra, de hierro, en un barrio tranquilo y lujoso de la parte oeste de Londres llamada Notting Hill. El barrio se hizo más popular de lo que ya era cuando la película protagonizada por Hugh Grant y Julia Roberts se convirtió en un éxito. No me extraña que la rodaran aquí. Los edificios de este barrio están muy cuidados; las calles, muy limpias, llenas de árboles y de tiendas singulares. Esta casa en concreto es una vivienda adosada de cinco plantas con un aire muy colonial. Aproximadamente puede tener unos dos mil metros cuadrados, lo que es una barbaridad para una persona sola. Según Skyler, que lo sabe todo sobre Geneva James, no hay constancia de que la autora tenga familia o pareja. Me imagino que durante las próximas dos semanas nos enteraremos de los detalles.

Nate se comunica con alguien mediante el interfono y la verja se abre como por arte de magia. Recorremos un camino corto y subimos hasta una rotonda que lleva hasta el segundo de los cinco niveles de la casa. Rachel y Nate bajan del coche primero y nos abren las puertas.

Al apearme, veo que hay un sendero a la derecha que lleva a lo que parece un jardín privado. Los pájaros cantan mientras la brisa agita las hojas de los árboles. El aire es fresco pero el sol calienta.

—Qué sorpresa que haga sol. Londres no es famoso por sus días soleados.
—Sky se cubre los ojos haciendo visera con la mano y alza la vista hacia la fachada de la gran casa londinense.

—Es preciosa.

—Sí. He pensado en comprar una casa en Londres. Mi contable sería feliz si le dijera que quiero comprar diez casas.

La abrazo por los hombros y juntos nos dirigimos a la entrada. Rachel y Nate nos siguen, mirando a su alrededor.

—¿Por qué no lo has hecho?

Ella se encoge de hombros.

—No tenía a nadie con quien compartir vacaciones fuera de Nueva York.

Me inclino sobre ella y le beso la sien.

—¿Y ahora? —susurro con la boca pegada a su pelo.

Ella me abraza y alza la barbilla.

—Ahora te tengo a ti, y a Tracey, y a tus hermanos y a Wendy. Tal vez podría comprar una casa de vacaciones para usarla todos. Es que me parece una tontería comprar algo para no aprovecharlo.

Asiento con la cabeza.

—Lo entiendo. Haremos lo que tú quieras, Melocotones.

Sky se separa lo justo para rodearme el cuello con los brazos y mirarme a los ojos.

—¿Y si lo que quiero es casarme y tener un montón de niños contigo?

Trago saliva lentamente, tratando de disimular el pánico que siento al enfrentarme a tanta responsabilidad de golpe.

—Te diría que una cosa detrás de otra.

Ella sonríe.

—Entonces ¿no lo ves del todo imposible en el futuro?

«En el futuro.» Vuelvo a respirar.

Me gusta que nos vea juntos en el futuro, compartiendo casa y niños, aunque reconozco que lo primero me hace más ilusión que lo segundo.

—No, claro que no lo veo imposible, aunque tal vez tarde un año o dos en hacerme a la idea de lo de los niños.

Ella se pone de puntillas de un brinco y me da un beso.

—¡Sí! Estamos en la misma página.

—Por una vez, sí, Sky. Creo que lo estamos.

Se ríe y yo la empujo hacia la escalera. Cuando llegamos frente a la puerta doble pintada de color azul Klein, llamo al timbre. Rachel y Nate nos flanquean, como si temieran que pudiera abrir la puerta un depredador. Este par siempre están alertas. Me tranquiliza mucho saber que siempre están junto a Sky, sobre todo cuando yo no estoy con ella.

Me imagino que nos abrirá la puerta un criado o un secretario, pero cuando al fin ésta se abre, vemos que es la autora en persona.

Me dirige una mirada amable con sus ojos azules, que se abren como platos cuando reconoce a mi chica.

—Skyler... ¡Dios mío! Skyler Paige, en mi puerta, en mi casa. —Su acento inglés hace que lo que dice suene adorable, aunque en realidad no hace más que parlotear nerviosa. Geneva pestañea varias veces, me mira a mí y vuelve a mirar a Skyler—. Mi agente me dijo que vendría a verme un hombre de la empresa International Guy y que me traería una sorpresa para ayudarme a superar el bloqueo. Hicimos una apuesta. Una apuesta. ¡Ay, Dios mío! ¿Eres Skyler Paige de verdad? Y estás en mi casa. ¿Qué haces en mi casa?

Sky se echa a reír.

—Te estás portando como una fan, y es muy gracioso porque yo me he estado portando como una fan desde que nos reunimos con Amy el otro día en Boston. He leído todos tus libros.

—¿Has leído mis libros? ¡Skyler Paige ha leído mis libros! ¡Ay, Dios mío! Creo que tengo que sentarme. —Se tambalea y yo doy un paso adelante para sujetarla por el hombro, pero sin que parezca que soy un acosador. Ella me mira la mano y vuelve a mirar a Skyler como si no diera crédito o como si estuviera a punto de desmayarse.

—Hola, soy Parker Ellis, de International Guy. Me ha contratado su agente, Amy Tannenbaum, para que la ayudemos con su problema. Skyler también está aquí para ayudarla.

Ella sacude la cabeza y se lleva la mano al pecho, como si el corazón le fuera a cien por hora y quisiera calmarlo.

—¿Podemos pasar? —le pregunto.

Ella inspira profundamente.

—Oh, mierda, claro. Sí, por favor, pasad. —Abre la puerta y la seguimos hasta el salón, que está decorado en tonos suaves de azul pastel, crema, verde y oro, que crean una atmósfera serena—. ¿Os apetece tomar algo? —Nuestra anfitriona, alta y morena, se acerca a una bandeja llena de botellas de cristal y se sirve una copa—. ¿Un jerez? —Se la bebe de un trago y hace una mueca antes de servirse otra.

Riendo, me acerco al sofá.

—¿Puedo? —le pregunto señalando el mueble.

—Por favor, sentaos. También puedo ofreceros vino, o un té.

—Pues a mí me apetece una copa de vino. ¡Que empiece la fiesta! —

Skyler se sienta a mi lado y se frota las manos.

—¿Fiesta? —Geneva frunce el ceño—. ¿Vamos a una fiesta?

—No, tonta —la corrige Sky—. Nosotros somos la fiesta. Según tu agente, estamos aquí para hacer que te relajes y recuperes la inspiración. Cuando mi agente contrató a Parker, lo primero que hicimos fue emborracharnos juntos. Creo que fue un inicio perfecto, ¿qué opinas tú, cariño? —suelta, tan honesta como siempre.

Geneva da un sorbo, señala a Sky y luego a mí.

—¿Estáis juntos? Sí, me suena haberos visto en las revistas. ¿Me estás diciendo que tú también fuiste su cliente? —le pregunta a Sky.

—Sí, y mientras me ayudaba, nos enamoramos.

—Uau, menuda historia... —Geneva abre una botella de vino tinto, llena dos copas y nos las da—. ¿Os importaría contármela?

Skyler me mira y yo sacudo la mano en el aire.

—Vamos, cuéntasela. Te mueres de ganas.

Sky me pega en la pierna, juguetona.

—Oh, cállate —me riñe antes de volverse hacia nuestra anfitriona—. No te lo vas a creer. Cuando nos conocimos, resulta que mi agente lo había contratado. Se presentó en mi ático de Nueva York. Yo no tenía ni idea de que iba a venir tan rápido. Mi agente acababa de marcharse y... —Da un buen trago al vino y yo la imito. Las notas afrutadas de cereza y ciruela se deslizan por mi garganta y me calientan por dentro—. Y entonces oigo que llaman a la puerta. Acababa de meterme en la cama y pensé que era mi agente, que se había olvidado de decirme algo.

Geneva se hace un ovillo en el sofá, poniéndose cómoda.

—¿Y qué pasó entonces?

—Abrí la puerta y allí estaba el tío más bueno que había visto en toda mi vida. —Me señala con el pulgar y no puedo evitar sentarme un poco más tieso y dirigirle una sonrisa ladeada.

Geneva me mira de arriba abajo como si estuviera catalogando mis rasgos, no viéndome a mí como persona.

—Ya veo. Sería un Dean perfecto, bueno, si tuviera el pelo un poco más oscuro.

Skyler me mira el pelo un momento antes de seguir con la historia.

—Totalmente —admite en un susurro sexy—. El caso es que abro la puerta y este tío bueno estaba allí. Y lo único que llevo puesto es una camiseta de tirantes, sin sujetador, y un tanga.

Geneva trata de contener la risa, pero no aguanta mucho rato.

—¡Creo que me habría dado un ataque al corazón!

—Estuve al borde del infarto —admite Sky. Yo bebo tranquilamente mientras las dos mujeres se van conociendo—. ¡Casi me muero de la vergüenza! Pero, por otro lado, no voy a negar que mis atributos me resultaron muy útiles a la hora de cazar al buenorro —añade mi chica con una voz tan sexy que mi polla se pone en posición de firmes. La pobre se pasa el día tiesa como el palo de una bandera cuando está cerca de Sky.

Las dos se echan a reír como adolescentes y se hacen amigas con esa facilidad que tienen las mujeres para estas cosas. Yo me limito a disfrutar del espectáculo. Luego se ponen a hablar de libros y de películas. Al ver lo mucho que disfrutaban comentando las comedias románticas, se me ocurre una gran idea para sacar a Geneva de la sequía creativa.

Día 1 de sacar a Geneva James de la sequía creativa.

Lo anoto en una libreta.

Sky lee por encima de mi hombro y suelta una risita.

Yo le doy un empujón con el hombro mientras caminamos por casa de Geneva al día siguiente.

—¿Vas a apuntarlo todo como si fuera un diario? ¿Siempre trabajas así? —Alza mucho las cejas—. ¿Lo hiciste conmigo? —Me agarra por las solapas de la cazadora y pone voz de sargento—: ¡Enséñame lo que escribiste sobre mí! —Sin parar de reír, sigue subiendo la escalera que nos lleva al despacho-solárium de Geneva.

La autora tiene dos despachos. Uno que usa cuando hace buen tiempo, para aprovechar la luz natural, y otro al que llama «la cueva» por las tupidas cortinas que cubren las ventanas y las paredes cubiertas de libros.

Los autores son raros. Hace tiempo que lo asumí, viendo los esfuerzos que tenía que hacer mi madre para entenderse con los escritores en ciernes que visitaban la biblioteca en la que trabajaba cuando yo era estudiante. Bueno, ella sigue trabajando allí.

Cuando llegamos al solárium, encontramos a Geneva sentada a su escritorio con una página en blanco abierta en el ordenador. Suspirando, apoya la cabeza en la mano.

—No puedo hacerlo. No sé cómo continuar. —La curva de sus hombros y su espalda indican lo derrotada que se siente.

Sky se le acerca y le apoya las manos en los hombros.

—Cuando mi mejor amiga se puso en contacto con Parker, estaba desesperada. Yo estaba hundida; no soportaba actuar, aunque siempre había sido mi pasión. Siempre había sentido la necesidad de contar historias que valieran la pena, pero ese fuego ya no ardía dentro de mí; lo había perdido.

Geneva alza la cara, dejándonos ver sus ojos empañados.

—¿Y si me equivoco? Hay tanta gente pendiente de este libro, y yo... no puedo hacerlo mal.

Sky se arrodilla en el suelo y apoya la mano en la rodilla de Geneva.

—¿Por qué piensas que vas a hacerlo mal? Es tu historia. Lo que tú decidas será lo correcto. Es lo que tú quieres para Simone y para Dean.

Geneva niega con la cabeza, y las lágrimas empiezan a caer.

—Es que el final del segundo libro es tan abierto... que cuando he empezado a escribir el tercero tal como lo tenía planeado, no me suena bien. Tengo la sensación de estar escribiendo una novela comercial, una que me hará ganar mucho dinero, pero no es la historia que llevo en mi corazón.

Skyler inspira hondo y suelta el aire.

—Sólo puedes escribir la historia que sientas en tu corazón, la que te salga del alma. Ésa es la que los lectores quieren leer, la que exigen los personajes. A mí me pasa lo mismo cuando actúo. Si trato de ir en contra de la naturaleza del personaje, no funciona. Es como intentar meter una pieza redonda por un agujero cuadrado.

Geneva se seca los ojos; apoya un codo en el escritorio y la cabeza en la mano.

—Vosotros habéis leído los dos primeros libros. ¿Qué creéis que sucederá ahora?

Skyler y yo pasamos la tarde anterior al viaje y todo el vuelo leyendo los dos primeros libros. Sky se acuclilla y pondera la respuesta.

Yo, en cambio, respondo inmediatamente.

—No lo sabemos. Dejaste tantas posibilidades abiertas que simplemente esperamos a ver qué camino tienes previsto hacer recorrer a los protagonistas. Dime una cosa...

—Vale...

—¿Tú los ves juntos en tu cabeza? ¿Ves posible un final feliz para Dean y Simone?

Ella me mira a la cara, aunque es como si no me estuviera viendo.

—Sí, creo que acaban juntos. Se merecen disfrutar el uno del otro después de lo mucho que los he hecho sufrir.

Skyler sonrío y levanta los brazos.

—¡Bien! —exclama—. ¿Sabes? En realidad, nos da igual cómo lo hagas. Lo que queremos es que, al final, se encuentren. ¿No va de eso la vida? Se trata de encontrar el final feliz con la persona adecuada.

—Sí, al menos yo siempre he pensado así.

—Lo que necesitamos es que recuperes la luz, el entusiasmo que te proporcionaba escribir. ¿Cuándo fue la última vez que te reuniste con tus fans? —le pregunto—. ¿La última firma de libros?

Geneva frunce los labios.

—Uf, no lo sé. Por lo menos hace dos o tres años. He estado totalmente concentrada en escribir los libros y los *spin-off*.

—Sky me ha contado que muchas autoras trabajan con lectoras beta o cero. ¿Tú tienes alguna?

Geneva niega con la cabeza.

—No, eso lo hace mi editora, Catherine Martin. Ella lo lee todo y trabaja los textos conmigo.

Sky se levanta y apoya las manos en el escritorio.

—Tú le pagas para que te ayude con esas cosas, ¿no?

Geneva asiente.

—¿Y qué piensa de lo que te pasa?

A Geneva se le escapa la risa por la nariz.

—Mi editora me dice que deje de creer las tonterías que me decían mis anteriores editores. —Se ruboriza como si estuviera avergonzada.

—¿Y qué te decían? —Ladeo la cabeza, mientras apoyo el culo en el respaldo del sofá que hay en medio de la habitación, adoptando una postura que no resulte dominante.

—Que no soy lo bastante buena. Que la única razón por la que he llegado hasta aquí es por sus campañas de marketing. Básicamente vinieron a decir que, sin ellos, la serie no funcionaría.

Sky aprieta los dientes y los puños.

—¡Menuda estupidez! Ellos no escribieron los libros; no crearon una historia tan bonita que nos dejó a todos los lectores deseando más. No puedes creerte esa chorrada.

Geneva se encoge de hombros.

—Cuando te repiten una y otra vez que sin su dinero y sus campañas de marketing no serías nada, te lo acabas creyendo. Y empiezas a cuestionártelo todo.

—Pero ni su dinero ni sus campañas cambian el hecho de que tus novelas

sean un gran éxito. La Paramount quiere hacer una serie de tres películas. ¡Eso es impresionante! Y el resto de tus libros también funcionaron bien. Gracias a ti, no a los editores. Por supuesto que ellos ayudaron a que llegaran a más gente, pero un buen editor, igual que un buen agente, cree en su autor y en el libro que está creando. —Hace una pausa—. Nadie habría comprado el segundo libro si no les hubiera gustado el primero, ¿no crees?

Geneva suelta el aire lentamente y se encoge de hombros.

—Supongo, no lo sé.

Sky se incorpora y se lleva las manos a las caderas.

—Bueno, pues yo sí que lo sé. Y creo que necesitas comprobarlo con tus propios ojos.

—¡Exacto! Estoy totalmente de acuerdo con Skyler —comento—. Por eso anoche me puse en contacto con Amy.

Sky me dirige una mirada curiosa.

—Estabas en el baño —le aclaro.

—Ah. Siempre acuso el efecto de los viajes —comenta como si nada.

Me aguanto la risa y me maravillo del hecho de que mi chica esté aquí, trabajando conmigo en este caso. Tenía razón. Estar con ella es divertido. Es distinto, se sale del sistema de trabajo habitual, pero hace que sea más entretenido. Me encanta poder volver al hotel con ella y perderme en su cuerpo; cenar juntos y ver una película antes de dormir. Es algo que no he hecho nunca y a lo que me estoy acostumbrando rápidamente.

—Como iba diciendo, me puse en contacto con Amy. Esta tarde, de cuatro a seis, vas a firmar libros en una librería del centro. Ya se ha ocupado de que un diseñador haga un *banner* para anunciarlo en tus redes sociales.

Geneva abre mucho los ojos.

—¿En serio? Eeehhh..., uau. Vale, yo... —Se levanta y sonrío—. Creo que puede estar bien. Hace mucho tiempo que no hablo con lectoras. ¿Crees que irá alguien?

Skyler suelta un resoplido burlón y yo me muerdo la lengua, esperando a que la actriz que es despliegue su talento. Sonrío y dice: —Por favooooor, por supuesto que irán. ¡Y yo estaré en primera fila! Necesito que me firmes todos los libros que tengan en la tienda.

Geneva sacude la mano en el aire y se acerca a una puerta que parece la de un armario. Dentro hay estanterías con un montón de libros. Sonrío cuando Sky pasa la mano por los lomos, y le falta poco para babear.

Las lectoras y sus libros. Son raras, pero tan monas...

—Puedes coger uno de cada si quieres.

Sky asiente alelada.

—Oh, sí. ¡Qué maravilla!

Mientras Geneva coge los ejemplares y los deja en la mesa, yo examino las cubiertas de las dos primeras entregas de la serie «Los más deseados». En las dos novelas hay una pareja, pero no se les ve la cara entera. El diseñador se la cortó a la altura de los ojos.

—¿Por qué les cortaron las caras? —Le muestro uno de los libros a Geneva para que sepa de qué estoy hablando.

Ella me quita el libro y lo observa.

—Es para que los lectores usen la imaginación. A veces la cara de la cubierta no coincide con la que ellos forman en su mente. A mí me gusta más que los lectores usen la imaginación, pero a veces tengo clarísimo el aspecto del personaje. En el caso de Simone, tenía clarísimo que su imagen era la de Skyler, pero como no podía ponerla en la cubierta, le pedí al diseñador que

buscara una pareja que tuviera el color de pelo de los personajes. Por eso sus caras no se ven del todo.

—Mmm, interesante. —Se me ocurre otra idea para despertar a las musas de la autora, pero tengo que hablarlo con Skyler y con Bo.

Cuando me suena el teléfono, lo saco del bolsillo de la cazadora y veo que se trata de Amy Tannenbaum.

—Señora Tannenbaum, ¿cómo está? —Salgo del armario de los libros y camino de un lado a otro del solárium.

Por los ventanales veo un exuberante jardín privado que sería un sitio perfecto para comer o para charlar tomando una cerveza o, en el caso de Skyler, una copa de vino. Yo no tengo patio trasero ni jardín. Mi piso es sólo eso, un piso. Hay paredes y hay un balcón desde el que los paparazzi podrían fotografiar a mi chica si se le ocurriera salir para ver qué día hace. Frunzo el ceño y pienso en la casa que Royce se compró en las afueras. Tal vez no sea tan malo eso de planificar el futuro. De pronto, no me parece tan mala idea disfrutar de un hogar con la persona amada mientras esperamos juntos a llenarlo de niños en el futuro.

La respuesta de Amy me aparta de mis pensamientos.

—Estupendamente. ¿Cómo está mi cliente?

Me vuelvo hacia Geneva y la veo apilar libros y más libros. Vamos a tener que enviarlos a Nueva York por correo. Va a ser imposible meterlos todos en la maleta. Necesitaríamos una maleta sólo para libros.

—Disfrutando, hablando de libros con mi novia.

Amy suelta el aire aliviada.

—¿Va a ir a la firma de libros, pues?

—Sí, parece que le hace ilusión, aunque tiene miedo de que no vaya a ir

nadie.

Amy gruñe.

—Mi autora no tiene un concepto muy elevado de sí misma. La firma se anunció hace tres horas y la cola de la librería ya da la vuelta a la esquina. Los fans ya están esperando y aún faltan tres horas para que empiece el acto. La librería ha tenido que contratar seguridad. Lo aviso para que lo sepa, por si a Skyler se le ocurriera ir.

—«¿Por si?»

—Creo que sería mejor que no fuera. Las multitudes son impredecibles. Si aparece Skyler Paige, podría producirse algún altercado.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—Lo comentaré con ella y con el equipo de seguridad, pero ya le digo que no le va a hacer ninguna gracia.

—¿A quién no le va a hacer gracia qué? —me pregunta Skyler, con un montón de libros en las manos y una gran sonrisa que va desapareciendo a medida que comprueba que no le respondo. Frunce el ceño—. ¿Park?

Cierro los ojos y me froto la nuca.

—De acuerdo. Le haré saber cómo acaba la cosa —le digo a Amy.

—Buena suerte —replica ella antes de colgar.

—Bueno —digo—, tengo noticias buenas y malas.

Skyler mira a Geneva, que sale del armario con otro montón de libros que deja sobre el escritorio.

—¿Cuáles son las buenas?

Yo trato de adoptar un gesto alegre, pero fracaso al ver que Skyler deja los libros para cruzarse de brazos.

—Ya se ha formado una larga cola de fans que quieren los libros firmados.

Geneva se lleva la mano al pecho y contiene el aliento.

—¿En serio?

Sky la mira de lado.

—¿Lo dudabas?

—Uau, es que hace tanto que no voy a una firma... Pensaba que tal vez se habrían olvidado de mí.

Me acerco a Geneva y le apoyo la mano en el hombro.

—Sospecho que a tus lectoras les apetece conocer a la mujer que ha escrito las historias de las que se han enamorado.

Ella me devuelve una gran sonrisa.

—Supongo que tienes razón. ¡Ahora tengo que decidir qué ponerme! — Geneva se mira. Va con vaqueros y una camiseta blanca con cuello de pico—. Con esto no parezco precisamente una autora.

—Estoy seguro de que Skyler te ayudará encantada a elegir algo — propongo, porque sé que Skyler siempre está dispuesta a echar una mano, ya que forma parte de su naturaleza.

—¿Cuáles son las malas noticias? —Skyler da golpecitos con el pie en el suelo de tarima.

Esta vez me acerco a mi mujer y la tomo entre mis brazos. Sé que no es muy profesional, pero es que tener a Skyler aquí conmigo ya rompe las normas de la profesionalidad.

—Amy está preocupada por la seguridad. Si se corre la voz de que Skyler Paige se encuentra en la firma...

Su rostro se apaga.

—No... —susurra.

—Lo siento, Melocotones. Amy cree que no es seguro. La librería ya ha tenido que reforzar la seguridad, pero si entras tú en la ecuación, puede desatarse la locura.

Hace un mohín y apoya la frente en mi pecho.

—No es justo, Parker. Yo quiero ir. Nunca he estado en una firma de libros.

Geneva se aclara la garganta.

—¿Y si va disfrazada? A mi mejor amiga le encanta llevar pelucas y ropa extravagante, y cuando se compra algo para ella, me compra lo mismo para mí. Si le cambiamos el color del pelo y le ponemos unas gafas de aviador podría pasar desapercibida, ¿no crees?

Skyler sonrío, me agarra por la cintura y me da tirones.

—*Porfa, porfa...* —me pide en ese tono sensual que usa cuando estamos juguetones en la cama—. No te arrepentirás.

Aprieto los dientes.

—Eso es jugar sucio.

Sky me acaricia la parte baja de la espalda formando círculos que me envían punzadas de placer directas a la entrepierna. Cuando echo las caderas hacia delante sin pretenderlo, ella suspira y rompe a reír.

Gruñendo, me rindo.

—Hablaré con Nate y con Rachel. Aunque vayas disfrazada, la gente empieza a reconocerme a mí y a tus guardaespaldas. ¿Y si te detectan igualmente?

Skyler me sacude con fuerza.

—Parker, no puedo pasarme la vida entre algodones o encerrada en una caja fuerte. No es justo ni para mí ni para nadie. Entraré por detrás mientras Geneva y tú entráis por delante y me quedaré a un lado, junto a Nate y a Rachel. Todo saldrá bien, estoy segura.

—Ésas han sido siempre las últimas palabras de algún famoso antes de ser atacado por un loco. —El corazón se me dispara y me froto el esternón, tratando de calmarlo.

Sky pone los ojos en blanco y se libra de mi abrazo.

—No te pongas melodramático. Los paparazzi no saben que estoy aquí; no les hemos visto el pelo desde que llegamos.

Le señalo la espalda mientras se aleja.

—¡No lo saben aún! Pero se enterarán en cuanto te reconozca alguno de los que vaya a la firma de la autora más famosa del mundo.

Geneva niega con la cabeza.

—Yo no soy la más famosa del mundo. Sería Stephen King. O James Patterson. O J. K. Rowling... —sigue pronunciando una retahíla de nombres.

Suspirando hondo, me llevo las manos a las caderas.

—Voy a hablar con los Van Dyken. ¿Por qué no vais a preparar la ropa de Geneva? —Miro la hora y veo que son las once y media—. Salimos antes de tres horas. ¿Tal vez deberíamos pedir algo de comer?

—Puedo preparar comida.

«¿Esta mujer se lo hace todo sola?»

—Lo vamos viendo —refunfuño con los dientes apretados mientras me dirijo a la escalera.

Sky coge a Geneva de la mano.

—Dejémoslo solo; ya se le pasará.

Hago una mueca y noto que me vibra el teléfono en el bolsillo. Al sacarlo, veo que es un mensaje de texto.

De: Desconocido

Para: Parker Ellis

¿Qué tiene ella que no tenga yo?

Lo leo y lo releo. No tiene sentido porque la conversación empieza así, no hay nada antes. Probablemente se trate de un error. Escribo: De: Parker Ellis

Para: Desconocido

Se ha equivocado de número.

Le doy a «Enviar» y bajo dos plantas hasta la puerta principal, donde Rachel y Nate están de guardia. Él hace rondas regulares alrededor de la casa y ella vigila el interior. Al ver que Nate está a punto de iniciar una nueva ronda, los llamo.

—Eh, Nate, Rach. ¿Podemos hablar un momento? Hemos de preparar un operativo.

Nate comprueba que la puerta esté bien cerrada antes de seguirme hasta el comedor. Me acerco a los ventanales y contemplo el jardín. Es tan tranquilo y transmite tanta serenidad que me hace venir ganas de disfrutar de un lujo como éste en mi casa. Si viviera en un sitio parecido, mi chica no tendría que estar bajo el microscopio. Podría tomar el sol, jugar al frisbi, tener un gato o un perro. ¡O las dos cosas! Lo que ella quisiera. Y si tuviéramos una piscina, podría ver a mi chica en bikini sin tener que salir de casa.

—¿Ellis? —Nate interrumpe mis pensamientos.

Toso, ocultando la boca en el pliegue del codo.

—Perdón, ha surgido algo. Hemos organizado una firma de libros para hoy a las tres y la agente de Geneva me ha llamado para avisarme de que ya se ha

formado cola y no para de llegar gente.

Nate refunfuña. No soporta las multitudes; no sé si es algo personal o si es porque le dificultan el trabajo.

La librería ya ha pedido más agentes de seguridad...

—Deja que lo adivine... —me interrumpe Rachel con una sonrisa—: Skyler quiere ir.

Me señalo la nariz y luego a ella.

—Bingo.

—Oh, no. Esa mujer no tiene el menor sentido de la supervivencia. —Nate se frota la barbilla.

Rachel se cruza de brazos y se pasa la lengua por los labios.

—Tal vez porque le apetece llevar una vida normal.

—Debería haber pensado en ello antes de elegir oficio —replica Nate en un tono que parece un gruñido de oso.

Rachel frunce el ceño.

—No es culpa suya ser tan buena en lo suyo. Además, gracias a eso tenemos trabajo. Y te recuerdo que nuestro trabajo es asegurarnos de que esté segura. No veo el problema. Vamos a ir a una librería llena de lectores, no a un concierto de heavy metal lleno de idiotas colocados.

—Igualmente, hemos de andarnos con cuidado —comento—. Skyler se va a disfrazar un poco para tratar de despistar a los lectores. Y si las cosas se complican, quiero que la saquéis de allí. —En mi mente, hago una lista de situaciones potencialmente peligrosas para mi chica. En realidad, no hay tantas. Como ha dicho Rachel, son lectoras de novela romántica, no locos homicidas con ganas de liquidar a una famosa.

—Voy a acercarme. Examinaré el local y las salidas y traeré toda la

información que pueda —dice Nate dirigiéndose a Rachel, no a mí.

Ella añade más tareas a la lista:

—Yo me ocupo de la casa. Tú encuentra el mejor sitio para aparcar. Asegúrate de que el encargado de la librería sepa quién va a venir y acordone una zona para que podamos sacar rápidamente a Skyler si hace falta.

Él se acerca a su esposa, le toma la mano y la aprieta. Se miran a los ojos y se comunican en silencio, diciéndose algo que podría ser «te quiero» o «vuelve pronto» o «cuídate» o, probablemente, las tres cosas. Le suelta la mano con brusquedad, se da media vuelta y desaparece.

—Un hombre de pocas palabras —comento para llenar el silencio incómodo.

—Estamos de servicio. Los cariñitos de enamorado no tienen lugar en este trabajo. —Sus palabras zanján la conversación.

—Bien visto.

Ella me guiña el ojo, devolviendo con ese gesto el ambiente distendido.

—Voy a recorrer el perímetro. ¿Te ocupas del interior?

No puedo imaginarme que alguien vaya a escalar los muros y a colarse en la casa sin que nadie se dé cuenta, pero este equipo de seguridad se toma las cosas muy en serio y eso me gusta porque significa que la mujer que amo está en buenas manos.

—Sí, señora.

Rachel frunce el ceño.

—No me llames así, me haces sentir vieja.

Riendo, le hago el saludo militar.

—Eso me gusta más. —Sonríe y se marcha.

Sacudiendo la cabeza, me dirijo a la cocina. Busco por los armarios, la despensa y la nevera, pero no encuentro mantequilla de cacahuete por ninguna parte, lo que me resulta muy raro, ya que es algo que no falta en ningún hogar americano. A menos que el dueño sea alérgico. Pero, claro, no estamos en Estados Unidos... y eso significa... ¡Ajá! Encuentro el bote blanco y marrón con la etiqueta de Nutella. Está hecha con avellanas, lo que para mí la convierte en algo más adecuado para un postre que para rellenar un bocadillo, pero me da igual.

Voy al frigorífico, saco unas manzanas y las dejo en la encimera. Encuentro también fiambres y quesos. En vez de preparar sándwiches, lo coloco todo en una bandeja que podría rivalizar con la de una charcutería. Luego busco en la nevera de vinos y elijo un sauvignon blanco de Nueva Zelanda para acompañar. Lleno tres copas y llamo a las chicas.

Las dos bajan riendo la escalera. Cuando entran en la cocina, abro los brazos en un gesto de «¡sorpresa!».

Skyler aplaude y da saltitos antes de acercarse a mí corriendo para darme un dulce beso en los labios.

—¿Lo has preparado tú solo?

—Así es. —Meneo las cejas para recordarle que ya me debe una y ahora, con esto, serán dos.

—Tiene una pinta espectacular. Me muero de hambre —comenta Geneva, sentándose delante de la comida.

Le acerco una copa, hago lo mismo con Skyler y, por último, cojo la que queda.

—¿Por qué brindamos? —pregunta Sky.

—Por encontrar las palabras que cuenten la historia tal como debe ser contada —respondo, agarrando al toro por los cuernos.

—¡Eso, eso! —Skyler brinda con Geneva y luego conmigo.

Yo hago lo mismo antes de llevarme la copa a los labios y beber con los ojos clavados en los de Skyler. El vino es afrutado, como sus besos.

—Quiero daros las gracias por venir —nos dice Geneva dejando su copa—. Ya sé que cobráis por ello, pero igualmente, hoy ha sido el día más divertido de mi vida desde hace mucho tiempo.

—Oh, señora James, la diversión acaba de empezar —le prometo, dirigiéndole una sonrisa canalla.

Ella me devuelve la sonrisa, se mete un trozo de manzana en la boca y mastica pensativa. Mira a Skyler, que se ha apoyado en mí, y añade: —Si estoy con vosotros dos, me lo creo.

La agente de Geneva no ha calculado la cantidad de personas interesadas en ver a la autora. Mientras nos acercamos con el coche a la puerta de la librería, dos guardias de seguridad se aproximan. En cuanto Geneva pone un pie fuera del coche, se desata la histeria. Los fans empiezan a gritar y a sacudir libros y pósteres en el aire. Sigo la dirección de la fila y veo que no sólo ha doblado la esquina, sino que ha girado sobre sí misma y ahora es doble.

Geneva saluda a sus seguidores mientras yo le apoyo la mano en la espalda para hacerla entrar en la librería.

Me mira con las mejillas sonrosadas.

—No me lo puedo creer. Quiero decir, ya sé que los libros se venden bien, pero... —Se queda sin palabras cuando los gritos de los fans crecen en intensidad—. Es increíble.

Sonrío y la empujo hacia la puerta, intentando sacarla de la calle lo antes posible. Supongo que empiezan a calar en mí las reglas de Nate, como la de llevar al vip a cubierto y lejos de la multitud cuanto antes.

—Te lo mereces. Escribes bien y creas historias que conectan con lectores de todo tipo. Tus lectoras encuentran en tus novelas cosas con las que se identifican.

Ella me dirige una sonrisa tímida antes de bajar la vista al suelo, como si estuviera pensando en lo que he dicho.

El equipo de seguridad nos sigue y nos conduce hacia la mesa preparada con montones de libros de Geneva. Junto a ella hay un póster con el nombre de

la autora y una foto de los protagonistas de la serie «Los más deseados». Una vez más, me fijo en que les han cortado media cabeza. «Mmm.»

Le doy un golpecito en el hombro para llamar su atención.

—Si te dejaran poner la foto de los protagonistas en la cubierta del libro, ¿a quién elegirías? ¿Quiénes serían tu Simone y tu Dean ideales?

Ella sonríe.

—Para Simone me inspiré en Skyler, ya te lo dije. Y Dean sería una especie de Henry Cavill. Pelo castaño, ojos azules..., tú encajarías perfectamente. —Se da golpecitos en los labios pensativa.

—¿Yo? —Echo la cabeza hacia atrás.

—Claro. No sé si te has dado cuenta, pero hacéis una pareja preciosa. El mundo entero suspirará cuando os caséis y tengáis hijos.

Se me forma un nudo en la garganta.

—Eh, eh, creo que estás corriendo demasiado. Skyler y yo somos felices juntos, pero el matrimonio y los niños aún quedan lejos.

Ella rodea la mesa y se encoge de hombros.

—Las cosas cambian. Y las opiniones como la tuya suelen cambiar cuando se encuentra a la persona adecuada.

La dueña de la librería se acerca para saludar a Geneva y hablar de los detalles de la firma. Mientras tanto, Skyler entra por la puerta de atrás. Sonrío y me muerdo el labio al verla aparecer. Está espectacular con la melena morena y ondulada y unas gafas de pasta negra. Lleva los labios pintados de color rosa chicle, que me muerdo de ganas de morder como si fueran un donut.

Nate la conduce hacia la zona que queda detrás del póster y de una estantería colocada estratégicamente. Desde allí podrá seguir el acto y charlar

con Geneva, pero los demás no la verán. Estará escondida pero no se perderá nada. Me cuelo tras la estantería y la abrazo por la espalda.

—Morena, mmm. —Le aparto el pelo falso y gruño hundiendo la cara en su cuello—. Esta peluca puede ser interesante. —Le beso el cuello hasta que ella se vuelve hacia mí y me echa los brazos al cuello.

—¿Verdad? Cada vez me siento más cómoda de morena. —Sonríe y no puedo evitar hundirme en sus labios color chicle y darle un beso profundo y apasionado. Nuestras lenguas se enredan mientras ella se pega a mí por completo y quedamos unidos de la cabeza a los pies. Le ladeo la cabeza para penetrar más profundamente en su boca y poder paladearla a placer. Sé que nuestro tiempo es limitado.

A nuestra espalda, el sonido de pasos y voces anuncia la entrada de los primeros fans. La tienda se ha cerrado al público que no viene a la firma, pero a la dueña no le importa. Sólo con las compras de los lectores de Geneva, va a ser un buen día para ella.

Me separo de Skyler a regañadientes y le limpio los restos del pintalabios que se ha corrido.

—Tengo que volver al trabajo, pero quería plantearte algo.

—¿De qué se trata? —me pregunta mi chica, siempre dispuesta.

—¿Qué te parecería aparecer en la cubierta del tercer libro de Geneva? ¿Cómo lo ves? ¿Te supondría algún conflicto a nivel profesional?

—¿Te lo ha pedido ella?

Yo niego con la cabeza.

—No, pero creo que le resultaría muy útil para recuperar la inspiración si pudiera imaginar en su mente a los personajes como si los viera en una pantalla de cine. Si pudiera empezar a preparar la primera película, tal vez se sentiría más conectada a la historia y a los protagonistas. He pensado que si

podieras organizar una sesión de fotos con un modelo que se pareciera a Dean, podría hacer que las musas se le revolucionaran. ¿Qué me dices?

Ella me dirige una sonrisa radiante.

—¡Te digo que claro que sí! Nunca he salido en la cubierta de un libro y me encantaría salir en esta serie. Además, eso ayudará a que los productores de la película me vean como Simone.

Asiento con la cabeza.

—Es verdad. Hablaré con Amy, a ver qué le parece. Le preguntaré si pueden conseguir al modelo que hizo las otras dos cubiertas para que haga una sesión contigo. Pero creo que deberías comentárselo a Tracey, no vaya a ser que te suponga algún problema de incompatibilidad.

Skyler saca el teléfono.

—Ahora lo hago. Buena idea, cariño. —Se pone de puntillas y me da otro beso.

—Ya de paso, pregúntale qué presentaciones tienes para que podamos prepararlas con Nate y Rachel.

Con el ceño fruncido, Sky pasea la punta del pie por el suelo beige.

—¿Me acompañarías? A las presentaciones, me refiero. Normalmente, nunca es una sola. Me paso el día yendo de una a otra, hablando de la película. Sé que es un aburrimiento, pero... —se encoge de hombros— es que me gusta estar contigo, aunque estemos trabajando. No sé explicarlo, es como si...

—Claro que sí. Haremos lo que haga falta para pasar tiempo juntos sin que nuestros trabajos se resientan.

Se le ilumina la cara con ese brillo tan suyo que le enciende los ojos y las mejillas.

—¡Exacto!

La agarro por la cintura y deslizo la mano hacia abajo hasta su culito en forma de corazón. Se lo aprieto ligeramente mientras me inclino hacia ella hasta que siento su aliento en los labios.

—Melocotones, no lo dudes. Si puedo arreglármelo, da por hecho que te acompañaré.

—Te quiero, Parker Ellis —me dice suspirando. Nunca me cansaré de oír esas palabras.

Le acaricio la nariz con la mía.

—Me alegro, porque yo también te quiero, Skyler Lumpkin —susurro para que no nos oiga nadie.

Le doy un rápido pico en los labios y un firme apretón en las nalgas y me aparto de ella. Odio la distancia, pero sé que debo concentrarme en el trabajo, y no pasarme la tarde dándome el lote con mi chica en una librería abarrotada. Dejo que Skyler se acomode en su rinconcito y me acerco a Geneva, que está charlando con una fan.

—¡Ay, Dios mío! ¡Eres mi autora favorita del mundo mundial! Me encantó cuando Dean cogió a Simone cuando se cayó por el balcón del primer piso. — La fan abre mucho los ojos y se pasa la mano por el pelo—. Pensaba que se iba a morir, y me habría enfadado mucho.

Geneva asiente mientras firma el libro de la lectora, que habla a toda velocidad.

—Me alegro de que al final todo se arreglara.

—Me muero de ganas de saber cómo sigue la historia. La ex de Dean continúa acosándolo y Simone se está volviendo loca pensando que está embarazada. ¡Qué ganas de que salga el nuevo libro! —grita la fan.

—Muchas gracias por tu apoyo. El tercer libro saldrá... pronto. Eso espero.

La siguiente lectora se acerca con lo que parece un álbum lleno de frases, que me imagino que están sacadas de sus libros. Y... ¿qué demonios? —Me inclino sobre el hombro de Geneva y veo una imagen de Skyler, recortada del anuncio de una revista y pegada al lado de una foto de Henry Cavill.

Los ojos de Geneva se iluminan mientras pasa páginas del álbum.

—Es perfecta; es Simone.

La lectora asiente con frenesí.

—¿Crees que la contratarán? Ya ha salido en películas románticas y de suspense. Creo que estaría increíble como Simone Shilling. ¡Me encantaría!

—Tal vez. Mi agente ha pedido que la señorita Paige sea la protagonista, pero no sé si podrá ser. Crucemos los dedos —replica Geneva tranquilamente.

Le apoyo la mano en el hombro y me inclino sobre ella.

—Parece que has hecho feliz a un montón de lectoras. Nadie se ha quejado; nadie se siente decepcionado. Todo el mundo está encantado de leer tus historias y compartir un momento contigo. Es impresionante.

Geneva asiente mientras la siguiente persona se acerca con sus libros en la mano.

—Sí que lo es, Parker. Es muy agradable.

—Señora James, soy su fan número uno...

Me aguanto la risa, porque todas las personas que se acercan le dicen lo mismo, y me doy cuenta de que se están acabando los libros y que la cola aún es muy larga. La librera está hablando con un par de empleadas, disfrutando del espectáculo.

—Vamos a necesitar más libros.

La mujer contiene el aliento.

—¿Ya?

—Están volando.

—Chicas —les dice a las empleadas—, ¿podéis ir a buscar las cajas que hay en el almacén? Las dejaremos detrás de la señora James para que nadie tenga que esperar.

Mientras las dos empleadas se alejan, voy a hablar con Nate.

—¿Cómo va? —le pregunto.

La actitud de Nate es la de un guardaespaldas protegiendo al presidente de Estados Unidos. No aparta la vista de la multitud para mirarme, pero sí observa de reojo a Skyler regularmente para asegurarse de dónde está y de lo que está haciendo. Ahora mismo está charlando con Geneva desde detrás del póster. Las dos se ríen como si se conocieran de toda la vida.

—Va todo bien. Hay mucha gente, pero las lectoras son dóciles. Esperan pacientemente su turno. Nadie se queja y nadie ha tratado de colarse por la puerta de atrás —comenta mientras las lectoras van avanzando, charlan un poco con la autora, que les firma sus libros, y se dirigen a la caja registradora.

Inspiro hondo por primera vez en un buen rato. Cuando Amy me advirtió del tamaño de la cola, el miedo por la seguridad de Skyler me atenazó los pulmones, dificultándome respirar con facilidad. Ahora, al ver que las lectoras son un encanto y muy educadas, respiro de nuevo. Por supuesto, no saben que la actriz más deseada del planeta está disfrazada y escondida a pocos metros de ellas. Mientras las cosas sigan así, todo irá bien.

—Bueno, pues si todo está bajo control por aquí, iré a la parte de atrás a hacer unas llamadas. —Señalo con el pulgar por encima del hombro.

—Todo controlado —me asegura Nate.

Le doy una palmada en el hombro y me saco el móvil del bolsillo por el camino. Paso junto a Skyler, que me lanza un beso. Como no quiero atraer la

atención de nadie sobre ella, me limito a dirigirle una sonrisa alelada, busco un rincón tranquilo y marco el número de la oficina.

Annie responde al primer tono.

—International Guy, le atiende Annie. ¿En qué puedo ayudarle?

Pongo los ojos en blanco y gruño por dentro porque me gustaría que fuera la descarada de Wendy la que me respondiera.

—Hola, Annie. Soy Parker. Tengo que hablar con Bo. ¿Está ahí?

—Hola, señor Ellis. Me alegro de hablar con usted. Espero que todo esté yendo bien por Londres.

Aprieto los dientes y me obligo a ser educado. Esta situación no es culpa de Annie. Es culpa de una mujer loca de despecho que mandó a nuestra chica al hospital, añadiendo una herida de bala a la lista de cosas a las que ha sobrevivido. Cierro los ojos y me recuerdo que Wendy me dará una paliza si se entera de que he tratado mal a su sustituta.

—Muy bien, gracias, Annie. ¿Está...?

—Y Skyler, ¿se encuentra mejor? La última vez que la vi estaba triste.

—Está bien, gracias por preguntar. ¿Puedo hablar con Bo, por favor?

—Claro, ahora mismo le pongo con él. Y no tenga reparo en llamarme o escribirme correos pidiéndome lo que necesite. Wendy ya me ha contado que en este trabajo el horario no es de nueve a cinco, sino más bien de veinticuatro horas todos los días de la semana. Estoy encantada de ser su chica para todo —me dice, derrochando dulzura.

—Te lo haré saber. ¿Con Bo, por favor?

—Sí, señor.

Oigo un par de pitidos, seguidos por la voz de mi amigo.

—Dime que Geneva James es tan molona como sus libros —me suelta Bo a modo de saludo.

—¿Has leído sus libros? —Debería haberlo adivinado.

Él resopla burlón.

—Claro. ¿Tú no?

—Bueno, ahora sí. Skyler y yo leímos los dos primeros de la trilogía «Los más deseados» durante el vuelo.

—Alucinante lo de Dean cogiendo a Simone al vuelo cuando caía literalmente del cielo.

—A ver, caía desde el balcón de la primera planta, no estaba haciendo un salto en caída libre —replico sin seguirle el rollo.

—Dean es lo más. Es un tío molón, va en moto y consigue a una chica que es clavada a Skyler. Por cierto, ¿qué tal van las cosas entre la chica de los shorts sexys y tú?

—¡No la llames así! ¿Me oyes? —lo amenazo gruñendo como un animal.

Bo se echa a reír con tantas ganas que tengo que apartarme el teléfono de la oreja.

—¿Qué piensas hacerme desde Londres? —Sigue riéndose—. Además, no estás ciego. Tu chica tiene un culo de infarto. Cuatro de cada cinco espectadores están de acuerdo, según una encuesta que acabo de leer en internet.

Me llevo el pulgar y el índice a las sienes y gruño.

—Déjate de revistas de cotilleos y de pensar en sexo.

—Imposible —replica al instante.

—Durante un minuto o dos. —Suelto el aire exasperado y apoyo el codo

en una estantería. Tantas noches junto a Skyler sin pegar ojo me están pasando factura. Hemos de aprender a dormir juntos. Dormir, sin follar.

—¿Qué necesitas? Pareces cansado. Ooohhh, ya sé por qué. Tú te has pasado la noche arriba, arriba, abajo, abajo, con una linda vaquerita.

Quiero chafar el teléfono, o tal vez mi cabeza, contra la estantería. Mejor el teléfono. Wendy no está, así que no se enfadará conmigo por romper otro. Al acordarme de ella me asalta de nuevo la tristeza. Mierda, pensaba que no volvería a sentirme triste ahora que Skyler ha vuelto a mi vida, pero parece que la ausencia de cualquiera de mis seres queridos me clava una daga en el pecho.

—Déjate de lindas vaqueritas —lo interrumpo, pero él insiste.

—Linda vaquerita, yo sé que quieres domarlo... —canta, y vuelve a echarse a reír como un loco.

—Ay, Dios, ¿por qué te aguanto?

—Porque me quieres. Admítelo. Me quieres. Soy adorable y siempre estoy cuando me necesitas. Como aquella vez en que le diste un puñetazo a la pared con una botella de cerveza en la mano...

—No me lo recuerdes. —Abro la palma y me alegro al ver que la piel está cicatrizando y que ya sólo se ven unas líneas rosadas donde ésta se abrió y tuvieron que darme puntos. Los dos dedos rotos aún me duelen. Tardarán un poco más en curarse.

—Perdona, tío. Bromas aparte, ¿cómo estáis Sky y tú?

Oír su nombre me hace sonreír y volverme para ver su preciosa cara. Se ha levantado y está sacudiendo su espectacular culito mientras baila al ritmo de una música que no oigo.

—¿Qué quieres que te diga? Me he enamorado.

Bo suelta un largo silbido.

—Gracias a Dios. No queríamos tomar partido y decidimos esperar a que te hicieras a la idea antes de tomarte el pelo. ¿Lo habéis solucionado todo entonces?

—Sí, tío, sí. Todo está claro; no me puso los cuernos. Además, ha entendido que se colocó en una situación muy complicada y no volverá a hacer una tontería como ésa nunca más.

—¿Y tú? —me pregunta, porque mi hermano sabe que yo no me quedé atrás a la hora de meter la pata.

—Yo también me disculpé. Por no fiarme de ella. Tengo que darle más vueltas, pero he visto claro que lo de Kayla me jodió la cabeza y por eso reaccioné así. He entendido que no puedo hacer eso. Skyler y Kayla no tienen nada que ver. Debo aprender a confiar en lo nuestro y cuidarlo tanto como pueda.

—Bien. Me alegro por ti, hermano. Y Royce también.

El corazón se me desacelera y me siento mucho más calmado. Supongo que en un rincón de mi mente tenía miedo de que Bo y Royce hubieran cambiado su opinión de Skyler por culpa de lo que pasó con Johan. Me alegro mucho de que sigan confiando en nosotros como pareja. Es la primera vez que pasa. Está claro que les gusta para mí.

—Gracias. Y ahora, pasemos al motivo de mi llamada.

—Claro, soy todo oídos. Bueno, todo no. También tengo una gran...

—¿Te gustaría hacer una sesión de fotos para la cubierta de un libro, con Skyler como protagonista y Geneva James como autora? —lo interrumpo antes de que empiece a darme detalles sobre el tamaño de su pepino.

—Park, ya me habías convencido cuando has dicho fotos de cubierta.

—Eres una niña. Pues escucha lo que tengo en mente...

Dos horas más tarde, la cola seguía llegando hasta la calle. Geneva pidió quedarse hasta acabar de firmar a todos los que estaban esperando, así que, tres horas más tarde, a las diez de la noche, acompañó a una escritora exhausta y a su fan número uno al Audi SUV con cristales tintados que Nate alquiló. Las tres mujeres se sientan detrás. Nate conduce y yo voy en el asiento del pasajero.

Skyler se echa hacia delante y apoya la mano en el hombro de Nate.

—Gracias por cuidar de mí —le dice. Luego le aprieta la mano a Rachel y también le da las gracias. Lo hace siempre, cada vez que vamos a algún sitio.

—Te guardamos las espaldas —comenta Rachel, dándole un empujoncito juguetón con el hombro.

Geneva se inclina hacia delante y apoya la mano en mi hombro.

—Gracias, Parker. Ha sido una tarde increíble. Me ha encantado ver a las fans, oír lo mucho que quieren a Simone y a Dean. Me ha dado... tantas ideas sobre lo que puedo hacer con la historia...

Sonrío y miro a Skyler por encima del hombro.

—Justo lo que queríamos oír. ¿Qué tal si mañana salimos a hacer una visita turística? Sky, nena, ¿qué te gustaría ver? Es para que el equipo se prepare.

Skyler se frota las manos.

—Bueno, pues me gustaría ir al London Eye... y a Buckingham Palace, claro, a saludar a los guardias. —Abre mucho los ojos. El cansancio que se

había apoderado de ella desaparece de golpe ante la perspectiva de pasar un día fuera.

Observo cómo las mejillas le adquieren ese tono rosado cada vez que sonrío. La hendidura que tiene entre el labio superior y la nariz me embelesa como el primer día y la línea de la mandíbula no puede ser más sexy. Todo en ella me hechiza. Es tan hermosa que me deja sin aliento cuando menos lo espero.

No me creo la suerte que tengo al ser el dueño de su corazón.

—Podemos ir a la Torre de Londres, a la catedral de San Pablo, al castillo de Windsor... —Sky se lleva las manos a las mejillas—. Hay tantas cosas que ver que, francamente, no sé por dónde empezar.

—Yo sí —dice Geneva—. ¿Qué os parece si, ya que estáis aquí por mí, os llevo a ver Londres de la mano de una nativa?

Skyler levanta la mano y Geneva le choca los cinco.

—Por mí, genial. ¿Cariño?

«Cariño.»

Sonrío en silencio y ella me devuelve la sonrisa y sé que me entiende.

Cariño. Había añorado tanto oír esa palabra de sus labios...; más que el sexo, y eso es decir mucho. Nunca pensé que me convertiría en el típico sensiblero que se vuelve idiota cuando se enamora, pero es que no puedo evitarlo. El universo ha tomado la decisión por mí.

—Sí, claro, será perfecto —le digo con las palabras tan cargadas de emoción como mi mirada.

—Si nos dice lo que tiene en mente, estaremos preparados para llevarlos mañana —comenta Rachel.

Geneva frunce el ceño.

—¿No les apetece tomarse el día libre?

Rachel apoya la mano sobre la de la autora.

—Donde Skyler va, vamos nosotros, a menos que esté a buen recaudo con Parker, en el plató o en casa.

Geneva mira a Sky y se le apaga la mirada.

—¿Nunca puedes salir sola?

Ella niega con la cabeza.

—Lo he intentado alguna vez y no ha sido buena idea. Cuando no salía en películas tan comerciales podía moverme sin problemas, pero ahora no puedo andar por la calle, a menos que lleve un buen disfraz.

Geneva le da palmaditas en la mano.

—Pobrecita. No tener ni una pizca de privacidad suena espantoso.

Skyler frunce los labios.

—Forma parte del trabajo. Me encanta ser actriz y la mayoría de los fans son amables y considerados, pero no todos. Hemos de tener cuidado con los que no logran distinguir la realidad de lo que ven en la pantalla.

—Lo entiendo. Bueno, mañana nos lo pasaremos genial. Tengo una peluca pelirroja que te quedará divina.

Mi chica sonrío.

—Había pensado en ponerme pelirroja. —Hago una mueca horrorizada que a Skyler no se le escapa—. O no.

Yo reacciono como debe hacer cualquier hombre que no quiere acabar frente a un escuadrón de fusilamiento femenino.

—Me gustaría de pelirroja, de morena o con el pelo lila.

—Buena respuesta, cariño. Buena respuesta. —Skyler se echa a reír.

Nate alza el puño y lo hago chocar contra el mío.

—Vas aprendiendo —me dice, y sonrío por primera vez en todo el día.

—Cierto.

—¿Por qué no llevas la peluca? —pregunta Geneva cuando entramos en el coche al día siguiente.

Skyler se pasa las manos por su larga melena rubia.

—La verdad es que ayer acabé con dolor de cabeza de llevarla. Necesitaba descansar un poco de peluca. Me he traído la gorra de los Red Sox y unas gafas de aviador chulísimas. Yo creo que ya valdrá.

Nate frunce los labios. Sé que no le hacen ninguna gracia estas escapadas sin contar con un equipo de seguridad más amplio, pero Skyler necesita salir al mundo real de vez en cuando. No puedo arriesgarme a que vuelva a encerrarse en su burbuja como cuando la conocí, sobre todo ahora que ha vuelto a encontrar la inspiración y es feliz en su trabajo.

—No te preocupes, Nate. Tengo plena confianza en vuestra capacidad para cuidar de nuestra chica —le digo para subirle el ego, aunque sé que Nate no es de los que necesitan estas cosas. De todos modos, creo que nunca está de más decirle a alguien que crees en su trabajo.

Nate no dice nada; sólo asiente bruscamente. Entiendo que esté inquieto, pero va a tener que superarlo. Rachel, por otro lado, parece estar cargada de energía esta mañana. Con un vaso extragrande de Starbucks en la mano y una pajita entre los labios, es la viva imagen del entusiasmo.

—¿Cuál será la primera parada? —le pregunta Skyler a Geneva.

—Primera parada: ¡las ruinas de Saint Dunstan in the East! —exclama ella.

—No he oído hablar de ese sitio. ¿Qué es?

Geneva sonríe.

—Ya lo verás.

Durante media hora las chicas charlan tranquilamente en el asiento de atrás mientras yo contemplo las calles y los peatones que las recorren. Londres es una ciudad interesante. Todavía tiene un montón de calles adoquinadas. Los pequeños coches europeos que se cuelan por todas partes son muy distintos de los enormes SUV, minivans y jeeps que circulan por Estados Unidos. Los edificios de piedra, de líneas rectas, los viejos puentes y el Támesis le dan a la ciudad un aire solemne y majestuoso, lo que es normal, teniendo en cuenta que la familia real más famosa del mundo vive aquí.

Minutos más tarde, Nate encuentra un sitio donde aparcar en la calle y baja del coche. Rachel lo sigue por el otro lado y abren la puerta para que salgan Geneva y Skyler. Sky se pone mi gorra. La abrazo por la cintura y juntos seguimos a Geneva hacia lo que parece una reliquia de la guerra.

—¿Qué es este lugar? —pregunta Sky, alzando la vista hacia la estructura, con sus ventanales que recuerdan a los de una catedral, pero sin vidrieras. Hay marcas de humo que oscurecen la fachada y hiedra que se enreda por las ventanas rotas.

Al cruzar una verja vemos que hay gente paseando en el interior, pero nadie nos presta atención.

Sky se quita las gafas y da una vuelta en redondo admirando las ruinas.

—¿Era una iglesia?

Geneva asiente.

—Durante la Segunda Guerra Mundial, Alemania bombardeó Inglaterra en una campaña que se llamó el *Blitz*. Cuando acabaron los bombardeos y finalizó la guerra, más de un millón de edificios habían sido destruidos, incluido éste. En 1967 la ciudad decidió convertir las ruinas en un jardín público. Es uno de los jardines secretos de la ciudad, escondido entre los edificios modernos que lo rodean. Desde que vine de niña, quedé enamorada.

Skyler asiente, me da la mano y se aleja conmigo para que demos un paseo a solas. Un momento de intimidad, de los que no abundan. Se quita la gorra y se pasa la mano por el pelo.

—Deberíamos hacernos un selfi. —Sonríe—. Tenemos pocas fotos juntos, creo que eso debería empezar a cambiar.

La tomo por la cintura y la atraigo hacia mí.

—Claro que sí, Melocotones, si te hace feliz.

Nos dirigimos a unos escalones de piedra que llevan a un patio donde hay un enorme ventanal con un banco al pie. Skyler camina hasta el banco, se sienta y palmea la madera para que me siente a su lado.

—Eh, chicos, ya os la hago yo —se ofrece Geneva, y Sky le da su móvil encantada.

Me siento junto a mi chica y le rodeo los hombros con el brazo, sonriendo como un bobo. Skyler se acurruca a mi lado y le dirige a Geneva su preciosa sonrisa, esa con la que se ganan Oscar de Hollywood. La escritora saca un par de fotos con el teléfono de Sky y luego otra con el suyo.

—Por si necesito inspiración —comenta.

Rachel y Nate vigilan los alrededores, pero de vez en cuando veo que él se acerca a su esposa y le da un codazo juguetón o un pellizco en el culo. Rachel siempre contraataca, dándole una palmada en el culo o poniéndole la zancadilla. Sin embargo, aunque no hay ninguna amenaza a la vista, no dejan de estar alertas en ningún momento.

Cuando hemos recorrido las ruinas, Geneva nos llama con un gesto de la mano.

—Chicos, ¿os apetece una taza de té con galletas?

Skyler sonríe.

—Me encanta el té inglés recién hecho, y las galletas aún más.

—Pues vas a disfrutar —le asegura Geneva mientras entramos en el SUV.

Vamos charlando animadamente hasta llegar a la siguiente parada. Skyler salta de alegría en el asiento en cuanto ve la pequeña entrada blanca situada entre dos edificios mucho más grandes. Sobre la puerta hay un león dorado flanqueado por las estatuas de dos hombres asiáticos. Debajo figura un cartel con el nombre más reputado en la industria del té.

—¡Twinings! —exclama Skyler alegremente.

Geneva sonríe y abre la puerta. Antes de que pueda apoyar el pie en el suelo, Nate está ahí para ayudarla a bajar mientras Rachel examina la zona.

Entramos en la pequeñísima tienda, que huele a especias y a hojas de té fresco. El encargado, un hombre alto, delgado e impecablemente vestido, se acerca a Geneva y le estrecha la mano.

—Señora James, me alegro de volver a verla. Hacía mucho que no venía a visitarnos. —Se lleva la mano de ella a los labios y le da un beso formal.

—Abbot, gracias por hacer una excepción con tan poco preaviso y aceptar a nuestra pequeña banda de rebeldes americanos. —Geneva le da palmaditas en la mano.

—Cómo no. —El encargado alza la barbilla y endereza la espalda antes de cerrar la puerta y echar el cartel de cerrado.

Geneva se vuelve hacia nosotros y aplaude.

—He reservado la tienda durante una hora y media para que nos hagan una degustación de tés. Así, vosotros dos también podréis relajarnos y disfrutar de la experiencia con nosotros.

Nate hace una pequeña inclinación con la cabeza antes de replicar: —Con el debido respeto, señora, yo debería quedarme guardando la puerta principal

y mi esposa la puerta trasera para asegurarnos de que no lleguen visitas inesperadas.

El encargado de la tienda, que lleva un traje que parece hecho a medida, se alisa la corbata con las manos y señala hacia la entrada.

—Las puertas están cerradas con llave, y le aseguro que nadie nos interrumpirá durante la degustación. La familia real es cliente de la tienda y nunca ha habido ningún problema. Una famosa americana y una autora conocida no supondrán ningún reto para la seguridad de nuestro pequeño santuario. —Señala con la cabeza hacia donde un guardia de seguridad armado impide la entrada—. Hay otro agente en la puerta de atrás. Y ahora, si son tan amables de tomar asiento en la barra, el agua de las teteras ya está caliente y he preparado un surtido de galletas para picar. Si están listos, empezaremos con la primera variedad. —Echándose hacia delante, enuncia en un tono suave—: Es té de Darjeeling. Este año sólo se han producido quinientas latas. Tomen asiento, por favor. —Los cinco nos sentamos en los taburetes de la barra y Abbot levanta una taza—. Si toman la primera taza, verán que ya he añadido las hojas. Fíjense en su color esmeralda, aunque los bordes son plateados. Inhalen su aroma dentro de la taza y notarán la fragancia floral característica de unas hojas que se recogen cuando aún son muy jóvenes.

Todos seguimos las instrucciones. Las notas florales me asaltan la nariz de un modo tan agradable que inhalo más profundamente.

Abbot vierte agua caliente en la primera taza y sigue llenando las demás hasta que llega a mí, que soy el último de la fila.

—Ahora inhalen el aroma y fíjense en que las notas florales varían ligeramente al humedecerse. Pueden probar el té, acompañado por la galleta que prefieran.

—Mmm. —Skyler da un sorbo y rodea con las dos manos la taza blanca y templada—. Qué bueno. —Me sonrío—. ¿Qué te parece?

Recojo con la lengua una gota que se me ha quedado en los labios.

—Me encanta. Deberíamos comprar un poco.

Ella asiente.

—Sí, compremos todos los que nos gusten —empieza a decir, pero Abbot la interrumpe.

—Cualquiera de los tés que sean de su agrado se incluirán en una caja obsequio, cortesía de su anfitriona, la señora James.

Sky se vuelve hacia Geneva y le da un codazo en el brazo.

—¡No tenías por qué hacerlo!

—¿Te lo estás pasando bien?

—Gen —le acorta el nombre en un apodo cariñoso—, nunca voy a olvidar esta experiencia.

—Bien. Pues acábate el té para poder probar el siguiente.

Abbot se acerca a Nate, que es el primero de la fila.

—La siguiente infusión es una de doble menta. Es una mezcla de menta verde y hierbabuena que pueden cultivarse en cualquier parte. Si inhalan con fuerza, las hojas les aclararán la nariz.

Los cinco seguimos sus instrucciones, y Geneva canturrea:

—Mmm, me encanta la menta.

—Es muy adecuada por las mañanas o después de cenar —comenta Abbot, vertiendo el agua sobre las hojas de las tazas ya preparadas.

Inhalo el vapor que asciende de mi taza y no puedo evitar suspirar. Hay algo en el aroma a menta que me relaja.

—Se te ve a gusto —comenta Skyler, acariciándome el muslo.

Tiene razón, y su contacto hace que lo esté todavía más.

—Me recuerda a mi abuela. Cuando mi hermano y yo íbamos a visitar a mis abuelos en Rhode Island los veranos, ella se sentaba en la mecedora, contemplando sus tierras y bebiéndose una menta. Tendría yo unos diez años cuando empezó a prepararme una taza para mí también. Le añadía leche y azúcar, porque a los diez años a mí no me habría gustado de otra manera, pero igualmente es algo que compartíamos. Me gustaba compartir algo especial con mi abuela.

Skyler me acaricia el muslo, por nada especial, sólo por estar en contacto conmigo.

—Tal vez puedas compartir algo así con tus hijos o tus nietos algún día.

Sonrío y me inclino hasta notar el aroma a menta en su aliento.

—Tal vez lo haga. ¿Te gustaría hacerlo tú con los tuyos? —le pregunto, sin darme cuenta de las implicaciones de mis palabras hasta que ya es tarde.

Skyler se pasa la lengua por los labios y deseo tocarla con la mía, pero me contengo, porque no estamos solos.

—Mientras tú estuvieras allí para compartir la tradición con nosotros, sí; me gustaría mucho. —Sus ojos se iluminan cuando sonrío. Me gusta que no me empuje ni aproveche la ocasión para forzarme a hacer algo para lo que ninguno de los dos está preparado.

—Creo que podríamos arreglarlo. —Alzo una ceja. Me siento valiente, pero no tanto como para querer hacer planes para el futuro aquí y ahora. Reconozco que hablar de ello abiertamente, de manera desenfadada, hace que la idea resulte mucho menos amenazadora.

—Bien. —Sky arruga la nariz, me da un pico rápido y vuelve a dejar la taza vacía en su soporte circular.

Abbot nos canta las alabanzas de la siguiente infusión. Es un té especial,

que viene de la India, pero reconozco que no lo escucho demasiado porque la mente se me ha quedado dando vueltas en el futuro, en un porche con vistas a un trozo de terreno, con mi nieto al lado, tomándose una infusión con sus abuelos. La imagen desaparece cuando el móvil me vibra en el bolsillo.

Lo saco para ver de quién se trata. Es SoSo.

Cuando Skyler se vuelve hacia mí, le muestro la pantalla, porque no quiero que haya secretos entre nosotros.

Ella sonríe.

—Ve a hablar con ella. Sé que querías llamarla.

Bajo del taburete, me paso la mano por el pelo y la beso en los labios antes de responder.

—¡SoSo!

—*Bonsoir, mon cher.* ¿O debería decir *bonjour*? ¿Por dónde anda mi querido amigo estos días?

Me echo a reír y recorro el pasillo bordeado de estanterías en dirección a la parte trasera de la tienda, donde una variedad infinita de infusiones en cajas de todos los colores están listas para ser vendidas.

—Pues, la verdad, SoSo, estoy por tus lares. En Londres, para ser exactos, trabajando en un caso.

—Qué maravilla. ¿Y quién es la clienta esta vez?

Frunzo el ceño.

—¡Como si no lo supieras! La prima de tu novio fue la que vino a verme.

—*Oh, magnifique!* Adoro a Amy, una mujer brillante. Muy buena en su trabajo.

—Mmm..., hablando de tu novio, ¿cómo van las cosas? —Se hace el

silencio y luego oigo que Sophie sorbe por la nariz. Aprieto el puño, sintiendo una gran rabia e indignación—. Como te haga daño, Sophie, se va a arrepentir de haber nacido. Y eso sin contar lo que Bo y Royce le harán a ese pelagatos.

Me llega un sollozo al otro lado de la línea.

—He roto con él —me dice, y los sollozos se vuelven cada vez más fuertes, a medida que la tristeza se apodera de ella.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Te ha puesto los cuernos? ¡Me lo cargo!

—*Non*. No, por Dios, no es eso. Es el perfecto caballero o no le habría pedido que se instalara conmigo en mi casa.

«Jesús, sí que van rápidos. Llevan menos tiempo juntos que Skyler y yo, y ya viven juntos.»

—Pero ¿cómo se te ocurrió metértelo en casa, SoSo? ¿En qué estabas pensando?

—Estaba pensando, *mon cher*, en que lo quiero. Y la verdad es que... lo quiero.

Habla flojito, como la Sophie insegura que conocí cuando estaba de duelo por la muerte de su padre, no la mujer segura de sí misma que dejé al irme de París.

—No te entiendo, Sophie. ¿Qué ha hecho? —Ella solloza y sorbe por la nariz—. Sophie, juro por Dios que si no me lo cuentas ahora mismo... — Siento una mano cálida en la espalda y me vuelvo bruscamente, pero me calmo al ver que es Skyler. Respiro hondo y le busco la mano. Me la apoyo sobre el corazón y la dejo ahí, porque temo que la preocupación por mi amiga me esté envenenando la sangre—. Sophie, háblame. ¿Qué pasa?

—¡Quiere casarse conmigo! —grita al fin, y yo frunzo el ceño porque no entiendo que esa información pueda hacerla tan infeliz.

—¿Qué pasa? —me pregunta Skyler asustada.

Me llevo el teléfono al pecho para tapar el altavoz.

—El novio de Sophie le ha pedido que se case con él —le susurro a Sky.

Ella frunce el ceño y sacude la cabeza como si tampoco entendiera nada.

—Vale, preciosa. Vuelve atrás y cuéntame por qué has roto con Gabriel.

—¿Estás sordo de las orejas? ¡Me pidió que me casara con él! —Sigue llorando mientras yo miro a Skyler con cara de idiota.

—Ya te he oído la primera vez, SoSo, pero no entiendo por qué eso ha hecho que rompas con él. ¿No se portaba bien contigo?

Con una gran tristeza, ella responde:

—Se portaba muy bien. Era *parfait*.

«Perfecto.»

Me paso la lengua por los labios y me froto la nuca.

—Preciosa, lo que dices no tiene sentido. ¿Por qué has roto con él si es perfecto?

—*Mon cher*, porque nada de lo que amo se queda en mi vida. Si le doy mi corazón, será mi dueño. Y si me deja o se muere, yo no volveré a ser nada nunca más.

—Oh, no, preciosa, el amor no funciona así —trato de rebatirle, pensando en cómo transmitirle lo pleno y realizado que me siento, con la mano de Skyler apoyada en mi corazón, mientras me dirige una mirada compasiva. Hace unos meses estaba celosa de Sophie, pero parece que ha entendido que nuestra relación es puramente de amistad, aunque al principio fuera algo más.

—Te quise a ti y te fuiste —declara, rompiéndome el corazón.

—Sophie, ya sabes que...

Ella me interrumpe.

—Quise a mi padre y murió, igual que mi madre.

—El mundo no funciona así. No se puede vivir sin amor. —Aprieto los dientes. Necesito hacerle ver que se está equivocando.

—Pues yo sí. Si lo dejo ahora la pérdida me dolerá, pero lo superaré. Si me espero y me falta tras años de matrimonio, no podría soportarlo.

Me froto la cabeza con rabia.

—Joder, Sophie. No puedes hacer eso.

—Puedo y lo he hecho. Ya está —afirma inflexible, igual que yo cuando corté con Skyler. Aunque el amor siempre se cuele por los resquicios para arreglar las cosas.

—Preciosa, quiero que pienses en tu vida actual. En lo mucho que ha mejorado desde que Gabriel está en ella. Piensa al respecto y maravíllate. Vívelo a fondo, al máximo, porque, como bien sabes, la vida es corta. Es mejor tenerlo en tu vida todo el tiempo que puedas que no tenerlo en absoluto. Te lo aseguro.

—¿Cómo lo sabes?

Sus sollozos me desgarran el corazón.

—Lo sé porque estas últimas semanas han sido muy duras. Rompí con Skyler.

Mi chica apoya la cabeza en mi pecho y me da besos sobre el corazón, supongo que para asegurarme que todo va bien, que ya lo hemos superado y que no me guarda rencor. Le acaricio el pelo y le aprieto la nuca.

—Oh, no, *mon cher*. ¿Estás bien?

Típico de Sophie. Aun en medio de una crisis emocional, se preocupa por mí.

Aparto la mano de la nuca de Skyler y le doy golpecitos con el dedo en la cabeza para que me mire. Cuando lo hace, le señalo una silla. Ella pilla la indirecta y se aparta para que pueda continuar la conversación caminando. Necesito moverme para poder expresarme con fluidez.

—Sí, ahora estoy bien porque volvemos a estar juntos. Saqué la cabeza del culo y reconocí lo que me negaba a admitir: que estaba absolutamente enamorado de ella. Durante el tiempo que hemos pasado juntos, mi vida ha cambiado a mejor y se lo debo a ella. Y ahora me estoy planteando el futuro. Sueño con una casa con un balancín en el porche, con perros y gatos, hijos y nietos. No le falta de nada, ni una puta verja blanca. Y en todos esos sueños, Skyler está a mi lado, dándome la mano. —Levanto la cabeza y veo que Sky está llorando y que Geneva le ha pasado un brazo por los hombros. Ella también tiene los ojos llorosos.

Frunzo los labios y sacudo la cabeza para romper el momento emotivo. Sky se encoge de hombros y yo le digo «Te quiero» sin hacer ruido para que sepa que también la estoy viendo en el presente y que el momento es tan intenso para mí como para ella.

—Lo que estás diciendo es que... ¿debo darle a Gabriel la oportunidad de quedarse?

Cierro los ojos y respiro hondo.

—Exacto. SoSo, tú no quieres vivir sola, pero si apartas a todo el mundo porque tienes miedo de que te dejen en algún momento, te estás perjudicando y estás perjudicando a los demás. Te acabarás quedando para vestir santos.

—¡Parker, yo hago perfumes, no ropa, me confundes con otra, mujeriego!

Me echo a reír a carcajadas.

—¡Cómo echaba de menos tus ocurrencias, SoSo! Tengo muchas ganas de verte. Tal vez cuando acabemos con este caso podríamos hacer escala en París.

—*Oh, mon cher.* Me encantaría. ¿Cuál de tus hombres está contigo?

—De hecho, ninguno. He venido con Skyler esta vez, pero Bo llegará a finales de esta semana.

—Me encantaría que vinierais. Me levantaría mucho la moral.

—Y, SoSo, no es verdad que yo te abandonara. —Skyler me mira a los ojos, y sigo hablando sin apartar la vista de ella—. Te quise en París y te sigo queriendo. Siempre serás una de mis mejores amigas, pero mi vida está en Boston y la tuya en París. Lo que tenemos que hacer es mantener el contacto más a menudo, *oui?*

—*Oui.* —Sophie asiente entre sollozos.

—¿Pensarás en lo que te he dicho? ¿Le darás otra oportunidad a Gabriel? No digo que te cases con él, pero no lo tires todo por la borda.

—¿Por la borda? ¿Estás en un barco?

—No, SoSo, es una expresión. —Sacudo la mano—. No me hagas caso, sólo dime que pensarás en ello.

—Sí, lo haré. Y ahora me voy. Tengo una reunión y antes tengo que lavarme la cara.

—Vale. Te llamaré más adelante y a ver si podemos vernos aunque sea un día o dos, ¿vale?

—*Oui. Je t'aime. Bonjour, mon cher* —me responde con la voz temblorosa, pero por ahora no puedo hacer nada más. He hecho lo que he podido y ahora es ella la que debe darle vueltas a solas. Espero que le cale en la mente. No ha sido fácil decirle lo que le he dicho. Ha sido como ponerme un enorme espejo delante.

—Yo también te quiero, SoSo. Adiós.

Cuando cuelgo, Skyler se abalanza sobre mí y me hunde la cara en el

cuello.

—¿Está bien Sophie?

Yo asiento y le acaricio la espalda; su calor es muy bienvenido.

—Sí, estará bien. Está un poco confundida. Tiene miedo de perder a Gabriel, igual que ha perdido a todo el mundo que ha pasado por su vida. Por eso he tenido que recordarle que seguía siendo su amigo y que a mí no me había perdido. Creo que lo entiende, pero el disgusto estaba haciendo que lo lanzara todo al mismo pozo de dolor y decepciones. Y cuando alguien cae en ese pozo, lo único que se puede hacer es decirle las cosas claras. Espero que lo haya entendido.

—Cariño..., las cosas que has dicho sobre nosotros... —La voz le tiembla, emocionada.

—Todo es verdad. —La tomo por las mejillas y le alzo la barbilla con los pulgares—. Todo. Verdad. Eres mi futuro, ahora lo sé, y no voy a permitir que los contratiempos de la vida arruinen lo que tenemos. Vamos a disfrutar de todos los días que nos regale la vida.

Ella me dirige una sonrisa beatífica.

—La ayudaremos.

«En plural. Nosotros.»

Porque eso es lo que somos ahora.

Una pareja.

Dos personas que se enfrentarán a la vida mano a mano.

De repente, los días no me parecen tan duros ni los años tan largos, porque tengo a alguien con quien compartirlos. La chica de mis sueños.

Por siempre jamás.

Al final de esa semana hemos recorrido Londres de cabo a rabo con Geneva y el equipo de seguridad. Hemos visitado el puente de Londres, el Big Ben y Buckingham Palace, y hemos subido al London Eye. Por desgracia, en la noria reconocieron a Skyler, y tuvimos que salir huyendo antes de que la multitud se hiciera demasiado grande. A ella no pareció importarle. Siempre está dispuesta a firmar autógrafos o a sacarse selfis con la gente. Nate, por el contrario, parecía estar a punto de perder la cabeza, y Rachel tuvo que quitarle de encima a un par de tipos antes de sacar la pistola Taser y amenazarlos con usarla si volvían a acercarse a Skyler.

En general, las cosas podrían haber ido mucho peor. Lo malo es que ahora la prensa sabe que estamos aquí y, por tanto, tenemos que extremar las precauciones. Y como reconocieron a Geneva James en las fotos, los paparazzi saben dónde buscarnos y Nate no nos deja salir a la calle.

Tanto Skyler como Geneva se sienten prisioneras y no les hace ninguna gracia. Cuando dos mujeres como ellas se unen para conspirar, puede pasar cualquier cosa. El que quiere escaparse se escapa, y estas dos quieren escaparse. No me cabe ninguna duda.

Suena el timbre y Nate y Geneva se dirigen a la vez a la puerta. Skyler se sienta en la butaca y apoya la cara en la mano. Está aburrida.

—Hola, grandullón. —Oigo a Bo dando palmadas a Nate en el hombro—. Y esta preciosa criatura debe de ser la señora Geneva James.

Mierda, será mejor que intervenga. De un salto, me levanto del sofá y voy corriendo a la entrada.

—Bo, me alegro de que hayas podido venir —lo saludo, pero él no aparta las manos del cuerpo de Geneva ni la vista de sus ojos.

—¿Qué pasa, hermano? —replica mirando a la autora.

Sacudiendo la cabeza, le doy una palmada en el hombro.

—Veo que ya has conocido a nuestra clienta, Geneva.

Él frunce el ceño.

—Pensaba que la clienta era Tannenbaum. No es lo mismo.

No, claro. Hay una gran diferencia si está pensando en acostarse con ella, teniendo en cuenta que no hace ni dos semanas que admitió que tirarse a las clientas probablemente era malo para el negocio.

—Venga, va, afloja, casanova —le advierto.

Pero Geneva interviene.

—Oh, no. No aflojes —le dice a Bo, coqueteando descaradamente.

«Me cago en la mar. Otra más que cae en sus redes.» Empiezo a oír las notas iniciales de la canción de Queen *Another One Bites the Dust* cuando Bo se inclina hacia ella para besarle la mano mientras le dirige una sonrisa quemabragas.

Pues vale. No es asunto mío. Joder, igual acostarse con el mayor mujeriego del mundo sea lo que Geneva necesita para romper el bloqueo. Por lo menos, no creo que le perjudique.

Geneva se aclara la garganta.

—¿Te apetece una copa?

—Sólo si me acompañas —replica Bo.

—Bueno, yo estaba tomando agua pero, pensándolo mejor, sí, tomaré una copa. Creo que a todos nos vendrá bien relajarnos un poco, ya que nos obligan a estar bajo arresto domiciliario —añade fulminando a Nate con la mirada.

El guardaespaldas se encoge de hombros.

—No voy a decirle que lo siento, señora James. Voy a hacer una ronda. ¿Rachel?

—Todo bien por aquí —responde ella desde la parte de atrás de la casa, donde probablemente está revisando que las puertas y las ventanas estén bien cerradas.

—Me alegro de verte, Bo. Tengo ganas de volver a Boston y que cumplas tu parte de la apuesta —lo saluda Nate.

Él sonrío con ganas por primera vez ese día, aunque es una sonrisa casi amenazadora, lo que no me extraña, sabiendo que Rachel tiene una buena carta en la mano. Bo va a tener que ponerse una falda en algún momento para pagar la apuesta por haber perdido contra ella en el toro mecánico. Me muero de ganas de verlo. Mi amigo es un tipo de palabra. No dudo de que cumplirá lo apostado; sólo espero estar ahí para verlo.

Él ladea la cabeza.

—Estoy listo para cuando quieras. Me he traído hasta una falda. —Le devuelve una sonrisa arrogante.

—Ya, claaaaro —dice Nate burlón, dirigiéndose a la puerta principal.

—¿Qué hay de esa copa? —Bo busca a Geneva con la mirada.

—Ya llega. —Ella se le acerca meneando las caderas. Antes de que Bo llegara no caminaba así.

Tengo que contenerme para no gruñir y recordarme que no es asunto mío.

Skyler se levanta de la butaca de un salto.

—¡Bo! ¡Me alegro mucho de que hayas venido! Nos estábamos muriendo de aburrimiento. —Se lanza a sus brazos y él la abraza fuerte.

—Yo también te he echado de menos, mi chica sexy. ¿Mi chico te trata bien? —La sujeta por los hombros y se separa un poco para mirarla.

Ella se ruboriza y asiente con timidez.

—Sí, me trata bien.

Bo le da un beso en la frente y me contengo otra vez para no gruñir. Sé que él es así con todo el mundo. Le gusta tocar y piropear a las mujeres, y eso incluye a las amigas. Bo es así y tengo que dejar que cree un vínculo con Skyler porque, tal como me ha demostrado mi amigo Bogart una y otra vez, no piensa dejarme nunca.

—Bien —murmura con la cara pegada a su pelo—. Te he echado de menos, sobre todo tu energía.

Cuando la suelta, yo no pierdo el tiempo. Me acerco a mi chica, la abrazo y la atraigo hacia mí, disfrutando al notar su cuerpo cálido pegado al mío.

Bo sigue de cháchara.

—Sin ti y sin Wendy en la oficina, aquello es un muermo. Royce me da casos sencillos, que se resuelven en un rato y que no tienen ningún interés. Sé que no puedo quejarme porque nos pagan por ello, pero cuando me llamaste pegué un salto de alegría. —Con una sonrisa radiante, se sienta en el sofá. Cuando extiende los brazos sobre el respaldo, la camiseta blanca se le estira sobre el pecho musculoso.

Geneva traga saliva con la vista clavada en el cuerpo de mi hermano, mientras le da un gin-tonic.

Bo lo acepta con una sonrisa ladeada.

—¿Qué es esto, cielo?

—Un gin-tonic. Te he preparado lo mismo que a mí porque estabas charlando y no quería interrumpirte, pero si prefieres otra cosa, te lo preparo en un momento.

Él niega con la cabeza.

—Cuando una mujer te prepara una copa te la bebes, aunque sepa a culo de castor, porque lo que importa es el gesto, no la bazofia. ¿Me sigues, nena?

Ella pestañea y sacude la cabeza.

—Pues no mucho, la verdad.

Él se echa a reír con ganas mientras me siento a su lado.

—No pasa nada, ya lo harás —le asegura en un tono que deja claro que está planeando dar el próximo paso.

Doy una palmada para que los tres se centren en mí.

—Mañana haremos la sesión de fotos. Amy dice que el modelo que contrataste para hacer de Dean se reunirá con nosotros en el estudio a las diez. Bo, ¿tienes el equipo a punto?

Él da un trago antes de responder con voz sugerente:

—Siempre, hermano.

Geneva se ruboriza y da vueltas a la pajita en su vaso. No pierde detalle del cuerpo de Bo ni de sus gestos. El lenguaje corporal no engaña.

Va a ser una noche larga.

—He traído lo imprescindible —añade Bo—. La iluminación y parte del equipamiento más pesado están ya en el set. También está preparado el vestuario, aunque no va a hacer falta gran cosa. —Le guiña el ojo a Skyler.

—Eh, un momento. —Frunzo el ceño—. ¿De qué estás hablando? Pensaba que el modelo iba a llevar traje y corbata.

Bo se echa hacia atrás y cruza las piernas.

—Lo llevará durante parte de la sesión, pero quiero hacer algo más sexy, más erótico.

Me empiezan a sudar las manos y de pronto el cuello de la camisa me

queda pequeño.

—¿A qué te refieres?

—Quiero que el modelo y Skyler vayan desnudos de cintura para arriba. Ver si hay química entre ellos y aprovecharla para hacer fotos sexys, que derritan las retinas de quien las mire.

No aguanto más y me levanto bruscamente.

—¡A ver, un momento! Esto no es lo que hablamos, joder.

Skyler se acerca y me apoya una mano sobre el corazón.

—He hecho fotos con poca ropa antes. No pasa nada. Es para la cubierta de un libro. Buscamos crear una ilusión; no es real.

Por encima del hombro de Skyler, fulmino con la mirada a Bo, que está sonriendo como un idiota.

—¡Te estás quedando conmigo!

—¡Claro! —Se echa a reír.

Apretando los dientes, sujeto a Skyler por las caderas en un gesto posesivo y le digo:

—No tienes por qué hacer esto. Si no te sientes cómoda...

—Cariño —me interrumpe—, creo que eres tú el que no se siente cómodo. Relájate y confía en mí. —Me acaricia el pecho—. Confía en tu corazón. Sabes que conmigo está a salvo.

Cierro los ojos y respiro lentamente durante un minuto, contando del uno al diez y del diez al cero varias veces para recuperar la calma.

—Confío en ti —le digo a mi chica, y la beso en los labios para sellar mi admisión con un gesto físico—. Es en ese capullo en quien no confío. —La abrazo con fuerza.

Bo sacude la cabeza y tamborilea los dedos contra el vaso.

—Hermano, es que me lo pones tan fácil...

Al día siguiente llegamos al estudio a las nueve para que tengan tiempo de peinar y maquillar a Skyler. El modelo todavía no se ha presentado. Cuando acaban de preparar a Sky con una camisa blanca, una corbata negra colgando del cuello, como si acabara de quitársela a su hombre, y las piernas bronceadas y tan cubiertas de loción que brillan a la luz de los focos, empiezo a preocuparme porque el modelo sigue sin aparecer.

—¿Quieres que te saque algunas fotos a ti sola, Sky? —propone Bo, que lleva unos vaqueros oscuros y una camiseta blanca con cuello de pico, acercándose con la cámara en la mano. De vez en cuando varía el color de la camiseta y se cambia el negro por blanco, gris oscuro o azul marino.

Ella frunce el ceño mientras se atusa la melena.

—¿Todavía no ha llegado?

Reviso el teléfono por enésima vez y me fijo en que Geneva está hablando por el suyo al otro lado del set. Está andando de un lado a otro y no parece muy feliz.

—Sí, que te saque algunas fotos a ti sola y yo mientras tanto iré a ver qué pasa.

Me acerco con la mosca detrás de la oreja a Geneva, que parece que haya estado chupando limones.

—Pero Skyler ya está aquí. Y no, no puede alargar la estancia. Lo tenemos todo a punto, ha venido un fotógrafo y... —Se pasa la mano por el pelo, que lleva recogido en una trenza—. Sí, lo entiendo. Gracias por avisar.

—¿Qué pasa?

Geneva cuelga y se guarda el móvil en el bolsillo trasero de los vaqueros.

—No va a venir. —Le tiembla el labio y se le humedecen sus bonitos ojos azules—. Después de haber montado todo esto... —Señala hacia donde Sky está posando y Bo disparando.

—¿Quién no va a venir?

—Barron, el modelo que sale en las dos cubiertas. Tiene gripe intestinal. No se atreve a salir de casa. Y cuando se recupere se irá del país; tiene una sesión de fotos en el extranjero. —Se le encorva la espalda mientras suelta el aire desanimada—. Se ha fastidiado todo.

Me vuelvo hacia Skyler, que está sentada en un taburete, como si montara a caballo. Se está aguantando los faldones de la camisa con las manos para taparse las partes, pero tiene las piernas separadas, luciendo sus tonificados muslos. Con la melena cubriéndole parte de la cara, le está dirigiendo a la cámara una mirada tan jodidamente sensual que la polla me cosquillea de ganas de acercarme a ella. El corazón se me dispara, consciente de que, si la sesión no funciona, el plan de hacer que Geneva vea a sus personajes cobrar vida será un enorme fiasco.

Entonces recuerdo lo que ella dijo en la librería. Me dijo que pensaba que yo sería un Dean perfecto si Simone era Skyler. Bueno, no será la primera vez que me saque fotos con mi chica. Y la otra vez no salió nada mal.

—Tengo una idea. La pongo en marcha y me dices qué te parece, ¿vale?

Ella se seca una lágrima.

—Lo siento mucho, Parker.

—No lo sientas. Las cosas están a punto de mejorar. O eso espero.

Me acerco a Skyler y me meto dentro del campo de acción de la cámara.

Hundiéndole la mano en el pelo, la obligo a levantar la cabeza hacia mí mientras hago girar el taburete hasta que quedo entre sus piernas y la cámara nos capta de perfil.

—Ponme las manos en el culo.

Cuando lo hace, me inclino hacia ella hasta que mi boca casi le roza los labios. Sky contiene el aliento y la cámara se vuelve loca.

—Perfecto. Levanta la pierna y rodéale la cintura con ella, Skyler.

Ella sigue las instrucciones de Bo y pasamos unos minutos acariciándonos y rozándonos la nariz o las mejillas. Le recorro el cuello con los labios, en una pose que he visto alguna vez en cubiertas de novelas románticas.

Bo deja de disparar.

—Quítate la ropa, tío. Quiero ver la corbata de Skyler alrededor de tu cuello.

Me quito la americana y Geneva se apresura a recogerla.

—Quedáis increíblemente bien juntos. Creo que no hay en el mundo dos personas que den más el papel de Dean y Simone. —Se nota que está contenta, y eso me quita los nervios.

—Me alegro de que veas que los personajes cobran vida.

Skyler se echa a reír y me quita la camisa.

—Que empiece el espectáculo, cariño. —Sky me arrastra hasta donde una empleada del estudio me embadurna el pecho con un montón de aceite que me hace brillar los pectorales y la tableta de chocolate.

Bo y un empleado del estudio cargan un diván de terciopelo rojo intenso con espirales doradas pintadas en la madera. Es muy elegante, pero está a punto de quedar embadurnado de aceite.

—Desabróchate los pantalones. Quiero que se te vea un trozo de nalga,

Park —me ordena Bo, y yo lo hago. Al desabrocharlos y soltar un poco la cremallera, me bajan hasta las caderas—. Sky, desabróchate la camisa y muéstranos qué hay debajo.

Me vuelvo hacia él y le enseño los dientes.

—¡Que te jodan!

—Tío, lleva un conjunto de encaje negro que tiene que verse en la cubierta. Deja de comportarte como un capullo y ponte encima de tu mujer — me rebate en un tono que no admite discusión, aunque sigo teniendo ganas de partirle la cara por pedirle a Skyler que se desnude delante de él—. Que te montes sobre ella —grita con la cara escondida tras la cámara.

Le hago una peineta antes de volverme hacia Skyler, que me está dirigiendo una sonrisa irresistible mientras me invita a acercarme a ella con el dedo. Separa una pierna y veo un trozo de sexy encaje negro cubriéndole la entrepierna. El sujetador le realza los pechos, que están tan apetecibles que tengo que controlar la reacción de la Bestia pensando en mi madre leyéndoles cuentos a los niños en la biblioteca.

—Haré un esfuerzo —bromeo sonriendo y devorando su precioso cuerpo con la mirada.

—Ven aquí, niño bonito. ¡Ataca! —me provoca Sky.

Me acerco al diván donde ella se ha tumbado y me cierno sobre sus curvas. Le acaricio el muslo hasta llegar a la cadera, donde clavo los dedos. Sky me atrapa con la otra pierna y me atrae hacia sí.

La cámara empieza a disparar, pero no puedo resistirme y la beso. No oigo nada aparte de su respiración y de los pequeños gemidos que salen de sus labios húmedos y brillantes mientras los succiono y los mordisqueo.

Mi chica también se entrega, arañándome la espalda suavemente, provocándome. Cuando gruño, ella echa la cabeza hacia atrás, siguiendo las

líneas del diván, como si me ofreciera el cuello. Se lo recorro con los labios de arriba abajo, como si estuviéramos solos.

Y, de pronto, estamos solos. Todo lo demás desaparece. Somos ella y yo, y su cuerpo me pide que me apodere de él. Le beso el cuello mientras la agarro por las nalgas y uno nuestros cuerpos, proporcionándonos una fricción que ambos necesitamos.

—Dios, Melocotones, hueles y sabes como el propio cielo.

Ella suspira y deja caer la cara a un lado. Sus labios se abren en una exclamación muda cuando succiono en el espacio entre sus pechos.

—Joder, Gen, esto es un tesoro. ¿Qué te parece? —oigo que pregunta Bo, pero su voz me llega amortiguada, como si estuviera muy lejos.

Entonces otra voz se cuele, recordándome que no estoy en un sitio privado, sino en un estudio fotográfico lleno de luces y focos.

—Increíble —comenta Geneva, y sus palabras se abren camino entre la nebulosa de lujuria que se ha adueñado de mi mente—. Estos dos fueron hechos para estar juntos.

Al oírla, me apodero de la mejilla de Skyler y uno nuestras caras tanto como puedo, olvidándome de la cámara y convirtiendo el momento en uno sólo para los dos.

—Estoy de acuerdo. Fuiste hecha para mí, Sky. No voy a volver a estar ni un día más sin ti.

Ella me echa los brazos al cuello y me aprieta las caderas con las piernas.

—No tendrás que hacerlo. Nunca te voy a dar razones para que me dejes y no voy a hacerte daño. Te lo prometo, cariño.

La beso apasionadamente y la cosas vuelven a escapársenos de las manos. Ambos nos olvidamos de dónde estamos y de quién está mirando.

Bo se aclara la garganta cuando yo la embisto con las caderas, provocándole un gemido.

—Eeehhh, tío y tía, estáis en una sesión de fotos. Hay seis personas mirando cómo os lo montáis. ¿Os importaría aflojar un poco para que podamos hacer las fotos que necesitamos para el libro?

Skyler rompe a reír y yo la imito. Me echo hacia atrás y me siento sobre los talones. Un poco de distancia para recobrar el aliento y dejar que la Bestia se calme me parece buena idea. Miro a Bo por encima del hombro.

—¿Qué viene ahora?

Él ladea la cabeza.

—Pues ahora me gustaría que te arrodillaras en el suelo, delante de ella. Sky, quiero que le rodees la cintura con las piernas y que lo abras contra tu pecho pero sin apretar, para que no se le chafe la cara. Cierra los ojos y acarícialo el pelo.

Skyler y yo seguimos sus instrucciones y la cámara vuelve a disparar. Ella me acaricia la cabeza, hundiéndome los dedos en el pelo, y yo suspiro contra su pecho, disfrutando al sentir las caricias de mi mujer, que calman el fuego que arde en mí. Sé que, aunque se calme, sigue encendido, esperando a que ella le añada gasolina y lance una cerilla para que la hoguera vuelva a convertirse en un incendio sin control. Puedo esperar. Aguardaré hasta que estemos a solas esta noche. Ahora se trata de disfrutar del momento y aprovechar para tocar a mi chica tanto como pueda.

—Vale. Ahora quiero subir un poco la temperatura. ¿Estáis conmigo o voy a tener que ponerme a hacer fotos pastelosas? —nos dirige una mirada desafiante.

—¿En qué estás pensando? —replico.

—Quítate los pantalones. Y tú, Sky, quítate la camisa. Vamos a hacer fotos

en ropa interior.

Skyler se levanta, se quita la camisa y la deja caer. Mordiéndome la lengua, sigo el ejemplo de mi mujer. Me levanto y dejo caer los pantalones al suelo.

Reto aceptado.

A estas alturas, Bo ya debería saber que seguiría a mi mujer hasta el fin del mundo. Sobre todo cuando parece una diosa cubierta con encaje negro.

—¡Necesitamos aceite por aquí! —grita Bo—. Y vestuario. Quiero ver a Skyler con ligeros y con zapatos de tacón negros. Si tenéis algunos con suelas rojas, mejor que mejor. Estoy seguro de que a Simone le quedarían de muerte los Louboutin. Vamos, sacad la artillería sexy.

Con las manos en la cintura, sacudo la cabeza mientras Skyler sale del set. Bo levanta la cámara y me saca unas cuantas fotos a mí solo.

—Mueve las manos, tío. —Me enseña una serie de poses y yo las imito, y luego, cuando me suelto, empiezo a improvisar—. Flexiona los músculos, Park.

Hago lo que me pide, pero se me escapa la risa.

—Estás disfrutando demasiado con esto —lo acuso.

Bo sonrío desde detrás de la cámara.

—¿Qué quieres que te diga? Estás bueno y sé que las lectoras de romántica se volverán locas al ver estas fotos. Creo que estaría bien que las publicáramos para que hicieran comentarios en las redes. Geneva lee esas respuestas y seguro que le inspiran escenas sexys.

Me llevo la mano a la nuca y miro a un lado. La cámara dispara.

—No es mala idea.

Él se ríe.

—Lo sé. Es mía.

Pongo los ojos en blanco, pero sonrío. Bo se acerca y me saca un primer plano.

—¿Sabes qué, hermano? —Le da la vuelta a la cámara y mira la pantalla—. Si lo de International Guy no acaba de funcionar, puedes dedicarte a hacer de modelo. Estas fotos son la caña. Si me fueran los tíos, me lo montaría contigo. Mira tu cuerpo en esta foto. Joder, estás de escándalo. —Ladea la cámara para que vea lo que está viendo él.

Las fotos son sorprendentemente buenas. Incluso en ropa interior, no se me ve viejo ni fofo. Los abdominales parecen tallados en cemento. Los pectorales son dos grandes cuadrados, pero no demasiado abultados. Lo mejor son los hombros. No me había dado cuenta de lo bien que me habían sentado las tardes pasadas en el gimnasio. Anchos y musculosos, con la capa de aceite y la luz adecuada, son dignos de fotografiar. Por unos momentos, me doy permiso para disfrutar de lo que he conseguido a nivel físico. Bo ha capturado mis mejores atributos. Sus imágenes son una demostración de que es cierto lo que se dice: la luz lo es todo.

Skyler sale con un conjunto de lencería totalmente distinto. También es de encaje, pero éste es rojo y negro. Se ha puesto ligeros a juego y medias de seda. En los pies lleva los zapatos de tacón más altos que le he visto hasta ahora.

Se acerca a mí y me apoya la mano en el pecho.

—¿Te gusta?

Se me hace la boca agua al verla. Le recorro el borde del sujetador con un dedo hasta que contiene el aliento. Luego le recorro las costillas, y descendiendo hasta las caderas. Las puntas rugosas de los dedos se me enganchan en el encaje y se deslizan por las partes satinadas del conjunto. La agarro por las

nalgas y la pego a mí. Me estoy acostumbrando a la cámara, que se dispara cuando menos lo esperamos.

Bo se agacha para quedar al nivel del culo de Sky.

—Clava las manos, tío.

Cierro los ojos y trato de olvidarme de la cámara y de imaginarme que estoy a solas con mi chica, metiéndole mano en el culo.

—¡Joder, sí! ¡Ha quedado teta!

—¿Teta? —protesto, cabreado por la familiaridad.

—Ya sabes. No hay nada mejor que un bonito par de tetas. Estas fotos van a ser increíbles y de lo más sexys. Ahora dale la vuelta a tu chica, ponle las manos sobre sus partes para que no asome nada y vamos a ponernos un poco guarros.

—¿Te atreves? —le susurro con la boca pegada a la sien mientras le apoyo la mano en el sexo en actitud posesiva.

Sky contiene el aliento y se deja caer hacia mí.

—Si me ayudas a mantenerme en pie. Estos zapatos me están matando y tengo miedo de caerme.

Los dos nos echamos a reír y Bo nos saca fotos eróticas mientras nos reímos como un par de idiotas.

—Dios, cómo te quiero. —Le beso la mejilla y ella cubre mis manos con las suyas, haciendo que Bo grite de felicidad.

—Yo también te quiero. Gracias por sostenerme.

Yo la agarro con más fuerza y ella se muerde el labio y jadea.

—Siempre, Melocotones. Siempre, joder. —La beso en el vértice entre el hombro y el cuello, mi lugar favorito en el mundo entero.

—¡Brillante! ¡Jodidamente asombroso! —exclama Bo.

Cuando saca su vena artística, es absurdo tratar de resistirse porque el resultado suele ser excepcional. Y, francamente, estoy abrazando a mi mujer, que va vestida con sugerente lencería de encaje y unos tacones de infarto. Sería un capullo si me resistiera.

Me despierto con un molesto zumbido en la cabeza, como si mil avispones se me hubieran instalado bajo el cráneo, aunque el resto de mi cuerpo está a gusto, cubierto por algo cálido y suave. Pestañeo en la oscuridad de la habitación, que no es la mía. Aunque me cuesta reconocer dónde estoy, el cuerpo que me cubre es muy familiar. El aroma a melocotones con nata de Skyler me envuelve, igual que ella. *Flashes* de la noche pasada me vuelven a la memoria, como si fueran una película en technicolor.

Tomando chupitos con Bo, Skyler y Geneva.

Geneva preparándonos una cena casera.

Un juego de adivinanzas con alcohol de por medio.

Más alcohol, ahora sin adivinanzas.

Los labios de Skyler sobre los míos mientras la empotro contra los escalones de la escalera.

Llegar a duras penas a una habitación oscura que olía a sábanas limpias.

Skyler de rodillas y yo pegado a la puerta mientras ella succiona con fuerza.

Yo de rodillas en el borde de la cama, con los muslos de Skyler sobre mis hombros y sus tobillos en mi espalda.

Mi chica, montándose con ganas, mirándose a los ojos.

Yo montando a Skyler y mirándola a los ojos.

El cabecero golpeando la pared mientras yo aprieto los dientes hasta que los dos nos corremos juntos en un estallido final de energía antes de caer desplomados.

Mierda, mientras las imágenes se combinan en mi mente, la Bestia vuelve a la vida. Se ve que quiere repetir. Skyler alza el muslo, frotándose contra mi amiguito, que está haciendo méritos para que le quite el diminutivo. Gruño y me estiro para librarme de la tensión muscular. Por Dios, me siento como si ayer hubiera corrido un maratón y luego alguien me hubiera golpeado la cabeza con un bate de béisbol varias veces para divertirse.

Skyler suspira mientras parpadea. Haciendo una mueca de dolor, se lleva la mano a la cabeza.

Yo le recorro el muslo hasta llegar al culo y se lo pellizco, haciéndola reír, pero la risa se transforma en un gemido de dolor. Se tumba de espaldas en la cama y yo me acurruco a su lado. La punta rosada de su pezón me hace cosquillas en la nariz. Inhalar su aroma me calma, y trato de volver a dormirme pegado a mi chica, pero ella tiene otros planes.

Me acaricia la cabeza mientras se aparta de mí.

—Cariño, me estoy meando viva. —El sufrimiento que oigo en su voz me llega al cerebro, pero me cuesta soltarla porque estoy muy lento de reflejos. Finalmente lo hago y ella se queda unos momentos sentada con la cabeza entre las manos antes de ponerse en pie, tambaleándose.

—¿Qué demonios bebimos anoche?

Notando un regusto agrio en el estómago, me cubro los ojos con el antebrazo.

—Creo que la pregunta adecuada sería: «¿Qué no bebimos anoche?». Recuerdo que empezamos con vino y luego nos pasamos a los licores. Whisky hubo, seguro.

—Aaahhh —refunfuña mientras se pone mi camisa por los hombros. Veo la sombra de un chupetón que le hice anoche.

Por el amor de Dios, esta mujer está igual de sexy ahora, con el pelo

alborotado, que ayer en la sesión de fotos, maquillada para matar.

Se me seca la garganta mientras la devoro con la mirada.

—Soy un cabrón afortunado. Sky, no me dejes nunca. —En mi voz oigo cansancio, inseguridad, algo que no suelo expresar en público, y sobre todo honestidad. Honestidad total.

Ella se detiene junto a la puerta y me mira por encima del hombro.

—Sigue amándome bien y nunca te dejaré. —Me guiña el ojo y cierra la puerta de lo que supongo que es el baño.

Estoy seguro de que Skyler podría hacerme pedazos si se lo propusiera. Tiene mi alma y mi corazón en la palma de la mano.

Me froto la frente dolorida y miro a mi alrededor. Al ver las paredes azules y las livianas cortinas blancas, recuerdo que no sé dónde coño estamos. Me siento en la cama y mi cabeza protesta, martilleando con fuerza. Necesito un abrevadero lleno de café y un montón de ibuprofenos, tal vez incluso un chupito de whisky si es que dejamos alguna botella sin beber anoche.

Oigo la cadena del váter y luego el ruido del agua del grifo. Skyler sale del baño y se sienta en el borde de la cama y me busca con la mano. Yo se la aprieto y ella hace una mueca.

—Creo que estamos en casa de Geneva.

—Lo último que recuerdo es que bebimos mucho, que te besé en la escalera y que te follé como un poseso.

Ella sonrío y se inclina hacia mí para besarme con dulzura.

—No, señor. Fui yo la que te folló como una posesa. —Me clava el dedo en el pecho.

—En todo caso, hemos de ponernos algo encima y averiguar qué pasa en el mundo fuera de nuestro nidito de amor improvisado.

A ella se le escapa la risa.

—Nidito de amor. Yo diría más bien picadero. Mira lo que me hiciste anoche... —Se levanta la camisa y me enseña los chupetones que tiene en el pecho y las puntas enrojecidas de los pezones, que, al parecer, succioné con ganas. Luego se señala las caderas, donde le he dejado las marcas de los dedos.

—¿Debo pedirte perdón? —Haciendo un esfuerzo, adopto una expresión facial neutra, para que no se dé cuenta de lo orgulloso que me siento de esos recuerdos que le he dejado y que demuestran que le he dado lo suyo bien dado.

Skyler se ríe a carcajadas y me aparta las mantas del pecho.

—¡Ni hablar! Yo también te he dejado marcas. —Me recorre el torso con los dedos, donde se ven largas líneas rojas con las uñas, y luego me señala el pecho. Yo también tengo dos grandes chupetones.

Sonriendo, señalo el más grande, que queda sobre mi corazón.

—Llevo mis marcas de amor con orgullo.

—Igual que yo. —Con la punta de los dedos me acaricia los abdominales, que se ondulan de placer—. Además, lo tengo todo muy confuso. —Suelta todo el aire—. Lo único que recuerdo es hacerlo contigo en todas las posturas posibles.

No logro contener la gran sonrisa que se adueña de mi cara. Al verla, ella me empuja.

—¡Oh, eres un machito!

La abrazo por la cintura y la atraigo hacia mí.

—¿Te duele en otras partes? —le susurro con la boca pegada a sus labios. Le succiono el labio inferior y le doy un mordisquito.

Ella se ruboriza un poco al responderme.

—Sí.

Le doy una palmada en el culo, con fuerza, aunque sé que debe de dolerle.

—¡Entonces tu hombre ha cumplido, unga, unga! —Hago ruidos como los que me imagino que podría hacer un neandertal.

Skyler se ríe con tantas ganas que se desploma sobre mí, hasta que el dolor de cabeza la hace gruñir.

Hago una mueca.

—Hemos de ir a buscar analgésicos.

—Estoy de acuerdo —murmura dolorida.

—Venga, arriba. —Vuelvo a darle una palmada en su delicioso culo.

Ella se levanta lentamente, apoyándose en mí. Yo la sigo y me visto, poniéndome la camiseta blanca interior y los pantalones. Skyler se pone las bragas por debajo de mi camisa. Y así, suficientemente decentes, salimos de la habitación.

Una vez fuera, verificamos que estamos en casa de Geneva. El olor a beicon y patatas fritas me lleva hacia la escalera. La necesidad de llenar el estómago con tanta grasa como sea posible me hace salivar. Cuando llegamos a lo alto del descansillo, oigo un sonido de teclas que llega desde el despacho de la autora. Me llevo el dedo a los labios pidiendo silencio.

Skyler asiente y juntos nos acercamos a la puerta.

Una vez allí, nos encontramos con una visión asombrosa. Geneva, vestida con un picardías de raso color borgoña, está tecleando con entusiasmo. Lleva el pelo igual que Skyler, hecho un lío, pero de otro color. Presiono el vientre de Sky para alejarnos de allí y no molestarla.

Bajamos los escalones de uno en uno, lamentándonos a la vez de múltiples dolores. Una vez abajo, seguimos el rastro de la comida hasta llegar a la

cocina. El cocinero es Bo, que nos recibe a pecho descubierto. Sólo lleva los vaqueros y una radiante sonrisa en la cara. Su pelo está enmarañado, lo que demuestra que él también acaba de levantarse de una cama muy activa.

—Buenos días, SkyPark —nos saluda usando el nombre que nos puso la prensa.

—Puff —resopla Sky. Se sienta en un taburete y apoya la cabeza en las manos, haciendo que los puños de la camisa se abran y caigan sobre las mangas.

Con la espátula en el aire, Bo da unos pasos, coge un bote de pastillas de la encimera y se las da.

—Toma, piernas bonitas. Deja que te traiga un poco de agua.

—Dios te lo pague, amigo.

Él se ríe. Parece estar en plena forma, sin rastro de resaca, lo que me toca las narices. A ver, sé que Bo sabe beber, pero no tanto. Y anoche los dos bebimos lo mismo.

—¿Qué demonios has hecho para estar tan fresco? —refunfuño sentándome junto a Skyler, que abre el frasco de pastillas, se echa cuatro en la mano y me las da antes de repetir el proceso.

Se las mete en la boca y se las traga, bebiéndose la mitad del agua del vaso. El resto me lo da a mí, y la imito.

Bo vuelve a los fogones y le da la vuelta al beicon. Prácticamente noto su deliciosa grasa en la lengua sólo con el olor.

—Y te acostaste al mismo tiempo que nosotros —insisto.

Él vuelve la cabeza y nos mira con la ceja alzada.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Rebuscando entre los recuerdos, veo a Geneva señalarnos una

puerta mientras ella entraba en su habitación con Bo, presumiblemente para divertirse de la misma manera que nosotros.

Él niega con la cabeza.

—Te equivocas. Geneva acababa de pasar por un período de sequía. He estado toda la noche asegurándome de inundar todas sus zonas inundables — nos dice con una sonrisa canalla, y yo finjo una arcada.

—Bien hecho, hermanoooo. —Skyler levanta el puño y Bo lo hace chocar con el suyo.

—Nena, no lo jalees.

Skyler apoya el codo en la mesa y la cabeza en el puño.

—¿Por qué no? Geneva es una mujer adulta que tenía ganas de pasar un buen rato con un hombre. Míralo. No podría haber elegido mejor. —Mi chica bosteza y cierra los ojos.

Un fuego prende en mi interior, calentándome el pecho hasta que siento ganas de escupir fuego.

Skyler abre los ojos y me mira a mí y luego a Bo, que tiene los brazos cruzados sobre el pecho.

Flexionando los bíceps, mi amigo me dice:

—Tu mujer piensa que estoy bueno.

Sky endereza la espalda y abre mucho los ojos. Me señala a mí y luego a él.

—¡Ah, no! Lo habéis sacado de contexto. —Se baja del taburete, se coloca entre mis piernas y me abraza por la cintura—. Nadie está más bueno que tú. Lo que quiero decir es que tu hermano, Bo, es un tipo guapo y Geneva una mujer hermosa. Si quieren pasárselo bien un rato, ¿por qué no van a hacerlo? —Con los labios pegados a mi cuello, añade—: Ya sabes lo que quería decir.

Inhalo profundamente su aroma y suelto las inseguridades que querían adueñarse de mí. Skyler tiene derecho a decir lo que le apetezca y yo debo ser lo bastante hombre para aceptar que me quiere, quiere estar conmigo y me encuentra atractivo. Yo soy el hombre que ha elegido. Y que piense que alguien más es atractivo no significa que los desee. Es simplemente una observación.

Respiro mientras me libero de los restos de mi estupidez y le acaricio la sien con la nariz antes de besarla allí. Bo ladea la cabeza, probablemente esperando a que empiece a gritarle, pero esta vez no pienso darle esa satisfacción.

—Maldita sea, esta mujer te está cambiando —me pica, y se vuelve para ocuparse del desayuno.

—A mejor. —Abrazo a mi chica y dejo que el calor de su cuerpo me libere de las tensiones antes de que se transformen en algo de lo que no me siento orgulloso.

Skyler levanta la cara y me acaricia la mejilla.

—Te quiero.

—Lo sé.

—Y creo que eres el tío más bueno que he visto nunca.

—No necesito que me digas eso. Soy lo bastante hombre para aceptar que mi mujer tiene ojos en la cara. —Miro a Bo, fijándome en su cuerpo musculado. Entrena duro y eso se nota en sus músculos—. Tienes razón, está bueno, pero no le digas que lo he dicho —le susurro.

—¡Te he oído! —grita para hacerse oír por encima del extractor—. Piensas que estoy bueno. —Menea el culo, haciendo el payaso.

Skyler contempla el espectáculo y luego me frota la barbilla con la nariz para llamar mi atención.

—Tú estás más bueno.

—¿Has oído eso? —le grito a Bo tan alto como me permite mi cabeza dolorida.

Él sube la velocidad del extractor.

—No he oído nada; estoy cocinando.

—Cabrón. —Sonriendo, contemplo cómo mi amigo prepara el desayuno.

Skyler se mete en la boca otra cucharada de huevos revueltos y gime de placer.

—¿Está bueno? —le pregunta Bo.

Ella asiente sin dejar de comer.

—¿Es otra de las recetas de mamá Sterling? —le pregunto.

Él niega con la cabeza.

—No, mi madre me enseñó a preparar un buen desayuno sureño cuando era niño. Al llegar a la adolescencia, ya dominaba todos los tipos de desayuno: huevos, beicon, tortitas, tostadas, galletas, salsa... Nada se me escapa. —Se mete unas cuantas patatas fritas en la boca.

—Pensaba que te habías criado en Boston como Parker o Royce — comenta Skyler, dando golpecitos en el plato con el tenedor.

—*Nah*, nací y me críe en Nueva Orleans. Crecí con mi madre y mis hermanas, soy el pequeño de cuatro.

—¡Cuatro! —A Skyler se le abren mucho los ojos mientras pincha unas patatas.

Bo se echa a reír.

—Sí, señora —replica cargando las tintas en el acento sureño que suele ocultar.

—¿A qué se dedican tus padres? —le pregunta Sky, y me extraña que Bo no la haya hecho callar todavía. No le gusta hablar sobre su familia. Que lo haga demuestra que la ha aceptado como una más de nuestra pequeña familia.

—Mi madre, Elizabeth, es diseñadora de moda.

—¡No! ¡Oh, Dios mío! No había hecho la conexión. Tu madre es Liz Montgomery. En una ocasión me puse uno de sus vestidos para ir a un evento con alfombra roja. Tiene muchísimo talento.

—Así es. —Bo asiente y se le hincha el pecho de orgullo mientras endereza la espalda—. Mis hermanas trabajan con ella en el negocio familiar. Una es la modista de confianza de mi madre, la otra diseña y la tercera es la encargada de la tienda oficial en Nueva York. Se están expandiendo por todo el país y me han pedido que me una a la empresa, pero...

Todavía me duele la cabeza, pero aun así me salta la alarma al oírlo.

—Bo, no me habías comentado que querían que trabajaras con ellas. —No puedo ocultar la preocupación. El filtro no me funciona como debería.

Él se encoge de hombros y se levanta dejando el desayuno a medias, como si huir fuera más importante que llenar el estómago.

—¿Lo sabe Royce?

Él suspira y tira los restos del desayuno a la basura.

—No, y te agradecería que no se lo contaras.

Su respuesta hace que me tense y eche la silla hacia atrás.

—¿Por qué demonios no?

—Porque no hace falta. No voy a aceptar su propuesta, así que no es importante.

Me acerco a Bo, olvidándome del desayuno.

—Tal vez no te venga mal darle unas cuantas vueltas, hablarlo con nosotros. No te echaríamos en cara que te fueras para ayudar a tu familia.

Él me mira con el ceño fruncido.

—¿Y qué pasa con nuestra familia, con nuestra hermandad? ¿Qué pasa con International Guy? La levantamos los tres juntos. Y ahora Wendy forma parte del equipo y nos va mejor que nunca. Joder, la última vez que hablé con Royce del tema me mencionó la posibilidad de expandirnos por el país y contratar a un abogado. ¿Y me dices que abandone el barco ahora que empezamos a ver los resultados de tantos esfuerzos?

Me apoyo en la encimera negando con la cabeza.

—No, en absoluto, pero estamos hablando de tu madre y tus hermanas. Si quisieras trabajar con ellas, estoy seguro de que encontraríamos la manera de arreglarlo, de compartirte. Nunca te apartaríamos de algo que fuera una obligación moral para ti.

Él coge el trapo y se limpia las manos.

—Ya, eso está muy bien, pero mi sitio está en IG. Mi madre creó la marca Montgomery, igual que yo ayudé a crear la marca IG, y estoy muy orgulloso de lo que hemos conseguido. Ahora mismo nuestra capacidad de crecer es ilimitada y quiero estar ahí en cada jodido paso que demos... si te parece bien —dice con firmeza.

Levanto las manos en señal de rendición.

—Claro, hermano. IG es tuyo, ya lo sabes, pero si algún día cambias de idea y necesitas hacer otras cosas, Roy y yo te ayudaremos. Si quieres probar temporalmente para ver lo que se siente formando parte del negocio de los Montgomery, te apoyaremos. Sólo digo eso.

Bo alza la barbilla; tiene los dientes apretados.

—¿Todo aclarado? —Necesito que me lo confirme.

Él relaja los hombros y me ofrece la mano. Cuando se la estrecho, Bo me atrae hacia sí y me da un abrazo apretado, palmeándome la espalda, lo que me provoca un horrible dolor de cabeza.

—Todo aclarado, tío. —Me da una última palmada, que me hace ver las estrellas y me obliga a apoyarme en la encimera.

—¿Más café? —me pregunta.

—Sí, joder.

Él se echa a reír.

—¿Puedes explicarme cómo lo has hecho para no tener resaca? —Vuelvo a sentarme ante mi plato. Skyler ya se ha acabado el suyo y está mordisqueando otro trozo de beicon. El estómago de mi chica es un pozo sin fondo tras una noche de alcohol, pero no me sorprende; ya lo comprobé la primera noche que nos pusimos pedo.

—No he dormido en toda la noche. Estoy agotado, tío —dice riendo.

Frunzo el ceño.

—Pero he visto a Geneva en su despacho, tecleando como una posesa.

—Sí, al parecer lo que habéis estado haciendo con ella durante estos días, unido a una noche de sexo salvaje, les ha puesto las pilas a las musas. Se ha acabado el bloqueo.

—¿En serio? —pregunto, esperanzado, y el corazón se me acelera.

Él me sirve otra taza de café tal como me gusta antes de sentarse delante de mí.

—Sí, la primera vez le di un par de orgasmos de primera categoría y me fui a duchar. Cuando salí, ya estaba tecleando. Me senté en su despacho y estuve leyendo uno de sus libros hasta que vino buscando más. Me la follé con

ganas y luego volvió a darle a la tecla. Y así hemos pasado la noche. Me he encargado de que no le faltara comida y agua mientras escribía. Ha sido una gran noche de polvos y escritura. Ahora me gustaría poder echar una siesta antes del próximo asalto. Esa mujer es una fiera en la cama.

Skyler se ríe, pero yo hago una mueca.

—Demasiada información, hermano. No te pases.

En ese momento aparece Geneva, que se ha puesto un salto de cama de seda que le llega hasta los tobillos.

—¿Tienes hambre, cielo? —le pregunta Bo.

Ella sonrío, se le acerca y se apodera de su boca en un beso incendiario. La temperatura de la cocina sube tanto que Skyler y yo apartamos la mirada.

—Sí —susurra ella.

—¿Y de comida?

—De ésa también.

Bo gruñe y le muerde el cuello hasta que ella se echa a reír como una niña. Cuando acaban de dedicarse vomitivas demostraciones de afecto que no creo que pueda olvidar nunca, Bo la suelta y le da una palmada en el culo.

—Siéntate. Tengo un plato preparado para ti.

Geneva se sienta a la mesa y se aparta el pelo de los ojos.

—Uau —susurra mirando a Skyler, y mueve la mano como si acabara de tocar algo muy caliente.

—¿Y bieeeen? —intervengo yo para impedir que entre en detalles, como ya ha hecho Bo—. Hemos visto que estabas escribiendo.

—¡Madre mía, sí! Me he pasado la noche escribiendo. Sé hacia dónde va la historia y tengo una idea fantástica para el final.

Skyler y yo nos miramos. Ella me ofrece la mano para que se la choque. Lo hago y luego los dos hacemos lo mismo con Geneva. No es un gesto muy mío, pero sí es muy de Skyler.

—¡Es una noticia maravillosa, Gen! —exclama Sky.

La autora se ruboriza satisfecha.

—Lo es. No sé cómo... —Se le llenan los ojos de lágrimas—. Francamente, no pensaba que unos asesores de Estados Unidos pudieran ayudarme a solucionar mi problema, pero lo habéis hecho. Veros a los dos juntos, imaginarme a mis personajes viviendo la historia de amor que os sale por todos los poros, saber que las lectoras no se han olvidado de mí ni de la historia... —sacude la cabeza— ha sido muy revelador.

Bo le coloca delante un plato lleno de comida. Ella le lleva la mano a la cara mientras él se inclina para robarle un beso. Dándole palmaditas en la mejilla cubierta de barba, sonrío y añade: —Y pasar la noche con un semental como tú... ha sido inspirador.

Bo sonrío.

—¿Lo ves? —me dice—. Lo que yo te diga.

—¿Hacia dónde has dirigido la historia, si puede saberse? —le pregunto a Geneva, y doy un sorbo al café.

Ella se retira un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Pues he decidido que sea mucho más caliente; este libro será erótico.

Skyler se queda boquiabierta.

—Ay, Dios.

—¿Y cómo crees que reaccionarán tus lectoras de romántica?

Geneva se encoge de hombros.

—Tendremos que avisar del contenido erótico, está claro, pero es lo que pide la historia. El amor de la pareja es intenso, sensual, muy ardiente, como la sesión de fotos de ayer. No puedo permitir que todo ese fuego quede escondido detrás de la puerta del dormitorio. Ya ha llegado la hora de que su amor evolucione y madure. Y a nivel de argumento eso nos lleva a la conclusión lógica: al final se casan.

Los tres contenemos el aliento.

—Pero si Simone en el segundo libro dijo que nunca, nunca se casaría — replica Skyler preocupada—. Ésa fue la causa de su ruptura.

Geneva asiente.

—Es verdad. Simone tenía miedo de que su relación fuera a peor, como les había pasado a sus padres o a ella en su primer matrimonio. Y eso afecta a la pareja, ya que él lo vive como un fracaso. Sin embargo, durante esta entrega su relación crecerá mucho. Pasarán por momentos de tristeza, dolor, amor y segundas oportunidades. Al final, Dean y Simone entenderán que no quieren estar separados. Se necesitan para funcionar. Si no están juntos se sienten desgarrados por la mitad. El compromiso final es lo que necesitaba el libro, ese momento en el que los dos se dan cuenta de sus prioridades, de que no se conforman con los momentos robados entre rodaje y rodaje. Han de tomar una decisión y eligen anteponer el amor a todo lo demás.

Los tres guardamos silencio mientras la concepción de la historia va calando en nuestras mentes y buscamos una conexión con nuestras propias vivencias, cada uno con las suyas.

Me aclaro la garganta.

—Suena...

—Como uno de esos finales que te dejan marcado —dice Skyler, y no puedo estar más de acuerdo.

—Exacto.

Bo le da un beso en la coronilla.

—Personalmente, estoy muy a favor de no esconder las escenas eróticas tras la puerta del dormitorio. Hablemos de esas escenas. O, mejor aún... —le acaricia los brazos—, pongámoslas en práctica.

Skyler y yo nos levantamos rápidamente. Gracias a Dios, las pastillas han empezado a hacer efecto y el dolor de cabeza ya no es más que un zumbido sordo en vez de una estampida.

—Creo que eso significa que tienes que volver al trabajo, así que Parker y yo volveremos al hotel —anuncia Sky.

Geneva se olvida del desayuno, se levanta y se pega al cuerpo semidesnudo de Bo.

—Bien, nos vamos —digo yo—. Recogemos las cosas y llamo a Nate. Me vendría bien una ducha caliente y una siesta —admito cansado.

—Me apunto —replica Skyler camino de la escalera.

—Mmm, os llamamos luego. —Al volverme, me encuentro con que Bo ya le ha abierto el salto de cama y la está besando mientras le mete mano en el pecho.

Dejándolos a sus cosas, me dirijo a la escalera. Mientras subo a la primera planta, me doy cuenta de que, probablemente, sea la última vez que esté aquí. Me acerco al dormitorio de Geneva y me cuelo en su baño.

Abro el primer cajón y encuentro toallas. En el segundo, cepillos, pasta de dientes y productos de higiene personal. Al abrir el tercero..., ¡bingo! Maquillaje. Cojo un pintalabios, le quito la tapa y sonrío.

En un rincón del espejo, presiono la barra color melocotón contra el cristal y le escribo un mensaje que espero que la inspire. Quiero que siga

alimentando su alma, sin permitir que lo que piensen los demás la haga dudar de sí misma y de su talento.

Geneva,

alimenta tu alma.

Con amor,

YO

Cuando acabo, dejo el pintalabios en su sitio y salgo de su habitación. Llamo a Nate, que contesta al primer tono.

—¿Os vamos a buscar?

—Sí, por favor. Cuanto antes.

Nate se echa a reír.

—Menos mal que ya estamos en la puerta. Llevamos un rato aquí.

—Os merecéis un aumento de sueldo. —Voy a la habitación donde hemos pasado la noche en busca de mis zapatos, mi cazadora y mi mujer.

—¿Ah, sí? Pues díselo a la jefa —replica Nate, serio como siempre, pero noto un deje de humor en su voz.

—Sin problemas.

Abro la puerta de la habitación de invitados y veo a mi chica agachada sobre la cama, lo que deja expuesto su sublime trasero. Cuando le acaricio las exuberantes nalgas, ella grita sorprendida.

—¿Nos vemos dentro de cinco minutos? —pregunta Nate.

Le paso la mano entre los muslos y encuentro que está húmeda y caliente, preparada para mí.

—Mmm, que sean quince.

Cuando Skyler gime, deslizo dos dedos en su calor. Ella se apoya en la

cama mientras yo suelto el móvil. Se cae al suelo, en alguna parte, pero no me molesto en buscarlo. Estoy mucho más interesado en quitarme los pantalones y agarrarme la erección.

—O mejor treinta —digo mirando por encima del hombro hacia el lugar donde ha caído el móvil, pero la pantalla negra me indica que Nate ya ha colgado.

—Hace usted milagros, señor Ellis. —La voz de Amy Tannenbaum me llega teñida de gratitud—. Geneva me ha dicho que le encantaría despedirse de ustedes pero que está encerrada en la cueva. Si va a este paso acabará el libro en dos semanas, lo que, francamente, me parece un milagro.

Me echo a reír.

—Bueno, no diré que no hemos hecho nada, porque es obvio que necesitaba que alguien le reiniciara las musas y le cargara las pilas, pero el trabajo que haga a partir de ahora es sólo mérito suyo. Lo único que hemos hecho ha sido mostrarle la verdad. Ahora sabe que lo que le dijo su anterior editor era mentira. La historia es ya un clásico y las lectoras la seguirán entregadas hacia donde quiera llevarla. Supongo que ponerle a la protagonista la cara de Skyler la ayudó a ver la historia mucho más clara. Nunca se sabe qué va a funcionar para sacar a alguien de una crisis de creatividad. —Aunque no se lo digo, creo que la noche de sexo sin compromiso con Bo la ayudó un montón.

—Las fotos para la cubierta son increíbles. Me ha contado Geneva que ha escrito dos capítulos inspirados en las imágenes del diván. Necesitaremos que Skyler y usted nos firmen una autorización para poder usarlas.

—Ningún problema. Envíela a mi asistente y la firmaremos cuando volvamos a Boston. Estamos de camino a París. Vamos a ver a una amiga antes de regresar a Boston.

—Me encanta París; realmente es la ciudad del amor. Si ven a Sophie y a mi primo Gabriel, dígales que vengan a verme a Nueva York.

—Claro. Nos ha encantado Londres. Nunca podremos agradecerle lo suficiente a su clienta que nos abriera las puertas de su vida y de su ciudad.

Seguiremos en contacto con ella. Y no hace falta que diga que, la próxima vez que ella o usted estén en Boston, están invitadas a cenar con nosotros. Mis padres tienen un pub fantástico donde se come el mejor cerdo asado en tiras —le recomiendo orgulloso.

—Suenan genial. Estoy segura de que cuando Geneva cruce el charco querrá ir a verlos.

—Fantástico. Gracias por confiar en nosotros. Nos ha encantado trabajar para ustedes. —Cojo los pantalones del traje y los pongo encima del equipaje.

—Y a mí con ustedes. Los productores se pondrán en contacto con Skyler. Geneva no quiere ni oír hablar de la posibilidad de que alguien que no sea ella interprete a Simone. No sólo eso; de hecho, me ha pedido que le pregunte si le interesaría presentarse al casting para ser Dean.

Me echo a reír con ganas.

—Amy, he hecho muchas cosas en la vida, pero no soy actor.

—¿No le apetece ni un poquito? —me tienta.

—No, ni un poquito. La única actriz aquí es Sky. Ella está entusiasmada con la idea. Dice que hacía tiempo que estaba buscando protagonizar una historia como ésta.

—Me aseguraré de que los productores contacten con su agente.

—Genial. Que pase una buena semana, y si algún día vuelve a necesitar de nuestros servicios, ya sabe dónde encontrarnos.

—Sin duda. Gracias otra vez, señor Ellis. —Cuelga justo cuando Skyler sale del baño con el neceser en la mano.

Se pasa la lengua por los labios y se detiene en medio de la habitación.

—He cambiado de idea.

Frunzo el ceño.

—¿Sobre lo de ir a París a ver a Sophie?

Ella niega con la cabeza.

—No, he cambiado de idea sobre lo de quedarnos a dormir en su casa. ¿Podemos ir a un hotel?

Sonrío y me acerco hasta donde está, mordisqueándose el labio inferior. Es uno de sus tics cuando está nerviosa, y lo último que quiero es que esté nerviosa.

—Melocotones, no hace falta que durmamos en casa de Sophie. A ella no le importará. Si te sientes incómoda, nos iremos a un hotel. De hecho, en su misma calle hay uno. No pasa nada. —Le acaricio los brazos y la miro a los ojos.

Ella frunce la nariz.

—¿Y ella no pensará que estoy siendo una pava?

Niego con la cabeza porque no, no lo creo.

—La verdad es que Sophie no es de las que les dan mil vueltas a las cosas. Lo único que pensará es que su amigo y la novia de su amigo van a visitarla. Y sé que ahora necesita a su amigo. Centrémonos en la razón por la que vamos a verla, ¿vale?

—Vale, de acuerdo.

—Le diré a Wendy..., aaahh, a Annie, que nos reserve una habitación.

Skyler se arrebujá contra mí y me abraza por la cintura.

—La baja de Wendy te está afectando mucho.

Aprieto las mandíbulas y presiono la lengua contra la parte interior de los dientes antes de hablar.

—Lo odio. Odio que no esté allí. ¿Crees que Michael la convencerá para

que no vuelva nunca?

A Skyler se le escapa la risa por la nariz.

—Ni hablar. Esa mujer está entregada al equipo. Tal vez esté comprometida a fondo con Michael a nivel sentimental, pero a vosotros también os quiere. Y adora su trabajo. No hay nadie que pueda hacerlo como ella. Cuando encuentras algo que te gusta y se te da bien, es muy difícil dejarlo. Y Wendy es una mujer fuerte, con ideas propias.

—Es verdad. —Me paso una mano por el pelo y con el brazo libre le rodeo la cintura. Permanecemos quietos y abrazados durante un rato.

—Todo saldrá bien, ya lo verás. —Me da una palmada en el culo antes de separarse de mí—. ¿Estás listo?

Guardo el cargador del teléfono y el neceser en la maleta y la cierro.

—Sí, señora. Vamos a visitar a SoSo, a ver si la hacemos entrar en razón.

Después de hacer el *check in* en el hotel que hay cerca de casa de Sophie, Nate y Rachel nos escoltan hasta la puerta. Sorprendentemente, no había paparazzi en el aeropuerto y nadie sabe aún que estamos aquí. Skyler me toma del brazo y respira hondo.

—Me encanta París. ¿Crees que podremos visitar algo mañana?

—Sí, ¿por qué no?

Llamo al timbre y espero a que el mayordomo abra la puerta de la minimansión que Sophie tiene en el centro de la ciudad. Al abrirla, nos saluda con una pequeña reverencia.

—Me alegro de verlo, señor Ellis.

Desde el vestíbulo vemos aparecer a Sophie en lo alto de la escalera que lleva al primer piso. Al vernos, baja corriendo y se lanza en mis brazos.

—*Mon cher!* —Me abraza con fuerza. Cuando me suelta, me besa en las mejillas, con el rostro iluminado por la felicidad. Luego se vuelve hacia Skyler y también la abraza—. *Ma chérie, bonjour!* —La saluda dándole dos besos.

Skyler se relaja al devolverle el abrazo. Cualquier rastro de nervios por estar junto a una mujer con la que compartí cama en el pasado desaparece. Sophie tiene ese efecto en las personas, la capacidad de hacerlas sentir a gusto. Es una de las cosas que adoro de ella.

—Vamos, pasad todos. —Le ofrece la mano a Nate y a Rachel—. Soy Sophie Rolland, me alegro de conocerlos.

—Nate y Rachel van Dyken. —Nate le da la mano y señala a su esposa—. Somos el equipo de seguridad de la señorita Paige.

—Ah, *oui*, supongo que tendrá que ir con mucho cuidado, *non?* —Le dirige a Skyler una mirada comprensiva.

—Sí, gajes del oficio —replica ella.

—Cuantos más seamos, mayor —comenta con una dulce sonrisa, destrozando otra frase hecha.

—«Mejor», SoSo. Se dice «cuantos más, mejor».

Ella hace un mohín y se da golpecitos con el dedo en los labios.

—Oh, qué más dará. Vamos, he mandado preparar expresos y aperitivos antes de ir a cenar. He reservado mesa en el Buddha-Bar. Es fantástico. Hay poca luz, teñida de rojo y lila. Y en el centro hay una enorme escultura de cobre del maestro. ¡Os va a encantar!

A Skyler se le iluminan los ojos.

—Hacía siglos que quería ir. Está al otro lado del Sena, un poco más allá del Louvre, ¿verdad?

—*Oui*. —A Sophie se le empañan los ojos mientras suspira—. Parker me llevó al Louvre para una cena muy especial durante la exposición de las obras de una pintora americana que nunca se habían visto antes. Cenamos entre los cuadros. Fue increíble.

Recuerdo la ocasión con mucho cariño. Las pinturas de Georgia O’Keeffe, la charla con Sophie sobre el arte y la vida... Fue la mejor cita de mi vida, hasta que llevé a Skyler a recorrer Nueva York.

—Lo pasamos muy bien. —Sonrío, pero cuando me vuelvo hacia Skyler veo que a ella no le ha hecho ninguna gracia. Con los dientes apretados, se aleja del grupo. Va hasta la ventana, hace a un lado la gruesa cortina y mira las vistas.

Sophie hace una mueca al darse cuenta de que Sky se ha apartado del grupo.

Sabía que esto podría ser incómodo. Sophie y yo tenemos un pasado como pareja. Skyler es mi futuro. Las dos comparten mi presente, Sophie como una querida amiga y Skyler como mi mujer. Sé que surgirán algunas dificultades, pero para mí es importante encontrar la manera de que ambas relaciones funcionen.

—Voy a ver cómo andan esos expresos —dice Sophie, y sale de la salita.

Me acerco a Skyler y la abrazo por la cintura, desde atrás, mientras apoyo la barbilla en su hombro.

—¿Estás bien?

—Mmm, mmm —asiente musitando.

—Sé que la situación es algo incómoda, pero me gustaría mucho que pudierais ser amigas. Sophie es importante para mí, igual que tú. Quiero que

las dos mujeres más importantes de mi vida, junto con Wendy y mi madre, se lleven bien. ¿Crees que será posible?

Skyler suspira, se da media vuelta y me abraza.

Mira a su alrededor para asegurarse de que Sophie no ha vuelto y responde: —No te voy a decir que no me cuesta asumir que habéis tenido un pasado como pareja.

Yo se lo rebato, negando con la cabeza.

—No fuimos pareja. Tuvimos una relación puramente física que duró dos semanas y acabó. Eso es todo. Tú y yo llevamos mucho más tiempo juntos. — Le froto la nariz con la mía—. Es importante que te fijes en que tú eres la persona que he elegido. Tú eres mi futuro, mientras que Sophie es mi pasado. Nosotros lo hemos superado; espero que tú también puedas hacerlo.

Ella asiente.

—Lo haré. Lo que pasa es que suelo olvidarme de que ella te tuvo igual que yo, y cuando me acuerdo...

—No, Sophie nunca me tuvo como me tienes tú. Ella disfrutó de mi cuerpo durante un período muy corto, pero tú eres la dueña de mi corazón y de mi alma. Además —le doy un dulce beso en los labios—, te quiero. Estoy enamorado de ti y eso no va a cambiar.

Sky sonríe, me agarra la cabeza y me besa con fuerza.

—Vale, me olvido del tema.

—Ésta es mi chica. —Le doy un golpecito en la barbilla y vuelvo a besarla justo cuando Sophie entra en la sala.

—¡Vaya! ¿Salgo y vuelvo dentro de un rato?

—No, Sophie, no pasa nada. Es sólo que me cuesta mantener las manos y los labios quietos cuando estoy con mi chica.

Ella se lleva las manos al pecho.

—Me alegro tanto por los dos...

Me lo está poniendo en bandeja, así que aprovecho la ocasión.

—Tú también tienes algo parecido, con Gabriel. ¿Has hablado con él?

A Sophie se le borra la sonrisa de la cara. Se aclara la garganta y responde: —Está en el mismo hotel que vosotros, pero no se ha llevado la ropa del armario. Dice que la dejará aquí hasta que vuelva a aceptarlo en nuestra cama. ¡Cabezota!

—A mí me suena como un hombre enamorado que hace lo que haga falta para recuperar a su chica. Lo que necesitamos saber es si vas a dejarlo volver. ¿Vas a arriesgarte como se está arriesgando él?

Sophie se sienta delicadamente en el borde del sofá y sirve el café.

—No lo sé. No hago más que darle vueltas a lo que me dijiste. —Le tiembla la mano mientras le tiende una tacita a Skyler. Ella la acepta y se sienta junto a la anfitriona. Una persona que sufre es como un faro que atrae y saca a la luz el lado compasivo de Sky.

—SoSo, ¿amas a Gabriel?

—*Oui*, mucho. —Se le llenan los ojos de lágrimas, pero endereza la espalda e inspira hondo, como si quisiera librarse de la tormenta emocional a fuerza de voluntad.

Skyler le apoya la mano en la rodilla.

—Es normal tener miedo. Entregarse a alguien, comprometerse con otra persona es algo muy serio. Y cuando se trata de alguien de quien te has enamorado, todavía más.

Sophie le da palmaditas en la mano.

—Quiero intentarlo, de verdad, pero no sé cómo arreglar lo que ya se ha

roto.

Skyler frunce el ceño y parece empaparse de la tristeza que emana de Sophie.

—¿Qué piensas tú, cariño? —me pregunta.

Me echo hacia delante y junto las manos.

—Creo que deberías llamar a Gabriel e invitarlo a cenar.

—¿Así, sin más? —Sophie frunce el ceño.

Me echo a reír.

—No, dile que han venido unas visitas inesperadas y que te gustaría que te acompañara para que fuéramos cuatro en vez de tres. Que se reúna con nosotros en el Buddha-Bar, y a partir de ahí lo vamos viendo.

Sophie se frota las manos.

—¿Y si no puede venir con tan poca antelación?

—SoSo, siento hablarte así, pero no te enteras. Un hombre te pide que te cases con él, se niega a llevarse sus cosas de tu armario y se instala en un hotel enfrente de tu casa para estar cerca de ti. Lo dejará todo para ir a donde tú le digas. Créeme, me apuesto lo que quieras.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —me pregunta con la voz temblorosa.

—Confía en mí. Sé lo que un hombre es capaz de hacer por amor. Vendrá.

El ambiente del Buddha-Bar es oscuro y misterioso. El dueño nos recibe en la entrada lateral y nos hace pasar junto a los clientes que esperan para entrar hasta llegar a una zona que está acordonada y cerrada al público.

Me vuelvo hacia Nate, que parece tenso e incómodo mientras él y Rachel

escoltan a Skyler hacia las entrañas del restaurante.

—¿Es cosa tuya? —comento.

—No, supongo que la señora Rolland se ha ocupado de hablar con el dueño.

Cuando llegamos a la mesa que nos han asignado, un hombre que me resulta vagamente familiar se levanta, se alisa la americana y separa una silla, ofreciéndosela a Sophie. Tiene el pelo rubio oscuro y fuerte, los rasgos de la cara muy marcados y unas gafas de pasta negras sobre los ojos azules. Parece tener entre cinco y diez años más que Sophie, pero es guapo y va bien arreglado. Son como el yin y el yang, la luz y la oscuridad el uno del otro.

Sophie sonríe con timidez, recordándome a la mujer que conocí hace unos meses. La mujer que carecía de confianza en sí misma y de *sex-appeal* en el vestir. Ninguna de esas dos cosas parece ser ya un problema, pero vuelve a ser una chica dulce. Durante los meses que hemos pasado separados, Sophie ha cambiado a mejor. Se la ve más fuerte, más directa, y ya no responde como si fuera la fea del baile, pero se nota que Gabriel la afecta, haciendo que actúe de un modo más tímido, más recatado.

—*Bonsoir*, Gabriel.

Él sólo tiene ojos para Sophie y apenas nos mira antes de agarrarla por el cuello y la cadera y atraerla hacia sí para darle un abrazo.

—*J'ai rêvé de ton appel*. —Le susurra algo más al oído y la besa en el cuello antes de darle los dos besos de rigor. Si mi francés no me falla, le ha dicho que había soñado con su llamada.

—Por favor, habla en inglés. Nuestros invitados son de Estados Unidos.

—¿Cómo están? —pregunta con un fuerte acento francés, ofreciéndome la mano. Ladea la cabeza, como si me reconociera—. Soy Gabriel Jeroux.

Sonriendo, le estrecho la mano.

—Parker Ellis, y ella es mi novia, Skyler Paige. —Al oír su nombre no hace ninguna señal de haberla reconocido. O es capaz de fingir que no le impresiona haber conocido a una de las estrellas más famosas de Hollywood, o no ha hecho la conexión todavía—. Nos habíamos visto, aunque nuestro encuentro fue muy breve —añado—. Eres uno de los científicos de Rolland Group, ¿verdad?

—*Oui*. Ahí fue donde conocí a mi Sophie. —Apoya la mano en su silla—. Por favor, sentaos.

Mientras lo hacemos, él se vuelve hacia Nate y Rachel, que se han instalado a lado y lado de la entrada del comedor privado; él, con los brazos cruzados ante el pecho, ella, con las manos a la espalda.

—¿Hago traer sillas para vuestros amigos? ¿Por qué se quedan ahí como si fueran guardias?

Skyler se echa a reír.

—No hace falta. No se sentarían aunque los invitaras. Son mis guardaespaldas.

Una camarera se acerca y nos cuenta cuáles son las especialidades de esa noche. Decidimos el vino, los cócteles y los entrantes rápidamente para quitarnos el tema de encima.

—¿Skyler era el nombre? —le pregunta Gabriel—. ¿A qué te dedicas?

Sophie y yo nos partimos de risa.

—Oh, qué original. Me encanta, Gabriel. Ya me caes bien. —Sky le dedica una de sus sonrisas radiantes.

Él se palmea el pecho, como asegurándose de que la corbata está en su sitio.

—Gracias por el piropo.

Sophie apoya la mano en el muslo de Gabriel y él le mira la mano antes de levantar la mirada hacia sus ojos.

—Skyler es una actriz muy famosa.

Él pestañea.

—Oh, ¿has hecho algo que pueda haber visto?

Esta vez nos reímos todos.

—¿De verdad no la reconoces? —Me echo hacia atrás y apoyo el brazo en el respaldo de Skyler.

Él niega con la cabeza.

—No, lo siento. —Frunce el ceño, ruborizándose—. Pero eso no significa que no seas buena, es que no salgo casi nunca. Bueno, en realidad no salgo nunca. Me paso el día en el laboratorio y, cuando tengo tiempo libre, me gusta pasarlo con Sophie.

Skyler me coge la mano que rodea su silla.

—No pasa nada; es agradable que no te reconozcan.

—¿Te reconocen muy a menudo?

Ella sonríe.

—Sí, bastante —responde con naturalidad—, pero háblame de ti. ¿A qué te dedicas en Rolland Group?

A Gabriel se le ilumina la mirada.

—Ayudo a mi amor a crear fragancias únicas, soy químico de perfumes. Tu fragancia, por cierto, no la reconozco. Huele a melocotones y...

—Nata —añado yo, acercándome a su cuello e inhalando con ganas, lo que hace que un estremecimiento de excitación me recorra el cuerpo—. Mi aroma favorito del mundo entero.

Gabriel se inclina hacia ella.

—¿Es perfume? —Le toma la muñeca y se la lleva a la nariz—. ¿Puedo?

Skyler se echa a reír.

—Claro, pero no, no es perfume. Creo que es la combinación del gel, el champú y la loción hidratante.

—Y de tu esencia natural —la informa Gabriel—. Mi nariz puede distinguir cada uno de esos productos de belleza por separado, y hay algo más.

—La capacidad olfativa de Gabriel es la mejor del ramo. Muchos competidores han tratado de robármelo, pero, por desgracia para ellos, sigue con nosotros —anuncia Sophie, orgullosa del hombre que sólo tiene ojos para ella.

—Me quedo por ti, *mon amour* —declara Gabriel muy serio—, no por la empresa. Vivo por y para ti.

Skyler se inclina hacia mí.

—¿Crees que le dirá que sí? —me susurra cómplice.

Me llevo un dedo a los labios para hacerla callar y señalo a la pareja. SoSo y Gabriel están cogidos de la mano, mirándose a los ojos. La melena oscura de Sophie le cae sobre los hombros, ocultando parte de la cara. Contengo el aliento, esperando con fe...

—Gabriel —empieza a decir ella con voz temblorosa, lo que en esta situación no es mala señal.

Él la interrumpe.

—Sólo quiero estar contigo, *mon amour*. ¿Puedo volver a casa, por favor?

Ella asiente, con la barbilla temblorosa.

—*Oui*, he estado tan sola sin ti...

Skyler se seca los ojos sin dejar de contemplar a la pareja. Siento que se me forma un nudo en la garganta y que el corazón se me acelera. Sky y yo pasamos por algo parecido hace un par de semanas. Una vez más, se demuestra que el amor lo arregla todo.

—No volverás a estar sola. Me tienes a mí; soy todo tuyo, hasta el fin de nuestros días —le promete él.

—*Je t'aime*, Gabriel. —Sophie le apoya la mano en la mejilla y lo besa.

Skyler me aprieta la mano y se la lleva a los labios para besar el dorso. Luego se la lleva a la mejilla y la presiona, sin dejar de observar el romántico espectáculo que tiene lugar ante nuestros ojos.

—¿Significa eso que te casarás conmigo, *mon amour*? —le pregunta él, mirándola fijamente.

Ella parece salir de un trance. Se aleja un poco y se echa a reír.

—Una cosa detrás de otra. No corras tanto.

Gabriel sonrío.

—Si eso es lo que quieres, así lo haremos. Te esperaré toda la vida si hace falta.

Sophie le toma la cara con las dos manos y le da un beso breve pero dulce. Luego se vuelve hacia nosotros y, al ver que estamos contemplando el espectáculo en silencio, se ruboriza.

—¿Dónde están esas copas?

Sky y yo nos echamos a reír para romper la tensión del momento.

Con cuidado, alargó la mano por debajo de la mesa, busco la de Sophie y se la aprieto. Ella me devuelve el gesto.

—Estoy orgulloso de ti —le digo.

Ella sonríe y me da un último apretón a la mano antes de soltarla.

Skyler

Voy de la mano de Parker, que balancea nuestros brazos mientras caminamos por la zona de Saint-Germain de París. Rachel y Nate nos siguen, pero de momento no hemos visto ni rastro de paparazzi. Es como si no estuviéramos en su radar, lo que, francamente, es una delicia.

—¿Qué te parece ahí? —Parker señala una tienda de ropa femenina.

Arrugo la nariz y niego con la cabeza.

—No, no me apetece comprar ropa.

—Vaya, qué raro.

—No creas. No me gusta demasiado comprar ropa. Lo que me encantan son los accesorios. —Le balanceo el brazo un poco más y bajo de la acera para cruzar la calle. Recorremos la rue Dauphine, que no queda lejos de la catedral de Notre Dame. El sol brilla, pero el aire es frío, lo que hace que me levante un poco el jersey para taparme el cuello—. No me vendría mal un pañuelo para el cuello.

Al dejar atrás el hotel d'Aubusson llegamos a una zona llena de comercios y restaurantes. En un expositor junto al escaparate de una tiendecita de artesanía veo un montón de pañuelos. Recorro con la mano las bonitas telas, apreciando las diferencias. Parker me suelta y mira el escaparate.

—Voy a comprar pañuelos para mí y también para Wendy, Tracey, y tal vez para tu madre. —Me vuelvo para buscar a Rachel con la mirada—. ¿Quieres un pañuelo de recuerdo?

Rachel baja la vista hacia sus pantalones de combate negros, las botas de chica dura, tachonadas en los talones, y la cazadora de cuero negro, y sonrío.

—Creo que no me quedaría bien con este conjunto.

Le devuelvo la sonrisa irónica.

—No, tienes razón.

Sonriendo, Rachel desaparece para examinar el perímetro mientras yo cojo un par de pañuelos y los extiendo para ver bien el dibujo.

—Voy a mirar una cosa dentro —me dice Parker antes de entrar en la tienda.

—Muy bien, enseguida voy.

Me pruebo un pañuelo rojo, azul y marrón y sé que le quedará genial a la madre de Parker. Luego elijo uno amarillo canario, blanco y negro para Wendy. A esa chica le gusta mezclar diseños y colores atrevidos, así que seguro que sabrá qué hacer con esto. Escojo uno precioso, rosa y negro, para Tracey, pues sé que le pegará con su chaquetón marinero negro cuando salga por Nueva York. Por último, me quedo con uno naranja, lila y azul marino que me combinará muy bien con los vaqueros y el jersey.

En la tienda tienen una gran variedad de pinturas, esculturas, recuerdos y todo tipo de objetos que supongo que harán las delicias de los turistas. La diferencia es que todo parece hecho a mano, no fabricado en serie para satisfacer a las masas.

Encuentro a Parker al fondo. Está señalando unas tiras de cuero. Todas son distintas. Algunas cierran con broche, otras con hebilla; las hay más anchas y más estrechas.

—¿Qué miras?

Él sonríe.

—¿Te acuerdas que te dije que quería tatuarme mi mantra en la muñeca?

—Sus ojos azules brillan de alegría.

Riendo, lo abrazo por detrás y miro las tiras de cuero.

—Bueno, pues obviamente bromeaba.

—Vaya...

—Aunque la idea de llevar algo con mi mantra escrito me apetece mucho.

Frunciendo los labios, acaricio una de las correas. Mide unos veinte centímetros y se cierra con un broche. Es de color siena tostada, tiene tres ojales de latón en los extremos y un espacio en blanco en el centro. De ancho debe de medir un poco más de un centímetro.

Detrás del mostrador hay un anciano bajito trabajando en una máquina muy escandalosa. Cuando acaba, se acerca a Parker, soplando sobre una correa y limpiándola con los dedos. Cuando la deja sobre el mostrador, siento que se me para el corazón al leer las cuatro palabras grabadas en el cuero:

CONFÍA EN TU CORAZÓN

—¡Uau! —exclamo pasando los dedos sobre las letras—. ¿Te lo ha hecho ahora? ¡Es increíble!

Parker sonríe, coge la pulsera, se la pone alrededor de la muñeca y la cierra. Le queda tan moderna y molona y... de todo.

—¿Llevas mis palabras en tu cuerpo, cariño? —Le cojo la mano y contemplo el gesto más bonito que ha tenido aparte de decirme que me quiere.

—Así es —me dice con la voz cargada de orgullo y amor.

Frunzo el ceño.

—¡Pues yo también quiero una! Con mi mantra, claro. Y quiero... ¡Oooooohh! —Acabo de ver una tira de cuero igual de ancha que la suya, pero ésta es negra, no de color siena tostada. En los extremos tiene flores y hojas color canela grabadas en el cuero. La mezcla de colores es preciosa—. Disculpe, señor. ¿Podría grabarme otra frase en esta pulsera?

—*Oui*. La que quiera.

—Me gustaría que pusiera VIVE TU VERDAD, en mayúsculas.

El artesano asiente, coge una pulsera de debajo del mostrador y se dirige a la máquina.

—Ah, y cuando acabe quiero comprar estos pañuelos. —Los dejo en el mostrador y doy saltos de lado a lado mientras espero, sin poder controlarme. Estoy tan nerviosa como si tuviera las bragas llenas de hormigas.

Parker me abraza por los hombros.

—¿Sabes? Esto es muy romántico.

Sonriendo, le busco la mirada.

—La llevaré siempre conmigo.

Él me da un beso breve pero apasionado. Cuando me besa así y me mira a los ojos tan profundamente, siento como si estuviéramos solos en el universo y cada vez me enamoro un poco más de él.

—Yo también. Así, cuando no estemos juntos, tendré un recuerdo de mi amor por ti en la muñeca.

—Eres consciente de que los chicos te van a tomar el pelo de lo lindo, ¿verdad?

Él cierra un instante sus preciosos ojos azules.

—Lo sé. Por ti, vale la pena.

—Listo. —El artesano interrumpe nuestra sesión de arrumacos al dejar la pulsera sobre el mostrador.

—Es preciosa. —Acaricio las palabras que han adquirido un significado muy especial para mí: VIVE TU VERDAD.

Parker me coloca la pulsera y la acaricia con el pulgar. Luego me levanta

la mano y me da un beso en la muñeca.

—Es incluso más bonita cuando la llevas puesta.

Riendo, lo empujo con el hombro.

—Adulador —le digo, haciéndolo reír.

El francés nos cobra y pronto volvemos a recorrer de la mano las calles del distrito de Saint-Germain. Guío a Parker por una calle que conozco bien para que pruebe mi restaurante favorito de toda Francia, que resulta ser una pizzería.

A Parker las cejas se le juntan casi con el pelo cuando ve la pizzería Pepone. Es diminuta, como mucho caben quince personas. El chef está dando vueltas a la masa de la pizza a la vista de los clientes y cocinando la pasta fresca al momento.

—¡Skyler! —El dueño abre los brazos y yo me aparto de Parker para abrazarlo. Cuando me suelta, me dirige una enorme sonrisa—. ¡Has vuelto!

—¡Claro! Te dije que siempre que estuviera en Francia vendría a por mi chute de pizza.

Nos acompaña hasta una de las mejores mesas, desde la que se ve pasear a la gente por la calle.

—¿Vienes a menudo por aquí? —me susurra Park al oído.

Asiento y me muerdo el labio inferior.

—Siempre que estoy en París. Hacen la mejor pizza de toda Europa.

Él me sostiene la silla antes de sentarse a su vez.

—¿Sabes? Eres la mujer perfecta.

Sus palabras hacen que las mariposas de mi estómago alcen el vuelo.

—¿Perfecta?

—Sí, perfecta para mí.

Noto cómo el rubor se extiende por mi piel.

—Supongo que tendré que aceptarlo, ya que tú eres perfecto para mí.

Me suena el teléfono, que llevo en el bolsillo trasero del pantalón. Lo saco, veo que es un mensaje de texto y, al leerlo, frunzo el ceño.

De: Desconocido

Para: Skyler Paige

Pensaba que éramos amigas.

Las amigas se lo cuentan todo.

—¿Qué pasa? —me pregunta Parker mientras el dueño nos deja en la mesa una botella de mi vino favorito. Es un borgoña que nunca ha faltado en todas las ocasiones que he visitado el local, que serán al menos una docena.

Sacudo la cabeza, pero no puedo evitar que una sensación de incomodidad ocupe el espacio donde hace un momento volaban las mariposas de Parker.

—No lo sé. Es raro. Mira.

Le paso el móvil para que lo lea. Al hacerlo, frunce el ceño.

—Número desconocido. No es ninguno de tus contactos. ¿Crees que podría ser un error?

—Supongo, es probable. —Me paso la mano por el pelo.

Él da golpecitos en el borde del teléfono.

—Es raro —comenta—. Yo también recibí un mensaje de un número desconocido hace una semana.

La inquietud hace que se me erice el vello de la nuca, pero me resisto a permitir que nos estropee el momento.

Parker se levanta.

—Sirve el vino y pídemelo lo mismo que voy a tomar tú. Voy a darle el teléfono a Nate y a pedirle que lo investigue.

—¿Crees que hace falta? No es más que un mensaje.

—Dos, contando el mío.

—Tal vez no sea nada...

—Tal vez, pero más vale prevenir que curar, ¿no?

Me encojo de hombros.

—Lo que tú digas, niño bonito. Pero vuelve pronto. Quiero brindar por nuestra última noche en París antes de volver a casa.

Él se inclina sobre mí y me recorre la cara con dos dedos hasta llegar a la barbilla. Alzo la cabeza y él me da un beso breve en los labios antes de acercarse a la mesa donde Nate y Rachel están pidiendo su comida, junto a la puerta, para ver quién entra y sale.

Parker le da mi teléfono a Nate y le dice algo. En ese momento debe de sonar su móvil, porque se lo lleva a la oreja. La cara se le ilumina de felicidad y me pregunto quién será.

Cuando el dueño se acerca, le pido dos pizzas margaritas, que son buenísimas aquí.

Sonriendo, Parker se sienta frente a mí. Dios, me encanta cómo le quedan los vaqueros con ese jersey grueso. Podría ser un chico de portada de *GQ*, el vecinito de al lado, el triunfador hombre de negocios y el amante experto todo a la vez. Me vienen ganas de lamerle el cuello, deslizar la mano entre su piel ardiente y el pantalón y montármelo con él aquí mismo. Ni siquiera me preocuparía que estuviéramos causando un escándalo público. Este hombre me enciende tanto que me olvido de todo lo demás.

—Vale, Roy, perfecto. Pero antes, dos semanas en casa. Sí —añade

dirigiéndome una mirada feliz—. No sé si tendrá que viajar, pero si va a Nueva York, iré con ella y trabajaré desde allí.

Sonrío mientras él cuelga y deja el móvil en la mesa.

—¿Tienes dos semanas libres?

Él me devuelve la sonrisa.

—Así es. Dependiendo de tu agenda, he pensado que podríamos pasar una semana en Boston y otra en Nueva York. Comentaste que tenías algunos bolos en la Gran Manzana, ¿no?

—Sí. Oh, eso sería fantástico, Park.

—Pues no se hable más. Además, mi madre ha planeado una reunión con comida casera para cuando volvamos.

—¿En serio? —Se me rompe la voz.

—Sí, Melocotones. Ah, y mi padre quiere que le firmes varios objetos para subastarlos en un acto benéfico que van a hacer en la biblioteca de mi madre. Si no te importa...

—Cómo me va a importar. Me encantará colaborar. Y donar, por supuesto.

—¡Genial! Ah, y Royce y Bo tienen previsto retarte a una partida de billar en el Lucky's. Siguen cabreados porque les ganaste la última vez. Y, si no te importa, me gustaría pasar por casa de Wendy y Michael, para asegurarme de que ella está bien. —Sigue hablando, haciendo una lista de cosas que tenemos que hacer cuando volvamos a casa.

«A casa.»

Una palabra que había perdido el sentido desde la muerte de mis padres. El ático que tengo en Nueva York es cómodo, ya que lo he decorado para sentirme a gusto en él, pero no es un hogar. Es el sitio donde paso el tiempo

cuando no estoy rodando. Pero estar con Parker, con sus amigos y su familia en Boston, eso sí me hace sentir como en casa.

La sonrisa que Parker me está dirigiendo me penetra el pecho y se me clava en el corazón, calentándolo. Le busco la mano y entrelazo los dedos con los suyos. Las pulseras quedan chulísimas juntas a la luz del restaurante. Me encanta estar aquí, dándole la mano a mi hombre mientras hacemos planes para una cena en familia, una subasta benéfica... Es todo tan normal que me entusiasma.

Alzo la copa de borgoña y Parker me imita.

—¿Por qué brindamos? —me pregunta.

—Por volver a casa.

Él brinda y bebe sin dejar de mirarme.

—Por volver a casa.

Fin..., de momento.

Berlin

Skyler

Noto un escalofrío en la espalda justo antes de que unos labios cálidos se posen en mi cuello. La sensación, suave como una pluma, me recorre el hombro mientras sigo sumida en ese susurro de tiempo que se mece entre el sueño y la vigilia, hasta que me clavan los dientes en el hombro, alcanzando un punto que me hace reír.

—Es hora de levantarse, Melocotones. —Parker me acaricia el cuello y el hombro con la nariz, dejándome mordisquitos por el camino mientras se dirige a la otra mitad de mi cuerpo, para que no se sienta abandonada.

Me encanta esa necesidad que tiene de alcanzar la simetría y el equilibrio en todo. De hecho, hay muchas cosas que me encantan de él. Adoro que me despierte con besos y mordisquitos en vez de con una escandalosa alarma de despertador. Mi hombre se despierta siempre con el sol, a menos que hayamos bebido la noche anterior. Es como si la luz del sol entrara en la habitación, buscara su preciosa cara y la acariciara hasta que se despierta, igual que él hace luego conmigo. Con la diferencia de que mi chico es más listo que el sol y me prepara café y me susurra palabras dulces antes de arrancarme de los brazos del sueño.

—Hay café.

¿Lo veis?

Es el mejor hombre del mundo.

Con un repentino subidón de energía, me doy la vuelta y lo atrapo con brazos y piernas, haciéndolo caer sobre mí. Su cuerpo es cálido y huele a café y a menta, señal de que se ha lavado los dientes.

—Mmm —suspiro, sumergiéndome en su calor. Siempre me he preguntado

cómo es que los hombres siempre están tan calientes. Es como si fueran estufas, listas para dar calor al instante.

—Tienes que levantarte. Ya te he dejado dormir veinte minutos más. Tengo muchas ganas de ir a ver a Wendy. Llevo demasiado tiempo sin verla y reconozco que se me ha hecho duro. Se sienta en la cama y yo lo imito y asiento, con la cabeza en su hombro.

—Yo también tengo muchas ganas de verla. Aunque he hablado con ella a menudo, no es lo mismo que verla en persona. Me arreglaré rápido.

Me da un beso en la mejilla y luego me toma la cara entre las manos y me da un beso como Dios manda. Siento que me desmayo mientras el corazón se me acelera y las mariposas me montan su numerito en el estómago.

Como siempre que me besa.

No acabo de hacerme a la idea de que este hombre está en mi vida. Su modo de mirarme, como si estuviera hecha de oro macizo y cubierta de rubíes y diamantes, me emociona hasta las lágrimas. Y añádele a eso que, cuando estoy con él, nunca tengo que preparar el café, y que me deja ducharme primero para que no se acabe el agua caliente —a menos que compartamos ducha, claro—, y comprobarás por qué es el hombre perfecto para mí. Aún nos estamos conociendo y estamos creciendo como pareja, pero cada día que paso con él es mejor que el anterior.

Profundizo el beso y dejo caer el edredón entre los dos, para que mis pechos desnudos entren en contacto con su torso, igual de desnudo.

—Sky... —me advierte con poco convencimiento mientras lo empujo, haciéndolo caer de espaldas sobre la cama para montarme sobre él.

Trata de resistirse, en broma, pero me deja ganar y yo me aprovecho, presionando mi cuerpo desnudo contra el suyo, que lleva medio cubierto con la parte de abajo del pijama. Le recorro el cuello con la lengua y él me sujeta por las caderas y me atrae hacia su creciente erección.

—¿Qué te parece si hoy nos duchamos juntos para ganar tiempo? —Le muerdo el disco color canela que es su pezón.

Él inspira a través de los dientes apretados.

—No juegas limpio.

Sonrío, segura de su rendición. Su polla se ha endurecido tanto que parece que se haya colado un bate de béisbol entre los dos. Froto mi clítoris contra ella hasta que estoy a punto para uno rapidito en la ducha.

Él me atrapa por las nalgas y se levanta de la cama conmigo a cuestas. El hombro no le ha dado ningún problema desde que regresamos de Europa y los dedos se le han curado ya. Mi hombre no va a volver a dar puñetazos a la pared. Me aseguraré de ello.

Le rodeo la cintura con las piernas y me agarro de su cuello.

—Me encanta despertarme contigo. —Aprieto los muslos con fuerza, para que su erección sienta un poco de fricción extra.

Él me abraza con más fuerza con uno de sus brazos mientras abre el grifo con la otra mano. Luego se quita los pantalones, baja la temperatura del agua y nos mete a los dos bajo el chorro.

Yo vuelvo a aumentar la temperatura del agua y disfruto al notar las punzadas calientes en la espalda. Cuando Parker me besa el cuello, echo la cabeza hacia atrás. El vapor de agua nos envuelve mientras él me da la vuelta y me empuja hasta que mi espalda choca contra las baldosas. Con una mano bajo mi culo y la otra en la mandíbula, me obliga a abrir la boca para devorármela. Empiezo a reconocer algunas de las prácticas sexuales favoritas de Parker. Antes de penetrarme le gusta apoderarse de mi boca, hundirse profundamente en ella y morderme los labios hasta que grito. Sólo entonces entra en mí, ya sea suavemente o con brusquedad, dependiendo de su estado de ánimo. Hoy, al parecer, la Bestia tiene prisa y se clava en mí de una fuerte

embestida. Gimo, juntando las piernas y poniéndome de puntillas, dejando que la sensación de estar unida a él me recorra en oleadas de éxtasis.

Arrastra los labios por mi cuello, mordisqueándolo a su paso, hasta alcanzar uno de mis pechos. Lo succiona con fuerza y alterna mordiscos y lametones que me torturan el pezón sin piedad. Sabe lo sensibles que son mis pechos y se aprovecha de esa información..., ¡gracias a Dios!

—Cariño... —digo clavándole las uñas en la espalda y sin duda dejándolo lleno de marcas con forma de media luna—. Más, por favor. Más.

Él sonrío contra mi pecho y lo succiona con fuerza antes de soltarlo con un sonoro «plop».

—¿Quieres que te lo haga duro, nena? ¿Quieres sentirme entre tus piernas? —Me acaricia el cuello con la nariz hasta llegar a la oreja—. ¿Quieres que te deje un recuerdo y notarme todo el día? ¿Mmm? ¿Te gustaría? —Se retira lo justo para volver a embestirme con tanta fuerza que me castañetean los dientes y el sexo se me contrae, aferrándose a él, preparándose para lo que sabe que será un buen meneo.

—Sí —jadeo, y él vuelve a hacerlo, aunque esta vez sube la mano hasta mi cabeza, para protegerla de los golpes contra las baldosas.

—Tú lo has querido, no lo olvides. —Me muerde el hombro y se aprovecha de que las baldosas están mojadas para hacerme subir y bajar por ellas mientras cabalgo sobre su polla como si fuera un jinete sobre un caballo de carreras. Con la única diferencia de que mi caballo es Parker.

El placer brama en mis venas cuando la bulbosa punta frota las terminaciones nerviosas, mientras su hueso pélvico choca contra mi clítoris en cada acometida.

El calor del reducido espacio me envuelve y una abrumadora sensación de paz, felicidad y puro amor se me cuele por todos los poros.

—Dios, cómo te quiero —me dice con los dientes apretados—. Y cómo me gusta follarte. Maldita sea, nunca voy a saciarme de ti... —Interrumpe la frase con una brutal embestida que me catapulta en un orgasmo largo e intenso, de esos sobre los que las mujeres hablan pero no suelen experimentar. Sólo Parker me los da. Siempre. Nunca falla.

—Te quiero, te quiero, te quiero —repito una y otra vez mientras él me embiste hasta alcanzar su propio clímax, derramándose en mí con un grito propio de un guerrero, que se queda rebotando en las paredes de la ducha. Me clava los dedos en las caderas, sujetándome con fuerza, como si no quisiera soltarse nunca.

—Dios, me desarmas, Skyler.

Sonrío indolente mientras él jadea contra mi cuello y me lo besa hasta llegar a mis labios, donde sella su amor por mí con un beso. Sé que suena pastoso, pero cuando lo hace parece que me esté dando las gracias por estar con él, por amarlo.

—¡Cómo mola ducharse contigo!

Le sonrío mientras él se ríe con la boca pegada a mis labios. Luego me levanta, haciendo que nos separemos. Siento una ligera punzada de dolor mientras se retira. Me ayuda a recuperar el equilibrio y me lleva bajo el chorro del agua.

Mientras me lavo el pelo, hago inventario. Los muslos me arden; tengo los hombros cansados, pero podría ser peor.

Parker se echa un chorro de mi gel en las manos y se las frota mientras se arrodilla frente a mí. Me enjabona una pierna y después la otra, aclarándolas meticulosamente. Me duelen todos los músculos. Dos días de no hacer nada más que comer, dormir y hacer el amor tienen ese efecto. Y no me estoy quejando, que conste.

Parker me frota el interior de los muslos con la mano jabonosa y yo inspiro

hondo entre dientes al notar el escozor. Se lleva el rastro de nuestro encuentro amoroso con los dedos y me dirige una sonrisa gamberra.

—¿Te duele?

—Sí, ¿estás orgulloso?

Él sigue sonriendo, mientras se levanta y va a por más jabón. Luego me frota el vientre y el torso hasta llegar a los pechos. Me los lava, despertando mi deseo una vez más, pero cuando llega a los pezones una punzada de dolor me recuerda lo mucho que se ha dedicado a ellos a lo largo de estos dos días, bueno, a lo largo de estas últimas semanas, si empiezo a contar desde Montreal, pasando por Londres, París y ahora Boston.

—¿Te duelen? —Me los retuerce y yo trato de no gemir de dolor, pero no puedo controlarme—. Frunciendo los labios, se inclina y besa cada punta enrojecida—. Lo siento —se disculpa con mis pezones, no conmigo.

Le apoyo una mano en la frente y lo alejo de mí de un empujón.

—Fuera de aquí, chalado.

Él se ríe y se lava usando su propio gel mientras yo me lavo el pelo y me pongo el acondicionador.

—¿Les dijiste a Nate y a Rachel que estuvieran listos a las nueve? —me pregunta.

Yo asiento mientras me aclaro el acondicionador.

—Sí, Nate se alegra de que estés aquí, porque me dijo que no le gustaba nada la cantidad de paparazzi que hay en la puerta de la calle.

Parker frunce el ceño.

—Odio decirlo, pero este apartamento no es seguro para ti. No quiero que te quedes sola aquí. Nunca.

—Sí, empiezo a admitirlo, aunque no me gusta.

Me muerdo el labio y pienso en la sorpresa que me he estado callando. Mientras él trabajaba desde su portátil ayer, yo estuve firmando los papeles de una nueva propiedad que he alquilado en Boston. La habría comprado, pero no estoy segura de cómo va a reaccionar Parker y tampoco del lugar. Prefiero ir despacio.

Además, no puedo quitarme de la cabeza el brillo que vi en sus ojos cuando me habló de sus abuelos y de lo mucho que disfrutaba cuando iba a visitarlos. Tengo la sensación de que quiere una casa de verdad, con tierra, un porche, perros, gatos y niños. El sitio que he alquilado no es así, aunque, si la relación sigue avanzando como hasta ahora, lo mejor será comprar algo juntos. Una casa que nos enamore a los dos.

Parker cierra el grifo y coge dos mullidas toallas mientras yo aparto de la mente los sueños para el futuro. No quiero hacerme demasiadas ilusiones. Parker y yo sólo llevamos juntos unos meses y ya hemos tenido algunos altibajos. Necesitamos tiempo para ser una pareja, compartir ciudad, amigos, familia y conjugar nuestras carreras profesionales. Y para ver cómo nuestro amor encaja con todo lo demás.

¿Lo mejor de todo? Saber que soy la dueña de su corazón, igual que él lo es del mío. El resto lo iremos resolviendo sobre la marcha.

—Sí, los paparazzi cada vez tienen menos escrúpulos. Ya lo hablaremos más adelante; Nate tiene algunas ideas. —Sacudo la mano para cambiar de tema. Cuando le hable de la sorpresa, los paparazzi dejarán de ser un problema, al menos temporalmente—. Vamos, quiero ver a Wendy.

Parker sonrío y la tensión se borra de su rostro al pensar en su asistente pelirroja.

—¿Y sabes qué es lo mejor de todo? —Menea las cejas.

Me envuelvo con la toalla y me la sujeto por una punta a la altura de la axila.

—¿Qué?

Él me dirige una sonrisa radiante.

—Que Bo se va a reunir con nosotros allí. ¡Y va a llevar la falda!

—¡No me lo creo! —me río mientras me desenredo el pelo con los dedos.

Él asiente con la cabeza y se seca el torso musculoso, cazando gotas de agua a su paso. Mi chico está desnudo delante del espejo, peinándose con las manos, y su desnudez no le supone ningún problema. Lo observo, fijándome en sus músculos largos y trabajados. Parker Ellis se cuida, está claro, y yo soy la afortunada que se aprovecha y disfruta de todos esos cuidados.

«Ñam.»

—Pues créetelo. Va a ir en falda. Rachel le dijo que hoy era el día elegido. Nos veremos en casa de Wendy.

Recuerdo cuando mi guardaespaldas ganó a Bo en el toro mecánico, aguantando más rato que él.

—Le está bien empleado. Wendy se va a partir la caja viéndolo.

—Mientras Michael no acabe echando a Bo de su casa de una patada, todo irá bien.

Me encojo de hombros y empiezo a cepillarme el pelo, quitándome los enredos.

—Y si se la da, con la falda le será más fácil alcanzarlo en la diana.

Parker se echa a reír y se aplica crema solar en la cara.

—Cierto.

Mientras me arreglo junto a Parker, me doy cuenta de lo agradable que es compartir así el espacio con otra persona. Prepararse juntos para afrontar el día, hablar de los amigos, planificar cosas... Es algo que no he tenido hasta

ahora pero por lo que merece la pena luchar. Creo que se habla poco de esta faceta del amor: ser un equipo.

Me dirijo hacia donde Parker se está afeitando. Normalmente lo hace antes de meterse en la ducha, pero hoy le he alterado el orden al asaltarlo en la cama. No creo que le importe mucho.

Me pego a su espalda y le doy un beso en el medio. Lo abrazo por la cintura y apoyo la mejilla en su cálida piel.

—Me gusta esto, tú y yo haciendo cosas normales. Se nos da de puta madre.

Su cuerpo se sacude como si se estuviera riendo. Se vuelve hacia mí y me levanta la barbilla. Todavía tiene espuma de afeitarse en la cara y el cuello, pero sus ojos brillan con una intensidad que sólo poseen cuando me miran a mí.

—A mí también. —Se inclina y me besa, llenándose de espuma de afeitarse, pero me da igual. Le echo los brazos al cuello y me lo como a besos.

Wendy y Michael viven en una zona retirada y tranquila, en una comunidad privada a unos treinta minutos del centro de Boston. Hacía tiempo que quería ir a su casa. No puedo evitar imaginármela con columpios colgando de las vigas y látigos desperdigados por los muebles, por si les da la vena en algún momento. Con lo serio que se puso Michael con lo del collar en Montreal, me pregunto si tratará a Wendy como a una esclava sexual.

«¡Ay, madre! ¿Y si la hace ir desnuda por la casa?»

Cuando noto que el bigote empieza a sudarme, me desabrocho el cuello de la camisa. No, Michael no le permitiría estar desnuda delante de otros hombres; es demasiado posesivo. Además, Bo estará allí y Michael no lo soporta.

Aparte de intrigado, también estoy nervioso. Siento que hace siglos que no veo a Wendy y no sé cómo reaccionar. Mi lado sensible quiere postrarse a sus pies y rogarle que vuelva al trabajo. Explicarle que Annie es maja y buena en su trabajo, pero que no es una descarada como ella, y mucho menos una hacker de primera. Además, su timidez me pone nervioso.

Me seco la frente y el labio superior con un pañuelo, lo guardo en el bolsillo y miro por la ventana.

La voz de Nate interrumpe mis absurdas preocupaciones.

—Oh, Sky, aquello que me pediste... —Por el espejo retrovisor, me mira primero a mí y luego a ella—. Pues, eeehh..., estará listo esta noche.

—¿En serio? ¡Qué bien! —Skyler cruza sus largas y bronceadas piernas, que asoman por la raja del vestido largo hasta los tobillos.

Le apoyo la mano en la rodilla, no sólo para tocarla y para calmarme

gracias a su contacto, sino también para captar su atención.

—¿Qué estás maquinando? —Le aprieto la rodilla, mirándola a la cara.

Ella se muerde el carnosos labio inferior, apoya la mano sobre la mía y se vuelve para mirarme de frente. Sus ojos marrones brillan a la luz del sol. Su belleza es efervescente, igual que un rayo de sol, capaz de calentarme con una sola mirada.

—No puedes saberlo. Es una sorpresa.

Me acerco a ella.

—¿Me ocultas secretos, Melocotones?

Ella asiente con la cabeza.

—¡Sí! Espero que te guste, aunque es más para mí que para ti, pero también es para ti. —Frunce el ceño, como si sintiera no contarme más, o como si se le diera espantosamente mal guardar secretos.

Me llevo su mano a los labios y le beso los nudillos.

—¿Por qué no me lo cuentas y así puedo decirte si me gusta o no? — intento sonsacarle la información con mi tono de voz más persuasivo.

Pero ella niega con la cabeza.

—¡No, ni hablar, de ninguna manera! Llevo semanas aguantándome el secreto y por fin está listo. Estoy muy contenta pero también muy nerviosa. Sólo te pido una cosa, que cuando te lo enseñe lo recibas con la mente abierta, ¿me lo prometes?

Vuelvo a besarle los nudillos.

—Por ti, lo que haga falta. —Le sostengo la mirada hasta que se ruboriza.

—¡Uau! Hay lujo y luego está el supermegalujo. Me cago en... —exclama Rachel al ver las verjas negras que dan acceso a la urbanización, donde no

falta ni una garita con un guardia.

—¿Puedo ayudarlos? —pregunta el guardia, que lleva una gran pistola al cinto.

—Sí, venimos a ver a Michael Pritchard y familia. Somos Rachel y Nathan van Dyken, Skyler Paige y Parker Ellis —responde Nate.

El guardia revisa la lista y asiente tras anotar algo.

—¿Un tal Bogart Montgomery y Royce Sterling no vienen con ustedes?

Nate niega con la cabeza.

—Van por su cuenta.

—De acuerdo, pueden pasar. Todo recto hasta la triple bifurcación. Tomen el desvío de la izquierda y, cuando lleguen a la siguiente bifurcación, otra vez a la izquierda. La finca de los Pritchard está al final de ese desvío.

Nate saluda militarmente al guardia mientras la verja se abre. Recorremos la carretera lentamente, contemplando las colinas cubiertas de vegetación. Hay pinos gigantescos, un lago y enormes mansiones repartidas en distintas direcciones.

—Por Dios bendito. No tenía ni idea de dónde vivía. —Contemplo boquiabierto las lujosas mansiones.

—¿A qué se dedica Michael, por cierto? —Skyler también está mirando por la ventanilla, boquiabierta.

—Cuando Wendy vino a hacer la entrevista, dijo que se dedicaba a la publicidad, pero no insistí, y la verdad es que ese día ella me contó un montón de trolas, así que no lo sé.

Sigo contemplando el lujoso paisaje. Es imposible que una casa como éstas, en medio de un entorno así, cueste menos de veinte o treinta millones de

dólares. El sitio es tremendamente lujoso y, sobre todo, disponen de una gran privacidad. Además, está muy cerca de Boston, lo que es un gran plus.

Tras unos diez minutos de recorrido llegamos a una casa gigantesca, una donde podrían vivir Jay-Z y Beyoncé sin desentonar. No es la casa donde me imagino viviendo a mi asistente, la fierecilla punki a la que no hay ordenador que se le resista.

—Qué raro es todo —susurra Skyler saliendo del coche.

Los cuatro miramos a nuestro alrededor y sólo vemos el tejado de alguna de las otras mansiones, muy alejadas. Cada una debe de tener unas seis hectáreas de terreno propio.

—Ni siquiera sabía que existía esta urbanización —reconozco.

—Yo tampoco —dice Sky—. Me pregunto si habrá alguna casa en venta —añade, y el corazón se me dispara.

¿Se estará planteando realmente mudarse a Boston para estar más cerca de mí? Sé que lo hemos hablado alguna vez, pero no hemos concretado nada. Lo único que tengo claro es que no me apetece que volvamos a vivir cada uno en su casa.

Hago visera con la mano para protegerme del sol. Yo no podría permitirme comprar una de estas mansiones ni loco..., pero ella sí. Probablemente su cuenta corriente no lo notaría demasiado. Y si lo hiciera, ¿qué podría ofrecerle yo a cambio?

La puerta se abre y Michael ayuda a Wendy a bajar los escalones que llevan hasta el camino de gravilla. El rojo de su pelo destaca más que nunca a la luz del sol. Con una gran sonrisa, corro hacia ella y le doy un abrazo.

—Mi descarada. —Inhalo el aroma a coco que desprende su pelo—. Te he echado de menos. —Miro a Michael, que está abrazando a Skyler y estrechando la mano de Rachel y Nate.

Me aparto de Wendy, que se está secando unas lágrimas.

—¿Cómo te encuentras? ¡Tienes un aspecto fantástico! —miento al ver las ojeras y la palidez de su rostro.

Ella se aclara la garganta.

—Bien. Mejor ahora que estáis aquí. Me alegro tanto de que hayáis venido... —Se le rompe la voz, pero traga saliva y sacude la cabeza para recomponerse. Luego mira a su alrededor.

—Eh, ¿dónde están Bo y Royce?

—Vienen por su cuent... —Me interrumpo al ver un brillante Porsche 911 plateado que se acerca por el camino y se detiene justo detrás del Range Rover negro que Nate utiliza cuando Sky está en Boston.

—Me cago en la puta, lo ha hecho —susurro contemplando esa preciosidad sobre ruedas.

Royce baja del vehículo y le da unas palmaditas en la capota.

—¿Os gusta mi nueva chica?

—¡Serás cabrón! ¡No me puedo creer que al final te lo hayas comprado! —Le estrecho la mano, pero él tira de mí para hacer chocar el pecho contra el mío mientras me da una palmada en la espalda—. Llevas queriendo comprártelo desde hace más de un año. ¿Por qué ahora?

Él se encoge de hombros y rodea el coche hasta llegar a la puerta del acompañante, tras la cual Bo permanece sentado, sin atreverse a salir.

—Era el momento adecuado. No pienso esperar más a que las cosas sucedan. Si quiero algo, voy a salir a buscarlo yo mismo. —Se alisa las arrugas de la camisa. Va impresionante, como siempre, con traje pero sin corbata. Al parecer, ambos hemos coincidido en vestirnos elegantemente, pero con un toque desenfadado.

—¡Bien dicho! —Wendy levanta el puño y hace una mueca de dolor.

La abrazo por la cintura y le pregunto si está bien.

—Sí, estoy bien. —Sacude la mano molesta—. Bo, sal del coche.

Bo cierra los ojos cuando se abre la portezuela. Lo primero en aparecer es una bota negra de motorista que hace crujir la grava. Cuando veo el trozo de pierna desnuda recuerdo lo que estoy a punto de presenciar.

—¡Vamos, nenaza! —grito, para que se sienta todavía más incómodo—. Una apuesta es una apuesta.

—¿Qué pasa? —pregunta Michael, que se acerca a nosotros y le tiende la mano a Wendy. Ella la acepta, se aparta de mí y se abraza a su hombre.

—Bogey perdió una apuesta contra Rachel. ¡Vamos, Bo, actúa como un hombre! —grito, y él refunfuña, pero acaba de abrir la puerta y sale de una vez.

Los siete nos lo quedamos mirando en silencio. Lleva sus enormes botas de motorista, la cazadora de cuero y una camiseta blanca debajo, como siempre. Lo que no es habitual es la falda escocesa verde y negra, con una estrecha raya amarilla, que le cuelga de las caderas y le llega justo por encima de las rodillas. Lleva un ancho cinturón y una especie de bolsito que le cubre la zona estratégica.

Bo cruza los musculosos brazos sobre el pecho y permanece plantado como si fuera un motero escocés listo para montar su motaza por las colinas del norte de Europa.

—¿Qué pasa? —dice enfrentándose a nosotros con los dientes apretados.

Y es entonces cuando ya no podemos aguantarnos más. Siete tipos distintos de risas se unen, rompiendo el silencio y llenando el aire de buen humor. Wendy se ríe con la cara oculta en la camisa de Michael. Royce trata de

disimular su risa de barítono detrás de la mano, Skyler no se oculta y ríe con todas sus ganas. Ninguno puede contenerse.

Rachel se pavonea alrededor de Bo con su cuerpo menudo pero tonificado. Lleva pantalones de cuero, camiseta de tirantes y cazadora. Cruza un brazo sobre el otro y se agarra la barbilla con dos dedos mientras le inspecciona el *kilt*.

—Bien, bien, amigo. Considero que has cumplido las condiciones de la apuesta. Estamos en paz. —Le da una palmada en la espalda.

Él sonrío, canalla, y la imita, dando una vuelta a su alrededor. Es evidente que ha recuperado su confianza y su aplomo habitual.

—Y eso que aún no has visto lo mejor...

Rachel se detiene frente a su esposo, que le apoya la mano en el hombro.

—¿Y qué es lo mejor? —le pregunta.

Bo se da media vuelta, se inclina hacia delante y se levanta el *kilt*, dejando a la vista sus nalgas blancas como la luna llena.

—¡Lo que hay debajo, cabrones! —Se burla de su propia broma.

Muerta de risa, Skyler se acerca a él corriendo y le da una fuerte cachetada, tan fuerte que luego se lleva la mano al pecho y se queja:

—¡Au, au!

Bo grita mientras ella regresa y se esconde tras de mí, sin dejar de reírse históricamente. Michael se acerca a ella y le ofrece el puño. Skyler logra conectar con él a pesar del ataque de risa.

—Bien hecho. Yo no he podido porque estaba demasiado ocupado tapándole los ojos a mi mujer para que no se le salieran disparados —dice sonriendo.

Bo se frota la nalga dolorida.

—Maldita sea, Sky. ¡Menudo brazo tienes!

Ella se asoma por encima de mi hombro, pero sin salir de su refugio.

—Una vez rodé una película romántica sobre jugadores de béisbol. Tuve un entrenador personal, un jugador profesional que nos enseñó sus trucos. Creo que no se me da mal.

Bo hace una mueca.

—Park, más te vale tener cuidado con ella. Esa chica tuya tiene unas manos matadoras.

Me echo a reír.

—¿Te crees que no lo sé? —Alzo una ceja mientras Skyler me abraza desde atrás y une las manos sobre mi pecho.

Bo alza las dos cejas.

—Hermano, está feo ocultarme secretos. Venga, cuéntamelo todo.

Poniendo los ojos en blanco, me vuelvo hacia Michael y Wendy.

—Gracias por invitarnos. Tengo muchas ganas de que nos pongáis al día.

Wendy asiente, pero en vez de entrar en casa, se acerca a Royce y le da un abrazo.

Él se aparta un poco, la toma por las mejillas y le ladea la cabeza para verla bien.

—Pareces cansada, chica.

Ella sonrío con pocas ganas.

—Bueno, me cuesta un poco dormir por las noches.

Me libero del abrazo de Skyler y me acerco a Michael.

—¿De qué está hablando?

—Tiene pesadillas, pero me ha hecho prometerle que no hablaremos de ello. Quiere pasarlo bien hoy y yo sólo quiero verla sonreír. Me alegro de que hayáis venido, os necesita.

Asiento mientras nuestra chica abraza a Bo. Él la envuelve entre sus brazos como si fuera de porcelana.

—Campanilla, ¿estás bien? —le pregunta.

Ella asiente con la cara pegada a su pecho, pero sus ojos no dicen lo mismo.

—Vamos, todo el mundo adentro —nos pide—. Mick ha preparado un *brunch*, así que vamos a comer. —Se acerca a su hombre y juntos suben la escalera. Mick está pendiente de ella en todo momento por si lo necesita.

«Mierda, ojalá no lo necesitara.»

Al entrar en la casa, el interior me sorprende. Nunca me habría imaginado a Wendy viviendo en un sitio así. Me la habría imaginado en un apartamento molón, con discos *vintage* y carteles de películas oscuras e intensas en las paredes. O tal vez en un almacén reconvertido en vivienda. Pero nunca la habría visualizado en medio de lo que podría ser la mansión de un político. Esta casa huele a fortuna con solera. La verdad es que parece más un museo que un hogar.

—Caramba... —Sky levanta la vista hacia la gran escalinata y hacia los cuadros que llenan las paredes—. Este lugar es... grandioso.

Wendy se echa a reír.

—Sí, tardé al menos un año en conocerlo del todo. De hecho, el segundo día me perdí y tuve que llamar a Mick para que viniera a buscarme. —Juguetona, le da un empujón a su hombre.

Entre los cuadros reconozco un Picasso y un Monet auténticos entre un montón de otras obras de arte que tienen que valer cientos de miles de dólares,

si no millones.

—Tienes buen ojo para las obras de arte —le digo a Michael, contemplando un cuadro de Claude Monet que no había visto hasta ahora.

Él contempla el cuadro e inspira hondo.

—Mi abuelo y su abuelo antes que él fueron grandes coleccionistas de objetos de arte. Yo viví aquí con mis padres, pero ahora los dos han fallecido. Algún día la casa será de mis hijos... —Hace una mueca, como si se le hubiera formado un nudo en la garganta.

Le apoyo la mano en el hombro y se lo aprieto, mientras mi corazón se dispara.

Mick ya tendría un heredero en camino si la tarada de Montreal no se lo hubiera arrebatado.

Cuando una punzada de rabia me atraviesa el pecho, aprieto los dientes tratando de controlarla. Este dolor y esta rabia no son míos. Lo que pasó no me pasó a mí, por mucho que me parta el corazón.

—Lo siento —susurro lo más bajo que puedo, para que sólo me oiga él.

Sorprendentemente, él apoya la mano sobre la mía y me devuelve el apretón.

—Gracias, lo vamos superando.

Asiento con solemnidad. Skyler se acerca y me toma la mano.

—¿Va todo bien? —nos pregunta, sin duda percibiendo nuestra tensión y tristeza.

—Sí, hablábamos de arte.

Sky me apoya una mano en el pecho y contempla los cuadros.

—Park adora el arte y los museos. Estoy deseando conocer el resto de la

casa.

Wendy se acerca, más animada de lo que estaba fuera. Parece que nuestra visita le está sentando bien.

—Podrías pasarte el día entero. Sólo os enseñaremos las cosas más molonas. Y Mick me prometió que podría tomar una copa de vino blanco ahora que ya casi no tomo medicación. He sido una buena chica, ¿a que sí, cariño? —Su tono es de súplica, pero también está cargado de doble sentido.

Él le dirige una sonrisa irónica.

—Sí, Cherry. Te prometí que podrías tomar una copa cuando vinieran tus amigos y lo cumpliré. ¿Os apetece tomar algo con los aperitivos en el salón de recepciones?

—¿Tienes un salón de recepciones? —pregunta Sky boquiabierta. Wendy sonrío y se coge del brazo de Mick para guiarnos hasta allí—. Este sitio es una locura —me susurra Sky al oído.

—Y que lo digas.

Miro por encima del hombro hacia Royce y Bo, que cierran el grupo. Están contemplando la parte superior del vestíbulo. El techo debe de tener unos ocho metros y hay una gigantesca lámpara de araña sobre nuestras cabezas. Lo que no hay es ningún columpio para juegos sexuales. Si el resto de la casa es como la entrada, creo que me voy a quedar con las ganas, aunque no pierdo la esperanza de que tengan una habitación roja, como la de *Cincuenta sombras de Grey*.

Rachel y Nate, tras comprobar la seguridad del perímetro, deciden marcharse y se despiden.

Al entrar en el gran salón, un camarero nos saluda desde detrás de una barra que parece de caoba maciza y que ocupa una esquina de la estancia. El

rincón es muy bonito, hay botellas de muchos colores y tamaños en estanterías que tienen un espejo detrás.

—¿Qué les apetece? El señor Pritchard ha seleccionado un vino blanco y uno tinto, pero todo lo que ven está a su disposición.

Royce pide un whisky sin hielo. Sky y Wendy eligen el vino blanco, Michael, el tinto; Bo y yo pedimos gin-tonic.

Cuando todos estamos servidos, seguimos a Wendy y a Mick, que nos muestran las espaciosas estancias: la sala de billares, la biblioteca, un despacho, un baño y una inmensa cocina con personal que va de un lado a otro. Atravesamos un comedor y llegamos al salón trasero, que da a lo que parece ser un solárium, que, a su vez, da a un precioso jardín. En el salón hay una mesa abarrotada de cosas para picar.

—Por favor, sentaos y probad la *spanakopita*, la quiche, los rollitos de huevo y los champiñones rellenos antes de que sirvan el *brunch*. —Michael señala la comida y se retira, probablemente para asegurarse de que todo anda bien en la cocina.

Nos sentamos; Skyler a mi derecha, Wendy a mi izquierda. Enfrente se sientan Royce y Bo. Queda un lugar libre en la cabecera de la mesa, que supongo que ocupará Michael cuando vuelva. Hay dos servicios más en la mesa, para Rachel y Nate, pero no sabíamos que habían contado con ellos.

—Ahora siento haberles dicho que podían marcharse —comenta Sky.

Le acaricio la frente con la nariz; mi chica es todo corazón.

—No lo sientas. Seguro que disfrutarán más a solas. Ese par se pasan contigo las veinticuatro horas del día. Así podrán hacer actividades de pareja: ir al cine, comer solos, ya sabes, esas cosas que hacen los matrimonios.

—Supongo que tienes razón —admite haciendo un mohín.

—La tengo, confía en mí. —La abrazo por el hombro y le acaricio el

bíceps hasta que noto que se relaja.

—Vale. —Superado el momento, se revuelve en el asiento y examina la comida antes de decidirse por un champiñón. Veo que se le ilumina la mirada. Al principio pienso que es por la comida. A mi chica le encanta comer. Odia hacer ejercicio, pero le encanta comer—. ¡Oh, Wendy! Tengo algo para ti.

Skyler deja el champiñón en el plato, se limpia los dedos en la servilleta y rebusca en el gran bolso que ha dejado colgado de la silla.

Saca un paquete envuelto en papel de seda y me lo da para que yo se lo haga llegar a Wendy.

Ella pestañea mirando el paquete rosa con un gran lazo amarillo mientras le da vueltas.

—¿Y esto a qué viene?

Sky apoya el codo en la mesa para volverse hacia ella.

—Cuando Parker y yo fuimos a Londres, pasamos por París para ver a Sophie. Park me llevó a hacer turismo y te compramos esto para que supieras que nos acordamos de ti.

Wendy me mira y luego vuelve a mirar a Sky.

—Mmm, no sé qué decir —admite con la voz ronca e insegura.

Sky frunce el ceño.

—No tienes que decir nada, boba, es sólo un recuerdo del viaje. ¡Venga, ábrelo!

Wendy retira el papel y acaricia el pañuelo de seda blanco y negro con vetas amarillas, que le pega muchísimo. Ella sorbe por la nariz y se la seca con la servilleta.

Le apoyo la mano en la nuca hasta que me mira con los ojos llorosos.

—Eh...

—Es precioso. No sé cómo darte las gracias. Me encanta. —Cuesta un poco entender lo que dice, pero queda claro que le gusta por cómo se lleva el pañuelo al pecho y lo abraza, como si fuera el regalo más valioso que le han hecho nunca.

Le acaricio la barbilla con el pulgar y me agacho un poco para quedar en su línea de visión.

—Descarada, ¿qué pasa?

Ella se encoge de hombros y hace una mueca cuando el gesto le provoca dolor.

—Cuidado, no hagas eso —la regaño—. Sólo cuéntanos qué te pasa.

Ella niega con la cabeza. Michael se acerca por detrás, se agacha y la besa en la mejilla.

—Cherry, es normal que una amiga le compre a otra un regalo. Lo único que tienes que hacer es darle las gracias. —Le da otro beso.

—Pero es que nunca había tenido una amiga que me regalara cosas —admite sollozando y llevándose el pañuelo a la cara—. Es el mejor pañuelo que he tenido nunca. Lo llevaré siempre. Gracias, Skyler y Parker.

Me froto el pecho para deshacer el nudo que se me ha formado y niego con la cabeza.

—Oh, no. Fue cosa de Sk... —empiezo a decir, pero Skyler me pellizca el muslo y me dirige una mirada asesina cuando me vuelvo hacia ella.

—De nada, Wen. Te echábamos de menos y queríamos que lo supieras.

Bo interviene.

—¿Y dónde está mi regalo? —murmura, pero Royce le pega un empujón tan fuerte que casi se cae de la silla a la alfombra oriental que tenemos bajo

los pies.

Skyler pone los ojos en blanco. Cuando Wendy se echa a reír, ella alza la copa y brinda:

—Estoy muy feliz de estar de nuevo en casa y de que te estés recuperando. Sé que los chicos no ven el momento de que vuelvas a la oficina.

—Brindo por ello —corrobora Royce con su voz de bajo.

Bo asiente con la cabeza.

—Sí, joder, que vuelva mi Campanilla. La rubia que te sustituye es fría como el hielo y no le hacen gracia mis bromas. Además, viste como una monja. No puedo alegrarme la vista con nada.

Echo la cabeza hacia atrás y gruño al oír su desafortunado comentario.

—¿Qué pasa? Es la verdad. Va abrochada hasta arriba, siempre profesional y aburrida... ¡Puaj! —Hace un gesto de vomitar antes de darle un trago al gin-tonic.

—No le hagas caso, descarada. —Le dirijo una mirada de advertencia a Bo.

—Nunca os hago caso..., excepto en lo de que me habéis echado de menos. ¿Va en serio? Sé que Annie está haciendo un buen trabajo. La llamo todos los días...

—Tres veces al día, chica. No hace falta que te preocupes tanto por mí —dice Royce suspirando.

Wendy pone morritos.

—Pero es que estabas solo. Y yo necesito saber que estáis bien.

Le apoyo la mano en la espalda.

—Wendy, nadie podrá ocupar tu lugar nunca. Tu trabajo está ahí,

esperando a que te recuperes.

Ella me dirige una sonrisa radiante. Michael se separa de ella tras una última caricia en el cuello. Pone una botella de champán en hielo y finalmente ocupa su lugar en la cabecera de la mesa.

—Se muere de ganas de volver al trabajo, pero yo insisto en que haga las ocho semanas de baja. Necesita tiempo para recuperarse física y mentalmente antes de reincorporarse. El doctor está de acuerdo conmigo, ¿no es cierto, mi amor?

Ella se hunde en el asiento.

—Lo es. Menuda bobada; estoy perfectamente.

Michael aprieta los dientes y me dirige una mirada encendida. Sacudiendo la cabeza sutilmente, me comunica que Wendy no está bien. En absoluto.

—¿Qué tenéis ahora en la agenda de International Guy, chicos? —pregunta Wendy. Se toma el vino muy lentamente, a sorbitos, como si fuera un néctar recibido directamente de los dioses. Es lo que pasa cuando tu chico sólo te deja beber una copa.

Royce se pasa una mano por la calva, se sujeta la barbilla y apoya el codo en la mesa.

—Nos vamos los tres a Berlín a trabajar para una empresa automovilística.

—¡Chicas berlinesas! ¡Estoy ansioso por llegar! —Con un gruñido, Bo se frota el estómago echándose hacia atrás en la silla. Tiene que estar hasta los topes. Se ha zampado más comida que Royce y yo juntos. Cualquiera diría que llevaba una semana sin comer.

Roy suspira y se acaricia la perilla.

Wendy sonríe.

—Oh, Alemania. Suena divertido.

Encogiéndome de hombros, aparto el plato.

—Pues yo preferiría pasar una larga temporada en la oficina.

Skyler me apoya la mano en el muslo y me lo frota arriba y abajo para darme ánimos.

—Todavía te quedan días libres.

—Sí, pero la semana que viene pensábamos pasarla en Nueva York.

Wendy frunce el ceño y a Sky se le borra la sonrisa de la cara. Tras unos segundos, dice: —En realidad, creo que será mejor que nos quedemos en

Boston. Tengo que hablar de la organización de la boda con Wendy. —A ella se le ilumina la cara como si se le hubiera encendido un foco dentro del cuerpo—. Menudo desastre de dama de honor si no ayudo a la novia en los asuntos importantes.

La sonrisa de Wendy ilumina la habitación.

—¡Qué bien! Gracias, Sky.

—De nada, para eso están las amigas. Ya quedaremos para un día más adelante, si te ves con fuerzas.

—Oh, estaré con fuerzas, te lo aseguro. Lo único que Mick me deja hacer es preparar la boda. Desde la cama, con el móvil y el portátil a mano. —Arruga la nariz en dirección a su prometido, que encaja la queja como si nada.

—Hablando de trabajo... —Royce se levanta de la silla, deja la servilleta sobre el plato y viene a nuestro lado de la mesa—. Tenemos que volver. —Abre los brazos mirando a Wendy—. Te aseguro que te echo mucho de menos, chica.

Ella se levanta y lo abraza por la cintura cuando él la atrae contra su pecho. El abrazo dura casi un minuto. Luego Roy agacha la cabeza hasta que casi le roza la frente.

—Pórtate bien; haz lo que diga el doctor. Y escucha a Michael, a menos que te diga que dejes la empresa. En ese caso, no escuches ni una palabra, ¿está claro?

Ella sonrío y asiente con la cabeza.

—Clarísimo.

—Muy bien. —Le da palmaditas en la espalda—. Te llamaré yo dentro de un par de días; hasta entonces, nada de telefonar al despacho. —La mira como un hermano mayor miraría a su hermanita, supongo que así es cómo la ve.

Ella frunce el ceño, pero acaba cediendo.

—Te prometo que no te llamaré.

Él le da un beso en la frente.

—Ponte buena.

Wendy asiente.

—Vale.

Bo se acerca por detrás y esta vez Michael se levanta, como si fuera el guardaespaldas de su prometida. No reacciona si Royce la abraza o la besa en la frente, pero con sólo acercarse Bo a ella, hace que se prepare para el combate.

Disimulando la risa, apoyo el brazo en el respaldo de la silla de Skyler. A ella también se le escapa mientras trata de beber. Es su segunda copa de vino y el alcohol le ha dado color a las mejillas. También hace que le cueste estar seria. Me gusta ver a Skyler achispada. Y todavía me gusta más colarme entre las piernas de una Skyler achispada.

—¿Qué pasa? —protesta Bo, abriendo los brazos para que Wendy lo abrace—. No voy a meterle mano. Relájate, Tarzán.

Ella lo abraza, y Bo no tarda ni un segundo en deslizarle las manos por la espalda en dirección al culo.

—Si me tocas el culo, te rompo los dedos —lo amenaza Wendy.

Bo pone fin a su juego instantáneamente.

Mick gruñe y tira de Wendy para que lo suelte.

—No hará falta que lo haga. Antes de que llegues ahí te los habré cortado yo de uno en uno con el cortapuros —lo amenaza, aunque a mí me suena más a promesa.

Bo levanta las manos en un gesto de rendición.

—Vale, vale, menuda panda de rancios amargados. Ahora en serio, Campanilla. Si necesitas algo, lo que sea, sólo tienes que llamar, ¿de acuerdo?

—Vale, tío. —Wendy se acurruca contra Michael mientras los dos hombres se dirigen a la puerta.

Me llevo las manos a la boca a modo de altavoz y grito:

—A ver si encontráis la salida. ¡Buena suerte!

Royce se echa a reír.

—Está controlado.

—¿Habéis acabado? —Michael señala los platos vacíos.

Me doy una palmada en la tripa.

—Uff, sí. Estaba todo delicioso, Michael, gracias.

—Creo que te has ganado el derecho a llamarme Mick.

Wendy alza mucho las cejas, pero luego trata de disimular la sorpresa cogiéndose del brazo de Skyler.

—¿Quieres que te enseñe las cosas que ya he elegido para la boda?

—¡Claro!

—¿Otra copa? —me ofrece Mick.

—Venga. —Lo sigo por la casa en dirección al salón—. Se nota que tu familia lleva viviendo en esta casa varias generaciones. ¿Te gusta vivir aquí?

Mick afloja el paso.

—Sí y no. A veces me gustaría poder dejarlo todo atrás y empezar de cero con Wendy. Solos ella y yo. Pero esta casa es todo lo que me queda de mi familia. Vengo de una larga tradición de hijos únicos, y tanto mis padres como

mis abuelos ya no están. La única familia que tengo es Wendy. Para mí fue un honor poder ofrecerle esta casa, y ella parece estar a gusto aquí.

Cuando llegamos al salón de recepciones, Mick le pide al camarero que nos llene las copas.

—Creo que Wendy sería feliz en cualquier parte siempre y cuando estuviera contigo. ¿Cómo se encuentra, por cierto? ¿Y eso de las pesadillas?

Él cierra los ojos e inspira hondo antes de volver a abrirlos. Señala unas butacas de cuero situadas frente a un ventanal con vistas al jardín. Antes de empezar a hablar, mira por encima del hombro, supongo que para asegurarse de que Wendy no está cerca.

—Las tiene todas las noches. Se despierta gritando con una mano en el pecho y otra en el vientre.

—¡Joder! —Sus palabras me golpean como un camión que fuera a toda velocidad.

Hace una mueca despectiva y aprieta el puño.

—Si hubiera sabido lo que iba a pasar..., no la habría dejado salir de casa. La habría mantenido a salvo de todo...

—Mick, no puedes tenerla encerrada y envuelta entre algodones. Ella no te lo perdonaría.

Se pasa la mano por el pelo.

—¿Qué podría haber hecho para evitarlo?

Niego con la cabeza.

—Nada. Créeme. —Me doy puñetazos en el esternón—. Le he dado mil vueltas y he llegado a la conclusión de que en el mundo hay gente loca y no podemos hacer nada por evitarlo. Esa mujer sin duda estaba loca.

Él resopla.

—Y por culpa de esa locura ahora mi hijo está muerto.

Siento que se me clava un cuchillo en el corazón. Trago saliva antes de preguntar: —¿Ha ido a ver a un psicólogo? ¿Y tú? —Él niega con la cabeza—. Pues estas cosas pueden enquistarse y luego es peor.

Él da un trago antes de replicar:

—Tengo un plan.

—¿De qué se trata?

«Por favor, que no le pida que deje el trabajo; por favor, que no le pida que deje el trabajo.»

—La dejaré embarazada en cuanto se haya recuperado y nos hayamos casado.

Agacho la cabeza y contemplo los cubitos de hielo y las burbujas de la tónica.

—¿Crees que es buena idea? Quiero decir, la sustitución no siempre es la mejor respuesta.

Él alza el puño, pero parece repensarlo y se aferra al borde bulboso del reposabrazos.

—No, nunca lo es, pero esta experiencia nos ha enseñado algo. Wendy y yo queremos tener una familia. Y pronto. Necesitamos tener algo de los dos, para amar y compartir. Esta pérdida ha hecho que nos demos cuenta de lo mucho que deseamos tener un hijo. Bueno, muchos hijos, en realidad.

Me humedezco los labios y asiento.

—Mientras las razones sean las correctas, me alegro por ti; por los dos.

Mick da un trago y clava en mí su mirada.

—Me ha costado, pero al final he entendido que sois muy importantes para

mi Cherry. Tanto vosotros como vuestras familias y, por supuesto, la empresa. No niego que me gustaría ser todo su mundo, pero soy lo bastante hombre para admitir que el corazón de mi mujer es enorme y en él hay sitio para muchas cosas. Ella quiere formar parte de la gran familia que habéis construido y yo quiero darle todo lo que ella quiera.

Inclino la cabeza en señal de respeto.

—Eso te honra. Nosotros también la queremos, como a una hermana. Mientras ella desee, siempre tendrá un lugar en el equipo y en nuestra familia. Y Sky y ella se llevan estupendamente.

—Me gustaría que hubiera más días como hoy. Podríamos quedar para comer o cenar, y así conocernos mejor.

—¿Bo también está invitado? —bromeo.

Él mira por la ventana, con expresión despectiva.

—Si no hay más remedio...

—Sabes que lo hace todo en broma, ¿no? Sus dobles sentidos, el coqueteo, todo es una broma inofensiva para él. Sé que nunca se pasaría de la raya, por mucho que finja otra cosa. Wendy se ha convertido en alguien importante para él, parte de su familia. Si te hace sentir más tranquilo, te diré que Bo mantiene a las mujeres a distancia, especialmente si siente algo especial por ellas a nivel romántico. El hecho de que no levante barreras ante ella demuestra que no está interesado de esa manera.

—No digo que no, pero su sentido del humor me resulta insufrible.

—Por eso lo hace. Disfruta provocando, escandalizando. La única manera de que deje de hacerlo es no reaccionar ante sus pullas. —Me encojo de hombros y me acomodo en la butaca de cuero.

—Mmm, lo tendré en cuenta.

—Volviendo al tema importante, ¿qué dice el médico sobre las pesadillas?
—Bajo la voz, ya que sé que quiere mantenerlo como una confidencia.

Él suelta el aire en un suspiro de agotamiento.

—Le recetó pastillas para dormir, pero ella se niega a tomárselas. Dice que no quiere drogarse para dormir.

—¿Le recomendó algo más?

—Dejar pasar el tiempo. Y visitar a un terapeuta, pero no quiere ir.

—Tal vez si fueras con ella, se animaría. —Me encojo de hombros—. ¿Lo harías?

Asiente con brusquedad.

—Haría cualquier cosa por ella.

—Pues sugiéreselo, a ver cómo reacciona. No se pierde nada. Nosotros vendremos más a menudo, pero tú vas a tener que forzarla a salir de casa. Necesita comprobar que hay vida más allá de lo que le pasó y de la pérdida que habéis sufrido.

Las mujeres entran en el salón riendo como colegialas. La tristeza de Wendy ha desaparecido por completo tras haber pasado un rato con Skyler. La entiendo perfectamente. Mi chica siempre tiene ese efecto en mí.

—Cariño, tienes que ver el vestido que ha elegido Wendy. ¡Es a-lu-ci-naaaaan-te!

—Prefiero vérselo el día de la boda. Me gustan las sorpresas, ¿recuerdas?

Ella abre mucho los ojos al oír la palabra *sorpresa*. Se ha dado cuenta de que me refiero a la sorpresa que me tiene reservada.

Al oír pasos sobre la grava, miro por la ventana y veo a Nate y a Rachel, que llegan en el Range Rover con los cristales tintados. Me levanto y me abrocho el botón de la americana.

—Parece que vienen a recogernos.

—Oh, no. —Wendy hace una mueca de decepción—. Me estaba divirtiendo mucho.

Mick se acerca a ella, la abraza y le besa la frente.

—Sí, pero se te ve agotada. Creo que te vendría muy bien acostarte un rato.

Ella alza la cara hacia él.

—¿Te acostarás conmigo?

Él le da un beso en los labios, rápido y sencillo, pero que me llena de alegría. Ver cómo se preocupa por ella, lo mucho que la quiere y que la necesita, me tranquiliza. Sé que le queda un duro camino por delante hasta recuperarse del todo, sobre todo mentalmente, pero con Michael a su lado y nuestro apoyo, lo conseguirá.

Tiro de la mano de Sky, que viene gustosa hacia mí.

—¿Nos vamos, Melocotones?

—Tú la llamas Melocotones y Mick me llama Cherry, que significa «cereza». Qué obsesión tenéis con la fruta, chicos —comenta Wendy riendo.

—La llamo así porque mi chica huele a melocotones con nata. —Le acaricio el cuello con la nariz mientras hago ruidos, como si me estuviera dando un banquete con ella, para hacerla reír.

—¡Ja! Pues Mick quería llamarme Flor, porque me arrebató la mía, pero me gusta más Cherry.

Skyler y yo nos la quedamos mirando en silencio, sin saber qué decir.

Mick agacha la cabeza y suspira.

—Nena —le dice en tono cansado.

—¿Qué? —Wendy frunce el ceño.

Él le da golpecitos en los labios con el dedo.

—Demasiada información. No hace falta que todo el mundo lo sepa todo sobre nosotros. —Sacude la cabeza y la abraza—. Vamos, acompañemos a nuestros amigos hasta el coche.

—¿*Nuestros*? —pregunta ella en tono esperanzado.

—Sí, Cherry. Nuestros amigos.

—¡Genial! Ya sabía que te enamorarías de mis chicos.

Él gruñe.

—Tu chico soy yo; ellos son tus amigos.

Ella menea las caderas y le acaricia la espalda.

—Me gusta tener más de un chico.

—Por encima de mi cadáver —replica él muy serio. Yo no podría ponerme tan serio ni aun queriendo. Tal vez lo dice de verdad. Este hombre es tremendamente posesivo, rayando la obsesión, pero ¿quién soy yo para juzgarlo? Lo único importante es que ellos sean felices.

Wendy y Skyler siguen riendo con ganas cuando llegamos a la puerta. Cuando nos ven aparecer, Nate y Rachel bajan del coche.

La vibración del móvil me avisa de que tengo un nuevo mensaje. Lo leo antes de entrar.

De: Desconocido

Para: Parker Ellis

Me alegro de que hayas vuelto sano y salvo. Te echaba de menos.

Lo releo un par de veces. «¿Qué coño...?» Tiene que ser alguien

gastándome bromas. ¿Tal vez uno de los chicos? ¿O un amigo de la infancia?

Nos despedimos con la mano de Wendy y de Mick, que están en la puerta. Cuando Skyler y Rachel están en el coche, detengo a Nate, que cierra la puerta al darse cuenta de que necesito un instante a solas con él.

Nos alejamos unos metros del vehículo y le muestro el teléfono.

—¿Encontraste algo en el móvil de Skyler?

—Acabo de hablar con un colega, un gurú de la tecnología. Dice que el número pertenece a un teléfono de prepago. No puede localizarlo porque el dueño lo tiene apagado y sólo lo enciende para enviar los mensajes.

—¿Han llegado más mensajes al antiguo móvil de Sky?

—Sí. Se los he enviado a mi colega, pero no puede hacer nada.

De espaldas al coche, me muestra los nuevos mensajes.

De: Desconocido

Para: Skyler Paige

¿Por qué me ignoras?

De: Desconocido

Para: Skyler Paige

Pensaba que eras distinta.

De: Desconocido

Para: Skyler Paige

Eres igual que todas.

De: Desconocido

Para: Skyler Paige

¿Te crees que eres mejor que el resto porque eres famosa? No lo eres, y te lo demostraré.

—Joder. —Vuelvo a leerlos. Suena como un acosador o un fan que se haya vuelto loco.

Nate asiente.

—Sí, eso parece. Le he pedido a Tracey que revise todas las otras vías de acceso a Skyler: su teléfono o la dirección de correo para los fans. Sé que alguien se encarga de responder a los emails y a los mensajes de la web. Le he dicho que estén pendientes por si llega algún mensaje raro a través de las redes sociales. Mañana tendré más información.

Hago una mueca, pero enseguida la escondo para que Skyler no me vea preocupado.

—Avísame en cuanto te enteres de algo. No entiendo cómo el acosador ha conseguido nuestros teléfonos.

—Tal vez sea un hacker de primera.

Sonrío.

—Yo conozco a una hacker de primera, que está a punto de echarse una siesta. —Señalo con el pulgar por encima del hombro hacia la mansión que queda a nuestra espalda.

—Sí, bueno. Cuando se encuentre mejor podemos pedirle su opinión. Tal vez pueda ayudarnos.

Asiento y, tras lanzar una mirada de despedida a la mansión, entro en el coche.

Skyler me apoya la mano en el muslo.

—¿Va todo bien?

—Sí, Nate me estaba poniendo al corriente de algunas cosas. Y ahora... ¡a por mi sorpresa!

Skyler me dirige una sonrisa radiante.

—Nate, ¿está todo listo?

Él asiente.

—Lo está. ¿Quieres que vayamos ahora?

—¡Sí, claro que sí! —Se pone a bailar en el asiento—. ¡Pon música, blanquito! Tengo ganas de mover el esqueleto.

La tercera copa de vino está haciendo efecto.

—¿Te lo has pasado bien? —La abrazo por los hombros y la atraigo hacia mí.

—Muchísimo. Me encanta estar con tus amigos, cariño.

Inhalo el aroma a melocotones con nata que desprende su pelo.

—Ahora también son tus amigos.

Ella sonrío.

—Es verdad. Me gusta mucho que podamos salir con las mismas personas para divertirnos. —Suspira feliz—. Es lo que hace que valga la pena vivir la vida. Los dos trabajamos duro, pero poder compartir ratos con gente estupenda hace que todo valga la pena.

La beso en la sien hasta que ella alza la cara, ofreciéndome los labios. Sabe a vino blanco y a las fresas que ha tomado de postre.

—Mmm —gimo contra su boca. Le lamo el labio inferior y se lo mordisqueo antes de repetir el proceso con el superior.

Ella me clava los dedos en el muslo y asciende hasta agarrarme la erección, que se endurece aún más bajo sus agradables caricias. Todo mi

cuerpo está pendiente de su mano y del placer que me provoca. Dejo que siga durante un par de minutos hasta que me cosquillean las pelotas y sé que, como sigamos así, voy a montármelo con ella en el coche, y que les den a los guardaespaldas. Haciendo un gran esfuerzo, cubro con mi mano la suya, que sigue torturándome por encima de los pantalones.

Gruñendo en su boca, le aparto la mano. Ella rompe el beso, sin aliento. Sus ojos marrones, con vetas amarillas, parecen pozos de chocolate con caramelo espolvoreado por encima. Se muerde el labio inferior y me dirige la mirada más herida que he visto nunca.

Refunfuño, con la cara hundida en su pelo.

—Estás jugando sucio, nena.

Ella sonrío al darse cuenta de mi estado.

—Vale, ya paro. De momento.

Inspiro hondo, tratando de pensar en algo que ayude a calmar a la Bestia.

Al cabo de poco rato nos detenemos frente a un edificio que me resulta muy familiar.

—¿Me has traído al trabajo? ¿Mi sorpresa está en la oficina?

Ella me dirige una gran sonrisa.

—Algo así, pero no. Ven conmigo.

Rachel le abre la puerta a Sky y luego los Van Dyken nos flanquean mientras me abotono lo más sutilmente que puedo la americana sobre la erección que Sky me ha regalado en el coche. De repente, una horda de fotógrafos nos asalta.

Rodeo la cintura de Skyler con el brazo mientras Rachel y Nate se esfuerzan en mantener a los paparazzi a distancia.

—Se lo hemos puesto demasiado fácil. La próxima vez hemos de entrar

por el garaje —murmura Nate, que tiene a Skyler agarrada por el codo.

Cuando entramos en el edificio, estamos a salvo, ya que es propiedad privada y hay seguridad por todas partes. Hace falta llevar una tarjeta de identificación y haber concertado cita previa para poder entrar, a menos que vivas en el edificio.

Sé que las cinco últimas plantas están ocupadas por ricos empresarios que quieren vivir en el centro. El personal de seguridad no nos pone impedimentos para entrar. A mí me conocen y saben que tanto Skyler como Rachel y Nate tienen pleno acceso al edificio.

Al montar en el ascensor, veo que Nate le da al botón de la última planta.

—Ah, Nate. Esas plantas son de viviendas particulares. De hecho, has pulsado el botón del ático.

Él se cruza de brazos e ignora mi comentario, mirando al frente con una sonrisa irónica.

—¿De qué va esto, Sky? —Me vuelvo hacia ella, que está casi saltando en el sitio de los nervios. Puede tratarse de una de tres cosas: o ha bebido demasiado, o está como una moto (lo que no me extrañaría, después del semitrabajito que me ha hecho en el coche) o está a punto de darme una sorpresa de las grandes.

Las puertas se abren al fin en la última planta, dentro de un apartamento. Nate sale, seguido de cerca por Rachel.

—Esperad aquí, vamos a hacer una ronda.

Cuando desaparecen, me vuelvo hacia Sky.

—¿Qué pasa?

Ella se muerde el labio, se agarra la falda del vestido y la mueve de lado a lado, como una niña nerviosa.

—Es mi nueva casa. La he alquilado por seis meses.

Abro la boca y miro alrededor del gran apartamento totalmente amueblado. Desde el ascensor, veo una pared de unos diez metros totalmente acristalada. Entro en el vestíbulo y en una mesita descubro una foto de Skyler y yo en su casa de Nueva York.

A medida que voy penetrando en el ático, compruebo que los muebles son muy parecidos a los de su otro ático. Cómodos, mullidos y llenos de coloridos cojines y mantitas para el gran sofá modular.

—¿Has comprado un ático en el edificio donde está International Guy? —
Abro los brazos y doy una vuelta en redondo.

—Lo he alquilado con opción a compra —susurra insegura.

Me vuelvo para mirarla a los ojos.

—¿Me estás tomando el pelo?

—¿Significa eso que estás contento o que estás enfadado? Porque ahora mismo estoy tan nerviosa y me siento tan vulnerable que no sabría decirlo. — Le tiembla la voz, pero alza la barbilla en una muestra de fortaleza de carácter.

Me acerco a ella a toda prisa, le tomo la cara entre las manos y la beso como si no hubiera un mañana. Pero no es suficiente. Nunca es suficiente.

La levanto del suelo hasta que ella me rodea la cintura con las piernas. Me dirijo al sofá y me siento, con Sky montada sobre mi regazo.

Frotando su sexo contra el mío, ladea la cabeza y me mete la lengua hasta el fondo. Mi lengua se une a la danza y ambas se mezclan como locas mientras le aprieto las nalgas y las presiono contra mi polla, dura como una piedra.

—Vale, ya veo que os daba igual si el apartamento era seguro o no —dice Rachel desde algún punto a nuestra espalda. No sabría decir exactamente desde dónde porque Sky está frotando su sexy cuerpo contra el mío y estoy a punto de perder la cabeza—. Nos vamos. Nuestro apartamento está en el piso de abajo. ¿Nos vais a necesitar más tarde?

—No —responde Skyler sin retirar los labios de los míos.

Yo me aparto un poco porque necesito aire y porque quiero responder a los Van Dyken.

—Estamos bien. —Me paso la lengua por los labios y pruebo su dulce sabor, un sabor que me provoca una nueva oleada de excitación que me recorre de abajo arriba. Cuando llega a la altura de las caderas, las arqueo, haciendo que Skyler gimiera como una gatita. Rachel se ríe mientras la saludo con la mano—. Todo bien por aquí. Os llamaremos si necesitamos algo, pero no creo que salgamos esta noche.

—Comprendido. Divertíos —bromea Rachel mientras Sky vuelve a fundir su boca con la mía.

—¿Estás contento, cariño? —me pregunta llenándome el cuello de besos.

El calor me recorre y se me eriza la piel. En lo único que pienso es en quitarme el traje cuanto antes. Aunque tal vez pueda follármela vestido y luego ya me tomaré las cosas con más calma. Sí, me gusta el plan.

Echando la cabeza hacia atrás, dejo que me devore.

—Mucho, estoy jodidamente contento —logro decir entre gruñidos mientras ella me desabrocha el cinturón y los pantalones ya de paso.

—Quiero estar más cerca de ti. —Se echa hacia atrás y se retira el pelo de la cara—. ¿Crees que es demasiado pronto? —Cuando su mano se posa sobre mi polla endurecida, quiero gritar de dolor y placer, pero haciendo un gran esfuerzo me concentro en sus palabras.

Niego con la cabeza.

—Tenerte cerca, en mi ciudad, en el mismo edificio donde trabajo... —suelto el aire— significa mucho para mí. Pero ¿qué pasa con Nueva York?

La Bestia protesta latiendo con fuerza. No entiende que me ponga a hacer preguntas justo ahora.

Ella se humedece los labios y me acaricia la cabeza, hundiendo las manos en mi pelo, hasta que me muerdo el labio para no gemir escandalosamente.

—A Nueva York le falta una cosa: le faltas tú.

Sus palabras me provocan una punzada de deseo. Casi no puedo contener la necesidad de entrar en ella al notar una gota de humedad en la punta de la polla, que se prepara para la acción.

Logro controlarme, apretando los dientes.

—Tampoco estoy siempre en Boston —le recuerdo, porque es hora de ser

honestos.

—No, ya lo sé. Pero es tu hogar; el hogar al que regresas cuando estás fuera, y quiero que también sea el mío. —Mientras habla, me desabotona la camisa de vestir—. Tu familia, tu empresa, tu vida está aquí. Yo puedo hacer mi trabajo desde cualquier parte. —Abre la camisa y me apoya las manos cálidas en mi pecho desnudo. Inspiro entre dientes al sentir que me marca a fuego—. Y durante el resto del tiempo, quiero estar cerca de ti. —Se inclina hacia delante, saca la lengua y me lame el pezón.

Yo le tomo la barbilla y le levanto la cara para darle un beso rápido e intenso.

—¿Estás segura? Es un paso importante.

—Vivir juntos será un paso importante. De momento, lo que quiero es que podamos estar juntos cuantas más noches mejor. Además, estabas preocupado por mi seguridad. Este edificio es muy seguro. —Sus dedos hábiles se desplazan hacia abajo. Cuando alcanzan la cremallera, me la desabrocha—. Nate y Rachel vieron muchos pisos, pero yo elegí éste. Ellos le han dado el visto bueno a la seguridad de la recepción y del garaje, así como al ascensor con acceso por huella digital.

Hablando de huellas digitales, ella me recorre con los dedos la húmeda tela del bóxer, torturándome con el pulgar, haciéndome pensar en el placer que puede darme con la mano, y el placer aún mayor que puede darme con la boca o con su húmedo sexo.

Sigue hablando, abriéndose camino con sus palabras entre mis sensuales pensamientos.

—Lo que me recuerda... que tienes que dejar tu huella digital para poder entrar y salir cuando te plazca. Y quiero que también la dejen los chicos y Wendy. Y tus padres.

Gruño y contengo el aliento cuando desliza la mano entre la tela y mi piel,

y me agarra con ganas para darme un buen meneo.

—Dios —susurro, y le echo la mano al culo, buscando el final del vaporoso vestido.

Ella me ayuda, levantádoselo y quitádoselo por la cabeza. Queda sentada sobre mi regazo, vestida sólo con un sujetador sin tirantes, color carne, y una braga de encaje del mismo color. En vez de hacer que se levante para quitársela, la rompo en dos, rasgando la delicada tela con los pulgares. Cuando tengo un trozo en cada mano, tiro de los dos lados, con una mano por delante y otra por detrás, haciendo que la braga se clave en su sexo hasta hacerla gritar.

—Parker..., cariño... —Contiene el aliento mientras hago que la tela se deslice adelante y atrás por su húmeda hendidura y luego la muevo lateralmente, frotándole el clítoris endurecido—. Te necesito, te necesito, ay, Dios... —Deja caer la cabeza hacia atrás, y su melena me hace cosquillas en la mano que tengo junto a su culo, mientras sigo dándole placer—. Por favor... —me suplica.

Me echo hacia delante para morderle la parte carnosa de uno de sus pechos.

—Cómo me gusta que me ruegues. —Le muerdo un poco más fuerte y luego le acaricio la zona con la lengua.

—Lo sé. —Ella contiene el aliento cuando tiro de la tela para que quede más tirante y mueve las caderas para añadir más fricción. Mi chica es una gata salvaje en la cama, nunca se siente insegura; al contrario, se deja llevar por los sentimientos y la pasión arrebatada.

Empieza a jadear y, cuando creo que está al borde del orgasmo, retiro la tela, apunto y me clavo hasta lo más hondo de su vientre.

Ella grita, y las paredes de su sexo me abrazan y se contraen en un orgasmo mientras yo sigo clavado en ella.

Tengo los dientes tan apretados que me empieza a doler la mandíbula, pero sigo conteniéndome para no correrme aún. Sólo cuando noto que ella se calma y recupera un poco el ritmo de la respiración, me suelto. La embisto con fuerza, echando las caderas hacia arriba hasta que ella empieza a colaborar, correspondiendo a mis movimientos. Mi chica nunca se cansa, siempre quiere más.

Gimo mientras ella rebota sobre mí, sujetándose al respaldo del sofá para mantener el equilibrio, y respira entrecortadamente.

—Eres una diosa —susurro entre jadeos mientras la polla me aumenta de tamaño y las pelotas se tensan con cada embestida.

—Oh, sí, me gusta. Me gustaaaaaa. —Me busca la boca mientras grita y su cuerpo se contrae.

Presa de una necesidad salvaje, la tumbo de espaldas en el sofá, haciendo que la melena vuele a su alrededor y las tetas se le salgan del sujetador sin tirantes. Le agarro una de las piernas, la levanto y se la echo a un lado, dejándola abierta y expuesta ante mí. Me clavo en ella, y mi deseo me espolea para que la tome cada vez más fuerte, clavándome cada vez más profundo, moviendo las caderas cada vez más rápido. Quiero hacerla gritar hasta dejarla sin voz.

Ella me rodea las nalgas con la otra pierna. Los pantalones, a medio bajar, se interponen entre nosotros, dificultando mis movimientos, pero no puedo dejar de embestirla, con los dientes apretados, hasta que no veo nada y lo único que oigo son los gritos de su segundo orgasmo, que salen de sus pulmones en un alarido tan intenso que temo que tiemblen los cristales.

Siento una presión en la parte baja de la espalda. Aprieto las nalgas y contraigo los muslos mientras me clavo profundamente gracias a una potente embestida y me quedo inmóvil. Me estremezco mientras mi polla suelta todo lo que había acumulado dentro, como si tuviera una bomba que expulsara

líquido con cada espasmo. Continúo hasta que no queda nada y me desplomo sobre ella, incapaz de seguir soportando mi peso. Jadeo como si llevara aguantando la respiración un año entero. Ella me rodea con brazos y piernas, envolviéndome en un capullo de Skyler, sin importarle mi peso.

No quiero salir nunca de aquí.

Esta mujer se ha convertido en mi refugio, en mi lugar feliz.

Sé que tengo que dejar de aplastarla en algún momento, pero en vez de levantarme, me pongo de lado y la atraigo hacia mí para no tener que salir de su interior.

—¿Significa esto que te gusta mi casa?

—Ajá, me gusta mucho tu casa.

—Pues imagínate cuando la veas.

Los cuerpos de los dos empiezan a temblar de risa. Tengo los pantalones a la altura de las rodillas y el bóxer se me clava en las bolas ahora que empiezo a retirarme de ella.

—Será mejor que nos movamos o vamos a manchar el sofá nuevo.

—Tiene tratamiento antimanchas —replica ella bostezando y cerrando los ojos. Desliza una pierna entre los dos, supongo que para retener en ella lo que pueda escaparse antes de que logre encontrar una toalla o algo parecido.

Me apoyo en un cojín y me levanto, pero Sky se acomoda todavía más.

—¿Por qué follamos tanto en sofás? —me pregunto mientras me subo los calzoncillos y los pantalones.

Ella vuelve a bostezar antes de responder:

—Nos gustan los sofás, son nuestra especialidad.

Me quedo contemplando a la mujer más hermosa que he visto nunca, la que

me vuelve loco de deseo, y sonrío.

—Sí, nena. Son nuestra especialidad. Duerme. —Cojo una manta y cubro con ella su cuerpo desnudo.

Miro a mi alrededor, examinando el nuevo entorno. Skyler ha alquilado un piso en Boston. Para mí.

No. Para nosotros.

Dos días más tarde, en la oficina, miro por la ventana dándome golpecitos con el bolígrafo en los labios mientras recuerdo las cosas escandalosas que le he hecho a Skyler antes de dejarla en su piso esta mañana.

Suspiro al oír que llaman a la puerta.

—Adelante. —Sonrío al ver que es Annie, que entra con dos bolsas blancas.

—Buenas tardes, señor Ellis. —Levanta las bolsas—. He comprado unos sándwiches y patatas fritas por si nos quedamos a comer en la oficina para concretar los detalles del viaje a Berlín.

Examino el aspecto de mi sonriente secretaria. Lleva una falda de tubo, esta vez combinada con una vaporosa blusa morada con mangas de gasa que le llegan un poco por debajo de las muñecas. Me recuerda a una doncella renacentista de una obra de teatro de Shakespeare. No le pega demasiado. Creo que le quedaría mejor a Skyler, con vaqueros y botas de ante, pero en Annie no acabo de verlo. Al menos, siempre va arreglada y profesional, tal como la oficina necesita.

Suspirando, le señalo la silla que hay al otro lado de mi escritorio. Sé que a Wendy le gustaría que hiciera un esfuerzo para llevarme bien con la chica.

Además, ayer me reuní con Royce y él comentó que no nos vendría mal quedarnos con Annie cuando vuelva Wendy para que nos ayude con los números. También está pensando en contratar un abogado. Al parecer, nuestra empresa está creciendo de manera algo descontrolada, sin prestar atención a los temas legales. Necesitamos protegerla.

—Es muy amable por tu parte, Annie, pero no hacía falta.

Ella me dirige una sonrisa radiante y se ruboriza mientras deja las dos bolsas de papel en el escritorio y saca un sándwich envuelto en plástico blanco.

—Le he traído tu favorito.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo sabes cuál es mi favorito?

Ella pestañea un par de veces y sacude la cabeza.

—Oh, estaba en la carpeta de comidas que me dejó Wendy. Anota todas las cosas que les gustan; lo saqué de allí.

—Caramba, qué eficiente.

—Lo intento.

Está a punto de desenvolverme el sándwich cuando unos golpecitos en la puerta anuncian la entrada de mi supersexy novia, que hace su aparición, iluminando el despacho como si fuera el mismo sol. Lleva la melena dorada recogida en una cola de caballo que se balancea, coqueta, cuando anda. Los vaqueros ceñidos destacan sus atributos. Los combina con una camiseta de tirantes y cinco collares de diferentes tamaños. Encima se ha puesto una camisa de seda con flecos y estampado de cachemira. En una mano lleva tres anillos de plata y en la otra, dos. Y combina la pulsera con la frase VIVE TU VERDAD con otras de cuentas, que también parecen hechas a mano.

Me la quedo mirando como si fuera un hombre a punto de ahogarse que acabara de aspirar una bocanada de aire. La camiseta de tirantes azul marino tiene el escote lo bastante bajo como para enseñar parte de su espectacular pecho, y se me hace la boca agua. ¡Que les den a los sándwiches! Lo que me apetece es darle un bocado a ella. Me muerdo los nudillos mientras Skyler me muestra una bolsa.

—He preparado comida para dos, cariño. —Se acerca rodeando el escritorio y yo la siento sobre mi regazo, donde cae como si fuera una nube de seda vaporosa y risas femeninas.

Sin dejar de reír, me frota la nariz con la suya y me da un pico en los labios.

Me empapo de la visión de su cara radiante y sus labios color frutos del bosque, hasta que recuerdo que no estamos solos.

Sky me abraza por la nuca y se vuelve de medio lado.

—¡Hola, Annie! ¿Qué tal? ¿Te adaptas bien?

Ella se ha levantado, con el sándwich aún envuelto en la mano.

—Sí, gracias, señorita Paige.

Sky sacude la mano en el aire.

—Llámame Skyler, o Sky.

A Annie se le iluminan los ojos al oírla.

—Gracias, Sky. Le había traído comida al señor Ellis para que comentáramos el viaje a Berlín, pero puedo guardarlo para mañana o cuando sea, no hay problema. —Vuelve a meter el sándwich en la bolsa.

—¿Por qué no se lo llevas a Bo, Annie? Puedes hablar con él de los detalles mientras yo como con mi novia. —Le doy un apretón en la cadera e

inspiro hondo cuando me llega el aroma de comida italiana desde la bolsa que Skyler ha dejado a mis pies.

Annie pierde la sonrisa, pero enseguida sustituye la auténtica por una sonrisa falsa.

—Vale, eso haré.

Skyler señala hacia el pecho de Annie.

—¡Tengo una blusa igual que ésa! ¿A que es cómoda? ¡Y te queda de miedo! —exclama con esa exuberancia tan suya. *Exuberancia* podría ser su segundo nombre.

Annie recupera su sonrisa auténtica, como un patito feo al que hubieran dicho por primera vez que era hermoso.

—¿En serio? —Eleva el tono de voz contenta—. Tengo algo igual que Skyler Paige. ¡Oh, Dios mío! Voy a llamar a mi madre para contárselo. Se va a morir de la impresión.

Skyler se echa a reír.

—Tonterías.

Miro a Sky con curiosidad.

—Lo has dicho igual que mi madre —murmuro—. ¿Has estado hablando con ella?

Ella me dirige una sonrisa traviesa, antes de volverse hacia Annie.

—Si quieres puedo firmarte algo para ti y para tu madre. Así le das una sorpresa.

Los ojos de Annie se abren como platos.

—Eres... única —murmura admirada.

—¡Qué va! Lo que pasa es que ya sé de qué va la cosa. Las madres son

muy importantes. Hemos de hacerlas sentir especiales siempre que podamos.
—Skyler coge mi libreta de notas y al moverse se frota contra mi polla, que no va a tardar en endurecerse.

¡Mierda! Sólo hace falta un roce para que la Bestia se ponga en acción. Hay adolescentes que se empalman menos a menudo que yo, ¡por el amor de Dios!

—¿Cómo se llama tu madre? —Sky coge un boli del bote y le quita el tapón... con los dientes.

Gruño y echo la cabeza hacia atrás, presionándome las sienes con el pulgar y el índice.

«No te empalmes, no te empalmes.»

—Trudy.

Skyler se presiona con la lengua en la mejilla y mi mente calenturienta se imagina que es mi polla presionando ahí.

«No te empalmes, no te empalmes», sigo repitiéndome.

Me muerdo el labio inferior y trato de contenerme mientras Sky escribe dos notas, una para Annie y otra para su madre.

Luego las arranca de la libreta.

—Aquí tienes. Con esto vas a ganar muchos puntos como buena hija.

Annie las coge y las mira, una, dos, tres veces. Pasa el dedo sobre las firmas con reverencia antes de volver a mirarnos y decir con la voz temblorosa:

—Gracias. Muchas gracias. Sabía que eras increíble.

—Oh, qué amable. Y ahora, si nos disculpas... —Skyler me acaricia la mejilla con la nariz—, he quedado para comer con este tío bueno.

Annie alza mucho las cejas.

—Oh, claro, claro. Los dejo solos. —Coge las dos bolsas y se dirige a la puerta, con las notas autografiadas en la otra mano—. Si puedo hacer algo por alguno de los dos, estaré fuera —añade al salir.

—¿Por dónde íbamos? —Abraza a mi chica por la cintura y pego la frente a la suya.

—Es maja, ¿no crees? —murmura Skyler con la boca junto a mi mejilla.

—Ajá, muy maja. Pero cuéntame qué me has traído, porque con este olorcito se me está haciendo la boca agua.

Skyler sonrío y se echa hacia atrás para verme la cara entera. A la luz de la ventana, está guapísima. Su piel bronceada resplandece y veo todas las betas doradas en sus ojos marrones.

—He preparado lasaña casera, ensalada y pan francés.

Elevo una ceja.

—¿Has hecho todo eso desde que te dejé saciada y roncando esta mañana?

Ella asiente con la cabeza.

—Sí. Nate y Rachel me han acompañado al supermercado y he cargado un poco de todo.

—¿Has cargado un poco de todo? Pensaba que igual te irías a Nueva York esta semana, por aquello de los bolos de prensa...

—No, he decidido que quiero conocer mejor mi nueva ciudad. Nate ya ha elegido el Range Rover que quiere y lo están adaptando con las mejores medidas de seguridad. ¿Y sabes qué? Es exactamente igual que el que había alquilado. —Pone los ojos en blanco.

—Cuando algo va bien, ¿para qué cambiarlo? —Sonrío—. ¿Y qué tal en el supermercado?

A ella se le borra la sonrisa de la cara.

—Al principio, todo bien, pero luego una mujer me reconoció y se le fue la pinza. Y no hablo de que quisiera un abrazo o un autógrafo. No, lo que hizo fue ponerse a gritar con todas sus fuerzas hasta que se desmayó. Justo en medio de la sección de congelados. —Decaída, suspira y se levanta—. Es un rollo. Adoro mi trabajo, me gusta más que nada en el mundo, pero a veces ser famoso es un asco.

Me echo hacia delante mientras ella saca las fiambreras de la bolsa y las deja en la mesa.

—¿Y qué habéis hecho? —le pregunto cogiendo los cubiertos enrollados en la servilleta de papel que me ofrece.

—Rachel fue a pedir ayuda. Llamaron a una ambulancia. Sólo fue un desmayo, pero como pasó dentro de un supermercado se organizó una buena. La próxima vez, iré a un supermercado distinto y me pondré un disfraz. —Vuelve a suspirar mientras se sienta y abre una tapa. Sale vapor de la fiambarrera. Cuando el aroma a ajo y queso me alcanza la nariz, me rugen las tripas.

Sky señala mi fiambarrera.

—Ataca mientras está caliente.

Abro la tapa y cojo los cubiertos.

—Melocotones, te va a costar un poco encontrar sitios a los que puedas ir sin que la gente reaccione, ¿lo sabes, verdad?

Ella asiente con la cabeza, pero frunce los labios.

—Supongo que, como hemos pasado la última semana sumidos en nuestra burbuja, me he malacostumbrado. —Resopla hacia arriba haciendo que se le mueva el flequillo—. A mí me parece que no sería tanto pedir que la gente no me reconociera o, al menos, me dejaran en paz. Sé que debería

acostumbrarme, pero no me acostumbro. Cómo me gustaría poder elegir las verduras sin que nadie me pidiera un selfi o un autógrafo, o viniera a decirme lo mucho que me quieren o cuánto les gustan mis películas. Es el paraíso y el infierno al mismo tiempo.

Apoyo la mano sobre la suya por encima de la mesa.

—Pues no, la verdad es que no puedo imaginármelo del todo, pero cuando estamos juntos y los paparazzi aparecen de la nada, me hago una idea de lo que tienes que soportar. Lo siento, nena.

Ella se encoge de hombros y se pasa la mano por la coleta.

—Da igual. Estoy exagerando un poco, pero es que tenías que haber visto a esa mujer. Estaba tan tranquila con dos paquetes de frutos del bosque congelados en las manos y de pronto se le ponen los ojos en blanco y se cae al suelo como un bolo derribado.

Me echo a reír a carcajadas, contagiándole la risa a Skyler.

—Al menos podemos reírnos de todo porque no se hizo daño.

—Es verdad. Gracias, cariño.

—¿Por qué? Eres tú la que ha traído la comida, que, por cierto, está exquisita. —Lleno otra cucharada de la deliciosa pasta cubierta de queso.

—Gracias por ser tú, por entenderme, por dejar que me desahogue.

—Puedes contar conmigo siempre, Sky.

Ella ladea la cabeza, me mira a los ojos y hace que se me pare el corazón cuando dice:

—Me alegro tanto de que llamas a la puerta aquel día...

—Yo también. Le doy las gracias al jefe que hay ahí arriba por ello. Pero ahora come, tengo trabajo que hacer y quiero acabar pronto para poder ir a casa de mi novia.

—Oh, me imagino que no debe de pasarse el día en casa esperándote, ¿no?
—Se mete en la boca un trozo de pan tan grande que no le cabe entero.

—No, mi chica no tiene que esperarme. Me saco el trabajo de encima a toda velocidad para disfrutar del mejor momento del día, que es cuando me abre la puerta y puedo ver su sonrisa.

Ella se limpia los labios parsimoniosamente con la servilleta antes de soltarme una de las suyas.

—Vaya, debería haber traído un vino dulce para acompañar esas palabras tan pastelosas.

Le lanzo la servilleta a la cara, y ella me la devuelve muerta de risa.

Amor y risas, no puede haber nada mejor que eso.

Los asientos de primera clase se van llenando mientras los chicos y yo nos acomodamos. Royce se sienta junto a la ventanilla, ya que sabe que a mí me da igual mirar el suelo. Para mí, un avión es como un tren o un autobús flotante. No me interesa mirar por la ventanilla. Prefiero dormir, comer sin tener que preocuparme de cocinar y ponerme al día con el trabajo, la lectura o alguna película. El vuelo hasta Berlín dura diez horas y, como viajamos de noche, nos habituaremos al horario europeo sin problemas.

Bo se sienta al otro lado del pasillo y estira sus largas piernas. Royce me pasa su americana y yo se la doy a la auxiliar de vuelo, junto con la mía. Nos reuniremos con la clienta en cuanto aterricemos. Los tres acordamos que este viaje sería corto, de una semana como máximo. Tenemos una larga lista de clientas en espera. La siguiente es de Washington. Esperaba librarme de ese caso, pero como me he tomado más tiempo libre que los chicos durante las últimas semanas, no puedo escaparme. Lo que es una mierda, porque me apetece mucho pasar tiempo con Skyler, enseñándole la ciudad. Suponiendo que ella esté libre, claro.

Cuando la auxiliar de vuelo nos pregunta qué queremos beber, no me ando por las ramas y pido un whisky. Quiero dormir durante el viaje. Skyler me mantuvo despierto toda la noche pasada con sus encantos femeninos. Desde que alquiló el piso de Boston, está salidísima. Hemos estrenado casi todas las superficies de la casa para crear recuerdos y sentir que el espacio es más nuestro, no sólo de ella. Francamente, a mí todo eso me da igual. Lo único que quiero es estar con ella, cuanto más dentro mejor, y cuantas más veces mejor. Así que, básicamente, estuve de acuerdo con su plan. ¡A tope!

Le doy las gracias con una sonrisa a la auxiliar, que nos trae las bebidas antes de ir a atender a otros pasajeros.

—¿Cómo estaba Sky cuando te has ido? —me pregunta Roy entre sorbos de su whisky.

—Bien. La verdad es que me sorprendió. No tenía ni idea de que pensaba alquilar un piso en Boston.

Sonriendo, Royce me señala con un dedo, mientras sostiene el whisky con los otros cuatro.

—¿Aún no te crees digno de una mujer como ella?

Me encojo de hombros mientras le doy vueltas al tema.

—¿La verdad?

—Claro, hermano, siempre.

—Pues al principio, no; no lo creía, pero las cosas han cambiado mucho durante estos últimos dos meses. Sobre todo después de la ruptura y del tiempo que pasamos en París y en Londres. Ahora siento que lo nuestro tiene sentido, que no es un capricho. Sé que pueden volver a surgir problemas; salir con alguien tan famoso como Skyler no es fácil para nadie. Hay un montón de cuestiones, como la seguridad, que son un incordio, pero estamos de acuerdo en hablarlo todo; no perder la comunicación es esencial.

Royce escucha con atención y asiente.

—Cuando alquiló el piso en nuestro bloque... —Niego con la cabeza—. Fue como si se abrieran las compuertas de algo.

—¿Aceptación? —sugiere Royce.

—Sí. —Doy un trago y dejo que el licor me caliente la garganta y el vientre—. Sabía que ella era lo que había estado buscando toda la vida, pero al mudarse aquí, al mostrarse interesada en conoceros a vosotros, en conocer a mi familia, me di cuenta de algo.

—¿De qué? —Royce me clava sus ojos, negros como el carbón, sin hacer

caso de la gente que se instala en sus asientos ni del tipo que abre y cierra el compartimento situado sobre nuestras cabezas, buscando algo.

—De que tal vez yo era lo que ella había estado buscando toda la vida. De que tal vez yo soy lo que ella desea en un hombre.

Royce alza una ceja.

—Vale, quitando el tema de mis problemas de desconfianza.

Él sonríe.

—Me alegra que lo digas tú; así me ahorro tener que decirlo yo. —Se ríe con ganas—. Si lo he entendido bien, habéis solucionado ya vuestros problemas con los ex y, por supuesto, con Sophie.

Suspirando, apoyo la cabeza en el reposacabezas de cuero.

—Francamente, creo que sí. No digo que no volvamos a tener problemas con ellos. Sé que nunca me va a gustar que Johan forme parte de su vida, igual que a ella no le haría ninguna gracia que Kayla reapareciera de repente. Pero lo de Sophie es innegociable y Sky lo sabe. SoSo es mi amiga, y durante este viaje creo que Sky se ha convencido de que lo que hay entre nosotros es una buena amistad, no amor romántico.

Royce inspira hondo.

—Pues no sé cómo te lo has montado. No conozco a ninguna mujer a la que le parezca bien que su pareja sea amigo de otra mujer con la que se ha acostado en el pasado.

Riendo, echo el asiento hacia atrás para ponerme más cómodo.

—Supongo que no vivir en el mismo continente ayuda.

Él vuelve a señalarme.

—Vale, eso lo entiendo más.

Nos reímos juntos. En ese momento, una alarma del móvil me avisa de que acabo de recibir un correo electrónico. Miro la pantalla y veo que la dirección del remitente es conocida.

De: Paul Ellis

Para: Parker Ellis

Asunto: Berlín o morir en el intento

Boli Parker:

¡Acabo de hablar con mamá! Hacía siglos que no hablábamos, lo siento. He estado en misión secreta durante un tiempo, pero me han dado permiso al fin. Estoy en Europa. Voy a ir a casa dentro de unos días. Mamá dice que vas a Berlín. Yo estaré en Frankfurt mañana. Puedo volar a Berlín y así nos vemos, que hace ya demasiado tiempo desde la última vez. Demasiado, joder. Echo de menos tu feo careto.

Dispárame tus coordenadas cuando puedas.

Saluda a Royce levantando la barbilla de mi parte. Y a Bo dile que aún me debe veinte pavos de la última partida al Fantasy Football.

A ver si sacas tiempo para ver a tu hermano mayor, ¿vale? Tenemos que hablar. Tengo que contarte cosas.

EL ELLIS GUAPO,

PAUL

P. D. ¿En serio te estás tirando a Skyler Paige?

—¡Me cago en todo lo que se menea! —exclamo conteniendo el aliento mientras releo el mensaje de mi hermano. Llevo dos años sin verlo en persona y más de seis meses sin saber de él.

—¿Qué pasa? —Bo me mira con los ojos entornados y Royce se inclina hacia mí para ver de qué se trata mientras yo leo el mensaje por tercera vez.

Tengo que aguantarme las lágrimas, para qué negarlo. Tenía miedo de que la próxima vez que me llegara un mensaje sobre Paul fuera para comunicarnos

que había muerto en combate. Nunca antes había estado seis meses sin dar señales de vida. Mi madre también tiene que estar emocionadísima y, mierda, no puedo llamarla porque el capitán acaba de anunciar que vamos a despegar.

—¡Jo... deeeeer! ¿Te ha escrito Paul? —La voz de Royce retumba junto a mi hombro. Asiento y le doy el móvil para que lea. Él lo hace y luego se lo da a Bo para que haga lo mismo.

Tras leer el texto, Bo frunce el ceño.

—Ese capullo me debía veinte pavos a mí. ¡Que me la chupe!

Me río cuando el vecino de Bo refunfuña algo y le da la espalda, como si no quisiera contaminarse con sus ordinariieces.

—Joder, ¿cuándo fue la última vez que tuviste noticias tuyas? —me pregunta Royce mientras Bo me devuelve el móvil y se inclina al máximo hacia nosotros para integrarse en la conversación.

—Seis meses... o un poco más.

—Al menos, ahora sabes que está bien. Ese tipo me preocupa —comenta Bo antes de darle un trago a la cerveza.

Sacudiendo la cabeza, suspiro para soltar la preocupación que cargaba. Hasta este momento no me había dado cuenta de lo preocupado que estaba.

—Joder, joder... —Me paso las manos por el pelo—. Paul está bien. Tiene algo que contarme y va a ir a casa. Mis padres se volverán locos de alegría.

—¿Qué será lo que quiere contarte?

Doy un sorbo pequeño al whisky y luego me bebo el resto del tirón, porque me hace falta.

—No lo sé, pero me da igual. Sé que está bien; que no lo han matado en un país lejano, lo demás no me importa.

Royce asiente varias veces.

—Y que lo digas. Me alegro de que tu chico vuelva a casa. —Me ofrece el puño para que lo haga chocar con el mío. Yo pongo el mío encima, lo choco y dejo que él haga lo mismo después.

—Me alegro mucho de que Paul esté de regreso —me dice Bo echándose hacia atrás y estirando las piernas, pero con la cabeza de lado para seguir mirándome. Cambia de expresión, poniéndose serio—. Pero es él el que me debe los veinte pavos a mí, y pienso cobrarlos.

Nos echamos a reír los tres. Inclinado hacia atrás, levanto el vaso vacío hasta que la asistente de vuelo me ve y asiente.

—Gracias, tíos.

—¿Por qué? —resuena la voz profunda de Royce.

—Por estar ahí siempre.

—Bah, ésa es la parte fácil. La familia siempre está ahí, para lo bueno, para lo malo y para lo peor. ¿No, Bogey?

Bo le enseña los dientes a Roy al oír el odiado apodo y se acaba la cerveza de un trago.

—Así es.

Yo inspiro hondo antes de replicar:

—Familias... No hay dos iguales.

Las oficinas de la empresa OhM Motors están situadas en el corazón de Berlín. Tiene más sucursales y plantas de fabricación repartidas entre Estados Unidos, Francia, Japón y la India. Llegamos a la empresa lo más presentables

que podemos, tras habernos lavado los dientes en el avión y habernos lavado la cara con las toallas húmedas que nos han dado antes de aterrizar. Bo ha cambiado la cazadora por un blazer de cuero que combina con vaqueros negros, sus botas de siempre y una camiseta con cuello de pico un poco más cuidada de lo normal. Bo es Bo, se ponga lo que se ponga, y es un miembro muy valioso del equipo. Siempre se pone lo que cree que le favorece más. ¿Quién soy yo para juzgar sus gustos? En el extremo opuesto del baremo de elegancia, Royce lleva un traje de Tom Ford que le sienta como un guante y una camisa de rayas rosa con gemelos de plata. Va elegantísimo. Yo estoy en algún punto a medio camino entre los dos, con mi traje azul marino de Hugo Boss, camisa blanca, corbata de rayas de varios tonos de verde y los zapatos Ferragamo marrones.

La empresa está dispuesta a pagarnos un cuarto de millón de dólares por una semana de trabajo; por eso ha sido necesaria la presencia del equipo al completo. Sin contar, claro está, con nuestra Money Penny pelirroja, que sigue en casa, recuperándose. Tomo nota mental de avisarla de que hemos llegado bien y, de paso, preguntarle cómo se encuentra. Aunque si ella quisiera saber dónde estamos, nos localizaría sin problemas a través de las tarjetas de crédito. No me extrañaría que nos hubiera puesto un chip en la cartera para saber dónde estamos en todo momento.

Está un poco paranoica, la verdad.

Y que una loca le disparara un tiro en el trabajo no la ha ayudado en nada. Somos su única familia, aparte de Mick. Es un poco sobreprotectora pero, francamente, me da igual. No nos hace ningún daño, y si las cosas se pusieran feas, podríamos contar con su ayuda.

Royce abre la puerta de las oficinas de OhM, que se encuentran en el centro del antiguo Berlín del Este. Nos recibe una recepcionista que nos conduce inmediatamente hasta una doble puerta. Llama y, cuando alguien responde en alemán, ella abre.

—Pueden pasar los tres. La señora Schmidt los está esperando.

Monika Schmidt es una rubia alta y escultural con ojos azules y rasgos atractivos. Me recuerda a la modelo favorita de mi madre, Claudia Schiffer. Tiene los pómulos altos, la cara alargada pero con el óvalo perfectamente formado y unos labios carnosos. Pero, a diferencia de la Schiffer, esta mujer no parece estar a punto de recorrer una pasarela, sino de bajarle los humos a su oponente en un tribunal. Lleva un traje color gris oscuro con las costuras negras. La falda de tubo, de líneas severas, tiene una pequeña abertura con pliegue en la parte trasera. Le sienta como un guante. Tiene el pelo largo, rubio, recogido en un moño, también severo. El maquillaje es sencillo, sin florituras, pero resalta su belleza natural.

—Soy Monika Schmidt, bienvenidos a OhM Motors —nos saluda con acento alemán pero en un perfecto inglés—. Me alegro de que estén aquí para poder empezar a trabajar inmediatamente.

Vale, ya veo que con esta mujer no va a haber presentaciones ni visitas de cortesía. Directa al grano. Seguro que tiene que ser una jugadora de Monopoly implacable, de las que construyen hoteles a la primera oportunidad.

Le estrecho la mano que me ofrece.

—Señora Schmidt, gracias por recibirnos. Estamos ansiosos por saber más sobre su empresa para poder ayudarla con el lanzamiento internacional.

Una vez que ha estrechado las manos de Bo y de Royce, señala hacia una mesa de conferencias que hay cerca de su escritorio. No hay sofás ni butacas cómodas, todo está enfocado de cara al trabajo. Cuando estamos sentados, ella coge un mando a distancia y aprieta un botón. Una gran pantalla desciende desde el techo, se apaga la luz y un reproductor se enciende.

—Me gustaría que miraran los dos vídeos que hemos encargado a dos famosas empresas de marketing sobre el producto y sobre la presentación internacional de la empresa y que me contaran sus opiniones.

—De acuerdo, dispare. —Señalo la pantalla.

Ella asiente y reproduce los vídeos.

En el primero aparece una mujer sexy con vestido de cóctel que se deshace en exclamaciones de admiración al ver uno de los coches que la empresa quiere lanzar.

En la información que he leído antes de venir he visto que quieren lanzar seis vehículos al mismo tiempo, aunque cada uno de ellos es único. La empresa se dedica exclusivamente a la fabricación de vehículos híbridos, ecológicos, con altas prestaciones. Algo similar a los Tesla en Estados Unidos, pero esta empresa se dedica a los vehículos híbridos, que funcionan tanto con gasolina como mediante electricidad. Las baterías se cargan mientras el coche funciona con gasolina y así puede funcionar más tiempo con menos emisiones.

Un hombre toma la mano de la modelo y la besa. Luego se ponen a bailar un vals alrededor del coche como si estuvieran en un salón de baile. Hago una mueca y bostezo. Parece que el *jet lag* ha elegido este momento para hacer su aparición. Bo se tira de la perilla, con la vista fija en la pantalla. Royce contempla la pareja de bailarines y la acción salta. Ahora la mujer está embarazada, pero sigue bailando con su pareja alrededor del coche. Royce arruga el labio, como si estuviera oliendo algo desagradable. En la última escena, el hombre baila con su hija pequeña, que tiene los pies encima de los suyos, mientras la mujer tiene un bebé apoyado en la cadera. El logo de OhM Motors aparece en la pantalla, seguido del lema de la campaña: «Entra bailando en el futuro».

—¿Algún comentario?

Los tres nos miramos y yo levanto la mano.

—¿Qué tal si vemos el otro vídeo antes de comentar nada?

Monika aprieta los labios mientras le da al *play*. Esta vez, en la pantalla se

ve uno de los híbridos en una pista de carreras. Junto a él hay un Mercedes, un Audi, un BMW, un Porsche y un Lexus, todos en su versión híbrida. La bandera verde se levanta y pongo los ojos en blanco al ver que los seis salen disparados. Por supuesto, el OhM resulta ganador. De dentro de cada coche sale una mujer, de entre treinta y cuarenta años. El logo de OhM ocupa la pantalla, seguido del lema: «No te conformes con la segunda posición. En la carrera de la vida, nunca pierdas el estilo».

Tengo que pestañear varias veces para librarme del extremo aburrimiento que me han causado los dos vídeos.

Monika aprieta un botón y se cruza de brazos.

—¿Opiniones?

—Son espantosos —responde Bo.

—Yo no compraría el coche —refunfuña Royce.

Me vuelvo hacia Monika.

—No pretendemos faltar al respeto a sus empresas de marketing, pero lo cierto es que, tras ver los vídeos, entiendo mejor que nos haya llamado.

—Me han dicho que son los mejores resolviendo situaciones difíciles.

—¿Ah, sí? ¿Quién se lo dijo?

—Alexis Stanton. Usamos su tecnología. Fue ella la que me comentó que habían resuelto un problema de su empresa y que probablemente podrían resolver el mío. Tengo exactamente un mes para preparar una nueva campaña y distribuirla por nuestras cuatro delegaciones en Francia, Estados Unidos, Japón y la India. Sé que con estos vídeos no voy a penetrar en el mercado internacional. Me gustaría oír sus ideas.

Abro el maletín y saco cuatro dossieres que hice imprimir a Annie tras haber reunido toda la información que encontramos sobre OhM Motors. Los

reparto entre Monika y los chicos.

—Primero, hablemos de lo que no nos ha gustado de los vídeos — propongo.

—Es demasiado restrictivo. En el primero, la pareja vestida de cóctel hace que los espectadores piensen en gente de dinero. Y luego se los ve aumentar la familia, por lo que el coche queda etiquetado como vehículo familiar para ricos —comenta Royce pensativo.

—En el segundo aparece una pista de carreras —añade Bo—. Instantáneamente he pensado en hombres y en deportes. Pero luego salen mujeres que parecen estar en edad de formar una familia. ¿Qué pasa con los hombres o con los solteros que quieren un coche nuevo?

—A mí lo que me preocupa, además de lo que han dicho mis compañeros, es que el coche queda en segundo plano. Debería tener más protagonismo. Entiendo el concepto que tratan de transmitir, el de un vehículo que puede adaptarse a los cambios del futuro, pero creo que no lo han enfocado bien.

Monika se da golpecitos con el bolígrafo en los labios.

—¿Y cómo cambiarían esos conceptos?

—Abra el dossier. Hablemos sobre los conceptos que queremos transmitir a los compradores y no sólo de temas demográficos. ¿Qué es lo que hace que los vehículos de OhM sean especiales? —pregunto.

—Protegen el medio ambiente. Al ser híbridos, los usuarios no causan tantas emisiones y consumen menos combustible —responde Royce—. Y eso hace que el cliente ahorre en gasolina. Es una ventaja doble.

Lo señalo.

—Exacto, ahorra dinero y protege el medio ambiente. ¿Bo?

Él hace girar el bolígrafo en la mano.

—Los seis vehículos tienen muchas prestaciones y eso es atractivo para los hombres, ya sean locos del motor, universitarios, emprendedores, padres de familia, hombres de negocios o abuelos. No es un secreto que a los hombres suelen gustarles las máquinas rápidas y bien engrasadas. Podría decirse que va en nuestro ADN.

—Sus coches tienen buenas prestaciones, contamos con eso. Me estaba fijando en que van ordenados por tamaño. Está la moto, el biplaza, la furgoneta, el sedán, el deportivo y el SUV. Veo que podemos jugar con los números. Uno, dos, tres, si ponemos un perro en la furgoneta, cuatro en el deportivo, cinco en el sedán y seis en el SUV. Lo que significa...

—Que hay un vehículo adecuado para cada persona —acaba la frase Monika, que está escribiendo en su libreta.

—Bingo. Lo que la campaña necesita es mostrar todo eso para llegar a todo tipo de público. Y si luego hace campañas específicas para cada uno de los vehículos, mejor. Pero, de momento, para el lanzamiento del vehículo nuevo van a tener que hacer una campaña que llame la atención de todos, teniendo en cuenta quiénes son sus competidores: los resistentes coches americanos, los europeos, más lujosos, y los Tesla, que protegen el medio ambiente.

Ella asiente mientras sigue tomando notas.

—Todo bien. ¿Y cómo propone que lo hagamos?

—Bueno, tenemos algunas propuestas, pero me gustaría ver los coches para hacerme una idea más directa de lo que estamos vendiendo. Me gustaría conducirlos y luego llamaré a un amigo.

—¿A quién? —pregunta Bo.

—A Pritchard.

—Genial —replica Bo secamente.

Royce abre mucho los ojos, pero luego asiente.

—Ese tipo sabe lo que se trae entre manos.

—Exacto. Vamos justos de tiempo. Si queremos tener la campaña a punto dentro de un mes, tenemos que empezar a rodar esta semana. Hay que preparar cartelería, anuncios, exposiciones de coches, grupos de usuarios de prueba, etcétera. Pritchard hará lo que sea necesario para ayudarnos; tiene los contactos adecuados.

La semana pasada, cuando volvimos de visita a casa de Mick y Wendy, descubrí que Michael no sólo es el dueño de una de las principales empresas de publicidad del país; también posee editoriales, imprentas, agencias de modelos, básicamente todo lo que está relacionado con el mundo del marketing y la publicidad, hasta esos pequeños negocios que imprimen tarjetas de visita.

El tipo tiene problemas con temas como el control y la privacidad. Le gusta ser responsable de los proyectos desde el principio hasta el final, y ésa es la razón por la que es multimillonario. Cuando lo conocimos no teníamos ni idea de que tuviera tanto éxito en los negocios. Nos quedamos con la imagen de novio controlador que estaba loco por Wendy. Ahora que lo conozco un poco mejor, estoy descubriendo que hay mucho más. Por primera vez en su vida, se está abriendo y está aprendiendo a confiar en otros seres humanos aparte de su mujer. Todavía le queda mucho camino por recorrer, pero va avanzando con nuestra ayuda. Bueno, con la mía y la de Royce.

—¿Michael Pritchard? —A Monika se le ilumina la mirada—. Le ofrecimos el proyecto, pero lo rechazó.

Con el ceño fruncido, me echo hacia atrás en la silla y cruzo las piernas, apoyando un pie en la rodilla.

—¿Ah, sí? ¿Por algo especial?

Ella inspira hondo y suelta el aire como si quisiera calmarse.

—Michael y yo tuvimos una relación. Ya hace mucho tiempo de eso, pero no es de esas personas que mezclan el trabajo con el placer.

Las cosas acaban de ponerse interesantes.

—¿En seriooooo? —Bo no puede disimular el sarcasmo en su voz.

Ella se encoge de hombros.

—Yo no veo el problema. Estoy casada y él lo estará pronto si mi información es correcta. Pero las cosas no acabaron bien entre nosotros, así que dudo que quiera ayudarnos. El Michael que yo conocí nunca cambiaba de idea.

Le dirijo una sonrisa radiante.

—Oh, sí. Cambiaré de opinión.

—¿De verdad lo cree? —Ladea la cabeza y me examina con sus ojos de color azul oscuro. Estoy seguro de que sólo va a encontrar confianza en ellos.

—Sí, cuando se trata de nuestro amigo Mick, tenemos un comodín en la manga.

Royce sacude la cabeza.

—Y vas a usarlo, ¿no? Ahora que empezábamos a entendernos con él, vas a usar el comodín.

Con una sonrisa, le respondo.

—Sólo si dice que no.

Bo se echa a reír mientras se balancea en la silla.

—¿Pedirle las cosas a mamá si papá dice que no? Me gusta.

—Si tengo que hacerlo, lo haré. Mick y yo nos hemos hecho amigos últimamente. —Miro a mis dos hermanos—. Ya lo veréis.

—¡Ni hablar! Ellis, no me pidas eso. No sabes dónde me estás metiendo. No pienso poner en peligro la relación con el amor de mi vida por un negocio de International Guy. —El tono de Mick no deja lugar para la discusión, pero insisto igualmente.

—Mick, lo único que pasará si nos ayudas es que harás feliz a Wendy. —Y lo digo porque lo creo. Sé que el interés de Wendy en la empresa es más que profesional, es personal. Para ella, ahora somos sus hermanos, y saber que su hombre colabora con nosotros en un caso la haría muy feliz, estoy seguro. Y lo que hace feliz a Wendy nos hace felices a todos, especialmente a Mick.

—No conoces la historia...

Lo interrumpo, aportando la información que nos ha dado la clienta en la reunión.

—Monika mencionó que habías rechazado llevar su campaña y que habíais mantenido una relación en el pasado...

Mick eleva el tono de voz.

—Esa mujer ya me destrozó una vez. No voy a dejar que clave sus garras en mí de nuevo.

Cierro los ojos y me froto las sienes con el teléfono pegado a la oreja.

«Mierda, esto no está saliendo como esperaba.»

—Eso no pasaría. Ahora tienes a Wendy, recuerda. Además, ella está casada y no te guarda rencor.

—Normal, fui yo quien cortó la relación —refunfuña muy alterado.

—Mira, este contrato es muy importante para IG, pero también es una

buena oportunidad para tu empresa. Se trata de una campaña de lanzamiento internacional. Lo que la empresa está haciendo es pionero en su campo. Es un producto nuevo, sin precedentes, y necesitamos tu ayuda para que despegue.

—Parker... —Mick suspira y se aclara la garganta—, no lo entiendes.

—¿Qué es lo que no entiendo? Cuéntame cuál es el problema y buscaré una solución. Dime qué complicación hay o qué tema dejaste sin cerrar. Te aseguro que se me da bien arreglar cosas, mi trabajo consiste en buscar soluciones a los problemas de la gente.

—No puedes arreglar lo que Monika hizo. Los círculos en los que ella, Wendy y yo nos movemos no forman parte de tu mundo.

Hago una mueca mientras recorro la habitación del hotel.

—Supongo que te refieres al BDSM.

—Sí, en parte. Hay líneas que no se pueden cruzar, y ella las cruzó. Tardé años en volver a confiar en otra sumisa. Al conocer a Wendy volví a nacer, volví a la vida.

—Mick, a mí también me jodió vivo una mujer de mi pasado. Tardé mucho tiempo en volver a confiar en una mujer. Hasta que conocí a Sky. Incluso entonces, estuve a punto de echar por la borda nuestra relación por culpa de esos fantasmas del pasado. El mejor consejo que puedo darte es que no lo escondas debajo de la alfombra. Saca el tema y airéalo bien. Háblalo con Wendy, conmigo. Soy tu amigo. Si puedo hacer algo para ayudarte, lo haré. Lo que sea. Y más ahora, después de lo que Wendy ha sufrido. —Aprieto los dientes y respiro hondo antes de decir lo que tengo que decir—. Sufro cada día, tío. Cada jodido día. Deseo que las cosas hubieran sido distintas, pero esconderlas y no permitirme hacer el duelo por ellas no arregla nada. Si uno esconde las cosas, al final llega un día en que un colega necesita tu ayuda y no se la das porque sigues escondiéndote.

Una dosis de culpabilidad católica —algo que aprendí de mi madre—

hace que Mick suspire hondo. Durante diez largos segundos, se hace el silencio.

—Tengo que hablar con Wendy y contarle lo que pasó con Monika. Dejaré que ella decida si os ayudo o no.

—¡Eso es fantástico! Muchas gracias, tío. —Estoy seguro de que Wendy lo convencerá. Se trata de IG y ella es miembro del equipo al cien por cien. Seguro que me cubrirá las espaldas.

—No me des las gracias todavía. Aún tengo que hablar con Cherry. Imposible saber cómo reaccionará.

—Da igual. Salga como salga, te agradezco que estés dispuesto a ayudarnos. Si te parece, podrías contarme lo que pasó. Así tal vez luego no te cueste tanto contárselo a Wendy. —Me siento en la cama y apoyo el pie en la rodilla.

—Joder —murmura Mick con rabia—. Fue hace mucho tiempo. Yo tenía veintipocos años, acababa de salir de la facultad. Ya era el director de la empresa y ganaba más dinero del que me podía imaginar. Pero, a pesar de contar con la herencia familiar, yo quería construir mi propio imperio. Todo creció muy deprisa, y un día me encontré en Alemania para la inauguración de la filial de una de mis empresas. Allí conocí a Monika. Vino a trabajar para mí. Lo primero que me gustó de ella fue su inteligencia, aunque, por supuesto, sus piernas no me pasaron desapercibidas. Tiene muy buenas piernas..., bueno, ya las has visto.

Me echo a reír.

—Sí, las he visto, muy bonitas. Pero no se parece en nada a Wendy.

Esta vez es él el que se echa a reír.

—Wendy es única en el mundo. No puedo evitar compararla con el resto de la humanidad. Es honesta consigo misma y con los demás, siempre. Tiene

una libertad interior que me enamora. Quiero apoderarme de ella, hacerla mía. Y lo haré..., pero sólo porque ella me lo permite, no porque yo se lo exija.

Sus palabras me hacen pensar en Skyler. Mi mundo es tan distinto desde que ella está en él... Nuestro compromiso es más sólido que nunca, y sé que haría cualquier cosa por protegerlo. Me imagino que Michael debe de sentir algo así y teme hablarle a Wendy de Monika.

—Wendy es especial. Entiendo que quieras protegerla de todo, pero no puedes ocultarle tu pasado. Esas cosas siempre acaban saliendo. Lo aprendí con Sky de un modo doloroso. Seguro que Wendy te ha hablado de Johan.

Él suspira.

—Sí, estaba muy preocupada por vosotros. Está muy contenta de que hayáis podido solucionar las cosas. Y yo también. Me gusta Skyler. Me recuerda a Wendy en que sabe amar de verdad, con el corazón. Es transparente. No puede disimular lo que siente cuando mira a alguien.

Sonriendo, me echo hacia delante sobre las piernas cruzadas.

—Sí, pero volvamos a Monika. Estabas a punto de contarme por qué te resistes tanto a trabajar con ella.

Me llegan sonidos desde el otro lado de la línea que me permiten imaginarme la escena. Me imagino a Michael caminando, sirviéndose una copa de una de sus licoreras de cristal, sentándose en su inmenso escritorio de caoba y mirando por los ventanales el exuberante paisaje que rodea su mansión de Boston.

—Estuvimos juntos cinco años. Era mi sumisa. En nuestro mundo, es habitual frecuentar clubes privados donde ocasionalmente compartimos experiencias con otras parejas. Monika era aventurera. En casa y en el trabajo era muy correcta y formal, la perfecta novia devota y sumisa, pero en el club se desataba. Lo suyo era el dolor, y prefería practicar su perversión con mucha gente. Había una persona en particular, el dueño del club, que se encaprichó

de ella. Aunque la sumisa debe dar su consentimiento para ser compartida, la decisión final es del amo, y yo me sentía incómodo compartiéndola. Me di cuenta de que prefería no hacerlo. Además, nunca me ha gustado empujar a mi sumisa a hacer cosas sólo porque tengo el poder de hacerlo.

«Ay, madre mía, ¿dónde me he metido?» Cuando le he dicho que me contara lo que había sucedido, no me esperaba algo así. Mi cabeza grita: «Demasiada información, demasiada información», pero he sido yo quien se ha metido en esta ratonera y ahora no voy a salir tan fácilmente.

—Ajá, suena razonable —digo, aunque no tengo ni repajolera idea de si lo que me ha contado es razonable en su mundo o no.

—Lo más importante en esto del BDSM y de las relaciones entre un dominante y un sumiso es la confianza. Más incluso que en las relaciones convencionales. Sin confianza no se puede disfrutar de los juegos físicos o mentales. Yo no podía hacerle daño a Monika como a ella le gustaba, que era haciéndola sangrar. No soporto herir a la mujer que amo y dejarle cicatrices que tardan en curar, o que necesitan vendajes. Lo que no sabía era que, a mis espaldas, Monika había empezado a verse con el dueño del local, que le hacía lo que ella quería. Me mentía, y cada vez que estaba fuera por trabajo, iba al club y me engañaba. Hasta que una vez me traicionó de un modo imperdonable.

—Joder, Mick. Lo siento mucho, tío. Te entiendo, de verdad.

—Eso me temo, o no habrías tenido esos problemas con Skyler. El caso es que Monika fue más allá de la traición física y emocional. Se quedó embarazada y me dijo que el niño era mío, pero las cuentas no salían. Yo estuve fuera durante tres semanas en el período de la concepción.

—Mierda —gruño, y me levanto. Necesito caminar porque me estoy poniendo de muy mal humor. Joder, y yo que pensaba que Kayla era una mala pécora. Al menos no trató de colarme un niño que no era mío.

—Cuando el bebé nació, pedí una prueba de paternidad. Tal como sospechaba, no era mío.

Suelto el aire y, con él, parte del enfado que siento por lo que Monika le hizo.

—Mick, eso fue muy retorcido por su parte. Sabes que Wendy nunca haría una cosa así, ¿verdad?

Él se echa a reír.

—Por eso le he puesto un anillo en el dedo. Y, más importante aún, un collar en el cuello.

—Lo del collar es más importante que el anillo para vosotros, ¿verdad? Me di cuenta por cómo reaccionó Wendy al ver que se lo habían quitado. Por el anillo ni se inmutó.

—En nuestro mundo, el collar es la muestra externa de que la he reclamado como propia. El hecho de que ella aceptara llevarlo siempre indica que se entrega a mí, en cuerpo y alma. El anillo es un símbolo parecido, pero mucho más extendido. Es tan habitual que ha perdido un poco de valor. No estoy diciendo que no quiera casarme con ella legalmente. Por supuesto que sí, joder, y te aseguro que pienso colgar el certificado de matrimonio en mi despacho y lo contemplaré todos los días, sabiendo que hay una persona en el mundo que es mía de verdad y viceversa, que yo le pertenezco. ¿Lo entiendes?

Se me ha hecho un nudo en la garganta y me cuesta hablar, porque las palabras de Mick me han llegado muy dentro.

—Sí, tío. Lo entiendo. Entonces ¿vas a contárselo? ¿Puedo contar con tu ayuda?

Él inspira hondo.

—Sí, puedes contar con ella. La verdad es que hablar contigo ha hecho que lo vea todo un poco más claro. Lo que no puedo prometerte es cómo

reaccionaré cuando la vea. Es posible que la oscuridad de aquellos días vuelva a aparecer.

Si hubiera estado a su lado le habría dado una palmada en la espalda y un abrazo de ánimo, pero como no puedo hacerlo, uso las palabras.

—Tú también puedes contar conmigo. Como amigo. Como alguien que quiere que Wendy y tú tengáis vuestro final feliz.

Él guarda silencio unos instantes antes de decir con la voz ronca:

—Entiendo por qué te quiere tanto.

—¿Quién? ¿Skyler?

Él se echa a reír.

—No, Wendy. Eres auténtico y dices lo que piensas. No es fácil encontrar a una persona así, y menos en el mundo de los negocios.

—Ya, bueno. Es que prefiero hacer negocios de la misma manera en que me muevo en la vida: dejándome guiar por el corazón. Sé que suena pastoso, pero...

Mick me interrumpe.

—Eso es lo que te hará triunfar siempre. Voy a colgar para poder tener una charla con la persona que más quiero. Probablemente a estas horas ya debe de haber vuelto loca a su enfermera de tanto ver telenovelas.

—¡Puaaj!

—Tiene tela... Gracias por llamar, Parker. Te digo algo.

—Eh...

—¿Sí?

—Dile que la echo de menos. Es la verdad.

Pasan un par de segundos antes de que responda:

—Como quieras.

Cuelgo, suelto el teléfono en la cama y me paso las manos por el pelo varias veces. Estoy hecho un lío y un manojito de nervios tras haberme enterado del desafortunado episodio de la vida de Mick. Joder, ¿cómo se me ha ocurrido pedirle algo así? Le he pedido que se reúna con su ex, una mujer que lo trató como el culo, que le mintió, lo traicionó y le mintió aún más.

Camino por la habitación más deprisa, con pasos largos y decididos. Soy un imbécil, un auténtico capullo. ¡Joder!

Oigo vibrar el teléfono, que está en la cama. Tal vez sea alguno de los chicos, que quiere salir a comer y a tomar una copa. O más de una. Ahora mismo me vendrían muy bien. Tengo que quitarme a Mick y a Monika de la cabeza. Necesito tener la cabeza fresca para conseguir una campaña de las que llaman la atención.

Cojo el móvil y consulto los mensajes de correo electrónico. Se me escapa una sonrisa al ver el nombre de mi hermano.

De: Paul el guapo

Para: Parker Ellis

En Berlín. En Reingold, en el 11 de Novalisstrasse.

¿Quedamos para tomar una copa, hermano?

«¡Sí!» Alzo un puño victorioso y sonrío. Mi hermano está aquí. ¡Sí, sí, sí! ¡Qué ganas de verlo! Busco la dirección que me ha pasado en el mapa y veo que puedo llegar en taxi en un momento.

De: Parker Ellis

Para: Paul el guapo

Dentro de veinte minutos estoy ahí.

Mientras doy vueltas por la habitación buscando el blazer, la cartera y la llave del hotel, entra la respuesta:

De: Paul el guapo

Para: Parker Ellis

Ven solo. Quiero tener una charla de hermanos.

Frunzo el ceño. No había pensado invitar a los chicos, pero normalmente a él suele apetecerle verlos. Le caen tan bien como a mí. Que lo especifique así es raro en él. Pero es que hace dos años que no nos vemos. Tal vez quiera que estemos a solas para ponernos al día de temas familiares.

En vez de responderle, me tomo unos momentos para poner orden en los rizos que se me empiezan a formar en el pelo. Lo llevo demasiado largo. Debería habérmelo cortado en Boston, pero estuve muy ocupado jugando a las casitas con Sky y poniéndome al día en el trabajo. No es una mala manera de pasar el tiempo. Por cierto, tengo que llamar a mi chica.

Salgo de la habitación, bajo en el ascensor y frente a la puerta del hotel paro un taxi. Un Audi negro se detiene frente a mí. Entro y le doy la dirección con la mejor pronunciación que puedo:

—Al Reingold. En Novalisstrasse, 11, por favor.

El taxista debe de conocer el sitio, porque asiente y se pone en marcha. Sé que dispongo de unos quince minutos, así que saco el teléfono y presiono la cara de Skyler en mi lista de favoritos.

—¿A que no sabes qué? —me suelta al descolgar. No me dice ni hola, va directa a lo que quiere compartir conmigo.

—¿Qué, nena? —Sonríó al oír su voz, algo tan sencillo pero al mismo tiempo tan reconfortante.

—Wendy quiere que los colores de la boda sean el amarillo canario, el verde y el blanco. ¿A que es raro? ¡Y genial! Va a llevar margaritas normales, de las de hojas blancas y el centro amarillo, salpicadas con claveles y gerberas amarillas. ¡Le va a quedar un ramo fabuloso! —Me echo a reír ante

la exuberancia de su voz mientras contemplo las calles y los edificios de Berlín Oriental—. ¡Fabuloso como las fabulosas Tortugas Ninja! Pero dime, ¿cómo estás? ¿Y los chicos? ¿Todo el mundo bien?

Cierro los ojos y respiro hondo. De eso va la cosa. De que haya alguien que te pregunte cómo estás... y quiera saberlo de verdad. Me viene a la mente una imagen de Skyler desnuda. Bueno, vale. La cosa va de eso y de algo más. Entiendo que Mick quiera atarse legalmente a Wendy para toda la vida.

«Sabiendo que hay una persona en el mundo que es mía de verdad y viceversa, que yo le pertenezco. ¿Lo entiendes?»

Las palabras de Mick resuenan en mi cabeza como un hámster en una rueda, dando vueltas sin parar.

—Sí, Melocotones, estoy bien. Y los chicos también, pero nunca adivinarías quién se ha puesto en contacto conmigo.

—¿Quién? —me pregunta en tono preocupado.

—Mi hermano Paul. Está en Berlín. Voy a verlo ahora mismo. Estoy de camino.

Ella contiene el aliento.

—¡Dios mío! ¡Pero eso es increíble, cariño! Me alegro mucho; sé lo preocupado que estabas por él.

—Lo que pasa es que está actuando raro. Normalmente me llama, y esta vez me ha enviado un correo electrónico. Además, ha mencionado un par de veces que tiene que contarme algo.

—Mmm, ¿tal vez quiera dejar el ejército y necesite un sitio para vivir? Si fuera eso podría quedarse en tu casa y tú quedarte conmigo. O podría instalarse con nosotros, lo que le fuera más cómodo. —Le ofrece su casa sin conocerlo siquiera.

—Te quiero, ¿te lo había dicho ya hoy?

—No, pero nunca me canso de oírlo. Yo también te quiero. ¿Por qué pareces triste?

Suelto un largo suspiro.

—Ha sido un día muy raro. Ahora no tengo muchas ganas de hablar de ello. ¿Y tú? ¿En qué andas? O, mejor dicho, ¿dónde andas?

—En Nueva York. Estoy con Tracey en el Marriott Marquis, en Broadway. Estamos acabando de comer antes de ir a la segunda entrevista del día. Ah, ¿y sabes qué?

—¿Qué? —Me animo al oír la felicidad en su voz.

—Hoy han hecho pública nuestra cubierta. El tercer libro de la serie ya es bestseller y aún faltan dos meses para que salga a la venta. Geneva está loca de contenta.

Sonrío y me pego más el teléfono a la oreja. No quiero oír nada que no sea la alegría de mi chica.

—Eso es genial, nena.

—¿A que sí? ¿Y sabes qué más? —Está prácticamente gritando de la emoción.

—¿Qué? —respondo riendo.

—Voy a hacer un casting para el papel de Simone Shilling en la serie «Los más deseados». Creo que va a ser una serie, porque Geneva le dijo a su agente y su agente le contó a Tracey que el tercer libro va a ser largo. Lo que, traducido al cine, puede significar dos películas. Y si las juntamos con las dos anteriores, ¡sería una serie de cuatro películas en total! ¡Y adivina qué más!

Me río a carcajadas.

—Cuéntamelo. Soy todo oídos, Melocotones.

—¡Van a filmar en la costa Este! Eso significa que estaré en Nueva York durante el rodaje. Y Geneva dijo que quería un bar de aspecto casero para las escenas de Dean, que trabaja en un bar, ¡y yo les hablé del Lucky's! El equipo de producción va a ver si encaja con lo que necesitan. Podrían grabar por las mañanas, cuando está cerrado al público, así que sería un dinerito extra que tu padre ganaría mientras se rasca los huevos.

Me río.

—Nena, ¿quién te ha enseñado a hablar así?

—¿Has oído lo que te he dicho? —Finge reñirme, pero su tono sigue siendo feliz.

—Claro que sí. Suena fantástico. Me alegro muchísimo. Por ti; por los dos.

—Eso esperaba. La verdad es que yo estoy dando saltos de alegría. ¿Qué tal lo de los coches?

Muevo la cabeza de lado a lado y frunzo los labios, aunque sé que no puede verme.

—Bien. Tenemos mucho trabajo por delante, pero nada que no podamos asumir.

El taxi se detiene delante de una puerta metálica con letras negras que anuncian que hemos llegado al Reingold Bar. Parece la entrada de un garito pequeño, apretujado entre oficinas y bloques de pisos.

—Melocotones, ya he llegado. Tengo que colgar. Pásalo bien con las promos. Te llamaré mañana, hacia la hora de comer, tu hora de comer. Te llevo seis horas de adelanto, así que avísame si quieres hablar más tarde, por si estuviera durmiendo. —Pago al taxista y bajo a la acera.

—Vale, cariño. Te quiero —me murmura al oído, dulce y sensual como cuando se despierta por las mañanas.

—Te quiero, Sky. Te quiero mucho, joder.

—Sueña conmigo, cariño.

—Siempre lo hago —le digo, porque es verdad. Ella llena mis pensamientos durante el día y mis sueños por la noche.

Me manda un ruidoso beso antes de colgar.

—Mi locuela —murmuro, sacudiendo la cabeza antes de abrir la puerta de hierro.

Una vez cruzo el umbral, es como entrar en otro mundo. El local está en penumbra, suavemente iluminado por luces indirectas rojizas. Algunas de las paredes están cubiertas por láminas de cobre, que reflejan la luz. El cuero y la madera abundan, aunque también hay barras metálicas con taburetes para aprovechar al máximo el espacio. Todavía es temprano, pero el local ya está abarrotado.

Miro a mi alrededor, entornando los ojos en busca de algún tipo musculoso de casi metro noventa de altura, vestido con ropa militar. Encuentro una espalda ancha, un cráneo casi afeitado del todo en el que se distingue una sombra de pelo castaño, una mandíbula fuerte y marcada, botas, pantalones de camuflaje y una camiseta térmica negra.

La silueta familiar, que estaba hablando con un tipo, se vuelve y me mira con sus ojos también castaños. Me quedo inmóvil contemplando a mi hermano. Está sano y salvo. Y está aquí, a seis metros de mí. Se baja del taburete y abre los brazos.

—¡Boli Parker! ¡Mueve el culo y ven aquí! —grita, y yo echo a correr y me abalanzo sobre él con tanto ímpetu que retrocede un paso mientras lo abrazo tan fuerte que creo que voy a dejarle marcas.

—Joder, joder, joder —repito mientras un tsunami de emoción me recorre. Mi hermano huele a cuero, a loción protectora para el sol y a un olor tan suyo

que se me cierra la garganta y me cosquillea la nariz.

Él me da palmadas en la espalda mientras me abraza. Luego se aparta para agarrarme por las mejillas y sacudirme un poco.

—He echado de menos tu careto, Park. Mi hermano, mi hermanito pequeño, joder. En persona. —Vuelve a abrazarme y yo me aprovecho, apretándolo con tanta fuerza como si quisiera grabarme este momento en el alma.

—Dos años, Paul. Demasiado tiempo. —Me tiembla la voz y me aclaro la garganta. Trato de contener las lágrimas, pero los ojos se me humedecen sin remedio.

Él asiente y me da un montón de palmadas más en la espalda.

—Lo sé, lo sé. Anda, ven, tómate una cerveza conmigo.

Lo agarro por el bíceps, por seguir manteniendo el contacto, y veo que está más recio que nunca. Tiene músculos de acero, como si se pasara el día entrenando. Probablemente pasa más tiempo en el gimnasio que Nate.

—Joder, tío. ¿Te entrenas mucho?

Él me dirige una sonrisa traviesa.

—Nunca había estado tan en forma. No hay gran cosa más que hacer cuando estás en una base secreta esperando órdenes.

—Cierto. —Levanto el brazo llamando la atención del barman—. Cerveza. La que me recomiendes, que sea local.

Paul se echa a reír.

—Sigues pidiendo cervezas locales. Papá debe de estar orgulloso de ti.

Me encojo de hombros.

—Siempre bebo gratis cuando voy al Lucky's, y sé que le gusta que le

recomiende cosas; es lo mínimo que puedo hacer.

Paul echa la cabeza hacia atrás.

—Tal como yo lo veo, tú compraste el bar, así que es normal que bebas gratis.

—Él nos crio; cuidó de nosotros y de mamá. Se merecía ser su propio jefe.

Paul inspira antes de darme una nueva palmada en la espalda.

—Joder, cómo me alegro de verte, Park.

Sonrío con ganas.

—Yo también. ¿Cómo es que has vuelto tan de repente? ¿Estarás un tiempo fuera de servicio?

Él asiente.

—He servido durante doce años. Es posible que vuelva a alistarme durante otros cuatro, pero creo que no volveré a operaciones especiales. O tal vez no vuelva al ejército, no lo sé.

—¿Qué mierda me estás contando, tío? —No puedo ocultar la sorpresa. Mi hermano siempre ha querido ser soldado y participar en operaciones especiales, ser uno de los mejores entre los mejores. Y lo ha hecho. Con creces. Tiene un montón de medallas que lo demuestran.

—Tú eres mi mierda favorita —me dice. Era una de las frases que solía decirme cuando éramos niños y, como si no hubiera pasado el tiempo, me golpea con los nudillos en el brazo, haciéndome ver las estrellas mientras el dolor se extiende, como lava ardiendo, por el bíceps y el hombro.

—¡Joder! —Le doy un empujón y me froto el brazo dolorido, ya que no puedo frotarme el orgullo. Debería haberlo visto venir—. ¿Por qué quieres dejarlo?

Él coge su cerveza en cuanto el camarero la deja en la barra. Yo hago lo

mismo con mi pinta helada y ambos bebemos. La deliciosa bebida de lúpulo me calma los nervios que me ha provocado ver a mi hermano por primera vez en dos años, sano y salvo, a mi lado.

Ladea la cabeza y me mira con una expresión que se ha vuelto solemne de repente.

—Estoy pensando en sentar la cabeza.

Por suerte, tenía la pinta sobre la barra, porque, si no, se me habría caído al suelo.

—¿Has conocido a una mujer? Mamá se va a mear encima de gusto. Primero yo con Skyler y ahora tú, que vas a llevarle una buena chica a casa, porque supongo que será buena chica... —Doy un trago antes de seguir hablando—. Ya me imagino a mamá yendo a la iglesia para darle las gracias a Dios porque sus hijos han madurado al fin.

Paul no dice nada, sólo me mira, muy serio. No muy convencido, me dice:

—Por eso quería hablar contigo. No voy a llevar a casa a una buena chica. Voy a llevar a un buen *chico*. Mi novio: Dennis Romoaldo.

—Perdón, ¿puedes repetir eso último? Creo que no te he oído bien.

Paul frunce el ceño.

—Joder, Park. Me has oído perfectamente, lo que pasa es que no quieres oírlo.

Me lo quedo mirando, pestañeando como un idiota durante un buen rato. Debo reconocer que tiene paciencia conmigo. No mueve ni un músculo mientras yo proceso lo que acaba de decirme. Debe de ser por su entrenamiento en eso de las misiones especiales.

Mi hermano es gay.

—¿Eres gay?

—Gay, bi, como prefieras llamarlo —refunfuña.

—¿Eres bi? —le pregunto, en voz más alta, hasta que me doy cuenta de que estoy aireando sus intimidades en un local público, y me acerco más para susurrar—: ¿Eres bisexual?

Él asiente.

—Sí, me gustan los hombres y las mujeres. Me he acostado con los dos y he disfrutado con los dos. Me ponen los dos. Pero, ahora mismo, quien me pone es un hombre llamado Dennis. Lo conocí hace un año en Sudamérica. Nos hemos visto unas cuantas veces desde entonces y ahora estamos saliendo de manera oficial. De hecho, está allí.

Paul señala hacia la otra punta de la barra y saluda a un tipo de piel clara, pelo moreno y espeso y ojos castaños. Viste un blazer azul marino con coderas beige que le sienta muy bien. Lleva gafas negras, con montura moderna, sobre

una nariz elegante. Me dirige una sonrisa amplia que parece sincera, sobre todo cuando le devuelve el saludo a mi hermano. Por suerte, no se levanta ni se acerca a nosotros, porque sigo asimilándolo.

Inspiro hondo y suelto el aire lentamente.

—Así que eres bi... —Me encojo de hombros y dejo que la información me vaya calando.

Paul me observa atentamente, a la espera de mi reacción, y acaba apretando los dientes.

—Si te parece mal, lo entiendo. No sé cómo van a reaccionar papá y mamá, pero es lo que hay. Ya sabes que no me gusta esconderme..., bueno, a menos que sea del enemigo —bromea, supongo que para aligerar el ambiente.

Le apoyo la mano en el hombro.

—Hermano, a mí no tiene que parecerme ni bien ni mal.

Él frunce los labios y agarra el vaso con tanta fuerza que los nudillos se le vuelven blancos.

—Entiendo que no quieras hablar del tema, ni siquiera pensar en ello, lo entiendo. Y siento si esto cambia la opinión que tenías de mí. Sigo siendo tu hermano y sigo siendo un hombre, pero no voy a renunciar a esta relación.

Con el corazón latiéndome como si quisiera salirse del pecho, levanto las manos.

—Eh, eh, eh, para el carro. ¿Qué te hace pensar que me molesta? Paul, eres mi hermano. Más que eso, eres mi héroe, joder. Hace décadas que beso el suelo por donde pisas. ¿Qué más me da con quién disfrutas?

Él se tensa unos instantes antes de decir:

—¿De verdad no... —se humedece los labios y clava la mirada en la cerveza— no me ves de otra manera?

—No. ¿En qué siglo vives, joder? Yo vivo en el siglo XXI, donde hombres y mujeres pueden estar con quien les apetezca. Siempre y cuando no te ponga mi pareja, lo demás me da igual.

Paul alza la vista al cielo, destensa los hombros haciéndolos rodar y se vuelve hacia mí con los brazos abiertos. No me da tiempo ni de reaccionar porque me encuentro apresado contra un pecho duro como una pared de ladrillo mientras mi hermano me da palmadas tan fuertes en la espalda que me hace toser.

—Joder, joder, menos mal —susurra sacudiendo la cabeza—. Estaba muy preocupado por tu reacción.

Me aparto y ladeo la cabeza molesto.

—¿Se puede saber qué te hacía pensar que soy tan cerrado de mente? Me duele que pienses eso de mí, tío.

—Es que, en mi círculo, las cosas no son tan fáciles. Mi compañero de operaciones...

—¿Kenny?

Él asiente.

—Sí. Él... no se lo tomó tan bien. Nos pilló a Dennis y a mí en plena faena, ya sabes... —sonrío y asiento— y me dejó claro lo que opinaba escupiéndome en las botas y pidiendo un cambio de compañero.

Una gran indignación se apodera de mí.

—Será capullo.

Paul se encoge de hombros.

—Era majo, hasta que dejó de serlo. Nunca se sabe cómo va a reaccionar la gente, y yo... Joder, Boli Parker, no podría soportar que me despreciaras,

como hombre, como hermano. Kenny me la suda, pero tú eres distinto. Eres mi familia, sangre de mi sangre, tu opinión me importa mucho.

—¿Por eso no querías que vinieran los chicos?

Él asiente con la cabeza.

—En parte, sí. Pero también porque quería hablar contigo a solas y presentarte a Dennis antes de llevarlo a casa para que conozca a papá y mamá.

Me imagino a papá y a mamá sentados a la mesa con Paul y Dennis, escuchando a mi hermano decirles que Dennis es su novio, y la imagen que me viene a la cabeza es tan graciosa que no puedo aguantarme la risa. Empieza floja, pero pronto me estoy riendo a carcajadas.

Paul da un trago y sonrío.

—Capullo.

Que elija esa palabra me hace reír todavía más. Cuando recupero el aliento, lo provoco: —Tú de eso sabes mucho. Eres experto en capullos, ¿eh?

Paul sonrío y me da un puñetazo en el brazo. Es un puñetazo de broma, sin intención de hacer daño, pero mi hermano es G. I. Jo en persona, y veo las estrellas.

—¡Au! Joder, tío. Guárdate esos mazos en lugar seguro. Necesito los brazos. —Me froto la zona dolorida.

Paul se pone serio para preguntarme:

—¿En serio no te molesta?

Sonrío para que se convenza de mi sinceridad.

—No, a mí me da igual quién sea tu pareja. Mientras mantengas esas manazas lejos de mi Skyler, el resto no me importa.

—¡Claro! Mi hermanito se está zumbando a la estrella de cine más sexy de

Hollywood. Llevo tiempo fuera del país, pero hasta yo sé la suerte que has tenido de meterte en la cama de esa preciosidad. ¿Es algo serio o sólo una aventura? Quiero un informe detallado.

Pensar en Skyler me hace sonreír como un bobo.

—Ella lo es todo para mí, hermano. Es lo primero en lo que pienso cuando me despierto y lo último en lo que pienso cuando me acuesto. Estoy enamorado de ella hasta las trancas. Y ella acaba de alquilar un piso en Boston. Un paso más en nuestra relación.

—Caramba, esa preciosidad ha cazado a mi hermano. ¿Has ido ya a mirar anillos de diamantes?

Niego con la cabeza mientras bebo.

—No, vamos día a día. Los dos viajamos mucho y ella está en el centro de atención de los paparazzi. Las cosas no son fáciles. Ya la conocerás cuando vayas a Boston.

—Me muero de ganas. —Levanta la copa. Brindo con él y doy otro trago.

Paul agacha la cabeza. Cuando vuelve a levantarla, busca a Dennis con la mirada.

—¿Estás listo para conocer a Dennis?

—¿Y tú? ¿Estás listo para presentarle a la familia a tu chico? ¿Tan en serio vais?

Me dirige una sonrisa que le ocupa media cara.

—Sí. Del todo. Lo que me hace sentir no lo había sentido nunca con nadie. Cuando lo vi por primera vez me caí de culo, y todavía no me he recuperado de la impresión.

—Se llama amor, hermano. Parece que te has enamorado de ese tipo.

Paul busca con la mirada al hombre que aguarda pacientemente bebiendo

cerveza y jugueteando con el móvil. Cuando levanta la vista y ve que Paul lo está mirando, sonrío. Ese par sólo tienen ojos el uno para el otro.

—Sí, tienes razón. Estoy enamorado de él. Nunca me imaginé que podría enamorarme de un hombre, pero... —levanta los hombros y los deja caer— supongo que la vida te da sorpresas.

Le doy una palmada en la espalda.

—Así es. Venga, ve a buscarlo para que pueda conocer al hombre que ha capturado el corazón de mi hermano.

Sonriendo, Paul baja del taburete, me agarra por la nuca y me atrae hacia sí para darme un beso en la coronilla.

—Te he echado mucho de menos. No hay nada como estar con mi hermano. Te quiero, Park.

Cierro los ojos y aspiro su aroma, que me hace sentir seguro, como en casa, aunque estemos en un bar de Berlín.

Alzo la cabeza y le doy una palmada en la mejilla.

—Yo también te quiero, Paulie. Venga, ve a buscar a tu chico.

Él me guiña el ojo con descaro y se dirige a la otra punta de la barra con paso alegre y decidido. Veo que Dennis tiene los ojos fijos en mi hermano, y viceversa. Paul avanza con decisión y elegancia.

Todas las mujeres se vuelven a mirarlo a su paso, pero él sólo tiene ojos para una persona: su hombre.

Mi hermano se sienta junto a Dennis, que no es tan grande como él, y le rodea los hombros con el brazo. Paul estaba francamente preocupado por mi reacción, pero a mí me da igual si es gay, o bi, o lo que sea. Si mi hermano es feliz, ama a alguien y esa persona le corresponde, cuenta con mi apoyo. Ahora que Skyler está en mi vida, no sé cómo podría vivir sin ella. Y si mi hermano y

Dennis tienen una conexión parecida a la nuestra, seré el primero en felicitarlos.

Me cabrea lo que me ha contado sobre su anterior colega, Kenny, el que le escupió. Me duele mucho. Si pudiera quedarme cinco minutos a solas con ese cabrón, le diría que es un intolerante y una vergüenza para la sociedad. Mi hermano, en cambio, me parece un valiente. No sólo porque arriesga la vida diariamente como soldado, sino por lo que acaba de hacer. Y va a tener que hacer un enorme acopio de valor cuando vuelva a casa y se presente con su novio ante mis padres.

¿Si temo que se enfaden con él o se burlen de su elección? No, no nos educaron así, gracias a Dios. Sé que no en todas las casas se educa igual, pero me gusta pensar que la sociedad está cambiando. Con quien se acuesta uno o quien elige compartir su vida es algo muy personal. Y los demás no tienen ningún derecho a opinar. Sé que mis padres le darán la bienvenida a Dennis con los brazos abiertos, pero también sé que mi madre le pegará la bronca a Paul por haber cumplido los treinta —ya va camino de los treinta y dos— sin tener descendencia. Y cuando se entere de que sale con un hombre va a cambiar de táctica y va a empezar a presionarnos a Sky y a mí.

De repente me viene a la cabeza una imagen de Skyler con tripón, embarazada de mí. Los dos estamos sentados en un porche con vistas a algún paisaje con mucho verde. Sé que suena raro, pero lo veo perfectamente. En el futuro. No hoy, ni mañana. Probablemente tampoco el año que viene, pero algún día.

Me pregunto si Sky pensará alguna vez en tener hijos conmigo. Cuando hablamos de mi abuela y de sus tradiciones, me pareció que le gustaba la idea de tener hijos conmigo algún día, pero no hemos vuelto a hablar de ello. Me pregunto si le apetecerá tener un hijo pronto, digamos en el plazo de dos años, o si querrá esperar mucho.

Yo cumplo los treinta dentro de un mes. Ella es bastante más joven que yo.

Tiene muchos años por delante para poder ser madre, y su carrera está ahora mismo en lo más alto. Sería una locura dejar el trabajo de lado para formar una familia. Al menos, de momento. Sin embargo, creo que no vendría mal tener una charla sobre el tema, para tener claras las posiciones de cada uno.

No me cuesta nada imaginarme con un par de niños. Sobre todo si tienen grandes ojos marrones como Skyler y salen tan buenos como ella.

Mi hermano se acerca a mí con una nueva ronda de cervezas, pero en ese momento me vibra el móvil.

Lo saco para comprobar quién es y aprieto los dientes al ver el mensaje.

De: Desconocido

Para: Parker Ellis

La distancia es al amor lo que el viento
al fuego: apaga el pequeño, pero aviva
el grande. Te echo de menos.

—¡Joder! —gruño.

—¿Qué pasa? —me pregunta mi hermano—. Parece que tienes ganas de darle un puñetazo a alguien. —Mira a derecha y a izquierda, examinando el entorno con su mirada profesional, lo que significa que probablemente es capaz de decir qué lleva puesto y qué está haciendo cada uno de los presentes en el bar—. Te cubro las espaldas.

Yo suelto el aire.

—No, no pasa nada. Cómo me alegro de que hayas vuelto.

—Sí, yo también me alegro de haber vuelto. Pero, ahora, me gustaría presentarte a alguien, hermanito. —Me da la cerveza y luego rodea los hombros del hombre que está a su lado y que mide unos diez centímetros menos que él. Tiene buen tipo y viste con elegancia. Combina el blazer con

vaqueros oscuros y mocasines de ante color camel, sin calcetines—. Éste es mi hombre, Dennis Romoaldo.

Dennis se empuja las gafas hacia arriba y sonríe.

—Hola, Parker. Encantado de conocerte. Paulo siempre me habla de ti y de tu familia. Está muy orgulloso de todo lo que has conseguido —me dice con un acento muy peculiar y musical.

Me inclino hacia él.

—¿Te importa si te pregunto de dónde es ese acento?

El rostro de Dennis se ilumina.

—No me importa en absoluto. Soy de Río de Janeiro, Brasil. La ciudad más bonita del mundo —exclama, orgulloso de su país.

Le doy un codazo a mi hermano.

—Así que brasileño, ¿eh? —Meneo las cejas burlón.

Paul mira a su pareja de arriba abajo y replica:

—No te haces una idea, hermanito.

Sin poder aguantarme la risa, señalo los taburetes.

—Siéntate en medio, Dennis, para que pueda conocerte mejor. —Él le dirige una sonrisa a mi hermano y se sienta, con modales impecables. Paul se sitúa a su derecha y yo a su izquierda—. Bien, antes que nada quiero saber cómo os conocisteis.

Paul dibuja un círculo en la barra.

—Estaba destinado en Brasil y nos presentó un amigo común. La noche se calentó. En el bar donde nos conocimos, Denny se mostró muy tímido conmigo. De hecho, él estaba en el bar con una chica guapísima llamada Andrea. Al principio, yo le entré a la chica. —Mi hermano se echa a reír con

ganas—. La noche fue avanzando y nos emborrachamos. Yo no tenía que volver a la base hasta setenta y dos horas más tarde y la chica era atrevida. Nos invitó a su casa a los tres, y a partir de ese momento las cosas subieron de temperatura. Resultó que Denny y yo nos lo pasamos muy bien juntos y los otros dos se lo montaron como animales. Y desde ese día hemos seguido viéndonos. ¿A que sí, cariño?

Miro a Dennis, que se ha puesto como un tomate. Paul le acaricia la espalda, y probablemente no se da cuenta de que lo está haciendo. Supongo que trata de hacerlo sentir cómodo después de haber compartido una historia tan íntima.

—Sí, pistola. Pero podrías haberle dicho sólo que nos había presentado un amigo común. Habría sido un poco menos... invasivo. —Me fijo en que elige las palabras con cuidado.

—Hablas un inglés muy correcto, Dennis. ¿Lo aprendiste en el colegio?

Él asiente con la cabeza.

—Sí, aunque también tuve un profesor privado. Mi familia tiene un negocio de importaciones internacionales. Para dar un buen servicio debemos hablar un inglés fluido.

—Pues lo has conseguido, amigo. —Le doy una palmada en la espalda y el gesto de camaradería hace que mi hermano sonría satisfecho y Dennis sonría con timidez mientras se vuelve hacia él.

—Te dije que le encantarías. —Paul le aprieta la nuca.

Yo alzo la mano.

—Eh, eh. Un momento, listillo. Todavía no hemos hablado de lo importante. No ha dicho cuál es su equipo de béisbol favorito. Mi amor verdadero lo guardo para los seguidores de...

—Soy fan de los Red Sox y los Patriots —proclama Dennis antes de que

acabe la frase.

Paul se echa a reír y yo le clavo la mirada.

—Eso se lo has chivado tú.

—Sí —admite mi hermano sin parar de reír.

—No importa; me sirve igual. —Abro los brazos—. Bienvenido a la familia, Dennis.

Esa misma noche, más tarde, le reenvío a Nate el mensaje que me ha mandado el remitente desconocido. Instantes después recibo una llamada de Nate van Dyken.

—Eh —lo saludo.

—No he conseguido nada. Odio decir esto, pero la persona que envía los mensajes es lista. Cambia el móvil de prepago muy a menudo. —Suspira hondo—. Parker, me gustaría pedirle ayuda a Wendy.

Inspiro bruscamente, porque yo también quiero pedirle ayuda, pero sé que debemos dejarla descansar.

—Ya sabes que está de baja.

—Lo sé, y lo respeto, pero, según Skyler, está más sana que una manzana. Y lo que es peor, se aburre. No para de llamar a Skyler por teléfono para comentarle cosas de la boda, porque no tiene nada más que hacer. Rachel ha tenido que decirle varias veces que no podía hablar. Le gusta Wendy, le gusta mucho, pero no le gusta que la llamen mientras trabaja porque tiene que estar

concentrada. Si la entretienen, se enfada y, Parker, tú no sabes lo que es enfrentarse a mi esposa cuando se enfada.

Me trago la preocupación y el miedo para concentrarme en lo que Nate me cuenta.

—¿Dónde estáis ahora?

—Skyler y Rachel se están emborrachando.

Pestañeo varias veces en la habitación solitaria y luego me quito los zapatos y me desabrocho la camisa.

—¿Qué? —le pregunto, aguantándome la risa.

—Lo que oyes. Ya no estamos de servicio. De hecho, estamos en nuestro piso. Las dos se han zampado media pizza grande acompañada por un montón de tequila en forma de margaritas. Y ahora están tomándose chupitos de Patrón mientras juegan a la guerra. —Oigo gritos de alegría, chillidos y risas de fondo—. Juegan con cartas. La que pierde se toma un chupito. No hace falta que diga que las dos han perdido ya varias veces.

—Ay, madre. —Me sacó la camisa de dentro de los pantalones y me quito los calcetines antes de dirigirme al lavabo.

—Y que lo digas. —Nate baja el tono de voz y me dice, más serio—: No te preocupes. Se quedará a dormir aquí, en la habitación de invitados, y las vigilaré a las dos. Aquí están a salvo. No quiero que se quede sola, aunque tenga que vomitar durante la noche. Yo te la cuido.

Sonriendo, me inclino hacia el espejo.

—¿Puedo hablar con ella un momento? —Aunque sé que está bien, me muero de ganas de oír su voz.

—Sí, pero, ahora en serio, ¿no quieres que avise a Wendy?

Pongo el altavoz y releo el mensaje: «La distancia es al amor lo que el

viento al fuego: apaga el pequeño, pero aviva el grande».

Me estremezco. Quito el altavoz y respondo.

—No es que no quiera, joder —me paso la mano por el pelo varias veces, tratando de decidir. Lo más importante es que Skyler esté a salvo—, pero no la apabulles. Tal vez podrías invitarla a comer y plantearle el asunto, a ver qué le parece. Si cree que puede ayudar, se ofrecerá, pero no la presiones. ¿Has hablado con Tracey?

—Sí, y lo que me contó no te va a gustar. Quería esperar a que nos viéramos cara a cara para contártelo.

—A la mierda el cara a cara. Si tiene que ver con Sky, cuéntamelo inmediatamente.

—No es nada en firme, pero tengo sospechas.

—¿Sobre qué?

Nate suelta el aire y se aleja del ruido de fondo.

—Tracey me comentó que tiene una docena aproximadamente de superfans que le escriben, le envían regalos, etcétera. El equipo no responde a ninguno de esos correos electrónicos. El contenido a veces es amable, pero otras se vuelve agresivo. He estado analizando los mensajes. Algunos son del tipo: «Pensaba que éramos amigos», como si hubiera entre Skyler y ellos algo más que una relación por email. Luego pasan a: «¿Por qué me ignoras siempre?» o «Te crees que vales más que los demás». Pero luego algo cambió.

—¿El qué?

—Skyler y tú recibisteis el mismo mensaje.

Siento que una gran inquietud me retuerce las tripas.

—¿Qué crees que puede significar eso?

—No soy un experto en la materia, pero de repente es como si Sky hubiera

vuelto a ganarse la amistad del que escribe. Y en los últimos mensajes, os dice que os echa de menos. ¿A qué se refiere? ¿El remitente os echa de menos a los dos o hace referencia a que vosotros os echáis de menos el uno al otro? —se pregunta Nate tras hacer un resumen bastante sucinto de la situación.

—Podría ser cualquiera de las dos cosas. Cuando nos enfrentamos a una mente claramente perturbada, puede ser cualquier cosa.

—Una mente perturbada que, sin embargo, ha conseguido el número de teléfono de ambos. Aunque nunca os haya llamado personalmente.

La palabra *personalmente* hace que se me active una alarma en la cabeza.

—Mierda —susurro.

—¿Qué pasa? ¿Qué no me has contado?

—Joder. —Suspiro y me tiro del pelo—. Recibí una carta en la oficina. Era rara, pero no le hice caso y me había olvidado hasta ahora. Decía algo así como que «ella era yo» o «yo soy ella», algo parecido. Espera. —Rebusco en mi memoria, retrocediendo hasta el momento en que abro el sobre. Era uno de esos sobres amarillos, escritos a máquina, con el sello de CONFIDENCIAL—. Decía: «Yo soy ella. Ella soy yo». Sí, eso es lo que decía: «Yo soy ella. Ella soy yo» —repito.

—Parker, cuando estuve en el ejército estudiamos los trastornos disociativos, y lo que me cuentas suena a comportamiento disociativo. Los individuos que los sufren pueden ser impredecibles y sus razones cambian de un momento a otro. Leyendo entre líneas, la persona que escribe da a entender que él o ella y Skyler son la misma persona. Y el tono varía, entre pasivo, agresivo y luego amable. —Gruñe—. Esta situación no hace más que empeorar. Necesito revisar todo el correo de Tracey y ver si algo coincide con el tono y la nota que has recibido. Necesito una copia de esa nota. ¿Aún la tienes?

—Sí, la dejé en el despacho. Llamaré a Annie y le diré que te la envíe por

fax.

—Vale, gracias. Quedaré con Wendy.

Lo siento, pero conozco a Nate y sé que no se aprovechará de una mujer si no está en condiciones. Si la ve bien, se lo comentará. Si no, seguirá trabajando solo.

—¿Puedo hablar con Sky?

Las voces de fondo vuelven a oírse más fuertes otra vez. Nate debe de estar volviendo a la habitación donde están jugando.

—Skyler, Parker está al teléfono.

—¡Yuju! Mi hombre sexy, mi hombre sexy. ¡Yuju! Voy a hablar con mi hombre sexy —canturrea.

Me echo a reír y espero.

—¿Se pone ya?

—No, sigue bailando su danza del hombre sexy —responde Nate con sequedad.

—Vamos, chica —la anima Rachel—, ve a hablar con él, ¡mueve el culo!

—Sky, te está esperando —le recuerda Nate.

—¡Ah, sí! ¡Genial! —Por fin me saluda con un susurrado—: Hola, cariño...

El sonido va directo a la Bestia, que se despierta de su letargo. Me recoloco el paquete y sonrío al oír su voz sexy y sus palabras arrastradas por efecto del alcohol.

—Hola, Melocotones. Me han dicho que estás tomando chupitos y jugando a las cartas.

—¡Estoy ganando! —grita, y luego baja la voz—: Estoy ganando, cariño.

Le estoy pegando una paliza a Rachel.

Oigo a lo lejos un ruido como el de alguien haciendo una pedorreta.

—¡Métete la lengua en la boca, zorra! —grita riendo—. Rachel dice muchas palabrotas cuando bebe. —Tiene un acceso de hipo y luego suspira—. Te echo mucho de menos, pero mucho, mucho. Y quiero follarte ahora mismo —murmura.

—Yo también quiero follarte ahora mismo, cariño, pero esperaremos a que vuelva a casa. ¿Estarás en Boston la semana que viene? Voy a tener que quedarme aquí al menos tres días más de los previstos para poner en marcha la nueva campaña.

—Oh, no, buuu, buuu, qué mierda. No quiero. ¡Buuu! —finge llorar, pero luego se echa a reír como una loca.

—Lo sé, pero el trabajo se ha complicado un poco. Tal vez Mick pueda echarnos una mano, aunque ya hablaremos de eso en otro momento.

—Sí, estoy cansada —murmura.

—Estoy seguro. Díselo a Nate, él se ocupará de que duermas bien. Te quiero, nena.

—Y yo te quiero mucho, mucho. En plan... cariño..., te quiero un montón.

Me río y sacudo la cabeza, deseando estar con ella para poder disfrutar por más tiempo de la Skyler borracha, pero no puede ser porque un océano nos separa.

—Ve a divertirte y duerme una siesta si te hace falta. Aquí es muy tarde. Debo acostarme para estar fresco para la reunión de mañana, pero tengo muchas cosas que contarte.

—Vale, sueña conmigo, pero mucho, mucho.

—Mucho, mucho. —Me río—. Te lo prometo.

—Vale, bien. Te quiero.

—Buenas noches, Melocotones.

Cuando estoy a punto de colgar, oigo el ruido de un montón de escandalosos besos, y luego: —¡Aaahhh, qué asco! ¡Es el teléfono de Nate! ¡Asqueroso! —Y luego nada.

Acabo de desnudarme y me meto en la ducha.

—Mi chica me quiere mucho, pero mucho, mucho —digo bajo el chorro del agua con una enorme sonrisa en la cara.

En el restaurante del hotel hace frío porque el aire acondicionado está a tope. Me abrocho la americana mientras busco a Bo y a Royce, que están junto a una cristalera con vistas a la ciudad. La calle está llena de peatones y ciclistas que van a trabajar.

Ambos levantan la vista y me miran mientras me acerco a ellos. Al llegar a la mesa, cojo la taza de café vacía, la levanto señalando con ella al camarero y él asiente.

—Eh, chicos, ¿qué tal va la mañana?

Royce me muestra el móvil.

—Wendy..., dichosa chica. —Frunce el ceño—. Siempre tiene que meter la nariz en el trabajo. Mira esto.

Apoyo los codos en la mesa mientras el camarero me llena la taza de café.

—¿En qué anda ahora?

—No anda, vuela. A Berlín. Va a subir a un avión esta mañana; un jet privado, al parecer. Con su novio.

Alzo las cejas incrédulo.

—¿Me tomas el pelo? ¿Le ha dado permiso el médico para viajar?

Royce asiente.

—Sí. Dice que puede viajar mientras no se canse. Al parecer, se está recuperando de manera espectacular para haber recibido un tiro en el pecho, con un pulmón colapsado y todas las complicaciones. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Algo más de cinco semanas —respondo sacando la cuenta. Estuvimos

unos días en Montreal, una semana en casa, dos en Londres y dos semanas más en casa.

—No me parece prudente por su parte —refunfuña Bo—. ¿Cómo habrá convencido a Mick para que venga con ella a Berlín?

Con la vista clavada en el café, respondo:

—Bueno, me temo que he tenido algo que ver. Ayer hablé con él y le pedí que nos ayudara con la campaña. Lo necesitamos si queremos que sea un éxito. Ese tipo es un gurú en lo suyo.

Bo se echa hacia atrás en la silla y tamborilea con los dedos en la mesa.

—Ya, y ese tipo tuvo una historia con la clienta en el pasado. Una historia de la que nosotros no sabemos nada. —Arrugo la nariz y le rehúyo la mirada—. O tal vez debería decir una historia de la que Roy y yo no sabemos nada...

—Sí, vale, me contó cosas de su pasado con la clienta, pero en confidencia, y yo no voy contando confidencias por ahí. Joder, me siento fatal por haberle pedido que nos ayudara. Y ahora me siento peor porque también viene Wendy. —Sacudo la cabeza y me froto la nuca.

Roy me da una palmada en el antebrazo.

—Hermano, deja de cargarte de culpas sin sentido. Si Wendy viene a Berlín es porque se encuentra bien y quiere ayudar. Y Mick se está integrando en el grupo, ya es un amigo. Ese tipo quiere a Wendy con exageración, y nuestra chica se lo merece.

Bo hace una mueca.

—Como si fuera el único en el mundo que pudiera hacerlo.

Royce entorna los ojos.

—¿Te casarías con ella? —Bo abre mucho los ojos y sacude la cabeza con decisión—. Pues entonces, cállate la boca. —Royce gruñe—. Estoy cansado

de vuestra guerra. Wendy necesita tranquilidad y sentirse parte de algo. No la hagas sentir mal con tus comentarios de capullo, ¿me oyes?

Bo se cruza de brazos mientras pone los ojos en blanco.

—Vale, vale. ¿Crees que su relación con Monika puede traernos problemas?

Me encojo de hombros.

—No me lo he planteado, aunque creo que Michael es un gran profesional. Estoy seguro de que separará el negocio de su vida personal. Igual que estoy seguro de que antepondrá la salud de Wendy a todo lo demás.

Royce asiente con la cabeza.

—Estoy de acuerdo. Ahora ya sólo nos falta encontrar la campaña perfecta.

Sonrío. Tras la revelación que supuso el encuentro con mi hermano, me vino una idea mientras dormía.

—Creo que la tengo.

Bo descruza los brazos y da un trago a su vaso de agua.

—¿Qué te traes entre manos?

—Imaginaos un grupo de soldados. Hay de Estados Unidos, Francia, Alemania, Japón, la India..., todas las localizaciones donde van a lanzarse los coches; tanto hombres como mujeres. Llevan sus uniformes o ropa parecida que pueda usarse en publicidad. El concepto de la campaña se centrará en que son soldados, valientes, que ponen su vida en peligro para contribuir al bien común. Luego los mostramos en ropa de calle, entrando en un vehículo con sus familias. Vemos a un soltero en la moto, o en la furgoneta, con su perro; a un hombre de negocios en el coupé, etcétera. Y destacamos que protegen el medio ambiente haciéndolos circular por distintos paisajes: un bosque, cerca de una

playa, en la montaña... Y también en la autopista, mientras un narrador habla de las bajas emisiones...

Royce asiente.

—Bien, bien, lo veo. Sigue.

Sonrío y sigo exponiéndoles mi idea.

—Luego aparece el lema de la campaña: «Desafía el viaje», que hace referencia a la valentía de los soldados que arriesgan su vida habitualmente, pero que ahora están a salvo, viviendo la vida a bordo de un nuevo vehículo universal, que es el mismo en distintas partes del mundo.

Bo se echa hacia delante y aplaude con una sonrisa radiante en la cara.

—¡Me encanta!

—Joder, hermano. Debes de haberte pasado la noche en blanco dándole vueltas a la campaña —comenta Royce con admiración mientras coge la taza humeante y se la lleva a los labios.

—De hecho, lo que hice anoche fue verme con Paul en un bar.

Bo echa la cabeza hacia atrás.

—Ah, de ahí viene lo de los soldados. ¿Cómo está, por cierto? ¿Y por qué no nos avisaste? —Ladea la cabeza y me clava sus ojos oscuros como si quisiera leerme la mente.

Yo me enderezo la corbata roja estampada de Ermenegildo Zegna, que he combinado con una camisa de vestir azul cielo, pantalones azul marino y el blazer color canela. Y los Ferragamo marrones, claro, mis favoritos. Frunzo los labios y doy un sorbo al café. Necesito un chute de cafeína antes de compartir los detalles del encuentro de ayer. Paul me pidió que se lo contara a los chicos para que no les viniera de nuevo cuando conocieran a Dennis.

Me aclaro la garganta.

—Paul quería hablar conmigo de un tema personal. —Royce y Bo permanecen en silencio, mirándome con preocupación—. El caso es que... quería contarme que ha tomado una decisión que concierne a su vida privada, una elección personal.

Royce sonrío y se ruboriza un poco.

—¿Ha conocido a alguien especial? Oh, oh. Mamá Ellis se va a poner loca de contenta.

Ladeo la cabeza.

—Algo así, sí.

Bo da una palmada en la mesa.

—¡El muy canalla! ¿Dónde la conoció? Joder, con su físico y su condición de héroe, seguro que ha cazado a alguna preciosidad extranjera. ¿Asiática tal vez? Menuda, con una larga melena oscura, grandes ojos oscuros, mmm... —Bo echa la cabeza hacia atrás y se queda contemplando el techo—. O tal vez una escultural alemana... ¡No, ya lo tengo! Una italiana. —Bo mueve los dedos en el aire como si se los hubiera quemado—. Adoro a las mujeres italianas, tan apasionadas en la cama —comenta con devoción, como si se estuviera acordando de alguna en concreto.

—De hecho, no. Conoció a alguien en Brasil.

Los ojos de Bo se iluminan como dos diamantes.

—Oooohh, las brasileñas son *molto focosas* —exclama.

—Eso es italiano, idiota. Los brasileños hablan portugués.

Suspiro y me echo hacia atrás, llevándome el índice y el pulgar a las sienes, que de golpe se han puesto a retumbar.

—¡Qué más da! A mí una mujer me habla en otro idioma al oído mientras me la follo y..., ah, el paraíso. —Bo se besa la punta de los dedos y lanza el

beso al aire abriendo la mano.

—¡No es una mujer! —exclamo frustrado.

Royce se frota la barbilla.

—¿El qué no es una mujer?

—La pareja de Paul. Es un hombre, un tipo llamado Dennis. Lo conocí anoche. Es majo, educado y más bien tímido. Nunca me habría imaginado que a mi hermano le pondría alguien como él, pero si a él le gusta, a mí también. —Me encojo de hombros y doy un sorbo al café, dándoles tiempo para sacar sus propias conclusiones.

Bo se echa hacia delante y susurra:

—¿Paul es gay?

—Bisexual, de hecho.

—Caramba, no me lo esperaba. Siempre ha tenido un montón de chiquitas esperándolo cada vez que volvía a casa. —Al darse cuenta de lo que acaba de decir, me dirige una sonrisa radiante—. Con el cachas de Paul fuera del mercado, más chiquitas para mí.

Royce se vuelve hacia él y, a la velocidad del rayo, le da un puñetazo en el brazo.

—Gracias —le digo.

Royce sacude la cabeza.

—Tío, en tu mente sólo hay sexo. Un día te vas a pillar los dedos.

Bo sonrío.

—Mientras me los pille por debajo de las bragas de alguna preciosa morena, me da igual.

—¡Por Dios! —Royce se pasa la mano por su calva y reluciente cabeza—.

Este chico no escarmienta.

Me echo a reír, pero luego recupero la seriedad.

—Ahora en serio, chicos. Paul va a ir a Boston para presentarle a Dennis a mis padres. Cuando volvamos, seguirá allí. Está pensando en dejar el ejército. Ha cumplido los doce años de servicio y, durante este tiempo, ha ahorrado todo lo que ha ganado porque no ha tenido que pagar alojamiento. Creo que va a darse un tiempo para pensar en lo que quiere hacer de ahora en adelante. Y me imagino que querrá pasar el máximo tiempo posible con su novio, Dennis.

—Cuéntanos más cosas sobre el tal Dennis. ¿De verdad es majo?

Royce alza la taza en dirección al camarero, que se acerca y las rellena todas.

—¿Quiere desayunar? —me pregunta.

Yo asiento, mientras el estómago me retumba de hambre. Antes de poder decirle qué quiero, el camarero se aleja y sale por un par de puertas batientes.

—Pues sí. Me pareció un tipo muy majo. Tímido, reservado, educado. Dice que es fan de los Red Sox y de los Patriots.

Bo se echa a reír.

—Seguro que Paul lo aleccionó para ganarse tu aprobación y la de tu padre.

Le devuelvo la sonrisa.

—No lo dudes. No pasamos demasiado tiempo juntos porque habían estado todo el día viajando y estaban cansados, pero espero volver a verlos cuando regresemos a Boston. Quiero presentarles a Sky, si ha vuelto de Nueva York, claro.

—Me alegro de que Sky y tú arreglarais lo vuestro, hermano. —Bo se echa hacia delante y me aprieta el antebrazo—. Estaba muy preocupado por

vosotros; me alegra ver que te hace feliz.

—Gracias, tío.

—¿Quién no sería feliz metiéndose en la cama de Skyler Paige todas las noches? Joder, tío, tu mujer está buenísima.

Esta vez soy yo quien se inclina hacia delante para buscarle la mano. Le cojo el pulgar y se lo doblo hacia atrás. Si siguiera apretando, se lo podría romper.

—¡Tío! —protesta él riendo—. Vale, vale, lo siento, para —me pide, pero sigue riendo.

—Sólo voy a parar porque tienes razón. —Le suelto la mano y le dirijo una sonrisa canalla—. Skyler está buenísima.

Royce se une a las risas mientras el camarero se acerca con una bandeja. Nos pone delante tres boles con lo que parecen copos de maíz mezclados con muesli, frutos secos y fruta desecada. Luego deja una jarra de leche, un cesto con panes variados y lo que parecen pequeñas raciones de mantequilla y mermelada, y una bandeja con fiambres.

Los tres nos quedamos mirando el extraño desayuno. El estómago vuelve a rugirme, pero esta vez de disgusto. Aunque a estas alturas tengo tanta hambre que me da igual lo que me pongan en el plato. Lo que quiero es comer, ya.

—*Danke* —le doy las gracias al camarero, que me dirige una media sonrisa antes de volver a marcharse.

—Parece que vamos a desayunar cereales y carne fría —refunfuña Bo.

—Come y calla. Es comida. No seas ingrato, en cada país las costumbres son distintas. No en todas partes toman huevos con beicon ni tortitas bañadas en sirope. Además, ¿cuánto hace que no te metes algo sano en el cuerpo? —Royce extiende la servilleta y se la coloca sobre el regazo antes de coger un panecillo y una mermelada de color naranja.

Bo pesca un trozo de fruta desecada del bol y se la mete en la boca.

—¿Me estás diciendo que el chuletón de vaca a la bearnesa que me comí anoche acompañado con patatas asadas sin verduras no era sano? ¡Menuda blasfemia!

—Tu corazón no opina lo mismo. Cómete los cereales con convencimiento. Dale a tu cuerpo algo que necesita. —Royce empieza a comer y, cuando Bo alza la cabeza, sin duda para hacer algún comentario de tipo sexual, Roy lo apunta con el tenedor—. Ni se te ocurra.

Bo le da un mordisco al tenedor.

—Madre mía, qué quisquillosos estáis esta mañana.

Vierdo leche sobre mi desayuno de ardilla y ataco. Al cabo de cinco mordiscos siento que las muelas están a punto de desintegrármese. ¿Esto que echan son frutos secos o piedras? Aparto el bol de cereales y cojo un panecillo.

—¿Cuándo has dicho que llegan Mick y Wendy?

—Esta tarde. Eso nos da un poco de tiempo para presentarle el nuevo concepto a Monika, conseguir que lo acepte y poner en marcha los planes preliminares. —Royce muerde su panecillo.

Yo asiento mientras mastico el mío y Bo va comiéndose sus cereales. Cuando acabamos, Royce firma el ticket para que carguen los desayunos a las habitaciones y nos dirigimos a la salida. Al salir a la calle, vemos que Monika nos ha enviado un chófer, que lleva un cartel en la mano con las palabras: INTERNATIONAL GUY. Sonrío.

—Parece que nuestro coche está aquí.

Bo me da una palmada en la espalda.

—Me encanta el trato vip. —Me da otra palmadita, más floja, esta vez en

la cara—. Sigue consiguiendo estas clientas ricachonas, hermano. No me costaría nada acostumbrarme a esto.

Sonrío, contemplando el precioso modelo seis plazas de OhM, nuevo y reluciente, de color gris plomo.

—A mí tampoco.

—*Ich liebe es...* ¡Me encanta! —Monika nos dirige una amplia sonrisa que deja a la vista sus dientes blancos e iguales. Hoy se ha dejado la melena rubia suelta y lleva un traje distinto, pero que se ajusta a sus formas tan bien como el anterior—. Tendremos que estudiar el tema de los uniformes. No sé si los ejércitos de estos países estarán de acuerdo en que sus uniformes oficiales aparezcan en anuncios publicitarios.

—Sí, ya encontraremos la manera. Seguro que a Michael se le ocurre algo. Ella alza mucho las cejas.

—¿El señor Pritchard? Entonces ¿va a colaborar con el proyecto?

Yo inspiro hondo, lentamente, pensando en cómo enfocar el tema.

—Sí, Michael es amigo nuestro. De hecho, su prometida trabaja para International Guy.

Monika echa la cabeza hacia atrás.

—Ah, caramba.

—Todos estamos interesados en que la campaña de lanzamiento sea un éxito total, sin complicaciones.

—Me alegro —replica ella—, pero no sé si podremos evitar que haya

alguna complicación. Michael y yo tenemos algún asunto que no acabó de quedar bien cerrado —admite en un tono inseguro, poco habitual en ella. Su lenguaje corporal deja claro que para ella es un tema que va más allá de lo profesional.

—No creo que vaya a haber ningún problema. De hecho, su prometida lo acompaña.

Monika pestañea varias veces antes de preguntar:

—¿Su mujer va a venir aquí?

Yo sonrío para quitarle hierro al asunto.

—Sí, como he comentado, trabaja para International Guy. Le pedí que nos ayudara a convencer a su prometido para que se involucrara en el proyecto. Por eso vienen los dos. Es lógico, ¿no cree?

Ella parece ponerse en guardia. Se echa hacia atrás en la silla y luego se levanta con brusquedad. Me responde mientras se dirige a su escritorio, sin mirarme a los ojos.

—Sí, muy lógico. Les daré la bienvenida al equipo. Por favor, cuéntenme lo que han previsto, ya que vamos justos de tiempo y tengo miedo de que no tengamos la campaña lista en el plazo que pactamos con los socios y los inversores.

—No se preocupe, nos encargaremos de que todo esté a tiempo y salga perfectamente. No es sólo la reputación de su empresa la que está en juego; la nuestra también.

Sus labios se curvan en una sonrisa falsa.

—Pueden usar la sala de conferencias y tienen dos personas a su servicio, listas para mover montañas, tal como me pidieron.

—Gracias. —Cuando me levanto, Bo y Royce hacen lo mismo.

—Caballeros, hablaremos más tarde.

Royce sale, muy serio. Cuando Bo ha salido también, asomo la cabeza y les digo: —Me reuniré con vosotros enseguida.

Ellos asienten y siguen pasillo abajo en dirección a la sala que Monika nos ha reservado. Cierro la puerta y me acerco de nuevo a su escritorio.

—¿Sí, señor Ellis? —Suspira y cruza las manos temblorosas una sobre la otra encima de la mesa.

—¿Cree que va a haber algún problema con Michael, teniendo en cuenta lo que pasó entre ustedes?

Ella frunce los labios.

—No sé a qué se refiere.

Las palabras de Mick resuenan en mi cabeza: «Lo más importante en esto del BDSM y de las relaciones entre un dominante y un sumiso es la confianza»; «Se quedó embarazada y me dijo que el niño era mío».

El recuerdo de la conversación me hace hervir la sangre, y debo recordarme que Monika es nuestra clienta. Estamos aquí para llevar a cabo un encargo, nada más. Y quiero pensar que Michael no vendría si no pensara que podemos hacer que las cosas salgan bien, a pesar de los malos recuerdos.

Trató de colarle un hijo que no era suyo. ¿Por qué haría algo así? ¿Para salvar su relación? Pero si él no podía darle lo que ella quería, ¿por qué querría seguir con él? ¿Por dinero? Tal vez. Aunque también es un tipo atractivo.

«No te metas en sus asuntos privados más de lo que sea necesario, Parker. Olvídalo.»

El corazón me late como una locomotora.

«Confía en tu corazón.»

Me acaricio con el dedo la pulsera de cuero donde grabé las palabras de Skyler. A veces hay que dar un salto de fe por un amigo, sin importar lo que pase luego. Me viene a la mente una famosa cita de Malcolm X: «Si no defiendes nada, morirás por cualquier cosa». Mi padre solía decírmelo cuando era adolescente. Se me quedó en la mente y ahora me parece más adecuada que nunca. Y elijo defender a mi amigo, pase lo que pase.

—Michael me contó lo que había pasado entre ustedes. No es agradable. Entiendo que acabaran mal, y por eso le repito la pregunta de antes: ¿cree que integrar a Michael y a Wendy en el equipo puede ser un problema? Si es así, haremos las maletas y nos marcharemos, porque siempre vamos a estar de su lado. International Guy se compromete a dejarse la piel en el proyecto, pero necesito que todo el mundo esté en el mismo barco y reme a la vez. Si el ambiente de trabajo no es el correcto, será imposible sacarlo adelante. ¿Puede asegurarme que el pasado no supondrá un problema?

A Monika le tiembla la barbilla, pero se controla.

—No hay nada que desee más que ver llegar este proyecto a buen puerto. Y si, de paso, logro aclarar ciertas cosas que hice mal en el pasado, lo haré. Respondiendo a su pregunta, sí, creo que podremos trabajar juntos sin conflictos.

La contemplo mientras me succiono el labio inferior, buscando en su lenguaje corporal signos de que esté mintiendo. Y lo que veo es a una mujer que parece... derrotada.

Trato de ponerme en su lugar. Si ahora apareciera Kayla rogando que la perdonara, lo que me apetecería sería tirarla a los leones. O, mejor dicho, a las leonas. Y las leonas serían, por este orden: mi madre, Skyler y mamá Sterling. Entre las tres la harían trizas. Aunque Kayla es idiota. Lo último que oí de ella es que se había casado con un abogaducho sin escrúpulos. Me importa bien poco. Esa mujer se merece toda la mierda que pueda caerle

encima. Admito que una parte de mí espera que vea las fotos en las que salgo con Skyler en las revistas. No se me ocurre una venganza más perfecta.

Mierda, mientras pienso en venganzas, se me ocurre que Wendy puede tener ideas parecidas. Si Mick le ha contado lo que pasó entre Monika y él, es muy probable que esa fierecilla quiera tomarse la justicia por su mano. Es una fiera, muy protectora con sus seres queridos. Si es tan protectora con nosotros, ¿qué no hará por su pareja?

Hago una mueca. Casi siento lástima por Monika. Casi.

En silencio, le pido al cielo que Mick no se la presente.

—De acuerdo, vuelvo al trabajo. Voy a hacer una previsión de los tiempos que necesitaremos para la campaña en prensa escrita, en internet y televisión. ¿Podría enviar a sus diseñadores web para que hablemos con ellos? Van a tener que cambiar las páginas de todos los vehículos con las nuevas imágenes y los nuevos eslóganes.

Ella levanta el teléfono y asiente.

—¿Algo más?

—¿Aparte de que deje el pasado donde está? No, nada más.

Si las cosas se ponen feas, nos largaremos. Así de simple. International Guy no pone en riesgo el bienestar de sus miembros por dinero. Nosotros nunca hacemos así las cosas y no vamos a empezar a hacerlo ahora.

—De acuerdo —murmura ella con los dientes apretados.

—Pues creo que ya nos lo hemos dicho todo. Cuando tengamos más material preparado, se lo enseñaré. —Monika asiente con sequedad—. Hasta luego.

Con una sonrisa de despedida, salgo de su despacho, satisfecho por haber confiado en mi corazón, a pesar de que eso podría haberle costado mucho

dinero a la empresa. Sé que los chicos lo entenderán. El dinero no lo es todo.

El dinero sirve para conseguir las cosas que uno quiere. Es una ayuda para enriquecernos como personas, pero no podemos permitir que nos controle.

—Uau, cariño. Tu hermano es... —Skyler contiene el aliento—, está buenísimo. ¿Por qué no me lo habías contado? —Se muerde el labio mientras estudia la imagen que le he pasado antes. La aplicación del FaceTime me permite ver la cara de mi chica mientras estudia la foto en la que salimos mi hermano y yo. También le envié otra de mi hermano con Dennis.

Al otro lado de la habitación, Bo se echa a reír, sin duda por la exclamación de Skyler. Está sentado a la mesa de conferencias. Yo estoy en el rincón, donde hay un par de sofás y un pequeño mueble bar.

—¡Cállate! —replico.

La sonrisa que me devuelve Skyler me calienta el corazón, que parece a punto de estallarme de necesidad.

Necesito abrazarla.

Necesito sentir su cuerpo junto al mío.

Necesito estar donde ella está.

El amor es una fuerza muy poderosa. Es un sentimiento que cae en barrena sobre ti, te destroza la capacidad de razonar y se apodera de tus pensamientos.

—Y este tipo es su novio. —Señala la pantalla.

—Sí. —Me froto los ojos cansados.

—Es mono. Se lo ve muy formal para ser un soldado malote, ¿no crees? — Se da golpecitos en el labio antes de morderse el dedo.

Gruño al imaginarme ese dedo en mi boca, y su boca alrededor de otra parte de mi cuerpo, mucho más grande y sensible.

—Pues no sé qué decirte, supongo. El amor es raro, tú y yo lo sabemos

bien. —Sonrío, y ella responde mandándome un beso.

—¿Cuándo vendrán a Boston? Quiero que vengan a cenar a casa si puede ser. Les prepararé una cena especial. Cocinaré yo.

—¿Cocinarás tú? —Sé que mi mujer cocina bien, pero también sé que odia ir al supermercado, por eso me extraña.

—Sí, he encontrado la manera de comprar por internet. En vez de elegir los productos mientras camino por los pasillos del súper, lo hago delante del ordenador. —Se encoge de hombros—. No es tan distinto.

—Melocotones... —Suspiro, porque sé que a veces la fama puede ser frustrante.

Ella se aparta la melena de la cara.

—No pasa nada. Supongo que con el tiempo encontraré un sitio pequeño donde conozca a todo el mundo y donde se acostumbren a tener a una famosa y ya no les llame la atención. Mis colegas dicen que es posible. Es como estar en el Lucky's. Allí nadie me molesta cuando voy.

—Probablemente porque saben que mi padre no se tomaría bien que te molestaran. Además, muchos clientes son de paso. Seguro que muchos no te reconocen y otros simplemente están contentos de tener a una rubia sexy en el local para alegrarse la vista.

Skyler sonrío.

—Es posible. En todo caso, me muero de ganas de conocer a Paul. ¿Cómo va la campaña?

—¡De puta madre! Vamos lanzados, a toda marcha, ¡bum! —exclama Bo, que se ha asomado por encima de mi hombro—. Hola, Sky. ¿Veremos tu precioso culito en Boston cuando volvamos?

—Cuidadito, hermano —le advierto con los dientes apretados.

Bo pone los ojos en blanco y Skyler se echa a reír.

—Sí, esta semana acabo con las promociones. Seguramente llegaré aquí un par de días antes que vosotros, ya que habéis alargado la estancia hasta el miércoles.

—Genial. Te veo en el Lucky's, chica.

—Claro, Bo. No dejes que mi hombre trabaje tanto que se olvide de reír.

Bo hace un ruido burlón.

—Nunca lo permitiré.

Royce se acerca y me pasa una carpeta.

—Hola, chica. ¿Cómo lo llevas?

—Con mucha marcha. —Se remueve en la silla, como si bailara—. ¿Y tú?

Royce se echa a reír.

—Bien, aunque no tanto como tú. —Me da una palmadita en el hombro—. Michael está subiendo.

—Melocotones, tengo que colgar. Te llamo cuando me meta en la cama. — Meneo las cejas y ella se ríe como una colegiala.

—Tenemos una cita.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. —Lanza un beso a la pantalla y pone fin a la llamada.

Me abotono el blazer y me dirijo a la puerta de la sala de conferencias, donde me encuentro con Monika, que lleva imágenes impresas de los vehículos. Por el pasillo veo acercarse a un grupo de gente, todos vestidos con trajes caros de color negro, gris, azul marino o tabaco. Si nos encontráramos

en Estados Unidos y no estuviera sobre aviso, pensaría que era un grupo del FBI que venía a inspeccionar la empresa.

Michael va delante de los demás, un auténtico líder de la manada. A su lado, cogida de su brazo, va mi Moneypenny.

—Wendy —susurro, y me dirijo hacia ella.

Ella me dirige una amplia sonrisa, se suelta de su hombre y se acerca saltando hacia donde la estoy esperando, en medio del pasillo. Abro los brazos y ella se lanza sobre mí, impregnándose con su aroma a coco y a felicidad.

—¡Estás impresionante! —le digo sonriendo.

Ella levanta la cabeza para mirarme. Le ha crecido el pelo y lo lleva hacia atrás. Me recuerda al peinado que llevan las chicas en aquel vídeo de Robert Palmer que tanto le gusta a mi padre. Lleva los labios pintados de color rosa chicle brillante, pero el resto de su ropa es... aburrido. La agarro por los hombros y la examino de arriba abajo. Lleva un traje azul marino sin ningún tipo de adorno o interés. La única diferencia con los trajes de chaqueta que llevan las mujeres en las oficinas de todo el mundo es que el suyo es muy corto; la parte de abajo casi podría considerarse una minifalda. Pero, por lo demás, no es algo que me hubiera imaginado nunca que mi escandalosa secretaria pudiera llevar.

—Pero ¿qué te has puesto? —no puedo evitar preguntarle.

Ella sonrío y me dice al oído, como si fuera un secreto:

—Es mi traje de mujer poderosa. Voy a pillar a la malvada sumisa por sorpresa, haciéndome pasar por una de las suyas, y cuando esté distraída le daré un bocado a esa zorra sin corazón. —Me aprieta el bíceps—. Me alegro de verte, jefe. Qué ganas tengo de volver a meterme en un caso.

Mick se acerca y abraza la cintura de su mujer desde atrás.

—Cherry, más te vale tomártelo con calma o te encerraré en el hotel con uno de mis matones para que no te deje salir.

Wendy hace un mohín.

—El doctor me dio permiso —le recuerda.

Monika acaba de unirse al grupo. El resto del equipo de Mick espera unos pasos más atrás a ser presentados.

No parece que a Wendy y a Michael les preocupe mucho que la clienta —y ex de Michael— esté a mi lado, junto a Royce y a Bo, porque siguen a lo suyo.

—Ya, pues tal vez necesitemos una segunda opinión. La de un doctor con sentido común —refunfuña Michael.

—Quieres decir un médico al que poder sobornar para que te dé la razón. —Wendy pone los ojos en blanco y se vuelve hacia mí—. Quiere decir eso —me aclara antes de volverse hacia él y clavarle un dedo en el pecho. ¡Aaah! Odio que las mujeres hagan eso. Duele mucho—. Espera a que vuelva a quedarme embarazada, grandullón. Ya te hartarás entonces de visitas a médicos y comadronas.

Él se echa a reír.

—No me preocupa porque ya he estado haciendo entrevistas. Contrataremos a una enfermera y a una comadrona que vivirán con nosotros y se ocuparán de que todo vaya bien, sin sustos ni accidentes. Esta vez, a por todas, ¿recuerdas?

Ella abre mucho los ojos, lo abraza por la cintura y le da un dulce beso en el cuello. Le deja la marca de los labios en la piel, pero Michael es un tipo tan duro y guay que, simplemente, lo ignora.

Royce se aclara la garganta a mi espalda. Me vuelvo y veo que están los tres esperando a que la pareja acabe de charlar.

—Hola, Michael —los interrumpe Royce, dando un paso adelante—. Wendy, mueve ese culito y dame un abrazo, mujer. —Ella se abalanza sobre él, que le da un abrazo de oso—. Me alegro de verte, pequeña.

—Yo también me alegro de que puedas verme. —Wendy sale de los brazos de Roy y va a buscar los de Bo.

—Hola, Campanilla. Estás muy... —Bo le observa el traje con el ceño fruncido— ¿profesional?

Ella le da una palmada en el pecho.

—Tú abrázame y no hagas preguntas.

Él lo hace, cerrando los ojos y aspirando su aroma. Luego suelta el aire y parece como si se hubiera librado de un gran peso. Lo comprendo. Todos nos sentimos aliviados de volver a tenerla con nosotros tras haber estado tan cerca de perderla.

—Ya basta, Montgomery. Wendy. —Michael reclama a su prometida.

Sonriendo, ella se separa de Bo, pero no antes de darle una palmada en la mejilla.

—Te veo bien..., para ser tan promiscuo.

Él sonríe y se lleva la mano al corazón.

—Dice que me ve bien. ¿Lo ves, Campanilla? Te gusto. Me quieres. Quieres montártelo conmigo —dice, haciendo rabiar a Michael.

En ese momento, Monika se decide a hablar.

—Michael, cuánto tiempo. Gracias por venir.

Le ofrece la mano, que él estrecha brevemente mientras rodea a Wendy con el otro brazo. El candado de Wendy baila colgado de su nueva gargantilla de oro blanco.

Ella no espera a que la presenten.

—Soy Wendy, su prometida —declara, ofreciéndole la mano a Monika mientras señala a Michael con la cabeza.

Monika se la estrecha débilmente y trata de sonreír, pero no le sale.

—¿Y quién es toda esa gente? —Monika frunce el ceño, y yo guardo silencio porque tampoco sé quiénes son.

—Son expertos de mis oficinas en Europa. —Michael se vuelve hacia ellos—. Tenemos expertos en marketing social, marketing comercial, internet, optimización de motores de búsqueda, televisión, radio, agencias de modelos, desarrollo de contenidos, etcétera. Tengo entendido que vamos muy cortos de tiempo. Harán falta muchas manos.

—Eres nuestro salvador, Mick. —Le doy la mano con mucha fuerza, demostrándole mi agradecimiento con mi apretón.

Él esboza una sonrisa, y sé que no voy a conseguir otra reacción del estoico novio de Wendy. Si estuviéramos a solas supongo que se mostraría menos reservado, pero los negocios son los negocios, y acaba de entrar en una empresa cuya directora es su ex, una mujer que le rompió el corazón y le robó la confianza.

Monika endereza la espalda.

—Tiene razón, Michael. Te debo una.

—No, la deuda la saldarán nuestros equipos contables. Mi equipo y mis servicios no son baratos —replica él implacable.

—Oh, por supuesto. OhM Motors corre con todos los gastos.

Michael atrae a Wendy hacia sí.

—Bien. ¿Dónde nos instalamos?

Doy unos pasos hacia atrás y señalo la sala de conferencias.

—La puerta de la izquierda.

—Me imagino que International Guy tiene listo el tema y el concepto, ¿no, Parker? —me pregunta.

—Por supuesto, sólo necesitamos a tu equipo para ponerlo en marcha — respondo sonriendo.

—Excelente. Después de ti.

Me doy media vuelta y abro camino hacia la sala de conferencias. Vuelvo la cabeza un instante y veo que Wendy fulmina a Monika con la mirada al pasar junto a ella, lo que aclara mis dudas sobre si Michael le ha contado todo lo que pasó entre ellos en el pasado. La respuesta es un «sí» rotundo.

Van a ser unos días... interesantes.

Tengo un nuevo objetivo para el futuro próximo: evitar que Wendy y Monika se queden a solas mientras sacamos la campaña adelante.

—Ni hablar. —Royce sacude la cabeza—. ¿Estás loco, Pritchard? — murmura—. No pienso hacerlo; mi madre me mataría.

—¡Sí, claro que sí! —Bo meneas las caderas—. Me apunto. Se me da de miedo hacer que las damas se desmayen. —Vuelve a mover las caderas imitando a Elvis Presley—. Ése soy yo.

—¿Qué está pasando aquí? —Me siento, refunfuñando, y apoyo la cabeza en el respaldo del sofá de la sala de conferencias. Anoche acabamos de trabajar a medianoche, cenamos cualquier cosa en un bar y nos acostamos a las dos de la madrugada. Necesito dormir más y trabajar menos. Llevamos ya cinco horas a pleno rendimiento y hemos avanzado tanto en la campaña que me da vueltas la cabeza y me laten las sienes.

Miro qué hora es mientras Mick sigue hablando sobre lo que espera de nosotros. Madre mía, ya es la tarde. Mi estómago protesta, pidiendo que lo alimente. No me estoy enterando de lo que dice Michael, pero asiento igualmente.

—Vale, vale. Lo que necesites, Mick —digo sin saber a qué estoy accediendo.

Mick se lo toma todo muy en serio. Es muy inteligente y sabe cómo mover las piezas del negocio para sacar adelante un proyecto de este calibre. Ojalá no hubiera bebido tanto anoche y hubiera podido dormir un poco más.

Uno de los expertos en televisión se me acerca y me enseña un montón de fotos.

—No encontramos a un tipo que dé una imagen lo bastante ruda para la camioneta. Queremos usar a un soldado americano para ese modelo, acompañado de un pastor alemán. —Coloca seis fotos en la mesita que tengo delante—. ¿Qué te parecen éstos?

Examino las fotos mientras Michael expone ideas que tiene para el anuncio de televisión.

Demasiado sofisticado, demasiado delgado, demasiado musculoso... Voy apartando las fotos, sintiendo como si estuviera participando en una rueda de reconocimiento policial. Finalmente señalo una de las imágenes.

—A éste lo veo como el padre de familia para el modelo familiar. Ponle un polo y unos vaqueros y que sea el acompañante de una mujer soldado.

El tipo me mira desanimado.

—Has rechazado a todos los candidatos para ser el soldado.

—Supongo que porque son todos modelos, no soldados. —De repente, se me ocurre algo. Cojo el teléfono y busco entre las últimas llamadas recibidas, hasta que encuentro la que busco.

—Boli Parker, ¿cómo *la* llevas?

Sonriendo al oír la voz de mi hermano, me acomodo a la Bestia.

—Un poco hacia la izquierda. Eeehh, tengo un problema con el proyecto que tengo entre manos. ¿Tienes tiempo para ayudarme?

—Hermano, si algo me sobra es tiempo. Denny y yo estamos sentados junto a la piscina del hotel, tomándonos una cerveza. ¿De qué se trata?

Me levanto y me abro camino entre todos los que estamos en la sala de conferencias para mirar por la ventana desde la que se ve medio Berlín. Coches alemanes de lo más molones recorren las calles, donde se mezclan arquitectura contemporánea, restos de ruinas de la guerra y algunos impresionantes edificios antiguos que sobrevivieron a los bombardeos.

—Tengo un problema con los modelos para el anuncio de los soldados. Las caras y los cuerpos demasiado perfectos no parecen de soldados auténticos. No soy capaz de ver en ellos a hombres y mujeres que han pasado un infierno luchando por sus países o para proteger a la población de la guerra y de la tiranía.

—Puede que tenga algo que ver que acabes de verme después de tanto tiempo. Puede que te haya salido la preocupación, sería muy normal, Park. Llevaba mucho tiempo fuera de casa. A mí no me resultó fácil y sé que tampoco tuvo que serlo para vosotros, sin saber dónde estaba, ni cuándo iba a volver, si estaba a salvo... o siquiera vivo. Joder, tiene que ser durísimo. En parte por esto también quiero retirarme pronto.

Me quedo pensando en sus palabras.

—Es posible. Es que tengo la sensación de que elegir un modelo para hacer de soldado es deshonesto, como una falta de respeto.

Paul inspira hondo.

—¿Y por qué no contratas a algún soldado de permiso o retirado? Hay

miles. A muchos no les importará participar en una campaña internacional. Tengo amigos en todas partes del mundo. ¿Cuántos necesitas?

Inmediatamente me viene a la cabeza una imagen de mi hermano entrando de un salto en la cabina del biplaza junto al enorme perro, y me pongo a sonreír como un loco.

—Contando contigo, cinco, de todas las etnias posibles. Dos tendrían que ser mujeres. Ahora te envío un mensaje con los detalles de lo que estamos buscando. ¿Lo harías? Me encantaría ver la cara de mi hermano en pantalla. Un biplaza, tú entrando de un salto y la bandera americana ondeando en la parte trasera, ¿cómo lo ves?

—Mmm, dos preguntas.

—Dispara.

—¿Es un trabajo remunerado? Y ¿puede venir mi novio al rodaje? — añade de buen humor.

Yo me río con tantas ganas que me doblo por la cintura.

—Claro que pagan, y claro que puedes traer a Dennis. Así se lo presentas a los chicos. ¿Va a suponer un problema en tu trabajo que salgas en pantalla? Ya sabes, para tus operaciones secretas.

—No. Nadie sabe a lo que me dedico, ni adónde iré ni qué misión me asignarán. Me mandan a un sitio para operaciones cortas y puntuales: rescates, salvamentos, liberaciones... y otros menesteres de los que no puedo hablar. Además, da igual si alguien me ve la cara durante una de las misiones, porque, si lo hacen, no seguirán respirando durante mucho tiempo, ¿queda claro? —Se me seca la boca y asiento en silencio, pero luego niego con la cabeza. No, no me queda nada claro. Mi hermano acaba de admitir que se dedica a asuntos oscuros que pueden acabar con la vida de las personas. No quiero saber nada más—. Envíame el texto y haré algunas llamadas.

Cuelgo y me acerco a uno de los ayudantes.

—Necesito los detalles de los modelos que buscamos en una lista. Hay que enviarlos a este número cuanto antes.

Michael se me acerca con algunas notas sobre la distribución en internet y las notas de prensa.

—Necesitamos una exposición de coches —le explico—. ¿Cuánto tardaremos en organizar una?

—Estamos en ello. He contactado con varios clubes automovilísticos y hemos empezado a moverlo. Se hará la semana del lanzamiento.

—Perfecto. Tengo un problema con los modelos.

Mick frunce el ceño.

—¿Qué pasa?

—Que ninguno de ellos parece un soldado.

—Supongo que porque son modelos y no soldados —comenta.

—He hablado con mi hermano. Llamará a algunos amigos suyos para ver si estarían interesados en aparecer en los anuncios.

Mick me dirige una sonrisa canalla.

—Me gusta, pero necesitaré su aprobación para usar su nombre, rango y rama de las fuerzas armadas. Si queremos llegar al corazón de los clientes, necesitamos caras reales y nombres reales. —Me da una fuerte palmada en la espalda—. Bien pensado.

Le devuelvo una sonrisa ladeada, satisfecho porque mi preocupación por los modelos ha hecho que la campaña sea aún mejor.

—Y mañana vosotros tres tenéis cita con peluquería, maquillaje y guardarropía —añade mientras se dirige a la puerta.

—Un momento. ¿Los tres? ¿Peluquería y maquillaje? ¿De qué estás hablando?

Michael se vuelve hacia mí, se cruza de brazos y me dirige una mirada implacable.

—El detalle extra de la campaña para destacar el lema: «Desafía el viaje». —Se me queda mirando como si con eso lo hubiera aclarado todo, pero no, sigo sin saber de qué me habla.

—Me quedo igual.

Él suspira.

Parker, has estado de acuerdo en aparecer en el anuncio junto a Bo y Royce para destacar el lema ante las cámaras. Monika y yo creemos que será un detalle que hará distinguir la campaña, y aparte de eso... —Se acerca a mí y me susurra al oído—: No se me ocurre una mejor venganza por haberme hecho dejar todo lo que estaba haciendo para venir a salvaros el culo, obligándome a enfrentarme a mi ex.

Cierro los ojos.

«Me cago en la puta.»

—Así que vamos a salir en el anuncio... —Él sonríe—. ¿Mañana? No sé si preguntarte qué vamos a hacer o si prefiero no saberlo. —Me vienen a la cabeza todo tipo de imágenes de los tres vestidos con uniforme militar, fingiendo ser soldados. Bueno, eso no sería tan grave.

La sonrisa de Mick se vuelve más perversa.

—Los tres estaréis ante un gran espejo, frente a una hilera de lavamanos, como si estuvierais en unos vestuarios. Acabaréis de salir de la ducha e iréis vestidos sólo con una toalla alrededor de la cintura. Royce me contó que tenías la costumbre de dejar un mensaje a las clientas en un espejo al final de cada caso.

—La madre que me parió... —refunfuño, pero él sigue hablando.

—Y pensé —levanta los dedos y apoya la barbilla en ellos— que sería un bonito gesto para la clienta y para el mundo entero..., aparte de una buena oportunidad de hacerlos sentir incómodos, lo que me causaría un gran placer. Y entonces lo vi claro. Tres hombres semidesnudos, a punto de afeitarse, frente a un espejo con un bote de espuma. Cada uno de vosotros escribirá una palabra del lema de campaña en el espejo que tenéis delante. —Levanta el brazo y finge escribir en el aire—. Desafía... el... viaje. —Sonríe como un psicópata—. Brillante, ¿a que sí?

Aprieto los dientes con fuerza.

—Muy bien. Si con eso te sientes en paz...

Mick ladea la cabeza.

—Ni hablar. A mi mujer se le ha metido en la cabeza que tenga una despedida de soltero, y he decidido que te vas a ocupar tú de organizarla. Parece que mi Cherry no quiere que me pierda los placeres sencillos de la vida. Yo le he dicho que lo único que deseo en la vida es a ella, pero no me hace caso y yo le doy todo lo que me pide, así que apúntalo en la agenda. Y como la boda será pronto, ya puedes ponerte las pilas. Te daré una lista de invitados. Espero que International Guy acuda al completo.

Me río, sacudiendo la cabeza.

—Qué cabrón. De acuerdo, haré lo que sea por volver a llevarme bien con Michael Pritchard.

Mick me dirige una sonrisa irónica mientras Wendy se acerca y lo abraza por la cintura.

—Tengo hambre. —Wendy busca con la vista a Monika, que está observando a la pareja con poco disimulo—. Llévame a comer fuera.

—Como quieras, mi amor.

Ella sonríe.

—Park,  tienes hambre?

—De hecho, estoy... —Mick niega con la cabeza una sola vez, pero no necesita más. La invitación acaba de ser cancelada—. De hecho, esperar  a que los chicos acaben y comer  con ellos. Y aprovechar  para llamar a Sky.

—Oh, está muy bien. He hablado con ella esta mañana. —Se encoge de hombros—. Su vestido de dama de honor es una pasada. Es de color amarillo pálido, elegante, le queda de muerte con su melena rubia.

Sonrío porque cualquier mención a mi mujer tiene ese efecto en mí.

— Y yo?

—Nos ocuparemos de tu esmoquin y del de Michael cuando volvamos a casa.

Me acerco a ella y la aparto de Mick, pero no demasiado para que él pueda o rnos.

—Wendy, ya sabes que, si cambias de idea y quieres huir de la boda en cualquier momento, puedes contar conmigo. Como tu padrino, forma parte de mis obligaciones buscarte una ruta de escape.

Mick gruñe y me la arranca de las manos.

—No hace gracia, Ellis.

Yo me aguanto la risa.

—S  que la hace.

 l me fulmina con la mirada hasta que hago un gesto con el pulgar y el índice.

— Un poquito?

—Cherry,  no tenías hambre?

—Mucha —dice Wendy—. Estoy famélica —añade bajando el tono de voz y acariciándole la corbata de raso azul claro.

—Pues vamos a darte de comer. Luego volvemos.

—Te echaré de menos —bromeo, y Mick aprieta los dientes.

Bo se acerca y me agarra por la nuca.

—Es tan fácil cabrearlo que casi pierde la gracia.

—Casi. —Me echo a reír—. ¿Tú no tienes hambre?

—Tanta que mi estómago se ha comido a sí mismo desde dentro y ahora está atacándome la columna —responde como si nada.

—¡Qué asco! —exclamo riendo.

—Pero te he hecho reír.

Le doy una palmada en el hombro.

—Siempre estás ahí para hacer reír a tus hermanos.

—Me lo tomo tan en serio como cuando adoro a una mujer, como un trabajo —dice, y se queda tan ancho.

—Eres excepcional —repongo con ironía.

—Eso dicen ellas... —Sonríe.

Sacudiendo la cabeza, le doy un empujón en dirección a Royce. Cuando él levanta la mirada y nos ve, deja los papeles que tenía en la mano y se abrocha la chaqueta antes de venir a buscarnos.

—Hora de comer algo, espero.

—Mientras podamos mantener a éste bajo control... —Señalo a Bo con el pulgar.

—¿Qué dices? Pero si me adoras. Vuestras vidas serían un muermo si no

estuviera aquí, tocándoos las narices y haciéndoos reír para que os olvidarais de los problemas.

Royce le da una colleja mientras yo le doy un empujón con el hombro.

—Tienes razón. Venga, va, nos quedaremos contigo —lo provoco.

—No vais a libraros de mí —dice frunciendo el ceño.

—¿Qué tal si vamos a buscar a una rubia bien fresca? —propone Royce.

—¡Sí, chiquitas, al fin! —exclama Bo sin ocultar su felicidad.

—Estaba hablando de cerveza. —Royce suelta esa risa suya que es como un trueno sobre la cima de una montaña.

Bo se pone serio.

—Bueno, si no puede ser una rubia de verdad, me quedo con ésta.

Los tres salimos del edificio y subimos al coche de empresa que nos está esperando.

—¿Puede llevarnos a algún sitio donde tengan cerveza fría y hamburguesas al estilo americano, amigo? —le pido al conductor.

—Conozco el sitio perfecto.

—Esto es absurdo. —Me cruzo de brazos para protegerme el pecho del frío helador—. Hace tanto frío aquí dentro que se me van a congelar los pezones y se me van a caer al suelo. ¿Por qué tiene que hacer esta temperatura? —Me froto los brazos, completamente erizados.

—No sé por qué protestas tanto. Yo estoy bien. —Royce, con los pies separados, parece tan tranquilo, a pesar de estar cubierto sólo por una toalla blanca enrollada a la cintura, que le llega por encima de las rodillas. Mi colega es enorme y su piel, que están cubriendo con aceite en estos momentos, es de un intenso color caoba que contrasta con la reluciente toalla blanca. Me guiña el ojo mientras me dirige una sonrisa irónica. Tiene los abdominales iguales que esas tablas donde la gente solía lavar la ropa. Joder, qué macizo está. A ver, yo estoy en forma, pero es que él parece tallado en piedra.

—Ya, pero es que a mí no me está frotando con aceite una preciosidad morena. —Señalo a la maquilladora, que se echa a reír.

—Ésta es una de las ventajas de mi trabajo. —Sonriendo, añade más aceite a la espalda de Royce—. No te preocupes, tú eres el siguiente. —Me guiña el ojo con descaro.

Bo se acerca a nosotros con su toalla. Parece un tipo duro con su perilla, su torso musculado y su estrecha cintura.

—Uau, ¿y cuándo me toca a mí que me froten? Y mejor aún, ¿por qué no lo hacemos en horizontal? —Su tono seductor no deja lugar a malentendidos.

Aprieto los dientes y me contengo para no romperle el cuello.

—Bo, ¿has oído hablar del acoso sexual? Te recuerdo que se aplica a los clientes también.

La maquilladora deja de frotar a Royce, examina a Bo de arriba abajo y al parecer le gusta lo que ve, ya que su respuesta lo dice todo:

—Tú. Yo. Después del trabajo. Tal vez en vez de frotarte yo, dejaré que tú me frotes a mí.

Bo se lleva una mano al corazón.

—Mujer, tú y yo hablamos el mismo idioma.

A ella se le escapa la risa por la nariz.

—No es difícil saber qué idioma hablas, seductor.

—Creo que tú no te quedas atrás, seductora —replica Bo, haciéndola sonreír.

Cuando ha acabado de frotar a Royce, me da la botella de aceite.

—Creo que tu amigo necesitará que le eches una mano con la espalda. ¿Qué tal si os ayudáis mutuamente? Yo voy a buscar a los soldados. —Con una sonrisa de despedida, se aleja moviendo las caderas.

Bo la observa alejarse.

—Ñam. Qué ganas de que llegue la noche para clavarle el diente.

Me echo aceite en las manos y me froto los brazos y el pecho. Bo me imita y luego nos frotamos la espalda el uno al otro, sin ganas y sin delicadeza.

—¡Ah, ahí están mis modelos! —Mick, seguido por Monika, hace su aparición. Va vestido con un impoluto traje negro de raya diplomática combinado con otra corbata de raso, aunque la de hoy es amarilla. Estoy seguro de que es un regalo de Wendy, ya que es su color favorito—. Son perfectos para la campaña, ¿no crees, Monika? —Nos señala a los tres, vestidos con una toalla y un diminuto tanga debajo. Quieren que se marquen un poco las nalgas debajo de la toalla, por eso no nos han dejado llevar nuestra ropa interior habitual.

—Esto no mola nada, Mick —le digo sin disimular la poca gracia que me hace pasar por esto.

Él me dirige una sonrisa digna del Gato de Cheshire.

—Ya lo sé. ¿Quieres decirles algo a los chicos, Monika?

Nuestra clienta se vuelve hacia él y lo contempla con un brillo de admiración en la mirada que es nuevo en ella.

—Todo es perfecto cuando tú estás aquí —responde con un tono tan sensual que cualquiera diría que no está hablando de negocios.

Antes de poder decir nada, Wendy aparece a su espalda. Coge el brazo de Mick desde el otro lado y dice entre risas:

—Qué curioso, siempre se lo digo.

—Cherry... —Mick le levanta la barbilla para besarla delicadamente en los labios.

—¿Cherry? —repite Monika sin poder disimular el desprecio en su voz—. A mí me llamaba Buttercup.

—¡Uau! —exclama Bo.

—Oh, mierda. —Royce suspira.

—No es buena idea... —trato de advertir.

—¿Perdona? —Wendy se encara a Monika—. ¿En serio vamos a hacer esto, aquí, ahora? Porque a mí se me ocurren muchas otras palabras que decirte. —Su tono deja claro que no está para tonterías.

Bo abre mucho los ojos y se tapa la boca con la mano. Yo doy un paso atrás, para evitar formar parte del conflicto. Royce, por el contrario, da un paso adelante.

—Chica...

Lo detengo, alargando el brazo y negando con la cabeza.

—Nosotros no pintamos nada aquí, hermano —le recuerdo, porque esto es entre Mick, Wendy y Monika—. Deberíamos irnos... a alguna parte... a cualquier parte.

—¡Y una mierda! —nos dice Wendy. Luego ladea la cabeza con todo el descaro que sé que lleva dentro y dirige su rabia directamente a Monika—. Vamos a resolver esto ahora mismo..., Buttercup —pronuncia su nombre con malicia.

—Mi amor, de verdad, no es el momento ni el lugar —trata de disuadirla Mick. Pobre hombre. Sé que su intención es buena, pero aunque no hace tanto tiempo que conozco a Wendy, sé perfectamente que no es de las que se callan cuando tiene algo que decir. Lo mejor es aguantar el chaparrón.

Wendy hace una mueca de disgusto.

—No estoy de acuerdo, Mick. Esto ha llegado demasiado lejos. —Se vuelve hacia Monika una vez más y la señala con el dedo.

«¿Por qué las mujeres tienen esa manía de señalar? Voy a tener que preguntárselo a Sky.»

—Puede que compartas un pasado con mi hombre, pero lo que no vas a compartir es el futuro. En su futuro sólo estoy yo. —Sacude la mano en el aire, señalando a Mick de la cabeza a los pies—. Todo esto podría haber sido tuyo. Por suerte, la cagaste y ahora es mío.

—Lo siento, Michael —se disculpa Monika, al borde de las lágrimas.

Wendy sacude la cabeza furiosa.

—¿Te he dado permiso para hablar? No he terminado.

Monika frunce los labios.

—Tú —vuelve a señalar a Monika— traicionaste su confianza, le soltaste

una sarta de mentiras y no te merecías llevar su collar —se acaricia el candado que le cuelga de la gargantilla— ni su anillo de compromiso. — Levanta la mano para mostrarle el enorme y reluciente diamante—. Yo, en cambio, lo amo más que a mi propia vida. No necesito que ningún otro hombre me dé placer porque él me da todo lo que necesito.

Monika frunce el ceño y traga saliva lentamente, como si le costara un gran esfuerzo. Tiene los puños apretados a la altura de las caderas. Parece que se esté debatiendo entre mantener una actitud profesional, responder de mala manera y asumir que Wendy tiene razón. Pero ella no le da tiempo para reflexionar porque sigue cantándole las cuarenta.

—Ya veo que sientes haberlo perdido. Lo entiendo. Si estuviera en tu lugar, lo que es imposible porque yo nunca me habría comportado como tú, pero si lo estuviera, me moriría de ganas de recuperarlo, así que, sí, lo entiendo. Entiendo tu necesidad de disculparte, de hacer las paces, de recordarle los buenos tiempos que compartisteis. Pero para eso estoy yo aquí, querida, para decirte que no te molestes. Porque lo que tú no sabes, y para eso estoy aquí, para contártelo, es que lo que Mick y yo tenemos es legendario. En cambio, lo que tú y él tuvisteis no tiene nada de memorable. —Se encoge de hombros—. Es triste, pero es así. Sin embargo, ahora mi equipo tiene que acabar una campaña. ¿Vas a meterte tus comentarios donde te quepan y dejar el pasado donde está, es decir, muerto y enterrado?

Bo suelta un silbido.

—Au, eso ha dolido, Campanilla.

Michael abraza a Wendy por el cuello y le acaricia el candado. A ella se le iluminan los ojos como si fueran purpurina plateada.

—Sí. —Monika se humedece los labios nerviosa—. Sólo quiero decir que siento que las cosas acabaran así. La persona que era entonces no es la misma que soy ahora.

Mick se aclara la garganta.

—Estoy seguro de que tu marido estará satisfecho de que así sea —replica en un tono de voz monocorde y totalmente distante.

—Nos hemos separado —añade Monika.

Wendy se tensa y Michael, que se da cuenta, le frota la clavícula con el pulgar mientras replica:

—Lo siento. Gracias por disculparte, pero, como verás, salí ganando. Ahora la mujer de mis sueños lleva puesto mi collar y mi anillo y pronto formaremos una familia. Dentro de un par de días habremos acabado de grabar los anuncios y nos iremos de aquí. Mi equipo se ocupará de cualquier fleco que quede pendiente desde nuestras oficinas. Seguiremos en contacto vía email o videoconferencia.

Michael nos busca entonces con la mirada. Los chicos y yo seguimos quietos, tratando de encogernos y deseando no haber sido testigos de esa conversación.

—Adelante con lo vuestro, chicos. Wendy y yo vamos a ver si está todo listo en el resto de los platos. —Dicho esto, él y Wendy dan media vuelta a la vez y se alejan del brazo, mostrándonos sus espaldas trajeadas como lo que son: un equipo.

Monika encorva la espalda derrotada.

—Yo, eeh, siento que hayan tenido que presenciar esto. No ha sido nada profesional y...

—Nos hacemos cargo —la tranquilizo—. ¿Qué tal si revisamos la escena una última vez para quitárnosla de encima cuanto antes y poder volver a vestirnos? —sugiero para cambiar de tema.

Ella asiente, ausente, como si hubiera viajado al pasado y no estuviera demasiado interesada en lo que está pasando.

—Habla por ti, hermano. A mí me encanta ir en ropa interior. Por mí vestiría así siempre —comenta Bo, aligerando la tensión que han dejado Mick y Wendy a su paso.

Royce niega con la cabeza y le da un empujón a Bo para que se coloque en posición. Cada uno de nosotros tenemos un lavamanos, un bote de espuma y una maquinilla de afeitar.

Monika alza la barbilla y endereza la espalda antes de dirigirse al equipo de rodaje. Se encienden unos focos muy potentes y una luz brillante como el sol me calienta la piel al instante. ¡Gracias a Dios!

—Muy bien, mirando hacia los espejos. Haremos tomas de cada uno individualmente; luego cada uno levantará el bote hacia el espejo; después haremos otra toma general y finalmente cada uno escribirá su palabra en el espejo. ¿Está claro?

Los tres respondemos con distintas versiones de la palabra «sí».

—Listos. Silencio en plató —ordena el director del anuncio, y todo queda en un silencio sepulcral—. ¡Acción!

La cámara nos graba a cada uno por separado y se detiene.

—Siguiendo toma. Botes arriba. Quiero que os miréis el cuerpo en el espejo, la cara, lo que os salga de manera natural. Los movimientos lentos, por favor.

Siguiendo las instrucciones, sonreímos, movemos la barbilla de lado a lado, comprobamos la cantidad de barba que nos ha crecido, etcétera, hasta que nos mandan parar.

—Muy bien, Royce, tú eres el primero. Acción.

Roy sacude el bote de espuma de afeitar y escribe en mayúsculas las letras que forman la palabra «DESAFÍA».

—Bo, te toca a ti —ordena el director, y él imita los movimientos de Royce para escribir en el espejo la palabra «EL».

—Parker...

Sacudo el bote y, sonriendo, escribo «VIAJE», también en mayúsculas, como los chicos.

—Muy bien. Limpiamos los espejos y volvemos a empezar.

Los tres gruñimos y protestamos como niños pequeños.

Por fin el director da por buenas las tomas y nos deja marcharnos. Una vez vestidos, nos dirigimos al otro set de rodaje, donde veo a Paul, vestido con ropa de camuflaje. No es el uniforme oficial, pero igualmente, verlo de esa guisa me impacta porque me recuerda que tengo mucha suerte al haber recuperado a mi hermano de una pieza.

—Boli Parker —me recibe con un abrazo, dándome fuertes palmadas en la espalda—. Estamos casi listos para empezar. —Saluda con la mano a Dennis, que se ha sentado un poco aparte, para no molestar.

Detrás de Paul hay una chulada de camioneta plateada a la que OhM Motors ha puesto el nombre de 2.5 Amp. Por lo de «amperio». Todos los modelos tienen nombres relacionados con la electricidad para remarcar su carácter híbrido. A la derecha del plató veo a un tipo alto y desgarbado vestido con un uniforme que, si no es el francés, se le parece mucho. Está delante del vehículo 1 Volt, que es la moto. Al otro lado hay una mujer uniformada con la bandera negra, roja y amarilla de Alemania cosida a la altura del bíceps. Sostiene un bebé con ayuda de la cadera y su esposo le está abriendo la puerta mientras la cámara los sigue. Ella mete al bebé en el sedán, que se llama 4 Watt.

—Dennis, ven un momento —lo llamo—, quiero presentarte a mis hermanos.

Dennis se acerca, vestido con unos elegantes pantalones azul marino y un polo blanco. Lleva un pañuelo azul, blanco y amarillo al cuello, un reloj de pulsera con la correa de cuero marrón y los zapatos a juego con el reloj. Complementa el *look* con las mismas gafas de montura negra y el pelo —casi tan oscuro como las gafas— peinado hacia atrás con elegancia.

—Parker, gracias por dejarme venir. Es muy emocionante poder estar presente en un rodaje.

—Chicos, él es Dennis Romoaldo, la pareja de Paulie.

Dennis le ofrece la mano a Royce, que se la estrecha.

—Él es Royce Sterling, mi socio, y él es Bogart Montgomery, nuestro otro socio. —Dennis estrecha la mano de Bo antes de acercarse a Paul.

Mi hermano le acaricia la espalda, como si quisiera tranquilizarlo, y Dennis sonrío.

—He oído hablar mucho de vosotros. Según mi Paulo, es como si fuerais hermanos nacidos de madres distintas, ¿verdad?

Bo y Royce se echan a reír.

—Sí, algo así —responde Roy—. Parker nos contó que eres de Brasil.

Dennis sonrío con más ganas. Se le hincha el pecho de orgullo y se ruboriza ligeramente.

—Sí, soy de Río. Allí es donde vive mi familia y donde está la sede del negocio familiar.

—Oh, ¿a qué se dedican? —se interesa Bo.

—Tienen una empresa de importación y exportación. Mientras esté en Boston conociendo a su familia, Paulo me va a ayudar a buscar lugares donde

construir un almacén, y también astilleros en Boston, para hacerme una idea.

Esas palabras captan mi atención.

—¿Estás pensando en expandirte en Boston? —Mi sonrisa es tan grande que a mi hermano no se le escapa.

—No hay nada definitivo, Park. Denny tiene que hacer lo que sea mejor para él y para el negocio.

—Pero si resulta que su novio vive en una ciudad con puerto que está maravillosamente situada para hacer negocios con el resto de las ciudades de la costa Este... —Dejo la frase inacabada para que sean ellos los que sumen dos y dos.

Paul se echa a reír.

—No creas que no he pensado en ello, pero no pienso presionarlo. También va a buscar en Texas y en California.

—California es caro —comenta Royce reflexivo. Él siempre está al corriente de todo lo relacionado con el capital o las propiedades—. Algunas de las zonas comerciales más caras están en la costa de California.

Dennis asiente.

—Sí, eso he visto. También le encuentro potencial a Oregón y a Washington.

—A nivel de inversión inicial son más interesantes, pero tendrías que considerar si os resulta igual de rentable a la hora de hacer negocios —comenta Royce, en su salsa.

—Exacto. No son tan interesantes como Boston —digo fulminando a Royce con la mirada.

Acabo de recuperar a mi hermano tras dos años de ausencia. No me apetece que vuelva a marcharse a dar vueltas por el país con su novio. Aún no.

Bo me abraza por los hombros y se echa a reír.

—Nuestro chico quiere que su hermano se quede en Boston y va a jugar fuerte, prepárate —le advierte a Dennis.

Me libero de su abrazo y lo miro mal.

—Ya hablaremos. No tenemos por qué hacerlo ahora. Acabemos el anuncio y luego vayamos a cenar y a tomar algo todos juntos. Paga International Guy.

Paul sonrío y le aprieta la nuca.

—¿Cómo te suena eso? ¿Te apetece salir con los chicos esta noche?

A Dennis le brillan los ojos cuando mira a mi hermano. La verdad es que nunca me había imaginado a Paul con un hombre, pero me gusta ver que lo trata con cariño y amabilidad.

—Me encantaría salir con vosotros, chicos. —Las mejillas de Dennis vuelven a encenderse.

Royce da una palmada.

—Pues decidido. Voy a hablar de temas financieros con Michael. Bo, ¿puedes darles el visto bueno a las fotos para los anuncios?

Él asiente.

—Yo me ocupo de que los anuncios de televisión salgan tal como queremos —digo.

Paul señala a su espalda con el pulgar.

—Supongo que debería volver a colocarme en posición. —Justo cuando acaba de decir esto, un cachorro de pastor alemán cruza el plató a la carrera.

—*Nein! Halt!* —grita un miembro del equipo de rodaje en alemán mientras persigue al cachorro fugitivo.

—Eehh, ¿acabo de ver un lindo y peludo cachorrito pasar? —Miro a mi alrededor con el ceño fruncido.

Con una enorme sonrisa, Bo también lo busca.

—¡Sí! Yo también quiero, ¡me encantan los perros! —exclama, y sale corriendo detrás del tipo que persigue al cachorro, que continúa corriendo con media lengua fuera de la boca.

—Pero eso no es lo que pedí. Yo pedí un perro adulto con pinta amenazadora. Esto es un cachorro que sólo sirve para achucharlo. —Suspiro y pongo los ojos en blanco—. Voy a ocuparme del asunto. Nos vemos esta noche. Invitaré también a Mick y a Wendy. Seguro que ella nos encuentra el sitio perfecto adonde ir.

—Suena bien. Hasta luego. —Royce me ofrece el puño y me despido de él entrechocándolo.

Me despido también de mi hermano y de Dennis levantando la mano y me dirijo hacia los dos idiotas que persiguen al cachorro.

Observo a Bo, que baila al ritmo de la música, que suena a todo volumen con la maquilladora a la que ha invitado a unirse a nosotros después de cenar. Si algo tiene Bo, es que sabe divertirse sin mezclar esa parte de su vida con la que dedica a la familia y a los amigos. Nunca ha llevado a una de sus chiquitas al Lucky's. El día que lo haga sabremos que ha perdido el culo y el corazón.

Royce deja una pinta acabada de servir frente a mí, un whisky sin hielo frente a Mick y le da un gin-tonic a Wendy. Mientras bebe de su propio whisky, contempla el espectáculo sacudiendo la cabeza.

—No puede negarse que nuestro hermano tiene el ritmo en el cuerpo, pero debería ir a enseñarle cómo tratar a una mujer que tiene ganas de marcha. —

Me dirige una sonrisa fanfarrona, que yo le devuelvo.

—Ya, claro, tío. Te apuesto veinte dólares a que no consigues que la chica se dé la vuelta y baile contigo.

Royce da un buen trago al whisky antes de dejarlo en la mesa.

—Apuesta aceptada, hermano. Mira y aprende. —Se levanta de la silla y se dirige con ritmo hacia la pista de baile.

—Este sitio es genial, Wendy, un hallazgo —le digo sonriendo, porque lo es. Cuando hemos llegado estaba lleno de gente cenando, pero a las diez en punto empezó a transformarse en un club. Bajaron las luces normales al mínimo y encendieron otras de neón. Un DJ se puso a mezclar éxitos americanos de hip hop y de rock, así que nos las sabemos todas.

—Sí, un tipo del equipo de rodaje me lo recomendó. —Wendy se levanta y Mick la agarra por la cintura.

—¿Adónde vas, amor? —Él le aprieta la cadera.

—Al lavabo.

Está a punto de levantarse para acompañarla, pero Dennis se le adelanta.

—Ya la acompaño yo —le dice a Mick—. Así estiro las piernas.

Wendy pone los ojos en blanco.

—Tienes que superarlo, Mick. En algún momento vas a tener que perderme de vista —lo reprende en tono cariñoso, acariciándole la mejilla.

—Nunca.

—Ay, hombres... Vamos, Dennis. Vamos a rajar sobre lo tontos que son.

Mick le da una palmada en el culo mientras ella se aleja del brazo del brasileño.

—¿Rajar? No quiero rajarlos —protesta Dennis mirando a Wendy. Luego

le dirige una sonrisa tímida a mi hermano—. Me gustan los hombres, sobre todo de uniforme.

Ella sacude la cabeza.

—Tienes que hacerte de rogar, chico. No te preocupes, yo te enseñaré.

Paul levanta las cejas.

—Menudo carácter tiene tu prometida —le dice a Mick.

—Lo tiene, lo tiene. —Michael se echa hacia atrás, pero no aparta la mirada de Wendy—. No ha sido fácil volver a ver a Monika —se sincera—, pero no porque la echara de menos, sino porque quería que le hubieran ido bien las cosas. Creo que no es feliz, y eso me entristece. —Se lleva el whisky a los labios fruncidos y da varios sorbos.

Yo asiento con la cabeza.

—Tuvo la oportunidad de ser feliz contigo, pero no la aprovechó. Y ahora tú tienes un petardo de los gordos que llena tu mundo de luz. Has salido ganando. Ella eligió su camino y se equivocó. No es culpa tuya.

Mick sigue bebiendo lentamente, con la vista fija en el pasillo que lleva a los baños.

—Te mueres de ganas de seguirla, ¿no?

Mick agacha la cabeza unos instantes.

—Sí, joder —admite, antes de volver a levantar la cabeza y fijar la vista en el mismo sitio, el lugar por donde Wendy ha desaparecido.

—¿Has hablado con alguien de ese miedo? —le pregunto con cautela, evitando sonar crítico.

Él suspira.

—Sí, los dos estamos yendo a un terapeuta, juntos y por separado. Estar a

punto de perderla, perder al bebé... —traga saliva y deja el vaso en la mesa— nos ha pasado factura. Ella es todo lo que me importa en la vida. Preparar la boda y hacer planes para tener otro bebé nos está ayudando. Hablamos mucho sobre el futuro, sobre lo que queremos y cómo queremos que sea.

Le aprieto el hombro.

—Bien, hermano. Estoy seguro de que todo saldrá bien. Es saludable permitirse estar triste y darse tiempo. Skyler y yo hemos estado haciendo lo mismo. Hablando mucho, tratando de superar la culpabilidad —le abro mi alma, admitiendo el dolor por lo que le pasó a Wendy.

Mick me mira con sus ojos claros.

—¿Por qué te sientes culpable? Tú no tuviste nada que ver. ¿Acaso piensas...? —Pestañea varias veces—. Oh, no me digas que te echas la culpa de lo que pasó...

Una punzada de culpabilidad vuelve a abrazarme los sentidos, secándome la boca. Trato de tragar saliva luchando contra la sensación de vacío que se apodera de mí, pero acabo optando por la cerveza, y bebo más de la que debería de un solo trago.

Mick frunce el ceño.

—Parker, ni Wendy ni yo os culpamos, ni a ti ni a nadie del equipo, por lo que pasó. Esa mujer está enferma y pagará por sus crímenes; mi abogado se encargará de ello. La justicia está en marcha, Wendy está casi curada, y ahora que está aquí... —Se inclina hacia mí—. No la había visto tan feliz desde vuestra última visita. Cuando está con vosotros es como si se iluminara por dentro. Te aseguro que me hace muy poca gracia que quiera tanto a tres hombres que no soy yo, porque, como ya sabes, soy un capullo celoso. Pero me fío de ella. Y de ti. Y de Royce. Bo disfruta demasiado provocando; no me gusta su sentido del humor y lo mantendré a distancia, pero sé que, si quiero tener a Wendy en mi vida, debo permitir que también quiera a otras personas.

Le dirijo una gran sonrisa, le rodeo los hombros con el brazo y le doy un medio abrazo.

—Queremos mucho a tu mujer, y cualquiera de los tres daría la vida por evitar que volvieran a herirla. Si hubiera podido elegir, esa bala habría sido para mí.

Mick frunce los labios y me apoya la mano en el hueco entre el cuello y el hombro.

—Ya lo sé, y te lo agradezco. Por favor, deja de sentirte culpable y centrémonos ahora en disfrutar de las cosas buenas que tenemos. —Me aprieta el hombro con más fuerza—. Pero no se te ocurra darle a mi mujer la posibilidad de huir de la boda, porque os perseguiría a punta de pistola. Nada va a impedir que la haga mía de todas las maneras posibles, ¿queda claro?

Me echo a reír hasta que me aprieta tan fuerte que tengo que parar.

—Vale, vale, lo pillo. Sólo te estaba tomando el pelo. Además, ya sabes que ella no quiere huir a ninguna parte.

Mick me suelta, se recoloca el blazer y se alisa la corbata.

—Por si acaso, no pienso correr riesgos. Es demasiado importante para mí.

Doy un sorbo de cerveza y me vuelvo hacia él.

—Gracias —le digo sin venir a cuento, aunque el agradecimiento que siento es muy real. Le debo mucho, más de lo que él se imagina.

—¿Por qué?

—Por venir aquí, por salvarnos el culo, por aceptar enfrentarte a mierdas que no te apetecían nada para ayudar a un amigo. Elige la razón que prefieras.

Mick asiente, inspira hondo y vuelve a clavar la mirada en el pasillo por el que ha desaparecido Wendy. Cuando la ve regresar junto a Dennis, se le

iluminan los ojos y sonrío.

—Tú ocúpate de que mi chica esté contenta cuando esté contigo y estamos en paz. Bueno, con eso y la despedida de soltero.

Sonrío.

—Ningún problema. Ya les he pedido a Bo, a Royce y a Paul que me ayuden.

Mick se cruza de brazos.

—Estupendo. A ver qué se les ocurre a los payasos de la tele.

—Eh, tranquilo. —Le palmeo el hombro—. Te cubro las espaldas.

Wendy se acerca a nosotros meneando las caderas. Sonriendo, señala hacia la pista de baile.

—Os estáis perdiendo el espectáculo. Mirad, Bo y Royce están haciendo una competición de baile. —Busca en el bolso y saca el móvil—. Esto va a ser épico. Voy a grabarlo, así tendré material para tomarles el pelo otro día, ¡juas, juas!

Sigo la dirección de su mirada y veo que Royce está bailando con la guapa maquilladora. A ella le faltan manos; no para de acariciar a Royce de arriba abajo. Aunque Bo no está quieto. Está detrás de la chica, con las manos en sus caderas, y ella es el jamón en ese sándwich sensual. A juzgar por su sonrisa, ella parece encantada, satisfecha como una gatita con un plato de leche.

—Mierda, le debo veinte pavos a Roy.

La pantalla de la gran sala de conferencias que parece un auditorio se ilumina con la imagen de un hombre que lanza al aire a su hijo. Su bonita esposa se acerca vestida con un uniforme que lleva la bandera alemana en el brazo. Mientras caminan, el uniforme se transforma en un vestido vaporoso. Él le abre la puerta del sedán 4 Watt y meten al bebé en el coche. La imagen cambia y vemos a un hombre, mi hermano, vestido de camuflaje y manchado de tierra y de hierba. Mientras se acerca a la 2.5 Amp, se frota la suciedad con fuerza, como si quisiera cambiar de piel. El uniforme se transforma en unos Levi's y una camiseta con la bandera estadounidense estampada. Cuando está a punto de subir en la camioneta, se agacha y coge a un cachorro de pastor alemán que le llena de lametones la cara, ahora limpia. Tras sonreír ampliamente ante la cámara, pone al perro en el asiento delantero y sube. Luego vemos a un francés que corre por la calle. Primero va vestido de uniforme, pero luego éste se transforma en pantalones de vestir negros, cazadora de cuero y un pañuelo al cuello. Monta en la 1 Volt y se aleja por las calles de París, dejando atrás el Sena y la torre Eiffel, que se ven a través del espejo retrovisor.

El anuncio sigue mostrando imágenes de otros modelos: uno recorre una carretera de montaña, otro circula junto a una playa y otro por campos nevados mientras aparecen palabras que destacan las características protectoras de la naturaleza de los vehículos. Finalmente llega el momento de la escena de los tres frente a los espejos. Se nos ve meneando el trasero. Bo está cantando como si el bote de espuma fuera un micrófono, yo sonrío y Royce se ríe antes de que la música suba de volumen, apagando nuestras voces. La voz en *off* dice: «En OhM Motors te acompañamos en cada etapa con una serie de vehículos que no destrozan la vida, sino que ayudan a su conservación. Lo único que tienes que hacer es esto».

Entonces nosotros escribimos las palabras «DESAFÍA EL VIAJE» mientras la voz en *off* las pronuncia.

En la última escena se ven todos los vehículos alineados, en diferentes colores, y el logo por debajo: «En cada etapa de la vida..., desafía el viaje. Ohm Motors».

Cuando la pantalla vuelve a quedarse en blanco, los cincuenta empleados de la empresa que llenan la sala estallan en aplausos. Cuando se encienden las luces, Mick y yo nos acercamos a Monika y, juntos, nos dirigimos a los presentes.

Monika les habla en alemán y luego me entrega el micrófono.

—Gracias a todos por venir al pase. Esperamos que vuestro entusiasmo se extienda por todo el mundo. Estamos convencidos de que la campaña «Desafía el viaje» hará que los vehículos de OhM Motors entren a toda velocidad en la carrera del futuro. Hemos hecho un montaje que mezcla parte de los seis anuncios específicos que se mostrarán en cada país, cada uno de ellos con soldados de su nación. Monika os presentará el anuncio para Alemania y el resto del material adicional para la campaña un par de semanas antes de su divulgación. En International Guy estamos muy contentos de haber formado parte de este lanzamiento tan puntero. Y ahora os dejo con el director de la agencia de publicidad MP Advertising, que compartirá con vosotros los detalles del lanzamiento.

El público aplaude mientras le entrego el micrófono a Michael.

—*Danke*, gracias a todos. Estamos entusiasmados con el resultado de la campaña. Las ideas y los conceptos de los anuncios provienen de International Guy, así que muchas gracias, caballeros. —Uno las manos ante el pecho, como si rezara, e inclino la cabeza—. La campaña se lanzará traducida a quince idiomas y se emitirá en veinte países. Habrá también una exposición de los vehículos a la que asistirán aficionados al motor y periodistas para tener

cobertura en los medios durante la semana del lanzamiento. Tenemos la web a punto para ser publicada, también traducida a quince idiomas y accesible desde todo el mundo. Hemos conseguido espacios en programas de televisión de mañana y *late nights* donde Monika presentará los vehículos. Os pasaremos la información. También habrá anuncios en las secciones de motor de periódicos de todo el mundo. No es una campaña barata, pero os aseguro que será muy efectiva. Gracias a todos por vuestro trabajo. Hemos conseguido mucho en muy poco tiempo y eso no habría sido posible sin vuestro talento y vuestro esfuerzo. Ahora os toca a vosotros desafiar el viaje. Os deseo toda la suerte del mundo.

Los asistentes se levantan para ovacionarlo. Él le devuelve el micrófono a Monika y le estrecha la mano. Luego se vuelve hacia mí y estrecha la mía antes de dirigirse hacia la fila de directivos y saludarlos. También estrecha las manos de Bo, de Royce y de todos los demás empleados que se acercan a él.

Monika va hasta él y le da unos golpecitos en la espalda para llamar su atención. Miro a mi alrededor y veo que Wendy está en la otra punta de la sala, hablando con un miembro del equipo de Mick.

—Michael, eehh, ¿podemos hablar un momento en privado? —Endereza la espalda y alza la barbilla, como si se estuviera armando de valor.

Él frunce los labios haciendo una mueca.

—No, no podemos. Mi trabajo aquí ha terminado y...

—Michael, no puedes irte sin que hablemos de lo que pasó. El amor que nos teníamos era tan grande... Sé que, si me dieras una oportunidad, podría hacerte feliz otra vez... —le dice en tono suplicante.

Yo estoy dudando entre dar un silbido fuerte para llamar la atención de Wendy o apartarla de Mick yo mismo.

Pero no hace falta que haga nada porque cuando ella trata de agarrarlo, él retrocede y choca conmigo. Me quedo a su lado en silencio, demostrándole mi

apoyo.

—Monika, si Dios quiere, ésta será la última vez que nos veamos. He venido por Parker, que es el jefe de Wendy y un buen amigo. No he venido por ti. Ni siquiera pienso nunca en ti.

—Pero hemos compartido tantas cosas, tenemos tanta historia en común...

Él aprieta los dientes y la interrumpe.

—Eso es todo lo que tenemos, historia, algo que quedó en el pasado. Te agradecería mucho que dejaras de abochornarte y de abochornarme a mí siguiendo colgada de algo que hace tiempo que acabó.

—Pero tú me amabas —insiste ella.

—¡Maldita sea! En aquella época yo ni siquiera sabía lo que era el amor —exclama frustrado—. Lo sé ahora porque me lo ha enseñado esa diosa que lleva mi collar y mi anillo. Me inclino ante ella cada noche al mismo tiempo que ella se arrodilla a mis pies. Sumisa, abierta, amante. Dándome todo lo que puedo desear o necesitar y esperando lo mismo a cambio. Y yo se lo doy. Con toda mi alma, joder. Nosotros nunca tuvimos eso. Tú nunca te entregaste por completo, nunca creíste que yo podría dártelo todo.

—Michael, yo te sigo queriendo...

Él se tensa como un arco y le dirige una sonrisa despectiva.

—Tú no sabes lo que es amar y confiar en alguien. Hasta aquí hemos llegado. Esto se ha acabado. Déjalo ya. Déjame ya.

—No sé cómo hacerlo. —Monika trata de agarrarlo por las solapas, pero me interpongo entre ellos y la hago retroceder lentamente.

—Ya basta —le digo—. La campaña está terminada; es lo que quería. Nosotros hemos terminado aquí.

—Vuelve con tu marido, Monika —dice Mick sin expresión—. Haz lo

correcto. Comprométete con alguien que te quiera, porque esa persona no soy yo y nunca lo seré.

En ese instante aparece Wendy, saltando y sonriendo, con las mejillas encendidas de entusiasmo.

—¡Ha sido increíble! —Se echa al cuello de Mick, ajena a lo que acaba de pasar. Él la abraza con fuerza, la levanta del suelo, cierra los ojos y hunde la cara en su cuello, donde le besa varias veces el collar y la piel.

—¿Estás lista para volver a casa, mi amor? He reservado un *spa* para que Skyler y tú paséis un día de relax con las madres de los chicos.

Ella asiente, radiante de felicidad.

—¡Claro que sí! ¡Y podré tomar champán! —exclama.

Michael frunce el ceño, vuelve a dejarla en el suelo y le pone la mano en el vientre.

—¿Y si ya estás embarazada?

—Eso no lo sabré hasta dentro de dos semanas. Sólo por intentarlo no significa que ya lo esté. Pienso beber hasta que ese bastoncillo se ponga rosa, Mick. ¡Me lo prometiste!

Él se echa a reír. Yo miro a Monika, y veo que le tiembla el labio y se le están llenando los ojos de lágrimas. Una expresión le cruza la cara y la reconozco perfectamente. Es una expresión de derrota. Sorbe por la nariz, endereza la espalda y se vuelve hacia mí tras haberse colocado la máscara de profesionalidad.

—Parker, quiero darle las gracias por venir, por lograr el apoyo de MP Advertising y por una fantástica campaña. Será un orgullo para mí presentarla ante los socios y ante el mundo entero. —Me ofrece la mano para que se la estreche.

Yo lo hago, pero no la suelto.

—Me alegro de que todo haya salido bien. —Miro de reojo a Wendy y a Mick, que siguen hablando, perdidos el uno en el otro, como si no existiera nada más—. Creo que las cosas han salido como tenían que salir y creo que, pasado el tiempo, usted también lo entenderá.

Ella se humedece los labios y traga saliva antes de hablar.

—Es posible, pero de momento debo hacer el duelo por lo que he perdido. Espero aprender de la experiencia.

Sonriendo, le aprieto la mano.

—Es la única manera de enfrentarse a estas cosas. Cuídese. Y consúltenos si necesita ayuda con el lanzamiento. Puede llamarnos por teléfono, escribirnos o conectar por videoconferencia si es necesario.

—Buen viaje de vuelta, señor Ellis.

El Lucky's está lleno de clientes cuando los tres cruzamos la puerta. Mi familia está en el centro, en una gran mesa. Están Paul, Dennis, mamá, papá, Rachel, Nate y, dirigiéndose hacia mí a toda velocidad, la chica de mis sueños, Skyler. Se lanza a mis brazos y yo la levanto del suelo y la agarro por el culo. Ella me rodea la cintura con las piernas y me besa. Me da un beso corto e intenso seguido de otro y de otro más. Luego se aparta, con las mejillas encendidas, los labios brillantes y la melena rodeándole la cara como un halo dorado.

—¡Te he echado tanto de menos! ¡Tengo toneladas de cosas que contarte!
—Sin dejarme decir nada, me llena la cara de besos.

Yo me río hasta que me suelta y se desliza por mi cuerpo.

—Hola, Melocotones. —La beso con mucha más delicadeza que ella a mí y me dejo atrapar por su aroma a melocotones y nata, que me envuelve como una manta mullida. Hundo la cara en el hueco de su hombro y dejo que la paz me inunde llevándose el cansancio, tanto el físico como el mental.

Me abraza durante un minuto y noto cómo voy recuperando las fuerzas al conectar con ella. Noto incluso descargas eléctricas, es como si me hubiera enchufado a un cargador. Madre mía, el efecto que me causa esta mujer no se parece en nada a lo que he sentido en anteriores relaciones.

Hundo la mano en su melena sedosa y le acaricio la mejilla y el labio inferior con el pulgar.

—¿Puedo ir a saludar a mis padres o quieres contármelo todo ahora mismo? —Sonrío, pero espero a que me responda.

Ella se menea en el sitio, nerviosa, mientras se muerde el labio inferior.

—Supongo que puedes. Además, lo que tengo que decir les afecta. Pero ¡date prisa!

Abrazándola por los hombros, voy con ella hacia la mesa. Al llegar, le separo la silla para que se siente antes de acercarme a mi padre y darle un abrazo. Él me palmea fuertemente en la espalda.

—Me alegro de que estés en casa, hijo.

—Me alegro de estar de vuelta.

Luego abrazo a mi madre y ella me devuelve el abrazo con fuerza.

—Mis dos chicos en el mismo sitio al mismo tiempo. Estoy en el cielo.

Le doy un beso en la mejilla y dejo que me abrace un poco más. Cuando me suelta, empieza a darle órdenes a mi padre.

—Randy, trae algo de beber para estos chicos. Están secos.

—Mujer, no hace falta que me digas cómo están los chicos. Los conozco

como la palma de mi mano, así que para el carro. —Refunfuñando, se dirige a la barra, pero antes de llegar, se da media vuelta—. Podrías ayudarme, ¿no?

Ella hace una mueca y veo que está a punto de soltarle alguna de las suyas.

—¿Quieres que te ayude? ¿Me ayudaste tú cuando los traje al mundo? Ese día me gané el cielo —replica, pero se dirige a la barra.

Yo me río, estrecho la mano de Paul y asiento en dirección a Dennis, que está sentado muy formal a su lado, mirándonos como si estuviéramos un poco locos.

—¿Ha ido bien la presentación? —señalo a nuestros padres con la cabeza.

Paul sonrío y abraza a Dennis por los hombros.

—Sobre ruedas, hermano. Todo ha ido sobre ruedas en casa de los Ellis. Mamá dice que lo único que le interesa es que esté en casa, sano y salvo. Además, dice que Dennis es «supermono». Lo ha dicho ella, no yo. Creo que les ha sorprendido un poco, pero se lo han tomado bien, y les estoy muy agradecido.

Sonriendo, alzo el puño para que él lo haga chocar con el suyo.

—Me alegro. Con el tiempo todavía será todo más cómodo.

Paul asiente, levanta la cerveza y da un trago.

—Lo sé. —Abraza a Dennis con más fuerza—. Porque esto va a durar mucho tiempo.

Dennis sonrío encantado al oírlo.

Nate se aclara la garganta a mi espalda. Me vuelvo y le estrecho la mano. Él me da un medio abrazo y luego me inclino hacia Rachel y le doy un beso en la mejilla.

—Me alegro de veros, chicos. Echaba de menos a mis sombras.

Rachel sonrío y me da un puñetazo en el brazo.

—¡Au! ¿Ya has estado levantando pesas otra vez? —bromeo.

—Pues claro, como todos los días —responde ella como si acabara de decir una obviedad.

—Ya, no sé para qué pregunto. —Me siento junto a mi mujer—. Hola, nena. A ver, ¿qué noticias tienes? —Entrelazo la mano con la suya, feliz de poder estar cerca de ella y de poder tocarla tras diez días de separación.

—Pues, para empezar, parte de la nueva película se va a rodar aquí, en Boston. ¿No es genial?

—Lo es. Así pasarás menos tiempo fuera de casa. Me gusta cómo suena eso. —Me inclino hacia ella y la beso en el cuello, porque no puedo pasar sin su aroma. Llevo demasiado tiempo sin disfrutar de él. Al menos a mí se me ha hecho eterno. Suspiro sin separar la boca de su piel y vuelvo a besarla. Ella me acaricia el cuero cabelludo con las uñas y yo gimo de placer con los ojos cerrados.

—Cariño, estás cansado.

—Sí, no he dormido mucho en el avión. He estado adelantando trabajo. Royce dice que necesitamos un abogado y he estado buscando uno en la zona, pero de momento no he encontrado nada. Mick conoce a uno con el que trabajó en el pasado y que está a punto de volver a instalarse en Boston. Con los últimos casos que hemos tenido y el cliente con quien nos reuniremos la semana que viene, la verdad es que necesitamos un abogado a tiempo completo.

Skyler frunce el ceño.

—¿Quién es el siguiente cliente?

—Una empresa farmacéutica de Washington. Algo sobre una propuesta de ley. Antes de firmar el contrato, necesitamos un abogado que nos proteja no

sólo a nosotros, sino también al cliente.

—Parece un caso complicado.

—Lo es.

Me apoya la mano en la mejilla y me besa.

—Bueno, de momento vamos a llenarte de comida, bebida y familia. —Se inclina hacia mí y me susurra—: Y luego te dejaré que me llenes de ti.

—¿Te he dicho últimamente que te quiero, joder?

—No durante las últimas veinticuatro horas.

—Joder, te quiero, nena.

Ella me dirige una preciosa sonrisa.

—Yo también te quiero.

—Ah, te quiero. No, yo te quiero más. Un besito, un besito... —Bo da besos al aire—. Voy a vomitar. —Finge tener arcadas.

—Lo que te pasa es que estás celoso porque no tienes ninguna mujer que te dé la bienvenida cuando llegas a casa.

—No creas; la tengo. Bueno, mejor dicho, *las* tengo. Son gemelas; me están esperando en su apartamento.

Esta vez somos los demás los que fingimos vomitar. Royce y yo hacemos bolas con las servilletas y lo bombardeamos con ellas.

—Qué asco, tío. Guárdate tus depravaciones para ti.

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho? —Se ríe como un loco, aunque sabe perfectamente lo que ha dicho, igual que sabe que ha obtenido exactamente la reacción que buscaba. Es nuestro payaso personal.

Papá y mamá se acercan cargados con bandejas. Traen básicamente cerveza y whisky. Nate y Rachel aceptan las aguas que les dan. A Skyler le han

traído una copa de vino blanco.

—Bogart, hijo, no deberías salir nunca con dos hermanas. Eso no te traerá más que problemas —le advierte mi padre.

Mi madre asiente, con una mano en la cadera.

—Además, nunca encontrarás a la de verdad si te pasas el día de flor en flor.

—¿Y quién ha dicho que quiera encontrar a la de verdad? —replica él con una sonrisa no muy convencida.

Paul abraza a Dennis, que se acurruca contra su enorme pecho.

Mi madre hace un ruido despectivo.

—Bogart, todo el mundo necesita a alguien especial. —Se vuelve un momento hacia Paul y Dennis antes de seguir—. Todos necesitamos una buena pareja. Nadie debería estar solo; los humanos no estamos hechos para vivir solos. Deseo con todas mis fuerzas que encuentres a la persona adecuada para ti.

Royce y yo nos acomodamos y dejamos que mi madre comparta su sabiduría.

Bo le sigue el juego.

—¿Cómo sabré que es la adecuada?

«¡Oh, oh, qué peligro!» Si le das a mi madre un dedo, ella se tomará el brazo. ¡Qué digo el brazo...! Se tomará toda la costa Este.

—Bueno, la mujer adecuada para ti debería incendiarte el corazón. No podrías dejar de pensar en ella, soñarías con ella; te imaginarías el futuro y verías sus ojos en las caras de tus niños.

—¿Y si no quiero tener niños? —replica Bo muy serio.

—Joder. —Gruño y me dejo caer sobre Sky.

—¡Mierda, tío! La has hecho buena.

Tal como me imaginaba, mi madre se enfurece. La idea de que uno de sus chicos, aunque sea uno de los adoptados, no quiera tener hijos le resulta inconcebible. Su corazón de madre no lo soporta, se lo toma como un ataque personal. Se lleva la mano al pecho y exclama:

—Por el amor de Dios, Bogart. Muérdete la lengua o el Señor te castigará haciéndote estéril.

Él sonrío con descaro.

—Hombre, eso me haría la vida más fácil. Sin riesgo de embarazo...

Mi madre junta las manos, alza la cara y susurra al techo. Pillo alguna de sus palabras.

—No sabe lo que dice, Señor —murmura, y yo no puedo más y me echo a reír a carcajadas. El *jet lag* me está afectando y la cerveza que me he bebido casi de un sorbo está dando vueltas alegremente en mi estómago.

Skyler me tapa la boca con la mano.

—Está muy cansado —me disculpa, mientras yo sigo partiéndome de risa entre sus dedos.

—Lo único que digo, mamá Ellis, es que no me apetece tener hijos y que las posibilidades de que siente la cabeza son escasas. Es que no me imagino enamorándome de nadie. No me ha pasado nunca, no sé por qué me iba a pasar ahora. —Da un largo trago a su cerveza y echa la silla hacia atrás hasta que queda apoyado sólo en las patas traseras.

—Soy feliz tal como estoy. Las mujeres con las que salgo saben de qué voy. Todo el mundo sale ganando.

Mi madre niega con la cabeza.

—Escucha bien lo que te digo, Bogart Montgomery, hijo mío por elección: un día una mujer hará que te caigas de culo y no sabrás ni lo que te ha pasado.

Él deja caer la silla hacia atrás y le dirige una sonrisa irónica.

—Si llega ese día, serás la primera a la que vaya a pedir consejo.

Mi madre parece satisfecha, al menos por el momento.

—Y aquí me encontrarás, lista para hacerte entrar en razón con un par de collejas. Pero, de momento, ¿quién está listo para un poco de pasta? La cocinera ha preparado unos *rigatoni* a la boloñesa, pan de ajo al parmesano y una ensalada para acompañar.

Sacudo la cabeza mientras se me hace la boca agua.

—Sólo mi madre es capaz de poner a un hombre en su sitio y llenarle el estómago en la misma frase. ¡Adoro a mi familia! —Levanto la cerveza y todo el mundo me imita.

—¡Por una familia increíble!

Todos brindamos con todos y luego me echo hacia atrás, con mi chica entre los brazos, la cerveza en la tripa y la gente que quiero pasando un buen rato juntos. La vida no podría ser mejor.

Justo cuando estoy pensando eso, me vibra el teléfono en el bolsillo del pantalón. Cuando voy a cogerlo, me doy cuenta de que lo tengo en el bolsillo de la camisa. El que vibra es el de Skyler.

Ella lo saca y lo mira sin dejar de reír.

Tiene de fondo de pantalla una foto en la que se nos ve sentados en el banco de la iglesia antigua de Londres. El sol se cuele entre las ramas, iluminando su preciosa cara. Yo parezco un tipo que siente que tiene el mundo en las manos, probablemente porque es la verdad.

Inspiro hondo y siento un gran orgullo llenándome el pecho al mismo

tiempo que los olores familiares del bar de mi padre. Los sonidos, las caras sonrientes, todo me produce una gran relajación. Tener a toda mi familia reunida, estar con la mujer que amo y que me llena el alma con su presencia, haber resuelto el caso con tanto éxito... es mucho más de lo que uno podría pedirle a la vida.

—Es un mensaje —murmura mientras lo abre. Aparto la mirada, para darle privacidad, hasta que siento que se tensa a mi lado.

Al volverme hacia ella, veo que está blanca como un fantasma.

—¿Qué pasa?

Skyler

Siento miedo. Una intensa oleada de calor me recorre los nervios y me sube la temperatura instantáneamente al leer el extraño mensaje.

—Park... —susurro mientras me empiezan a temblar las manos—. Es de... la persona. Tiene que ser —balbuceo y levanto el móvil para que lo vea.

De: Desconocido

Para: Skyler Paige

Me alegro de que estés de vuelta. Me muero de ganas de verte. Pronto.

Parker aprieta tanto los dientes que el músculo de la mejilla le tiembla. Me arrebató el teléfono y lee el mensaje. El miedo que he sentido hace un momento se transforma en algo cercano al pánico. Se me dispara un fuerte martilleo en la cabeza y la ansiedad se me desliza por la espalda como si fuera una serpiente fría y viscosa. Miro a mi alrededor, a las otras mesas, tratando de descubrir a alguien que tenga el teléfono en la mano. Me fijo en las caras, en el lenguaje corporal, tratando de encontrar a la persona que envía los mensajes.

«¿Podría estar aquí, mirándome, en este momento?»

»¿Está aquí, escuchando, enterándose de todas mis intimidades?»

Empiezo a temblar y Parker me abraza con más fuerza.

Sólido. Fuerte. Impenetrable.

Se apoya en mí y me besa la sien.

—No te va a pasar nada, Skyler, lo juro por mi vida. No sé cómo ha conseguido tu número, pero lo averiguaremos. Rachel y Nate están aquí. Los chicos también. Y mis padres. —Me empuja la cabeza para que vea todos los

rostros familiares que nos rodean—. Mi hermano podría ocuparse de cualquier amenaza en segundos. Está entrenado para eso. Estoy seguro de que ya ha memorizado las caras de todos los que están en el bar. No puede evitarlo, lo lleva en el ADN. Y si hubiera detectado algo mínimamente amenazador, ya se habría ocupado de ello. ¿Vale? —Como sigo en silencio, él continúa hablando—: Estamos en un restaurante, un local público. Estás a salvo. ¿Te queda claro? —Asiento con la frente pegada a sus labios, pero él no ha acabado de hablar—. Nunca permitiré que te pase nada malo. Sea quien sea el que envía esto, lo encontraremos, te lo prometo, nena. Ahora voy a ir a hablarlo un momento con Nate, ¿vale? —Veo que Parker busca a Nate con la mirada y le hace una señal con la barbilla.

Él se levanta y se acerca a nosotros.

—¿Estás bien, Sky? —me pregunta en voz baja, sentándose a mi lado.

Niego con la cabeza porque no, no estoy bien. Ni de lejos. Estoy muy asustada. Mucho. Parker le da el teléfono. Cuando Nate lee el mensaje veo que su cara se vuelve inexpresiva. Por lo inmóvil que se queda, sé que está tratando de controlarse para no preocuparme. Igual que Parker. Los dos tienen la misma cara.

—Hablé con Wendy. Quedamos para vernos mañana y hablar del tema. Creo que debemos ocuparnos de esto juntos.

Parker asiente.

—Yo también quiero estar presente en la reunión —digo, y mis palabras son recibidas con caras de disgusto. Una es la del hombre con quien espero compartir el resto de mi vida; la otra, la del hombre que contraté para que me proteja.

—Skyler, no creo que sea buena idea. —Parker trata de disuadirme, pero antes de que pueda seguir buscando una excusa, lo interrumpo.

—No, es un tema que me incumbe directamente; quiero saber lo que está

pasando. Si no, me sentiré insegura. Y no se hable más. Nate, siento decirte esto, pero te recuerdo que trabajas para mí.

Él se aclara la garganta y se frota la cara con la mano.

—No hace falta que me lo recuerdes. Lo que tú digas se hará.

Parker gruñe.

—Skyler..., no es necesario que te preocupes por esto; ya nos encargamos nosotros de todo.

Frunzo el ceño.

—¿De verdad? Pues no sé qué decirte, Parker, porque acabamos de recibir un nuevo mensaje, en un número de teléfono recién estrenado, y no hemos solucionado nada desde que te llevaste mi otro teléfono. ¿Cuándo fue eso? Estábamos en Londres, así que ya hace al menos un mes.

Parker cierra los ojos y se frota las sienes con el pulgar y el índice.

—Vale, lo discutiremos en casa. Necesitamos la ayuda de Wendy porque quien está detrás de esto tiene acceso a tu información personal. —Se vuelve hacia Nate—. ¿Os envió Tracey los correos de los fans?

Él asiente con la cabeza.

—Sí. Hemos seleccionado los que nos han dado mala espina. Están listos para que los revises. —Gruñe, y rectifica—: Para que los reviséis.

—Gracias. Por incluirme y por ocuparte de esto. Sabes que te aprecio mucho, Nate. A ti y a Rachel. Sois como de la familia. Hemos de resolver esto juntos, como un equipo.

Él aprieta tanto los dientes que parece que esté masticando piedras.

—Tu seguridad es nuestra principal prioridad. Por eso, después de leer este último mensaje, creo que debemos hablar con la policía.

Echo la cabeza hacia atrás.

—¿La policía?

Por desgracia, lo digo tan alto que toda la mesa deja de hablar y de beber y se vuelve hacia mí.

—¿Qué pasa con la policía, cielo? —me pregunta Cathy preocupada.

«¡Aahhh!» Lo último que me apetece es involucrar en esto a la familia de Parker, sobre todo a sus padres.

—Oh, no es nada. Seguid hablando. Les estaba contando lo de las escenas que vamos a rodar aquí en el Lucky's —digo cambiando de tema.

Nate frunce los labios y se echa hacia atrás en la silla, cruzándose de brazos.

—¡Ay, sí! ¡Nuestra Skyler nos ha conseguido un trato con una productora de cine de verdad! —Cathy comparte con el grupo—. En algún momento del mes que viene vendrá un equipo a rodar escenas de la película de Skyler. —Me sonrío con orgullo y su mirada actúa como un bálsamo.

Me recuerda tanto a mi madre... No en el físico ni en la manera de hablar, sino en sus acciones. Mi madre también actuaría como una gallina clueca si estuviera con todo este grupo. Los trataría a todos como si fueran sus hijos. Ay, cómo le habría gustado Parker... No sólo porque es guapo, bueno y amable, sino porque es incapaz de ocultar su amor por mí, que le brota como un faro en medio del pecho. Lo noto en su mirada, en cada sutil caricia, en cada sonrisa.

Cathy sigue hablando, así que hago el esfuerzo de apartar los ojos de mi hombre para escuchar lo que dice.

—Y lo mejor de todo: cada vez que ese personaje tenga una escena en su bar, lo rodarán en el Lucky's, así que vamos a obtener beneficios al menos durante... ¡dos años! —exclama haciendo girar un trapo alegremente por encima de la cabeza.

Todo el mundo aplaude y grita, excepto los tres que formamos el grupo de los preocupados por un mensaje absurdo en un teléfono de mierda.

Enderezo la espalda.

—Se acabó. Hoy es un día para celebrar la amistad, la comida, la familia. Sobre todo la familia, que es la palabra más importante que empieza con «f». El problema seguirá aquí mañana por la mañana y ya nos ocuparemos de él y encontraremos una solución... juntos. No vosotros dos solos —los señalo con un dedo acusador.

Parker me abraza con fuerza. Yo me acurruco contra él, porque su cuerpo es cálido y agradable y, sobre todo, porque me hace sentir segura. Me hace sentir en casa.

Nate se levanta, sin mostrar ninguna emoción.

—Voy a dar una vuelta por el local —me susurra, y luego le hace una señal a Rachel para indicarle que se queda sola a mi cuidado. Ella le devuelve la señal.

Parker agacha la cabeza y me besa la sien antes de susurrarme con los labios pegados a mi oreja:

—¿Sabes? Te has olvidado de otra palabra importante que empieza por «f». —Un cosquilleo de placer y excitación se encarga de borrar las sensaciones de miedo e inseguridad.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—*Follar*. Esta noche estamos aquí para celebrar la amistad, la comida y la familia, pero no te olvides de follar. No pienso dejarte dormir en toda la noche, porque espero mi ración de sexo de bienvenida.

Frunzo los labios y echo la cabeza hacia atrás, apoyándola en su hombro para que me bese.

—Tal vez no esté interesada en follar esta noche. —Él alza tanto las cejas que le llegan hasta la frente—. Tal vez me interese más hacer el amor. No tiene efes, pero también tiene su gracia.

Él me frota la nariz con la suya.

—Oh, pienso hacerte el amor, no lo dudes, pero antes pienso follarte hasta que te olvides de cómo te llamas. ¿Qué tal te suena eso?

Mi mente se llena de imágenes. Lo veo haciéndolo contra el cabecero, en diagonal, ocupando toda la cama, en el suelo, inclinada sobre el sofá..., las posibilidades son infinitas.

Cuando se me escapa un gemido, él aprovecha el espacio que han dejado mis labios y me besa, clavándome la lengua profundamente. Este beso no se parece en nada a los que nos hemos dado cuando ha cruzado la puerta. Este beso es profundo, húmedo y, sobre todo, es una promesa de otras cosas que vendrán. Cuando se aparta, me da un mordisco en el labio inferior.

—Creo que esto significa que estás de acuerdo con mis planes. —Me dirige una sonrisa de lo más sexy.

—Seré la que esté sobre la cama, desnuda, esperándote. —Me pongo en pie bruscamente y todo el mundo me mira—. Estoy muy cansada. Me ha encantado conocerlos, Paul y Dennis. Espero que vengáis pronto a cenar a casa. Royce, Bo, os veo mañana. Cathy, Randy, gracias por la invitación. ¿Rachel?

Ella se levanta y se acerca a mí. Saca el teléfono y dice algo en voz baja. Supongo que le está pidiendo a Nate que acerque el coche.

Me vuelvo hacia Parker, que se ha levantado y se ha quedado sin palabras ante mi súbita necesidad de salir de aquí. Le tomo la cara entre las manos y le doy un beso intenso en la boca.

—Date prisa en volver a casa, cariño —le pido en un tono tan lascivo

como puedo.

—Oh, no lo dudes. Puedes darlo por hecho —replica con la voz ronca y los ojos oscurecidos por el deseo.

Le guiño el ojo.

—Recuerda: te estaré esperando.

Fin..., de momento.

Washington

Skyler

«Odio correr. Odio correr. Odio correr.»

La familiar cantinela se repite en mi mente mientras corro flanqueada por Nate y Rachel a una distancia prudencial.

—¿Corremos un par de kilómetros más? —propone Nate con una sonrisa. El sudor le cae por las mejillas y se cuele por la barba recortada de color castaño pelirrojo que se está dejando crecer.

Rachel frunce los labios y acepta sin dudar.

—Vamos. —Aumenta la velocidad y Nate y yo nos vemos obligados a hacer un esfuerzo para alcanzarla.

Veo ya el edificio donde vivo.

—¿Estáis locos los dos? —Corro sin pizca de estilo hasta que no puedo más y me detengo en seco. Me doblo por la cintura y apoyo las manos en los cuádriceps, que me tiemblan como si fueran fideos blandos—. En serio, ¿estáis tratando de matarme o qué? —Levanto la mano e imito a un pato hablando con los dedos—. Oh, vamos a dar un paseíto, Sky. A trotar un poco. Hace un día estupendo. Será agradable entrenar al aire libre... Ja. —Haciendo un esfuerzo, me incorporo y me llevo la mano al pecho, tratando de controlar la respiración. Me caen gotas de sudor por la espalda. La arqueo y me seco la zona con la camiseta.

Nate se lleva las manos a la cintura.

—Un cuerpo en forma es un cuerpo saludable.

—¡Y un cuerpo saludable es un cuerpo cansado! —protesto haciendo una mueca—. Insisto en que creo que queréis matarme. La próxima vez prueba con un cuchillo, será más rápido y menos cruel. ¡Y así podréis correr vuestros dos

kilómetros de propina! —Me doy media vuelta sobre las puntas de mis Nike y echo a caminar, tratando de alejarme de esos dos locos del deporte, que nunca tienen bastante.

Rachel no puede aguantarse la risa. Al oírla, me vuelvo hacia ella y le hago una peineta antes de echarme a correr de nuevo para alcanzar el edificio donde ahora vivo, en Boston.

—Dijiste que querías estar en forma antes de empezar a rodar «Los más deseados». Vamos, juraría que fuiste tú la que lo dijo, aunque no me hagas mucho caso —me grita con ironía.

No está muy lejos. Ninguno de los dos se aleja más de tres metros en ningún momento.

—¡Grrrr!

A lo lejos, veo la entrada de Grounds, la cafetería que está en el edificio vecino a International Guy y a mi ático. El dueño suele ocuparse también de atender, aunque tiene un camarero contratado. Los conozco a los dos. Me he hecho selfis con ellos y les he firmado autógrafos, así que ya no reaccionan exageradamente cuando me ven entrar. Además, me han abierto una cuenta, así que puedo comprar cuando mi equipo de seguridad está tratando de matarme, aunque no lleve dinero encima.

Me vuelvo para mirarlos por encima del hombro mientras abro la puerta de Grounds y choco contra un pecho firme. Una lluvia de té helado me moja la camiseta, las mallas y la sudadera.

—¡Mierda! —Doy un salto hacia atrás y me quito el hielo que se ha quedado pegado a la camiseta—. ¡Lo siento, lo siento! —exclamo, y me agacho para recoger el hielo—. Le pago otro ahora mismo. No miraba por dónde iba —murmuro mientras recojo los bloques de hielo resbaladizo.

—¿Skyler? —me pregunta el desconocido con familiaridad.

Levanto la cara hacia el hombre alto y lo miro a los ojos, que son verdes. Su cara me resulta familiar, pero no lo ubico. Me levanto, frunciendo el ceño, mientras el hielo se me derrite en las manos.

—Lo siento... —Niego con la cabeza y tiro el hielo en la papelera cercana.

Nate y Rachel han entrado y están a nuestro lado. Cuando el hombre trata de tocarme el brazo, Nate lo impide, sujetándolo por el antebrazo, doblándolo y colocándoselo en la espalda, entre los hombros, en una llave tan limpia que hasta Bruce Lee lo felicitaría.

—¡Aaaaaahhh, suéltame! —grita el hombre, arqueando el cuerpo por el dolor que Nate le está causando.

Yo muevo las manos en el aire.

—¡No, no, no, Nate! He sido yo la que ha chocado con él. Y él es... Lo conozco. Por favor, suéltalo.

—¡Que me suelte! —El hombre se retuerce contra Nate, que finalmente lo suelta, pero se planta entre él y yo, con los brazos cruzados en actitud amenazadora.

—Skyler y yo somos viejos amigos —afirma el tipo, haciendo rodar los hombros y frotándose el hombro y el brazo.

—¿Es eso cierto, Sky? —pregunta Nate con una voz ronca, que recuerda el rugido de un animal salvaje, sin apartar la vista del hombre que tiene delante.

Mordiéndome el labio, examino los rasgos del desconocido uno a uno. Tiene los ojos verdes, con los que me dirige una mirada amable; la nariz recta, pómulos prominentes, va afeitado y lleva el pelo corto. No tiene nada que llame la atención. Va vestido con vaqueros y un polo. Es un tipo de apariencia totalmente anodina.

—Lo siento, pero no recuerdo de qué nos conocemos —admito frunciendo

el ceño.

Él hace una mueca dolida.

—Somos lo mismo, ¿recuerdas? Tú y yo. Trabajamos juntos en aquel anuncio. —Frunce las cejas—. Ñam, ñam, para el pollo. Qué divertidos son estos bollos. Glaseados para ti... ¡Son los minibollos! —canta alegremente.

—¡Ay, madre! ¡El anuncio de los minibollos! Pero ha pasado un montón de tiempo. ¿Cuánto debe de hacer? Diecisiete o dieciocho años. ¡Yo tenía ocho!

Él sonrío.

—Yo tenía diez —replica con chulería, como si tener dos años más que yo cuando grabamos un anuncio hace diecisiete años fuera motivo para sentirse orgulloso.

—Eehh, sí. —Asiento con la cabeza—. ¿Y cómo te va...? Lo siento, no recuerdo tu nombre.

La sonrisa que me estaba dirigiendo desaparece bruscamente y aprieta los dientes con fuerza antes de responder.

—Claro, ahora que eres tan famosa debe de ser difícil recordar el nombre de los viejos amigos. Soy Ben. Benny Singleton.

Benny Singleton. Ah, ahora lo recuerdo. Mi madre siempre me decía que no me quedara a solas con él, porque siempre trataba de besarme entre tomas. Pero no hacía falta que me lo dijera porque yo no tenía ningún interés en quedarme con él. A ninguna niña de ocho años le gusta que la besen. Sobre todo un niño desgarbado que siempre olía a sirope de arce.

—Es verdad, ahora te recuerdo perfectamente. —Me doy un coscorrón en la cabeza—. Ya sabes cómo es esto de la actuación. Haces tantos papeles distintos que te acabas olvidando de los nombres auténticos de la gente.

Él hace una mueca.

—Puede.

—Bueno, deja que te compre otro té —le propongo sonriendo y señalando hacia la barra del local, que está llena de gente.

—Mientras tu novio no vuelva a ponerme las zarpas encima... Podría haberme hecho daño, ¿eh? —Se frota el brazo y la mano.

A mí se me escapa la risa, y mi reacción hace que Benny frunza el ceño.

—Lo siento. —Le apoyo la mano en el bíceps en un gesto amistoso. Él baja la vista hacia mi mano y los ojos se le oscurecen de deseo. Apartando la mano tan deprisa como puedo, le aclaro—: No es mi novio.

Él me dirige una nueva sonrisa, radiante, llena de alivio y de lo que parece esperanza.

—Soy su guardaespaldas —le aclara Nate con los dientes apretados mientras nos sigue hacia la barra.

—Eso está muy bien. —Me sonrío y se humedece los labios, con la vista fija en mi boca—. Muy, pero que muy bien.

Inspiro con fuerza y me vuelvo hacia el camarero.

—Hola, Freddy, ¿qué tal va?

—No puedo quejarme. El cielo es azul, el café está caliente y los *muffins* están recién hechos. A menos que prefieras un té... —Sonrío con ironía al verme la camiseta mojada—. No, me imagino que ya has tenido bastante té por hoy.

Me echo hacia delante, apoyándome en la alta barra.

—Me he encontrado con un amigo y le he tirado el té por encima. Lo siento. Hay un charco en la entrada. —Miro por encima del hombro y veo que Rachel lo está secando con servilletas—. O no. Rachel lo está secando por mí. Yo tomaré lo de siempre. Nate tomará una taza de café a palo seco; Rachel, su

americano con crema, y mi amigo lo que haya pedido. Ah, y dos *muffins* con arándanos.

La mirada de Benny vuelve a iluminarse al oír que lo llamo «amigo». Mierda, tengo que aprender a no animar a la gente que se toma demasiadas confianzas.

—Sky —me reprende Nate al oír que pido los *muffins*.

Me vuelvo hacia él, y mi cola de caballo gira como un látigo.

—Tengo hambre.

—Pues cómete algo que lleve proteínas —replica sin expresión.

—Me vas a preparar un batido de proteínas cuando llegemos a casa, ¿o no?

—Sí —responde él entornando los ojos—, pero se suponía que tenías que tomártelo acompañando a una tortilla francesa, no a un *muffin* de arándanos rico en carbohidratos, ricos en grasas y rico en azúcar.

Me vuelvo hacia Freddy.

—Que sean dos *muffins* de arándanos y uno de banana y nueces. —Nate refunfuña a mi espalda—. Tiene nueces; las nueces cuentan como proteínas. — Le dirijo una sonrisa irónica.

—Proteínas ricas en grasas. Ahora vas a tener que hacer seis sentadillas extras. Con unas mancuernas de cinco kilos en las manos.

Frunzo los labios, entorno los párpados y me dirijo hacia la cara peluda y falsamente malhumorada de Nate.

—No te atreverás.

Él imita mi expresión.

—Ya lo verás. A mí no me das miedo. ¿Te recuerdo quién despidió a su

entrenador personal?

Nate se refiere a la petición que me hizo Parker cuando empezamos a salir. Nada de actividades sudorosas con un hombre con el que me había acostado. Así que lo despedí. Y ya que Nate pasa conmigo las veinticuatro horas del día, era lógico que se encargara de ponerme en forma.

—Te odio —le digo entre dientes, siguiendo con nuestra pantomima.

—Me adoras. Y, más que eso, vas a adorar lo duro que vas a tener el culo cuando entres en plató para tu nueva película —contraataca con una sonrisa sarcástica.

—Cállate ya. —Le saco la lengua y me doy cuenta de que Freddy y Benny nos están viendo hacer el tonto—. Lo siento, chicos. ¿Lo cargas en mi cuenta, Freddy?

—Claro, Sky.

Benny me sigue a la zona de la barra donde el dueño del local me ha preparado el té. Se lo doy a Benny, con la esperanza de que lo coja y se marche, pero no tengo suerte. Sorbe el té escandalosamente por la pajita mientras salen el resto de las bebidas y la bolsa con la comida. El estómago me gruñe, así que me acerco a una mesa vacía y me siento. Benny me sigue y Nate y Rachel se sientan a la mesa de al lado. Nate le da el americano a Rachel y le pregunta:

—¿Quieres leche, nena?

Ella asiente.

Nate le quita la tapa y se acerca a una mesa donde hay servilletas, leche en polvo y otras cosas para que cada uno se prepare el café a su gusto. Echa un poco de leche en el vaso, lo remueve y se lo lleva a Rachel antes de volver a aposentar su gran cuerpo en la silla.

—¿Ellos dos son pareja? —Benny los señala con la cabeza.

Yo asiento.

—Sí, están casados y son mi equipo de seguridad. —Cojo un *muffin* de arándanos, le aparto el papel por un lado y le doy un mordisco gigantesco, con la vista clavada en Nate—. Mmmm, qué buenooo —digo con la boca llena de deliciosos carbohidratos.

Él sonrío, sacudiendo la cabeza.

Sé que voy a tener que pagar por este momento, pero es que está tan delicioso... Mientras mastico, noto que el aire de la cafetería se carga de electricidad. Levanto la cabeza y el corazón me empieza a latir más deprisa mientras las mariposas que viven en mi estómago echan a volar. Parker, vestido con un traje gris, camisa blanca y corbata azul marino, está junto a la puerta del local, tan guapo que me lo podría comer ahora mismo. Mastico el *muffin* mientras él recorre el local con la mirada hasta que me ve. Cuando me localiza, me lanza esa sonrisa canalla marca de la casa y se dirige hacia nosotros con paso relajado pero seguro.

A mi alrededor, todo desaparece excepto mi hombre. Los pantalones le abrazan los muslos musculosos y la camisa se estira para abarcar su ancho pecho. Me humedezco los labios y alzo la cara cuando se acerca a mí.

—Si él no es tu novio, tal vez tú y yo podríamos... —empieza a decir Benny, pero yo apenas lo oigo, porque sólo tengo ojos y oídos para mi hombre.

—Hola, nena. —Parker se inclina sobre mí, me sujeta la barbilla y me da un beso profundo. Cuando se retira, me deja un mordisco en el labio inferior, de despedida—. Mmm, arándanos y melocotones, mi combinación favorita. — Me guiña el ojo antes de darse cuenta de que hay un hombre sentado a mi mesa —. Hola, ¿y tú quién eres?

—Un amigo de Skyler, Benny.

Quiero decirle a Parker que Benny no es mi amigo, pero ya habrá tiempo

para eso.

—Cariño, me topé con Benny, literalmente. Y me tiré su té por encima. — Parker no se pierde detalle de mi pecho mojado antes de volver a mirarme a la cara—. Entonces nos dimos cuenta de que habíamos actuado juntos en un anuncio cuando éramos pequeños. ¿A que es increíble?

Parker frunce los labios y alza una ceja.

—Qué pequeño es el mundo. ¿De dónde eres..., Benny? Era Benny, ¿verdad?

—Sí, bueno, no soy de aquí, en realidad. Estuve un tiempo en Nueva York, pero ahora estoy aquí. Trabajo en ese edificio. —Señala la pared que separa el Grounds del edificio donde están las oficinas de International Guy y donde yo vivo ahora.

Parker ladea la cabeza.

—¿En serio? Yo también trabajo en ese edificio. No te había visto nunca.

—Empecé hace unas semanas —responde Benny.

—Mmm. —Parker se fija en la bolsa de comida y la abre con una sonrisa.

—Sí, hay un *muffin* de arándanos para ti. Y uno de banana y nueces para Bo. —Miro a Nate y sonrío antes de seguir diciéndole a mi chico—: Royce dice que no toma carbohidratos por las mañanas.

Nate aplaude en silencio. Yo le dedico una mueca, y él y Rachel se ríen mientras toman sus cafés.

—Gracias, nena. Te acompaño a casa.

Me levanto, dándome cuenta de que Parker me está ayudando a librarme de Benny. En cuanto me pongo de pie, él me abraza por las caderas y me agarra el culo.

—Cada día lo tienes más firme. —Me aprieta un glúteo con fuerza—.

Nate, te estás pasando con el entrenamiento. Sabes que me gusta que mi mujer tenga de dónde agarrar.

—¿Lo ves? —Señalo a Nate, que sacude la cabeza—. A mi hombre le gusta mi culo tal como está.

—¿Tengo que recordarte una vez más que la idea de que te entrenara fue tuya? —exclama Nate, que empieza a perder la paciencia.

—Eehh, bueno, veo que estás ocupada —comenta Benny levantándose—. Me alegro de haberte visto, Skyler. Ahora que estamos tan cerca, espero que nos veamos más a menudo.

—Claro, cuídate —le digo pegándome más a Parker—. Uf, por fin se va —añado cuando sale del local.

—Intuyo que no sois tan amigos... —Parker me da un beso en la frente.

—No. Grabamos un anuncio juntos hace diecisiete años, pero actuaba como si fuéramos íntimos amigos.

Cuando acabo de decirlo, noto que Parker se tensa. Entorna los ojos y se vuelve hacia Nate.

Él se encoge de hombros.

—No he notado nada raro en él, pero no estará de más investigarlo. Añadiré su nombre a la lista.

Ladeo la cabeza.

—¿Crees que Benny podría ser el loco que me envía mensajes?

Parker me toma la cara entre las manos.

—No lo sé, pero ha dicho que vivía en Nueva York y ahora, de repente, vive aquí. Y aparenta ser un buen amigo tuyo cuando no os veis nunca.

—Es verdad. Actuó con una familiaridad exagerada, pero muchas veces la

gente lo hace sin darse cuenta. Se creen que te conocen por lo que leen en la prensa.

—No cuesta nada investigarlo —insiste Nate.

Me encojo de hombros.

—Lo que vosotros digáis estará bien. Yo voy a terminarme el café y el *muffin* y me voy a dar una ducha. Y luego vosotros dos me enseñaréis todo lo que me habéis estado ocultando sobre el acosador.

Parker me abraza por la cintura y me acompaña a la puerta del local.

—No te hemos ocultado nada. Sólo pretendíamos...

—Protegerme, ya lo sé, cariño; no estoy enfadada. Sé que me quieres y quieres cuidar de mí.

Él se detiene en la acera y me hace girar para que lo mire a la cara. Sus ojos azules parecen grises a la luz de la mañana.

—Haría cualquier cosa por protegerte. Eres mi mundo.

Me pongo de puntillas y lo beso.

—Lo sé, pero mantenerme al margen de esto no tiene sentido. ¿Sabes si Wendy nos va a ayudar?

—Sí. Nos ha invitado a cenar a su casa. ¿Te va bien? Hoy tengo una comida de trabajo con Andre, mi *headhunter*, para contratar a un nuevo empleado.

—Ah, ¿el abogado?

—Abogada. —Se alisa la chaqueta y la corbata—. ¿Voy bien? Al parecer, la candidata es una graduada de Harvard que se pasó a la Universidad de Georgetown con una beca y ha obtenido unas calificaciones extraordinarias. Ha estado trabajando en Capitol Hill durante los últimos años, pero de repente quiere mudarse a Boston.

—Cariño, vas perfecto. Estoy segura de que la vas a dejar impresionada.

Él sonríe y me acompaña dentro del edificio. Pasamos el control de seguridad y entramos en un ascensor.

—¿Qué tal si me dejáis en la oficina y os vais a duchar? Nos vemos antes de comer en mi despacho, ¿os va bien?

Nate y Rachel, que nos han seguido todo el rato, asienten, igual que yo. Cuando llegamos a la planta de International Guy, Parker me da un beso rápido y sale, cruzándose con Annie, que está frente a la puerta con un montón de correo.

—Hola a todos —saluda dulcemente.

—Hola, Annie. Lo siento, has ido a dar con el ascensor lleno de gente sudorosa. Acabamos de volver de correr un poco. Y vamos hacia arriba.

Ella sacude la mano y entra.

—No pasa nada. Os acompaño y luego bajo. Voy a la sala del correo. — Señala las cartas que lleva en los brazos—. ¿Estás a gusto en Boston?

—Oh, sí. Estoy encantada. Llevo poco tiempo aquí, pero poder compartir tanto tiempo con Parker es fantástico.

Ella sonríe con complicidad.

—Me lo imagino.

—¿Hay alguien especial en tu vida? —Le doy un empujón con el hombro.

Ella se ruboriza y juguetea con las cartas.

—Es posible. Es todo muy reciente y no quiero gafarlo hablando de ello.

—Lo entiendo. Pero no tengas miedo de disfrutar un poco de la vida. — Meneo las cejas y ella se echa a reír. Agacha la cabeza y la melena rubia le cae sobre la cara, ocultando su risa.

El ascensor avisa cuando llega a mi planta. Rachel y Nate salen, aunque ellos viven un piso más abajo. Nunca van a su casa sin antes asegurarse de que no hay nadie en la mía.

Al salir del ascensor se me ocurre algo. Me vuelvo hacia la tímida secretaria y le propongo:

—¿Qué te parece si comemos juntas algún día?

Annie abre mucho los ojos.

—¿De verdad?

—Claro. Trabajas para mi hombre; deberíamos ser amigas, ¿no crees?

—Me encantaría —dice, y luego contiene el aliento—. A mi madre le va a dar un ataque cuando se lo cuente.

Me echo a reír y sacudo la cabeza.

—Soy una mujer normal y corriente que resulta que no tiene muchos amigos en esta zona. Me gustaría que fuéramos amigas.

Su sonrisa tímida se vuelve radiante.

—A mí también, Skyler, a mí también.

—Pues decidido. Ya quedaremos un día de esta semana.

—Perfecto, me encantará. —Sonriente, se despide con la mano y deja que las puertas del ascensor se cierren.

Yo señalo mi casa con el brazo.

—Venga, va. Id a hacer vuestro trabajo. Yo esperaré aquí, muerta de asco, mientras lo inspeccionáis todo.

Nate divide la pila de cartas que le han parecido más sospechosas en cinco montones. En total habrá unas sesenta.

—Estas cinco personas son las que tienen un historial más largo. He pensado que deberíamos empezar por ellas, ya que son las que llevan más tiempo ligadas a una relación de admiración.

Skyler y yo cogemos un montón de cartas cada uno y nos las llevamos al sofá. Durante unos diez minutos nos dedicamos a leerlas todas.

—Caramba, no tenía ni idea de que la gente se volcara tanto. A ver, sé que tengo muchos fans y que algunos me siguen desde hace mucho tiempo, pero esto es exagerado. —Contiene el aliento—. Esta persona me ha estado escribiendo desde que yo era una adolescente, diciéndome lo mucho que me quiere. Pero es que, además, me ha enviado postales de cumpleaños todos los años, notas de felicitación cuando he logrado algunos papeles; incluso una nota de pésame cuando murieron mis padres. —Sacude la cabeza—. ¿Cómo puede alguien involucrarse tanto en mi vida si no me conoce de nada? Es que no lo entiendo. —Suspira.

Le acaricio el muslo para tranquilizarla.

—Melocotones, ellos creen que te conocen. Se lo creen de verdad. Al verte en las películas, se hacen amigos de los personajes que representas, personajes a los que admiran. Si añades a eso que eres jodidamente preciosa y dulce como tú sola, los pobres fans caen como moscas. Lo entiendo, a mí también me pasa. —Me inclino hacia ella, que alza la barbilla para que pueda probar la dulzura de sus labios con más facilidad.

Sus hombros se destensan y se hunde en el sofá al relajarse.

—Esta persona no me parece amenazadora. Creo que simplemente le gusto mucho.

Nate asiente.

—Sí, estoy de acuerdo. ¿Y tú, Park?

Yo asiento con la cabeza y cojo el siguiente montón de cartas. Algo capta mi atención enseguida. Los sobres son blancos, no tienen remitente y llevan la palabra CONFIDENCIAL grabada con un sello en la parte delantera. Podría ser casualidad; hay mucha gente que usa sellos o escribe la palabra cuando quiere que la carta sólo sea leída por la persona a la que va dirigida. Cojo la primera y la leo. Está escrita a máquina. La fecha es de hace diez años. Sky tenía quince por entonces.

Sky:

Sueños agridulces me encantó. Excelente película. Fui a verla tres veces al cine. Eras la fugitiva perfecta. A veces desearía poder huir como lo haces tú en la película. Eres tan valiente... Si yo huyera, sé que me atraparían y luego la bruja me daría una paliza espantosa, como la que me dio la última vez que traté de huir. En todo caso, me habría gustado tanto poder ver la película contigo... Te habría dado la mano durante los trozos que dan miedo; así no habrías estado sola.

Mientras nos tengamos el uno al otro todo irá bien, ¿de acuerdo?

TMA

—En esa carta hay un tono de complicidad que despierta mi sentido arácnido. —Se la paso a Nate, que le echa un vistazo antes de tendérsela a Skyler. Él ya las ha leído todas. Éstas son las que seleccionó entre muchas más, las que lo hicieron sentir incómodo por alguna razón.

Cojo la siguiente:

Sky:

Ojalá vivieras aquí. Te necesito a mi lado. Todo es una mierda. No soporto el instituto. La gente no entiende lo que es ser distinto, pero tú sí. Lo supe cuando te vi en Diario de una chica de instituto, haciendo el papel de chica a la que le hacían bullying. Yo sé bien lo que se siente. Si estuvieras aquí, podríamos quedar, criticar a otros actores que se equivocan en los diálogos, tomar helado... Nos lo pasaríamos en grande, te lo prometo. Entonces todo el mundo se daría cuenta de lo que somos.

TMA

Le entrego la carta a Skyler y examino las tres siguientes.

Sky:

Te echo de menos. Parece que han pasado siglos desde la última vez que me hiciste pasar un buen rato en la pantalla. Leí que te habías hecho daño mientras rodabas, lo que retrasó la producción. Deberías haberme llamado. Habría estado a tu lado en todo momento, dándote la mano, haciéndote reír, lo que hiciera falta para que te sintieras mejor. En vez de eso, estoy aquí, sin poder huir de la bruja. Me trata como si fuera la reina, y encima me obliga a ir a clases de Administración de Empresas. Es horrible, la odio. Ojalá pudiera estar contigo. A tu lado todo sería mejor. Nos cuidaríamos mutuamente. Piénsalo; yo siempre estaré aquí cuando me necesites.

TMA

Sky:

Hoy te vi. Fue un momento, pero tú me miraste a los ojos y me saludaste. Quise correr hacia ti, atravesar las barreras de seguridad y decirles a los guardias que nos conocemos, pero entonces la zorra de tu guardaespaldas se interpuso y te metió en el edificio para rodar la entrevista en «Today Show». La he grabado. Ya la he visto cien veces. Eres tan hermosa... Pero me enfada no haber podido estar contigo. No

me ha resultado fácil escaparme de la bruja. Tuve que contarle un montón de mentiras, pero valió la pena por haberte visto saludarme. Siempre te querré.

TMA

Sky:

¡¿Por qué estás con ese cabrón de mierda?! No me puedo creer que salgas con él. No está a tu altura. Por favor, rompe con él. Ahora. No puedo soportarlo. Tengo que hacer algo. ¿Johan? ¿Qué clase de nombre es ése? Te está utilizando. Abre los ojos y líbrate de esa serpiente. ME DA MUCHO ASCO.

TMA

—Por Dios, es como si esta persona estuviera pendiente de tu vida en todo momento. Es muy raro. Este tipo está manteniendo una relación contigo sin que tú le correspondas en ningún momento. Y en esta última carta, de cuando empezaste a salir con Johan, se nota que está muy cabreado. Fíjate en cómo escribe en mayúsculas, como si te estuviera gritando.

Sky se muerde el labio con fuerza y frunce el ceño.

—Pero nunca me deja una dirección para que pueda escribirle ni usa su nombre. Es como si una parte de él supiera que las cartas no van a ser bien recibidas pero, al mismo tiempo, sigue hablándome con familiaridad, como si yo debiera saber quién es.

Asiento y leo la siguiente.

Sky:

Se me rompe el corazón, de verdad. Quería ir al funeral, te lo prometo, pero la bruja no me dejó. Lo siento mucho. Sé que me necesitabas y yo no estuve allí. Y lo que es peor, te acompañó aquel hombre horrible y feo. Fue él quien te abrazó cuando debería haber sido

mi hombro en el que te apoyaras. Mi hombro, el de TMA. Daría cualquier cosa por estar contigo, Sky, lo sabes. Sabes lo mucho que te quiero y que me importas. Sé que tus padres eran buenas personas. Siempre salen sonriendo en las fotos, a tu lado. Siempre acompañándote en los rodajes, que es lo que deben hacer los buenos padres. Quiero que sepas que siempre estarán contigo. Igual que yo. Yo siempre estoy aquí, para lo que necesites. Siempre, preciosa. Encontraré la manera de estar cerca de ti. Siempre estaré aquí para ti, te lo prometo.

TMA

Concienzudamente, voy leyendo el resto de las cartas. Envía al menos una o dos por año. Todas mecanografiadas y todas con el sello de CONFIDENCIAL.

—No hay remite en ninguna de ellas. Sólo el sello, que coincide con la ciudad en la que Sky residía en cada momento —murmuro pasándome la mano por el pelo.

Skyler me acaricia la espalda y yo cierro los ojos, disfrutando de su contacto durante unos instantes.

—Parece que el tipo se mudaba cada vez que lo hacía ella. La ha seguido a todas partes —comenta Nate.

—Sí. ¿Y qué opinas de lo de la bruja? Empieza a hablar de ella muy pronto, así que no puede ser una novia. Tiene que ser su madre o una tutora. El remitente habla muchas veces de que no puede escapar. De palizas. ¿Cómo es posible que un hombre adulto no pueda ir a donde quiera? Tenía lógica cuando era menor de edad, pero ahora que es adulto... —Niego con la cabeza—. O adulta. TMA puede significar «Tu Mejor Amigo» o «Tu Mejor Amiga».

—Otro misterio —comenta Nate, frunciendo el ceño, antes de darme un nuevo montón de cartas.

Éstas son misivas amenazadoras que, probablemente, deberían haber sido denunciadas a la policía, aunque no hay ninguna amenaza concreta.

—Yo me inclino por «Tu Mejor Amigo» como sospechoso —declaro soltando el último montón de cartas sobre la mesa.

—¿Por qué no se localizó a esta persona hace años? Tracey se ocupa de mi seguridad y del correo de los fans. Es evidente que estas cartas le llamaron la atención o no las habría guardado durante tanto tiempo.

La abrazo por los hombros.

—No lo sé, nena. Tal vez estaba muy ocupada o tal vez pensó que no suponían una amenaza. La mayoría parecen inofensivas. Es sólo cuando las ves en perspectiva que te das cuenta de que algo no anda bien. Probablemente hay muchas cartas que no han llegado hasta nosotros. Incluso de «Tu Mejor Amigo». Hay períodos de hasta un año sin cartas. Una persona que se considera tu amiga debe de haberte escrito más a menudo, ¿no crees?

Sky se encoge de hombros.

—Ni idea. Supongo.

Llaman a la puerta y, cuando se abre, vemos que Annie asoma la cabeza.

—¿Interrumpo? —Sonríe.

Yo niego con la cabeza, me levanto y me abrocho la americana.

—No, de momento hemos terminado con esto.

Annie entra y veo que se ha puesto una de sus faldas de tubo, una blusa de seda azul que le cubre los estrechos hombros y unos zapatos de piel negra con tacones de aguja. Si no estuviera tan delgada, sería una mujer hermosa, a pesar de su aspecto desgarrado. Sus rasgos tan pronunciados hacen que parezca una mujer fría, a menos que sonría.

—¡Oh, Dios mío! —Skyler señala los pies de Annie—. Tengo unos zapatos idénticos. Cuestan un pastón, pero son alucinantes. Y tan cómodos que podría correr con ellos puestos.

Annie se mira los zapatos y se ruboriza.

—¿Tienes unos iguales? —Sonríe.

Skyler asiente.

—Ajá. Y te quedan de muerte, chica. ¿A que sí, cariño?

Me vuelvo hacia Sky.

—¿Qué?

—¿A que esos tacones le sientan genial a Annie?

Bajo la vista hacia sus pies y los miro de perfil.

—Sí, son muy sexys. —Le dirijo una sonrisa con los labios apretados y vuelvo a bajar la vista. Si comiera un poco más y ganara unos kilitos, tendría unas piernas mucho más sexys, pero me guardo mucho de decírselo. Sé que a Skyler no le haría ninguna gracia y, además, no tengo ninguna intención de herir los sentimientos de mi secretaria.

Cuando vuelvo a mirarla a los ojos, veo que está colorada como un tomate.

—Gracias, Parker. Muy amable —me dice, y aparta la mirada rápidamente.

Perfecto. Ahora la he hecho sentir incómoda.

Skyler se levanta, la abraza por la cintura y la empuja con el hombro en un gesto cómplice.

—Tienes una cita esta noche y quieres que alguien especial te vea con esos zapatos, ¿eh, eh? —Vuelve a darle un empujoncito con el hombro.

—Sky, éste es un lugar de trabajo —le recuerdo.

Ella se echa a reír.

—Pero yo no trabajo aquí, así que puedo hacer todas las preguntas inadecuadas que quiera. —Abraza a Annie, atrayéndola hacia su costado—.

Somos amigas y las amigas hablan de hombres, ¿a que sí, Annie? —le pregunta sonriente.

La cara de Annie se ilumina con una enorme sonrisa.

—Claro que sí, Sky. Amigas. Las amigas hacen eso.

Mi chica meneaba las cejas.

—¿Lo ves? Te lo dije. El viernes iremos a comer juntas, ¿vale? —le propone, y yo refunfuño.

¿Cómo no? Va a hacerse amiga de mi secretaria igual que hizo con Wendy.

—Tendré que mirar la agenda del señor Ellis para comprobar si está libre...

—Él no vendrá. —Sky me señala y sacude la mano—. A él ya lo tengo muy visto. Iremos las dos solas, el viernes —insiste—. ¿Vale?

—Vale —responde ella, y luego añade, con más seguridad—: ¡Claro que vale, Skyler!

—Perfecto, pues me voy, que mi hombre tiene una reunión para buscar un abogado. —Suelta a Annie y se acerca a mí. Me echa los brazos al cuello y me da un beso apasionado—. Te quiero, cariño. Que vaya bien la reunión.

Deslizo los dedos por su larga melena y ladeo la cabeza para profundizar el beso más de lo que suelo hacer normalmente cuando no estamos solos. Cuando Nate se aclara la garganta, me separo sonriendo.

—Yo también te quiero. —Le acaricio el pelo y me guardo la agradable sensación en la memoria, para disfrutar de ella durante el resto del día. Como no tengo suficiente, hundo la cara en el hueco de su hombro e inhalo su aroma a melocotones y nata, dejando que me llene de la paz y la serenidad que van asociadas a él. Le doy un beso suave y ella gime, un sonido que adoro, que viaja directo desde su boca, llena el aire y me recorre la polla como una

caricia. La Bestia lo aprueba al cien por cien y está a punto de demostrarlo montando una tienda de campaña en mis pantalones.

Apretando los dientes, aparto las caderas de mi chica. Ella me dirige una sonrisa irónica y un guiño cómplice, muy consciente del efecto que me causa su cercanía.

—Cena en casa de Wendy y Mick. Rach y Nate también están invitados.

—Lo tengo en la agenda: allí estaré.

—Eehh, ¿vais a ver a Wendy? —La voz de Annie suena nerviosa, insegura.

Tomo la mano de Skyler y me la llevo a los labios para darle un beso.

—Sí —le responde Sky—, vamos a cenar con ellos.

Annie frunce el ceño.

—Oh, pensaba que ibais a hablar de su regreso a la empresa. Me avisaréis cuando ya no me necesitéis, ¿verdad? Ya sé que no tenéis la necesidad de hacerlo, puesto que soy una empleada temporal, pero, eehh..., estoy muy a gusto aquí y me gustaría poder despedirme y esas cosas.

Sacudo la mano en el aire.

—Annie, Wendy volverá pronto, muy pronto, pero hemos de ver si seguimos contando contigo como recepcionista. Wendy es una persona muy importante en la empresa a muchos niveles. Tal vez la contratemos como jefa del Departamento de Información y tú puedas seguir en tu puesto. ¿Te interesaría seguir realizando este trabajo de manera indefinida?

—¿En serio? ¿Queréis que me quede? —Me clava sus ojos azules, que brillan intensamente—. Nunca imaginé que...

Sonrío y bajo la voz.

—Has hecho una labor excelente. El equipo está muy satisfecho con tu trabajo y la empresa no para de crecer. Lo hablaré con los demás y

redactaremos una oferta para que entres a formar parte de International Guy de manera indefinida.

Ella se humedece los labios mientras se le llenan los ojos de lágrimas. No es exactamente la reacción que esperaba, pero al menos parece contenta con mi oferta..., o eso creo.

—Quiero seguir trabajando para vosotros más que nada en el mundo. Somos un equipo. Es una sensación tan agradable... —susurra, como si no acabara de creérselo.

Inspiro el aire entre los dientes.

—Sí, bien... Reserva un hueco en la agenda para reunirnos los tres contigo el viernes. Ahora tengo que ir a ver a Andre para lo de la nueva abogada.

Mis palabras la hacen reaccionar.

—Claro, para eso venía, para recordarte la cita, que se hace tarde. Buena suerte, Parker. Espero que la candidata sea adecuada para el equipo. —Sonríe orgullosa y se ruboriza.

Qué chica tan curiosa... Es lista, eficiente, aprende rápido, pero es muy rara cuando tiene que interactuar con gente. Espero que con el tiempo lo supere.

—Te acompaño al ascensor. —Sky me toma la mano.

Nate se levanta para seguirnos, pero ella levanta la mano y niega con la cabeza.

—No hace falta, no me voy a ningún lado, Tarzán. Sólo acompaño a mi hombre al ascensor y ahora vuelvo a seguir leyendo cartas.

Annie señala la mesa.

—¿Qué es todo esto?

—Cartas de fans locos —suelta Skyler.

Annie frunce el ceño.

—Hay muchas.

Skyler se echa a reír.

—Esto no es nada. Recibo miles todos los años.

—Miles... —Se le abren mucho los ojos, clavados en el montón de cartas.

Sky asiente.

—Sí, la gente es muy rara.

Annie se cruza de brazos y mira el correo molesta.

—Bueno, si puedo ayudaros en algo, podéis contar conmigo. Parece mucho trabajo.

Tirando de la mano de Sky, me dirijo a la puerta.

—Creo que lo tenemos controlado. Gracias, Annie.

El restaurante pijo del centro de Boston está en una calle de edificios de arenisca. Cuando entro, Andre me saluda desde un patio totalmente rodeado de paredes de ladrillo, abundante vegetación y una especie de fuente.

El local exuda calma y relajación, pero casi todo el mundo va vestido con ropa formal, profesional, ya que se ha puesto de moda para comidas de negocios. Se puede hablar tranquilamente, porque las mesas están bastante separadas y el ruido de la fuente apaga el sonido. Además, el personal es muy rápido con el servicio.

Mientras me acerco, Andre se levanta y una mujer afroamericana muy alta lo imita, aunque sólo la veo de espaldas. Lleva un vestido azul marino ceñido,

con una raja trasera, cinturón dorado y unos Louboutin a juego que atraen la atención hacia unas piernas largas y tremendamente sexys.

Aparto los ojos de sus piernas cuando se vuelve hacia mí y quedo atontado por la belleza de sus ojos pardos. Unos ojos pardos muy conocidos, los más bonitos que he visto nunca. Tiene los labios carnosos, pintados de color melocotón, que se extienden en una sonrisa amplia al reconocermme, dejando a la vista unos dientes blanquísimos. Lleva el pelo negro muy liso y cortado a la altura de las clavículas. El peinado, atrevido, le sienta bien con su rostro ovalado de pómulos altos. Tiene la piel de un tono marrón claro, muy suave y bonita. Esa mujer podría ser la hija de Vanessa Williams. Su belleza es tan espectacular que, por un momento, me quedo sin palabras.

—Parker, es... —A ella le pasa lo mismo.

—Kendra Banks, yo... Uau..., no me puedo creer que volvamos a vernos. No puedo creer que seas la misma Kendra con la que fui a la universidad.

Ella pestañea y agacha la mirada.

—Sí, bueno, la verdad es que no tenía previsto volver a Boston. Nunca. Pero los planes cambiaron y ahora estoy aquí.

Abro la boca y vuelvo a cerrarla. En este momento Andre, mi cazador de talentos, finalmente interrumpe el incómodo momento.

—Así que ya os conocíais. ¡Estupendo!

Me humedezco los labios y me acerco a la mujer que, francamente, no pensé que volvería a ver nunca. La agarro con delicadeza por el brazo y me acerco a su mejilla. Mientras inhalo su aroma cítrico, cierro los ojos y dejo que me envuelvan los recuerdos que llevaban años enterrados.

—Me alegro de verte, Kendra —le susurro al oído, apretándole el brazo.

Ella inspira bruscamente y traga saliva mientras asiente.

—Tú siempre fuiste como Suiza: neutral.

Me aparto, deslizando la mano por su brazo hasta que llego a su mano, y no la suelto. La última vez que le di la mano fue para pedirle que no se marchara. Que no nos dejara. No me escuchó.

—Alguien tiene que serlo.

Ella aprieta los dientes.

—Supongo que otras personas de tu vida no se alegrarán tanto de volver a verme. Si es que nuestros caminos vuelven a cruzarse alguna vez, claro.

—¿No te lo ha contado Andre?

Él reacciona al oír su nombre.

—¿El qué?

—Que Royce y Bo no son sólo accionistas; llevamos la empresa conjuntamente.

Ella ladea la cabeza.

—Pues, en ese caso, estamos perdiendo el tiempo. Ellos nunca aceptarán que trabaje para vosotros.

—Sentaos los dos —nos pide Andre—. La gente está empezando a mirar.

Nos sentamos y nadie vuelve a decir nada hasta que el camarero nos toma nota de las bebidas. El reencuentro con Kendra me anima a pedir una cerveza. Ella debe de sentirse tan alterada como yo, porque se pide un vino blanco. Andre pide un té con hielo.

—¿Qué quieres decir con eso de que estamos perdiendo el tiempo? — Andre retoma la conversación cuando el camarero se aleja.

Kendra, con la espalda muy recta, se coloca la servilleta delicadamente en el regazo.

—Mantuve una relación personal con un miembro del equipo de International Guy. No acabó del todo mal..., pero tampoco acabó bien.

Ladeo la cabeza y me echo hacia atrás en la silla.

—Eso depende de a quién le preguntes. —Sonrío y le guiño el ojo, haciéndole saber que no le guardo rencor—. ¿Realmente te estás planteando trabajar para nosotros? Necesitamos un abogado que se incorpore cuanto antes. Una persona en la que podamos confiar y que defienda nuestros intereses, especializada en ley empresarial. Tú eres la candidata perfecta. Tienes la formación y un interés personal en vernos felices.

Me mira y sus ojos me parecen más verdes que hace un momento.

—Supongo que depende de a quién le preguntes —me sigue el juego.

—Royce no está aquí —le digo con una amplia sonrisa.

—No, no está. —Aparta la mirada con una expresión de arrepentimiento, pero se recupera enseguida—. ¿Estás preparado para enfrentarte a su ira si me contratas?

Me echo a reír.

—Roy confía en mí. Sabe que antepondré los intereses de la empresa a cuestiones personales. Son negocios, ¿no? Además, lo nuestro acabó de manera amigable, tengo entendido.

Su expresión vuelve a cambiar a una de sorpresa.

—¿Eso te contó?

Asiento con el ceño fruncido.

—En ese caso, si estás interesado en hacerme una oferta, yo estoy interesada en escucharla.

La puerta de la mansión se abre y un remolino blanco y dorado baja la escalera a la carrera. Cuando mi chica se lanza a mis brazos, la agarro por la cintura y le hago dar vueltas. Me derrite el corazón comprobar lo mucho que se alegra de verme.

—Hola, nena.

Me busca la boca para besarme. Yo profundizo el beso, dejando que la lengua se una a la fiesta. Ella gime en mi boca antes de apartarse y humedecerse los labios.

—¿Sabes qué? —me pregunta emocionada, dándome una palmada en el pecho.

—¿Qué, Melocotones?

Skyler sonrío.

—En las pelis de la serie «Los más deseados» no sólo van a rodar las escenas de bar en el Lucky's, ¡se van a rodar en Boston casi por completo! Lo que significa —se menea feliz entre mis brazos— ¡que casi no voy a tener que viajar durante los próximos dos años! La serie consta de tres libros, pero la van a explotar al máximo para conseguir beneficios económicos, y han decidido que la última parte tendrá dos películas, como hicieron con la saga «Crepúsculo».

Yo sonrío y beso con fuerza sus labios sedosos.

—Es fantástico, Sky.

—¿Y sabes qué más? —Ella sigue bailando, así que la agarro por la cintura y me dirijo con ella a los escalones que llevan a la mansión de Mick y Wendy.

Esta última nos está esperando pacientemente en la puerta, apoyada en el marco. Su pelo rojo brilla iluminado por la enorme lámpara de araña del vestíbulo. Cuando nuestros ojos se encuentran, me saluda meneando los dedos.

—¿Qué? —Sonriendo, subo los escalones con mi chica.

—¡Mi coprotagonista va a ser Rick Pettington!

Me detengo tan en seco que un pie se me queda en el aire.

—¿Rick *el del Tic*?

Ella se vuelve hacia mí desde el escalón superior y frunce el ceño.

—Pensaba que te caía bien. Le diste consejos para que las escenas le salieran sexys y todo. Creía que te alegrarías. —Pone morritos.

Le hundo la mano en el pelo y la sujeto por la nuca.

—Sky, nunca me voy a alegrar de que otro hombre sea tu amante, aunque sea en el cine. Me da igual quién sea, aunque fuera mi mejor amigo. Que otro hombre te toque o te bese no me hace ninguna gracia; aunque sé que tengo que aguantarme.

Sus hombros se desploman y me abraza por la cintura. A su espalda, Wendy está conteniendo la risa.

—Pero sabes que él me quiere como a una hermana. La verdad, pensaba que te alegrarías de la noticia.

—Nena, me gusta tu trabajo y me alegro mucho de que tú estés feliz. Tu felicidad es lo único que me importa. Más les vale a tus coprotagonistas ser majos y tratarte con respeto, porque si no... —dejo la frase a medias. No necesito acabarla, Skyler ya sabe a lo que me refiero. La atraigo hacia mí y la miro fijamente a los ojos, que están al mismo nivel de los míos—. Nunca me va a gustar verte fingir que estás en una relación con otro hombre. Te quiero demasiado. Eres mía. Nunca te voy a pedir que rechaces un papel o que no

hagas tu trabajo. Tu trabajo es una bonita parte de ti. Estoy orgulloso de lo que haces, de tu talento, y te apoyaré siempre, pero no me pidas que me guste que otro hombre te bese. —Niego con la cabeza—. Tienes que verlo desde mi perspectiva.

Ella me da un beso suave.

—Bueno, ¡al menos estaré por aquí durante dos años!

—¡Esa parte de tus noticias me encanta! —Bajo las manos hasta su trasero y le doy un apretón mientras le mordisqueo el labio.

Ella se ríe y me devuelve el beso.

—Chicos, sigo esperando —nos recuerda Wendy—. ¿Es que no vais a entrar nunca?

—¡Ups! —Sky se ríe. Mi chica siempre se ríe cuando está conmigo, y pienso hacer lo que haga falta para seguir oyendo su risa tan a menudo como sea posible. Ya ha tenido bastante dolor en su vida.

Hago que dé media vuelta y la empujo escaleras arriba.

Ella sube a toda prisa. Una vez en lo alto, abro los brazos para saludar a mi segunda chica favorita. Una Wendy sonriente se pierde en mi abrazo y apoya la cara en mi pecho. Su aroma a coco se mezcla con el olor afrutado de Skyler y me inunda de familiaridad y relajación.

—¿Cómo te va, descarada?

Ella asiente con la cabeza, sin soltarme.

—Bien. Ahora que estamos en casa, lejos de aquella bruja, todo va bien. Estamos acabando de perfilar los detalles de la boda y... —se echa hacia atrás para mirarme a los ojos— estamos tratando de quedarnos embarazados. Ya no tomo medicación y el dolor casi ha desaparecido. Sólo algunas punzadas y tirones de vez en cuando, pero nada que no pueda olvidar con una

copa de vino y un sueñecito. Y, por suerte, no me falta ninguna de las dos cosas.

Cogidos del brazo, entramos en la casa.

—Mantenme informado de las novedades —le susurro antes de darle un beso en la frente, consciente de que lo que acaba de contarme es algo muy privado.

—Vale. Es que estoy muy nerviosa y emocionada. Espero que lo consigamos pronto, tenemos muchísimas ganas de formar nuestra propia familia —admite mordisqueándose el labio inferior.

Frunciendo el ceño, la detengo antes de que entre en el salón y le susurro al oído: —Deja de preocuparte. Tienes un montón de tiempo por delante. Cuando dejes de preocuparte es cuando sucederá.

Wendy asiente.

—Buen consejo. Voy a tratar de hacerte caso.

Le aprieto el hombro y le beso la coronilla mientras entramos en la solemne sala que no puede ocultar que ha pertenecido a una familia adinerada durante generaciones. Se nota en las obras de arte, en los muebles de caoba maciza y en la tapicería, en la que abundan los tonos rubíes o esmeraldas con toques dorados por todas partes.

Mick nos está esperando con una copa en la mano.

—Ellis —me saluda—, te he preparado un gin-tonic, pero tengo una IPA en hielo si lo prefieres. —Me ofrece el combinado.

Suelto a Wendy y acepto la copa. Él nos mira a los ojos y nos dirige una sonrisa irónica.

—¿Hay algo que queráis contarme?

Wendy niega con la cabeza.

—No. Park me estaba aconsejando que me relajara y dejara que la naturaleza siguiera su curso.

Mick alza una ceja.

—Veo que has estado compartiendo cosas.

Ella alza un hombro y frunce los labios.

—No mucho. Además, con alguien tengo que hablar.

Él entorna los ojos, la sujeta por la cintura y la pega a su torso.

—Yo soy tu «alguien». Habla conmigo.

Ella pone los ojos en blanco y lo aparta de un empujón.

—Con alguien tendré que hablar de ti, bobo.

Él vuelve a pegarla a su cuerpo y esta vez la mantiene sujeta con mano de hierro.

Yo me aguanto la risa mientras Sky me abraza por la cintura y apoya la cara en mi pecho.

—Si el tema me atañe, con más motivo. —Mick le da un beso cariñoso.

Ella le dirige una mirada intensa.

—A veces eres insufrible.

—Y te encanta.

Wendy sonrío.

—Así es. —Le da un beso tan intenso como su mirada y se gira entre sus brazos para incluir en la conversación a las otras dos personas presentes en la sala, que están sentadas en el sofá.

—Bueno, ahora que ya estamos todos, ¿queréis que hablemos antes de cenar o después? Yo creo que lo mejor sería quitarnos de encima los temas

laborales para poder disfrutar después de la cena, ¿os parece?

Sky asiente. ¿Te han contado Park o Nate de qué queríamos hablar?

Wendy frunce el ceño.

—No mucho. Me dijeron que había un asunto de seguridad que podría necesitar de mis conocimientos tecnológicos.

—Tengo un acosador —suelta Skyler.

Mick abraza a Wendy en un gesto protector mientras ella se queda boquiabierta y sus ojos se encienden.

—¿Cómo has dicho?

—¿Y si nos sentamos? —propongo señalando hacia los cómodos sofás.

—¿Y si me contáis qué demonios está pasando y cómo es posible que la palabra *acosador* haya salido de la boca de mi mejor amiga? —replica Wendy en voz baja pero muy seria.

—Cherry, sentémonos. Te prepararé algo más fuerte.

—Sí, hazlo. —Wendy se acerca al sofá con decisión y se sienta en el borde del reposabrazos.

Skyler y yo nos sentamos enfrente de Nate y Rach.

—Hola, chicos.

—Hola. —Rachel me devuelve el saludo mientras Nate alza la barbilla.

Mick se dirige a la barra y coloca cinco vasos anchos en una bandeja. Coge una licorera de cristal y sirve dos dedos del líquido ambarino en cada uno de los vasos antes de traer la bandeja y dejarla en la mesa baja, entre los sofás. Le ofrece el primero a Wendy, que se bebe lo que supongo que es whisky de un trago. Luego coge otro vaso y aclara: —Éste me lo tomaré a sorbitos.

Sonrío al recordar otra vez que la vi haciendo lo mismo. Fue en Canadá, cuando la ausencia de Skyler me estaba volviendo loco. Por suerte, todo se arregló entre nosotros. Cojo un vaso y se lo ofrezco a Sky.

—¿Whisky? —le pregunto a Mick, que asiente con la cabeza. Cojo otro para mí y Mick se queda el último cuando Rachel y Nate confirman que no quieren. Están de servicio, lo que significa que no beben. Nunca.

—Vale, que alguien me explique lo que pasa —exige Wendy.

Empezamos contándole lo de los mensajes de texto. Nate los ha impreso completos, incluyendo el día, la hora y el teléfono desde el que se enviaron. Hay dos páginas: una con mensajes recibidos por Skyler y otra para los míos. Luego le muestra copias de las cartas de los tres fans que hemos seleccionado como más preocupantes. Los tres son anónimos. Dos de ellos envían las cartas siempre desde el mismo sitio, uno desde Nueva York, el otro desde una pequeña localidad de Alabama.

Wendy hojea las cartas.

—Qué raras son; algunas son muy inquietantes. Lo siento, Sky.

Skyler me busca la mano y yo se la aprieto para que sepa que estoy aquí para lo que necesite.

—Los mensajes me preocupan. Son dispersos, y el tono cambia de amistoso a posesivo y enfadado. Los de Parker, no tanto. Las cartas parecen escritas por un hombre obsesionado por Skyler que quiere una relación con ella, pero los mensajes parecen escritos por una chica. Aquí, por ejemplo, dice: «Pensaba que éramos amigas». O he visto uno que ponía «Te crees que eres mejor que las demás» o algo así. Aunque los más desconcertantes son los últimos. La persona que envía los mensajes te está observando. Sabe cuándo viajas y cuándo vuelves. Fíjate en sus palabras: «Me alegro de que hayas vuelto sano y salvo. Te echaba de menos». —Wendy sacude la cabeza—. Skyler ha recibido muchos más mensajes que Parker, lo que para mí es síntoma

de comportamiento celoso. Comentaste que habías recibido una nota, ¿no, Park?

Nate rebusca entre los papeles y le entrega la nota original, protegida en una funda de plástico. Wendy la lee en voz alta.

—«Yo soy ella. Ella soy yo.»

Al oírla, doy un buen trago al whisky. Es suave y me calienta por dentro al descender. Debe de ser de un buen año. ¿Qué digo...?, como todo lo que Mick posee, debe de ser de primerísima calidad.

Wendy se da golpecitos en el labio mientras contempla la nota.

—Es como si quisiera demostrar que Skyler y ella son lo mismo de alguna manera. Pero ¿por qué enviárselo a Parker? Y, luego, el primer mensaje de texto vuelve a ser una comparación. ¿Y si la persona que envía mensajes a Skyler en realidad va detrás de Parker? Podría ser que su objetivo fuera Park y le enviara mensajes a ella sabiendo que él también los iba a leer.

—Lo primero que llegó fue la nota. Luego, los mensajes de texto de Parker. Y, después, los de Skyler.

—Podría ser que se tratara de dos personas distintas, tal vez trabajando en equipo, para asustaros a los dos —sugiere Wendy.

Me encojo de hombros y me paso la mano por el pelo.

—Supongo que podría ser. Los mensajes son parecidos. Están gramaticalmente bien escritos, no usan emoticonos ni abreviaturas. Aunque en el primer mensaje de Skyler comenta que son amigas. Y algunas de las cartas de los fans son exageradamente amistosas. Como si estuvieran seguros de que tienen una relación personal con ella.

Wendy se muerde los labios y asiente.

—Voy a husmear un poco. Voy a ver si rastreo estos números de teléfono y

encuentro quién está detrás. Al menos, supongo que podré averiguar dónde se compraron. No es mucho, pero es un comienzo.

—¿Crees que deberíamos avisar a la policía? —le pregunta Nate.

—¿Qué tenemos en concreto? —pregunto yo—. No hay nada amenazador en los mensajes. Por mucho que nos incomoden, la persona que los ha enviado no está infringiendo la ley. Tenemos mensajes de texto y una nota. Y las cartas, que llevan años enviando sin que nadie haya intentado nada contra Skyler.

—Es cierto —comenta Mick—. Si no hay una amenaza de violencia física, no pueden hacer nada.

—En todo caso, investigaré —dice Wendy—. Y si a la persona se le ocurre alguna tontería, tendrá que vérselas con He-Man —señala con el pulgar a Nate y luego a Rachel— y con She-Ra. Si fuera yo, ni me acercaría, aunque yo no soy idiota. Claro que no hay nada en los mensajes que nos haga pensar que la persona sea idiota. Lo mejor será que mantengáis los ojos bien abiertos y tengáis cuidado —concluye Wendy antes de acabarse el segundo whisky.

—Bueno, pues si hemos acabado con la parte desagradable de la noche, podemos pasar al comedor. El chef nos ha preparado un banquete para seis — Mick recalca la palabra *seis* mientras mira a Rachel y a Nate.

Rachel alza mucho las cejas.

—Ah, nosotros mejor volvemos cuando hayáis acabado de cenar con vuestros amigos —comenta mirando a Skyler y después a mí.

Wendy se levanta, coge a Rachel de la mano y tira de ella.

—Vosotros también sois nuestros amigos. Venga, vamos. No quiero chafarle el plan al chef, que le hace ilusión preparar cena para un grupo. El chef Tony es italiano y es feliz teniendo muchos estómagos que alimentar. Ésa es otra buena razón para empezar a llenar la casa de niños. Vamos.

Del brazo de Rachel, echa a andar hacia el comedor. Nate y Sky los siguen

de cerca. Estoy a punto de hacer lo mismo cuando Mick me detiene, agarrándome del brazo.

Paro en seco y él me suelta, pero espera a que el grupo se aleje un poco.

—¿Debería preocuparme si Wendy se mete en esto?

Inspiro hondo y me froto la nuca.

—Francamente, Mick, no lo sé. Hay muchas cosas del entorno de Skyler que no me gustan, pero forman parte de su vida. Nate y Rachel la acompañan en todo momento cuando no está conmigo. ¿Qué coño?, incluso cuando está conmigo nunca se alejan demasiado. Nadie se va a enterar de que Wendy está investigando los mensajes. Si no te gusta, habla con ella, pero no sé cómo vas a impedir que lo haga si ya se ha decidido. Wendy es la mejor en este tipo de búsquedas. Si alguien puede encontrar al autor, es ella. Nate y yo ya no sabemos qué hacer. Hemos hecho todo lo que se nos ha ocurrido antes de pedirle ayuda a Wendy.

Mick aprieta los dientes y asiente con brusquedad.

—Quiero estar al corriente de todo en todo momento. Nada de guardaros las cosas entre ella, tú y Nate. ¿Lo entiendes? Si mi mujer se mete en esto, yo también estoy metido.

—Entendido, en todo momento —le prometo inmediatamente. Yo querría estar al corriente de todo si se tratara de Skyler.

—En ese caso, estamos de acuerdo. Espero que tengas hambre. Creo que Tony ha hecho comida para un batallón.

—Como debe ser —replico sonriente.

A pesar de la preocupación, a Mick se le escapa la sombra de una sonrisa.

—Me sale el trabajo por las orejas, hermano. Es demasiado para mí. No puedo ocuparme de las finanzas, las inversiones, discutir con Bo y fingir que soy abogado. —La voz profunda de Royce me llega más tensa de lo habitual a través del teléfono.

Skyler se desprende del suéter y lo tira sobre el sofá mientras yo recorro su apartamento y entro en el dormitorio. Entro en mi parte del vestidor para colgar la americana y me quedo de piedra al ver que está lleno de trajes. Trajes de hombre. También hay polos, camisas, camisetas, vaqueros, pantalones de vestir... Incluso hay un expositor de madera plano lleno de coloridas corbatas de diseño atrevido, que no parecen baratas. Pestañeo y trato de concentrarme en la conversación, pero los ojos se me van a los otros tres cuartos del vestidor, que están llenos de ropa de Skyler. Me fijo en que hay un montón de vestidos que todavía llevan la etiqueta puesta.

—Hermano, lo sé, lo entiendo. Estoy en ello. De hecho, hoy me he reunido con Andre, que quería presentarme a un abogado perfecto para el puesto.

—Estupendo. Contrátalo —replica Royce con decisión.

—De hecho, es una mujer, y...

—Me da igual lo que sea. ¿Está cualificada?

—Sí, mucho. —Suspiro.

—¿Tiene la formación que pedimos?

—Y más, pero...

Él sigue insistiendo:

—¿Tiene experiencia?

Aprieto los dientes antes de responder:

—Sí, ha trabajado en Capitol Hill, está especializada en derecho

empresarial, pero también se ha ocupado de temas de legislación, lo que nos vendría muy bien para el caso de Pure Beauty Pharmaceuticals.

—Contrátala.

—Royce, creo que no entiendes...

—Entiendo que has encontrado a una mujer cualificada, formada y con experiencia. ¿Qué más tengo que entender? ¿Es monstruosamente fea? ¿Te has acostado con ella?

Hago una mueca.

—¡No! ¡Y no! Por Dios, es preciosa. Y muy elegante.

—Estupendo. Pues el único problema que tendremos es que Bo se la querrá tirar.

En realidad, Bo es la menor de mis preocupaciones cuando hablamos de Kendra Banks.

—Hay cosas que no sabes. Y, además, he estado hablando con Annie sobre hacerla fija. Se ha puesto muy contenta. O eso creo, me cuesta mucho saber qué piensa esa chica.

Royce se echa a reír.

—Probablemente porque tienes siempre a Skyler cerca y cuando estás con ella pierdes el norte.

Sonrío porque razón no le falta.

—En fin, el caso es que está interesada en quedarse con nosotros si la hacemos fija. Todavía no he hablado con Wendy sobre lo de contratarla como jefa del Departamento de Información. He pensado que preferiríais que lo habláramos con ella los tres juntos. Y por eso tampoco he contratado a Annie ni a la abogada.

—Al carajo, Park. A Bo le da igual a quién contrates, te lo ha dicho mil

veces. En lo de Wendy querrá estar presente porque la quiere y porque le encanta meterse con ella. Con lo de Annie y lo de la abogada, pasará de todo. Si tú crees que está cualificada, no lo pienses más. Ya me la presentarás más adelante. ¿Te ha caído bien?

Voy acariciando las etiquetas que cuelgan de los vestidos de Skyler mientras camino.

—Sí, estupendamente, pero...

—¡Has encontrado la sorpresa! —exclama Skyler, poniendo morritos, desde la puerta del vestidor—. Jo, y yo que quería vendarte los ojos y todo...

—Parece que tienes que ocuparte de tu chica. Dale un beso de mi parte. Park, confío en ti. Sálvame el culo, por favor. No podemos alargarlo más. Necesitamos a alguien cuanto antes. Y, de momento, no hay más que hablar. Que descanses. Paz —es lo último que dice antes de colgar.

Echo la cabeza hacia atrás y me froto las sienes con el pulgar y el índice.

Unos brazos ascienden por mi pecho y me rodean el cuello.

—Cariño, pensé que te gustaría la sorpresa. Así no tendrás que andar yendo a buscar ropa a tu casa, en la otra punta de la ciudad.

Suelto el aire mientras la abrazo.

—Claro que me ha gustado, nena. Dime, ¿de dónde has sacado las tallas?

Ella mira hacia arriba y sonrío.

—Le pedí a Wendy que buscara tus tickets de compra del año pasado. Deduje cuáles eran tus preferencias y le pedí a mi *personal shopper* que fuera a comprarlo todo y lo enviara aquí. Todo debe de ser de tu talla; si no lo es, lo cambiaremos.

—Es una pasada, Melocotones. Te haré una transferencia.

Ella frunce el ceño.

—No, cariño; es un regalo. Quiero que te sientas como en casa cuando estés aquí. Es un paso más, ¿no crees?

Sé que, si me pongo a discutir con ella, sobre todo en lo del dinero, se va a cerrar en banda. Y, francamente, estoy cansado. Agotado. En vez de discutir, hundo la cara en su cuello.

—Gracias, nena. Me encanta, ha sido un detalle por tu parte. Ahora ya sólo necesito mis camisetas de los Sox y ya estaré como en casa.

Ella da un paso atrás, menea las cejas y se acerca a unos cajones. Abre el primero y dice: —Ropa interior. —Abre el segundo—: Calcetines. —El tercero—: Pijamas. —Abre el último y exclama sonriendo—: ¡Cosas de los Sox!

—Acabas de demostrar lo que ya sabía —le digo en un tono cargado de amor y admiración.

Ella sonríe y regresa a mis brazos con una camiseta de los Sox en la mano.

—¿Qué he demostrado?

—Que eres la mujer perfecta, y eres mía.

—¡Dios!

—Oh, Dios mío, cariño... —susurra Skyler sin aliento.

—Córrete —le ordeno entre gruñidos, clavándome en ella con embestidas largas y potentes. Aprieto los dientes luchando contra el deseo que me recorre la espalda y que se acumula en la zona de los riñones.

Me meto un pezón rosado en la boca y ella se arquea, ofreciéndome su cuerpo por puro instinto. Después de rodearle la punta erecta y resbaladiza varias veces con la lengua, muerdo la carne sensible. Y eso es todo lo que mi chica necesitaba para tensarse bajo mi cuerpo y gritar.

—Sí, joder, sí —murmuro deslizando las manos bajo su cuerpo al tiempo que la sujeto por los hombros desde abajo y la embisto con fuerza mientras ella me abraza las costillas con los muslos.

—Parker, me estoy corriendo —me avisa, y vuelve a gritar mientras su cuerpo me abraza triplemente: con las piernas, los brazos y el coño. Estoy en el paraíso.

—Joder, y que lo digas, nena. —Aprovecho el apoyo de sus hombros para embestirla profundamente y frotarme contra su pelvis hasta que gimotea de placer. Sus gemidos van directos a mi polla, y me corro envuelto en una nube de total y absoluta felicidad. Tengo la mente en blanco y sólo puedo repetir—: Sí, sí, sí.

Cuando las réplicas del orgasmo se calman y se convierten en una agradable vibración, hundo la cara en su cuello y pruebo su sabor, mientras los últimos coletazos de mi orgasmo se pierden en su interior.

—Mmm —murmura, y suspira mientras le beso toda la piel que queda al

alcance de mis labios.

—Te quiero, Melocotones.

Ella me acaricia el pelo y me abraza, piel con piel, corazón con corazón.

—Te quiero, cariño. Y ahora que has dormido toda la noche y hemos disfrutado de una buena ronda de escandaloso sexo mañanero, ¿vas a contarme qué te pasa?

Frunzo el ceño sin levantar la cara de su cuello y luego me apoyo en los brazos para poder mirarla a los ojos, esos preciosos ojos marrones.

—¿Crees que algo va mal? Acabo de dormir toda la noche del tirón, abrazado a ti. Me he despertado al notar tu boca alrededor de mi polla, favor que te he devuelto devorándote entera hasta que te has corrido en mi boca. Tu segundo orgasmo ha sido todavía mejor que el primero porque me he corrido contigo..., ¿y crees que algo va mal? No, nena, el hombre que ves es un tipo muy feliz.

Sky se echa a reír y, al hacerlo, su belleza se multiplica y se extiende. Dios, soy un tipo con suerte. Y pensar que podría haberla perdido después del fiasco de Montreal... ¡Joder!

Mi chica me acaricia el pelo y me observa.

—Cariño, sé que te preocupa algo más, aparte del tema del fan acosador. ¿Qué pasa? ¿Tiene algo que ver con la reunión de ayer con la abogada?

«Madre mía, no se le escapa nada.»

Suspirando, me separo de ella y me tumbo de espaldas. Ella se acurruca a mi lado y espera pacientemente a que esté listo para compartir con ella lo que me da vueltas por la cabeza.

—Resulta que la conozco personalmente.

Ella me acaricia el pecho y los abdominales.

—¿Te refieres a que la conoces íntimamente?

—Bueno, no a nivel sexual. La conocí en Harvard, es la ex de Roy. Pensaba que mantendrían su relación a distancia cuando acabáramos la carrera, porque llevaban saliendo dos años y Roy estaba loco por ella, pero cuando nos graduamos rompieron y ella se fue a completar los estudios a Washington. Roy no nos contó gran cosa sobre la ruptura, sólo que ella quería centrarse en su carrera y que él quería dedicarse en cuerpo y alma a International Guy. ¿Por qué no podían hacerlo y seguir juntos? No lo sé.

—Mmm, por eso no sabes si contratarla.

—Exacto. Anoche hablé con Roy y me dijo que no podía seguir llevando la carga legal de la empresa, que necesitábamos a alguien.

Skyler se encoge de hombros.

—Pues contrata a otra persona.

Vuelvo a suspirar.

—El problema es que no tenemos demasiado tiempo. El siguiente caso necesita un abogado de empresa, uno bueno y experimentado. Es un caso enorme, ligado a la industria farmacéutica, y Kendra tiene mucha experiencia en ese campo. Pocas personas tienen tanta experiencia como ella. Sería una gran incorporación para el equipo. Además, Roy me dijo que la contratara.

Sky levanta la cabeza y me mira a los ojos.

—¿Ah, sí? Bueno, pues entonces no hay problema. Parece que acabaron bien.

Niego con la cabeza y le acaricio la melena despeinada.

—No exactamente. Me pidió que la contratara antes de que pudiera decirle de quién se trataba. Y aunque me apetece mucho contratarla, siento que mis razones para hacerlo no son las adecuadas.

Sky entorna los ojos.

—Está cualificada y puede ayudaros a resolver el caso, ¿no?

—Sí.

—¿Y hay otras razones?

Sonrío.

—Oh, no. —Skyler frunce el ceño—. Estás metiendo las narices donde no te llaman, ¿es eso?

Tiro de ella y la coloco sobre mi pecho para poder notar su calor y abrazarla como me gusta.

—Cuando estábamos en la universidad eran inseparables. Kendra era la mujer de su vida.

—¿Tú crees? Erais muy jóvenes.

—Ya, pero sí, de verdad lo creo.

Skyler frunce los labios.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué ella no fue a especializarse a Harvard para estar cerca de su hombre?

Niego con la cabeza.

—Ése es el problema, que no lo sé. Royce nunca quiso hablar de ello. Creo que Bo lo sabe, porque cuando todo se fue a la mierda, él también se enfadó con ella. Yo estaba demasiado hundido por lo de Kayla. Sólo podía pensar en ella engañándome con Greg. No pude prestarle atención a la ruptura de Royce y Kendra porque en mi cabeza sólo había sitio para mi ruptura y para la traición de mi mejor amigo con mi prometida. En aquel momento, decidimos dejar de lado las mierdas personales y centrarnos en la graduación y en levantar International Guy. Por suerte, el negocio ha funcionado, pero...

—¿Sientes que deberías haberte involucrado más en lo de Roy y Kendra?

—Sí, nena. Me siento un mal amigo. Al volver a ver a Kendra, me di cuenta de lo mucho que la había echado de menos. Era una buena amiga, casi como una hermana. La quería mucho y confiaba en que cuidaría de mi hermano. Y entonces, de un día para otro, desapareció del mapa. Fue justo después de lo de Kayla, sólo un par de semanas más tarde. Yo seguía refugiándome en la bebida para olvidar las penas. Bo y Royce me estaban cuidando, y de pronto... le tocó a Bo cuidar de los dos.

—¿Royce nunca te contó lo que había pasado?

Me viene a la mente una noche de billar y chupitos de whisky en el Lucky's. Mi padre todavía no era el dueño del local, pero igualmente íbamos muy a menudo.

—Se lo pregunté, y me dijo que buscaban cosas distintas en la vida. Cuando insistí, admitió que ella le había dicho que se marchaba y lo había dejado.

—Pobre Roy.

—Sí. Sé que le había comprado un anillo de compromiso y que estaba esperando el momento adecuado para dárselo. Había pensado hacerlo la noche de la graduación. Quería que fuera la mejor noche de sus vidas, una noche inolvidable, pero ella lo dejó una semana antes. Luego cada uno siguió su camino y ella se fue a Washington. Y, por lo que yo sé, ha estado allí desde entonces.

Skyler parece tan apenada que levanto la cara y la beso.

—Qué horror. La mujer de su vida lo abandonó; me temo que no me va a caer bien.

Ésa es mi chica, leal hasta la médula.

—Pues yo creo que te caerá bien, aunque ha cambiado. Se ha endurecido,

como si se hubiera puesto una coraza para ocultar sus auténticas emociones. Sigue siendo preciosa, de hecho, me parece más guapa ahora que se acerca a los treinta que a los veintidós. Roy se va a cagar cuando la vea. Cuando pasó lo de Rochelle Renner en San Francisco, me confesó que tenía muchas ganas de sentar la cabeza. Incluso comentó la suerte que teníamos porque nos habíamos encontrado. Es lo que él quiere, encontrar a alguien y construir algo juntos. Al ver a Kendra, se me ocurrió que tal vez no ha dado con la mujer adecuada porque esa mujer es Kendra.

Skyler alza mucho las cejas.

—¿Estás haciendo de casamentero con Royce? —Sonríe—. Yo también quiero. —Estoy a punto de negarme cuando ella me apoya dos dedos en los labios—. Cariño, yo también quiero participar. Si ella es la mujer adecuada, el único amor de su vida, hemos de volver a juntarlos. —Se sienta sobre mí y su sexo entra en contacto con el mío.

La Bestia se despierta, inmediatamente lista para el segundo asalto. Ella lo nota, porque alza una ceja y empieza a provocarme, moviendo las caderas y frotándose contra mí.

—¿Me vas a dejar participar? —Sonriendo, se lleva dos dedos a la boca, se los chupa, seductora, y se los lleva a la estrecha franja de vello que tiene entre las piernas.

—¡Joder! —Ver esos dedos acariciando el sensible botón hace que sienta ganas de ocupar su lugar con la lengua.

—¿Me vas a dejar participar? —repite suspirando y haciendo rodar las caderas y los dedos mientras gime.

—¿Vas a dejarme participar tú? —La agarro por las caderas, ansioso por levantarla y clavarla en mi polla, que ya se ha endurecido como una piedra.

Ella me dirige una sonrisa lasciva que no disminuye en nada su atractivo. Lleva la otra mano hacia mi boca y yo me meto dentro dos dedos y cuelo la

lengua entre ellos del modo en que desearía colarme entre sus piernas. Ella se lleva los dedos humedecidos al pezón y juega con él antes de pellizcárselo hasta que se pone rojo como una frambuesa.

—¡Jesús! —exclamo apretando los dientes—. Déjame entrar. —Trato de levantarla, pero ella me aprisiona con los muslos. Podría ganarle usando la fuerza bruta, pero este juego es jodidamente sexy y quiero ver hasta dónde llega.

—Si tú me dejas hacer de casamentera contigo, yo te dejo hacerme lo que quieras. —Me sigue provocando, tocándose los pechos y entre las piernas al mismo tiempo.

Joder, es que no sé ni por dónde empezar. Quiero succionar ese pezón tentador, torturar el otro hasta que se vuelva del mismo color que el primero, meterle tres dedos en su sexo ardiente y también clavarme hasta el fondo y ver cómo rebota sobre mi polla.

Demasiadas opciones.

—Mmm, trato hecho —finjo pensarlo, aunque en realidad ya tenía previsto contar con ella. Si quiero que Kendra y Royce vuelvan a estar juntos o, al menos, comprobar si siguen siendo compatibles como colegas o como amigos, voy a necesitar toda la colaboración posible.

Me dirige una sonrisa radiante, que yo le devuelvo.

—Dame esa mano.

Le agarro la muñeca de la mano con la que se está acariciando entre las piernas y me llevo los dedos a la boca. Cuando su sabor dulce y salado a la vez me alcanza las papilas gustativas, me entra un hambre voraz y le lamo los dedos hasta dejarlos relucientes. La agarro por la cintura, clavo los pies en el colchón y me echo hacia atrás hasta que quedo sentado, con la espalda en el cabecero y ella sobre mi regazo. La levanto y la empalo sobre mi erección embravecida.

—¡Oh, Dios! —Empieza a gritar, pero yo le cubro la boca con la mía y nos convertimos en un torbellino de cuerpos en movimiento, gemidos roncós y gritos propios de animales en celo. Nos llevamos al éxtasis mutuamente y los orgasmos nos recorren el cuerpo como si fueran trenes de mercancías.

Volvemos a tumbarnos en la cama convertidos en un nudo de miembros sudorosos. Sky sigue sobre mí, con la cara en mi cuello y la Bestia hundida firmemente en su interior. Le acaricio la espalda, disfrutando cada vez que sube y baja, haciéndome cosquillas en el pecho con los pezones.

—¿Estás bien? —Sonrío mirando al techo al notar que nuestros corazones laten sincronizados.

—Muy bien. —Noto su aliento cálido cuando suspira en mi cuello—. Me encanta hacer tratos contigo.

Sin dejar de sonreír, la abrazo.

—Sobre todo cuando negociamos desnudos.

Ella asiente y me da palmaditas débiles en el pecho.

—Sí, todo el mundo sale ganando.

—Sí, nena. Todos salimos ganando.

—¿Qué dices que has hecho? —Bo está plantado ante mi mesa de despacho, una mano en los vaqueros, a la altura de la cadera, la cazadora de cuero aún puesta y el casco en el pliegue del codo del otro brazo.

—He contratado a Kendra Banks; es la nueva abogada de la empresa.

Bo frunce la cara sin poder ocultar su disgusto.

—Te he oído a la primera, pero sigo sin dar crédito. Dime que lo que

quieres decir es que has contratado a una abogada que casualmente se llama igual que la ex de Roy.

Niego con la cabeza y dejo el montón de documentos que acabo de firmar en la bandeja para que Annie los recoja.

—Ya me has oído. Me reuní con Andre; Kendra era la candidata perfecta para el puesto.

—¿Pero esa zorra no vivía en Washington?

«¿Zorra? Vaya. No pensaba que Bo fuera a ponerse así.»

—Ya no, se ha mudado a Boston. No le he preguntado por qué. Sólo me aseguré de que tuviera previsto quedarse aquí en el futuro inmediato. No me apetece contratar a alguien para luego tener que prescindir de él o de ella si nos dejan tirados.

Bo empieza a caminar por el despacho.

—Es que no me entra en la cabeza que Roy haya aprobado esta idea de mierda.

—Me dijo que contratara al mejor candidato. Andre hizo una selección basándose en los criterios que le pedimos. Ella es la única que tiene experiencia tanto en derecho empresarial como en derecho legislativo. Es justo lo que necesitamos para poder afrontar el caso de Pure Beauty Pharmaceuticals. Y, por si lo has olvidado, te recuerdo que es un caso de medio millón de dólares.

Bo aprieta los dientes.

—Me importa una puta mierda lo que nos paguen. ¡Esa zorra no puede trabajar aquí!

—Demasiado tarde; ya la he contratado. Estará aquí antes de una hora.

Los ojos marrones de Bo casi se le salen de las órbitas.

—Te has pasado, Park. Te has pasado mucho, joder. ¿Ya no te acuerdas de cómo estaba Roy cuando ella lo dejó?

Niego con la cabeza y me levanto, sintiendo unas punzadas en las sienes.

—No, no me acuerdo. En aquella época yo estaba lidiando con mis mierdas por lo de Kayla. Roy no me contó nada; me dijo que había sido una separación amistosa.

Bo sacude la mano en el aire.

—¿Quién demonios pone fin a una relación de dos años, con anillo de compromiso incluido, con buenas palabras? No me jodas, Park, no eres idiota.

Suelto el aire lentamente y me froto la nuca.

—Roy me dijo que estaba muy agobiado con los temas legales. Traté de decirle quién era la candidata, pero me interrumpió diciendo que le daba igual; que la contratara. Así que la he contratado. Tú me dijiste que no te molestara con cuestiones de personal, así que la he contratado. ¡Joder! — Estoy cabreado y también empiezo a lamentar lo que he hecho.

Sacudiendo la cabeza, Bo se acerca a la puerta y agarra el pomo. Antes de irse, se vuelve hacia mí y me dirige una mirada asesina.

—Te vas a arrepentir de esto.

Cuando abre la puerta, Kendra y Annie están justo ante él, bloqueándole el paso.

—¡Me cago en la puta! —exclama mirando a Kendra de arriba abajo no una vez, sino dos, desde el immaculado dos piezas blanco con ribetes rojos hecho a medida hasta los zapatos de tacón rojos con el talón descubierto. Su aspecto es el de una profesional despiadada, inasequible, de las que no se andan con tonterías—. ¿No podrías ser gorda o fea como tu alma?

Kendra oprime los labios y le dirige una mirada inexpresiva.

—Yo también me alegro de verte, Bogart. Ya veo que sigues teniendo el mismo carácter explosivo de siempre.

Él la señala con el dedo.

—Te estaré vigilando. No sé de qué va esto ni por qué has decidido volver ahora que todo va sobre ruedas en la empresa, pero te tengo calada, mujer. A mí no me vas a engañar.

—Qué bien. Me doy por advertida con tu sutil amenaza. —Me busca con la mirada—. Buenos días, Parker.

—Buenos días, Parker... ¡Yo es que alucino! —Bo las aparta de un empujón y se marcha.

—Eso es todo, Annie, gracias. Kendra, pasa, por favor.

Ella entra en mi despacho, cierra la puerta y se sienta ante mí.

—Eso no ha ido como pensaba, lo siento —me disculpo frustrado.

Kendra niega con la cabeza.

—No hace falta que te disculpes. Ya esperaba ese tipo de recibimiento por parte de tus socios. Al menos, por parte de uno. Sabía que Bo no se alegraría de verme, pero no pensaba que iba a disgustarse tanto. Tendré que aclarar las cosas con él. Y lo haré.

—Dale tiempo, en serio. No ha cambiado mucho desde la universidad. Es más listo, tiene más marcas en el cabecero de su cama..., muchas más. —Sonríó y Kendra finalmente me regala una de sus sonrisas resplandecientes—. Sigue siendo muy protector.

—No hace falta que lo jures. —Hace una mueca.

—Se comporta así con todo el mundo, incluso con Wendy.

—¿Wendy?

—Nuestra secretaria.

Kendra frunce el ceño.

—Pensaba que se llamaba Annie.

—Eehh, sí, ésta sí, pero Wendy llegó antes. Está de baja, volverá esta semana. Ella nos ayudará a controlar a Bo y a Royce.

—¿Está de baja?

—Sí.

—¿Por maternidad?

Se me hace un nudo en el estómago. Odio hablar de lo que pasó, pero, si Kendra va a ser nuestra abogada, va a tener que estar al corriente de todo lo relativo a la empresa.

—No, lleva dos meses de baja porque la hirieron de bala mientras resolvía uno de los casos de la empresa.

Kendra alza una ceja.

—¿Herida de bala?

Me humedezco los labios y me echo hacia atrás en la silla.

—Así es. Le fue de un pelo. Estábamos en un caso en Montreal y...

—¿Fuera del país? Parker, ¿sabes cuántas implicaciones legales podría tener eso para la empresa si la empleada decidiera demandarla? Cosa que estaría en su derecho de hacer, por cierto.

Sacudo la mano.

—Me lo imagino, pero no hace falta que te preocupes por Wendy. Está totalmente integrada en International Guy. Es una más del equipo, es como de la familia. Además, su prometido es rico, rico como Oprah Winfrey, no necesita demandarnos.

Frunciendo los labios, saca una libreta de notas.

—De momento, me fío de tu palabra hasta que pueda hablar con ella personalmente. Creo que deberías darme los dosieres de los casos de los últimos seis meses para asegurarme de que todo está en orden.

Le dirijo una sonrisa.

—La buena noticia es que, hasta ahora, Royce se ha ocupado de esas cosas. Él te proporcionará los documentos y la información que necesites.

Kendra cierra los ojos cuando menciono el nombre de Royce. Aunque trata de disimularlo, se tensa unos momentos, pero luego los abre de nuevo y sonrío.

—Estupendo.

—A pesar de lo que pasó entre vosotros, Roy es un gran profesional. Además, hace mucho tiempo de aquello. Ya está todo superado, ¿no?

Ella se humedece los labios y asiente con la cabeza, pero no dice nada, lo que es bastante revelador. Me está diciendo que no tiene nada clara cuál va a ser la reacción de Royce cuando se entere de que está trabajando aquí.

Antes de poder entrar en materia laboral, la puerta se abre y entra Roy sonriendo, animado.

—Perdón, llego un poco tarde. Me llamó un cliente y me entretuve... —Se interrumpe en seco cuando ve a Kendra y palidece rápidamente.

—Hola, Royce, cuánto tiempo. —Kendra le ofrece la mano y él se la queda mirando y pestañea.

Me mira a mí y vuelve a mirarla a ella.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Ella retira la mano y endereza la espalda.

—Soy vuestra nueva abogada.

Los ojos negros de Roy se abren como platos y frunce tanto los labios que se le vuelven blancos.

—Esto tiene que ser una broma. —Se vuelve hacia mí—. Park, hermano, ¿has contratado a mi ex para que trabaje con nosotros?

Me levanto y, mientras me abrocho los botones de la americana, trago saliva, luchando contra la súbita sequedad que se ha apoderado de mi garganta.

—Me dijiste que lo hiciera. Traté de explicarte quién era, pero no me escuchaste. Estás desbordado de trabajo y...

Él me interrumpe con un brusco movimiento de la mano.

—¿Has contratado a la mujer a la que le pedí que se casara conmigo, que me rechazó, hizo las maletas en el apartamento que compartíamos y me dejó hecho mierda para mudarse a Washington?

—Joder —susurro al darme cuenta al fin de lo que acabo de hacer. Mierda—. Creo que he metido la pata.

—¿Sólo lo crees? —refunfuña Royce.

En ese momento, Kendra, la abogada infalible, demuestra de qué pasta está hecha.

—En todo caso, hemos firmado un contrato blindado. Me habéis contratado durante seis meses y no podéis echarme a menos que incumpla las condiciones del mismo. Si lo finalizáis antes de hora, tendréis que pagarme seis meses de sueldo completo por partida doble, para compensarme por las molestias. Y, teniendo en cuenta que seis meses de sueldo suponen cien mil dólares, me deberéis doscientos mil dólares a cambio de absolutamente nada.

—Joder, eres buena —susurro, sorprendido por lo letal que se ha vuelto esa mujer.

—La mejor. Te recuerdo que por eso me has contratado y por eso venía tan recomendada por Andre. No encontrarás a otra persona más cualificada ni comprometida con la empresa.

—Me da igual —replica Royce—, a la mierda los doscientos mil dólares.

Me acerco a él y le apoyo una mano en el hombro.

—Roy, lo siento. No era consciente de lo difícil que fue la ruptura. Si lo hubiera sabido... —No puedo seguir hablando. El corazón se me ha desbocado en el pecho y siento que una mano de hierro me oprime el cuello.

—¿Qué pasa, Royce? ¿Sigues tan colgado de mí ocho años después que no soportas la idea de trabajar conmigo? Estamos hablando de trabajo, de negocios. Si hay algo que se nos da bien hacer juntos es eso —lo provoca ella.

Roy se acerca hasta que quedan prácticamente pegados.

—Pues a mí se me ocurre otra cosa que todavía se nos daba mejor hacer juntos —masculla furioso.

El pecho de Kendra sube y baja mientras se contemplan en silencio, como midiendo las fuerzas.

—Tal vez podríamos encontrar una solución —trato de suavizar mi solemne cagada.

Royce sonrío sin apartar la mirada de ella.

—No hace falta. Si ella puede actuar con profesionalidad, yo también. Tendrás tus seis meses, pero como metas la pata una sola vez, yo mismo me encargaré de darte una patada en el culo.

Ella le devuelve la sonrisa, acompañada por una mirada sarcástica.

—Dudo mucho que puedas encontrar algún fallo en mi trabajo. Todo lo que hago es excepcional, ya lo veréis.

—Me encantará reconocer que estaba equivocado.

—A mí también —replica ella con la voz temblorosa antes de darse media vuelta. Sus palabras parecen tener doble sentido. ¿Sentirá que se equivocó en el pasado?

Kendra recoge sus cosas y se aleja de Royce, que sigue en plan macho alfa furioso.

—Parker, tengo entendido que cuento con mi propio despacho, ¿verdad? —Yo asiento con la cabeza—. Estupendo, pues voy a empezar inmediatamente. Royce, me ha dicho Parker que tú tienes los dossiers de los casos de los seis últimos meses. Me gustaría revisarlos para ponerme al día de la actividad de la empresa y poder comentar con vosotros si encuentro alguna irregularidad.

—Bien, le diré a Annie que te los lleve. —La voz de Royce es como el trueno de una tormenta que se acerca amenazadora.

Ella asiente.

—También quiero revisar los expedientes de todos los empleados para asegurarme de que toda la documentación está en regla.

—Sin problemas, los tengo aquí. —Saco las llaves del bolsillo, abro el cajón superior del escritorio y saco los expedientes de Bo, Royce, Wendy, Annie y el mío para dárselos—. Son confidenciales —le aclaro.

—¿Hay archivadores con llave en mi despacho? —replica.

—Sí, las llaves están en el cajón superior.

—Me pondré a ello ahora mismo.

—En otro momento tenemos que hablar sobre el caso de Pure Beauty Pharmaceuticals.

Ella frunce el ceño.

—¿Trabajáis con ellos? —Su voz suena malhumorada. Tal vez sea por la

discusión con Royce o por otra razón. Tendré que averiguarlo más adelante, cuando las aguas se calmen un poco.

—Sí, son nuestro siguiente cliente. Vamos a tener que ir a Washington la semana que viene, tú, yo y Royce. Hemos de revisar bien el contrato y cambiar cualquier cosa que no nos favorezca antes de firmarlo. Estaba esperando a que llegara el nuevo abogado, es decir tú, para hacerlo.

Ella cierra los ojos durante un instante, como si se estuviera calmando, antes de replicar: —En ese caso, será mejor que me ponga al día cuanto antes.

—Annie te mostrará cuál es tu despacho.

—Gracias, Parker. —Se dirige a la puerta, pero cuando llega, se detiene. Inspira hondo y se vuelve hacia nosotros—. Royce, siento que te hayas enterado así. No era mi intención. La verdad es que me apetece mucho trabajar contigo. Siempre se nos dio bien trabajar juntos, ya fuera estudiando o, eeh..., como fuese. —Antes de que pueda disimularla, hace una mueca de dolor.

Royce se humedece los labios y se cruza de brazos.

—En otra época trabajamos bien juntos, pero las cosas han cambiado mucho.

—Lo entiendo. Estaré esperando los dossieres.

—Y los recibirás pronto —le promete.

Kendra asiente con la cabeza y se marcha.

En cuanto la puerta se cierra, Royce viene a por mí.

—Encontrarme así a Kendra ha sido un golpe bajo, hermano. No me entra en la cabeza qué te ha hecho pensar que era buena idea contratarla. —Su voz está cargada de incredulidad, pero también de dolor.

Sus palabras me llegan como un puñetazo directo al estómago, cerca del lugar donde vive mi conciencia, esa a la que no le caigo muy bien.

—Roy, traté de advertirte pero no me escuchaste. Me interrumpiste varias veces y me pediste que contratara a la persona más calificada.

Él frunce los labios.

—No me imaginé que el candidato ideal sería la mujer que me rompió el corazón en mil pedazos y me dejó solo para que los recogiera en la cama vacía del que había sido nuestro hogar feliz. Quería casarme con ella, Park. Darle mi apellido, criar con ella a nuestros hijos. Lo habíamos hablado tantas veces...

Me paso la mano por el pelo.

—¿Qué coño pasó? Me dijiste que había sido una decisión de los dos. ¿Cómo iba a saber yo...?

Roy me interrumpe, entornando mucho los ojos.

—No puedo hablar de ello. Ahora no. No sé si podré hacerlo alguna vez. Lo único que voy a decir es que no me hace ninguna gracia tener a la mujer que me abandonó paseándose por la oficina, tentándome y rompiéndome el corazón otra vez.

—Roy...

Él niega con la cabeza, se alisa la americana y se la abotona, como si tratara de recomponerse por dentro y por fuera al mismo tiempo.

—Puedo mantener una actitud profesional. Resistiré los seis meses de contrato, pero luego se acabó. Quiero que se largue. ¿Está claro? A la calle.

Cierro los ojos y noto cómo el aire de la oficina se carga de tensión.

—Lo que quieras. —No sé qué otra cosa puedo decir para salvar la situación.

—Eso es lo que quiero.

—Pues lo tendrás.

—Nunca más, hermano —me advierte. Frunzo el ceño y lo miro a los ojos. Él me fulmina con su mirada oscura—. Nunca más te entrometas en una situación que me involucre a mí y a una mujer. ¿Te queda claro? Si lo haces, tendremos problemas; problemas mucho más graves que tener que aguantar a mi ex trabajando en nuestra empresa, me cago en todo.

Mierda. La operación «Buscarle una esposa a Royce» está descartada. Skyler tendrá un disgusto, aunque estoy seguro de que insistirá; ella es así.

—Entendido.

Royce aprieta los dientes y mira por la ventana justo en el momento en que se abre la puerta y entra una pelirroja conocida y muy animada.

—¡Uau! ¿Quién es la reina afroamericana sexy pero fría como el hielo?

Royce cierra los ojos y suspira.

—Es Kendra Banks, la nueva abogada de la empresa.

Wendy sonrío y le da un codazo.

—Genial. Así te libras de los temas legales, ¿eh?

Royce le dirige una sonrisita forzada y Wendy frunce el ceño.

—¿No te alegras de que una abogada que está como un queso te libere de un montón de trabajo? ¿Qué está pasando aquí? Deja que lo adivine. ¿Bo ya le está tirando los trastos? No me extraña. Es como si Vanessa Williams y Angelina Jolie hubieran tenido una hija... Ya sé que no es posible, porque las dos son mujeres, pero ya me entendéis. Se pasa de guapa.

Royce se acerca a Wendy, le toma la cabeza entre las manos, le planta un beso en la coronilla y se aleja.

—Me alegro de tenerte de vuelta, Wendy. Tengo mil cosas que hacer. —Se escabulle y nos deja colgados.

—¿No era hoy el día en que tenía que venir a hablar con los tres? — Wendy señala la puerta por la que acaba de desaparecer Royce.

Suspirando, me froto la frente.

—La he cagado... otra vez.

Ella cierra la puerta, me coge de la mano y me lleva al sofá. Me hace sentar y luego se sienta ella en la mesita de cristal, delante de mí.

—Cuéntame todo, jefe. Necesito información porque lo que he visto no me ha gustado. Royce estaba muy callado y no te miraba a los ojos. No ha querido hablar sobre la nueva abogada, lo que significa que le pasa algo con ella. Y tú..., parece que alguien acabara de estrellar tu Tesla. Suéltalo todo.

Y eso es lo que hago. Lo suelto todo, como si fuera una niñita quejica que le cuenta sus penas a su compañera de clase. Cuando acabo, me siento agotado, como si me hubiera atropellado un autobús y necesitara dormir una semana para recuperarme.

Wendy frunce los labios y luego me dirige una gran sonrisa.

—Te das cuenta de que has hecho lo correcto, ¿no?

Yo frunzo el ceño.

—¿Tú crees?

Su sonrisa crece.

—Si Royce hubiera superado lo de la Dama de las Leyes, no le importaría que viniera a trabajar aquí. Tal vez le hubiera sorprendido o molestado un poco, pero no habría reaccionado como si fuera un oso rabioso. Si estuviera todo olvidado, no sería tan grave, ¿no te parece?

No le falta razón.

—Sigue hablando.

Ella ladea la cabeza y me mira con un brillo muy travieso en la mirada. Oh, oh, está a punto de sugerirme alguna maldad.

—Wendy... —trato de advertirle, recordando el ultimátum que me ha lanzado Roy hace un rato.

—Ni Wendy ni nada. Vamos a seguir adelante con el plan. Lo primero que hemos de hacer es asegurarnos de que pasen tiempo juntos, trabajando codo con codo, para que la química se ponga en funcionamiento. Ya sabes, que recuerden los viejos tiempos. El caso de Washington va a ser de gran ayuda. Cuando estáis fuera, trabajando en un caso, pasáis juntos todas las horas del día.

—O acelerará la debacle. Y si las cosas se complican, puedo acabar perdiendo a mi mejor amigo. O ganándome un ojo morado si Royce la paga conmigo por ponerlo en esa situación.

Wendy frunce el ceño.

—¿Cuándo fue la última vez que llegasteis a las manos?

Hago una mueca.

—Nunca hemos llegado a las manos. Somos amigos. Si nos damos de hostias, la amistad se va a la mierda. Forma parte del código sagrado entre

hermanos. Podemos pegar a alguien que amenace a nuestro hermano, pero nunca entre nosotros, a menos que estemos pasando el rato en un ring de boxeo.

—Ya, pensaba que los tíos os zurrabais cuando no erais capaces de expresar vuestras emociones. Es interesante. Las mujeres se despellejan verbalmente y luego se olvidan, como si no hubiera pasado nada. Es catártico. Aunque hablo de oídas, porque he empezado a tener amigas hace poco. Ahora tengo a Skyler, a Rachel, a tu madre y a la familia de Royce, pero sé del tema porque he visto un montón de capítulos de «Las chicas Gilmore» y de «Mujeres desesperadas».

Le tomo la mano y se la aprieto.

—Descarada, me alegro mucho de tenerte de vuelta.

—Ya somos dos. —Wendy hace un ruido burlón—. A ver, no digo que no me guste follarse mucho para quedarme embarazada, pero necesitaba un respiro. —Suelta el aire ruidosamente—. Mick se ha tomado lo de dejarme preñada como si fuera una misión militar. —Se ríe con picardía—. No me quejo, que conste, pero es que... a veces me gusta hacerme de rogar. Y estar unas horas separados me lo va a poner más fácil.

La miro y pestañeo en silencio.

Ella frunce el ceño.

—Vaya, ¿otra vez te estoy dando demasiada información? —Asiento con la cabeza—. Mierda. Intentaré corregirlo. Nunca sé cuándo puedo compartir las cosas con los hombres y cuándo debo guardármelas para comentarlas sólo con las chicas.

—Pregúntaselo a Sky.

Se le ilumina la mirada.

—Qué buena idea.

—Sí. Skyler ha sido la mejor idea que he tenido en mi vida.

Wendy se ríe.

—No creas. Lo de Royce con la Dama de las Leyes tampoco es mala idea.

—No creo que Bo esté de acuerdo.

Me mira sorprendida.

—¿A Bo también le mola?

Yo gruño.

—Qué va, no la soporta. Al parecer, él sabía más que yo sobre su ruptura con Roy y no le ha hecho ninguna gracia encontrársela aquí. Lo que significa que vamos a tener que lidiar con un Bo malhumorado y un Royce cabizbajo. Menudo panorama...

—Vaya, ya veo. Veré lo que puedo hacer.

—Te lo agradeceré.

—Claro, jefe, pero... ¿de qué queríais hablarme?

—Ah, sí, bueno, como veo que va a ser difícil que me dirijan la palabra hoy, haré yo los honores.

—¿Qué honores?

Me levanto, voy a mi mesa y cojo el documento que Bo, Royce y yo ya hemos firmado.

—Es una oferta para que pases a formar parte de la empresa como nueva jefa del Departamento de Información. La oferta incluye aumento de sueldo, nuevo cargo, más responsabilidad y acceso ilimitado a... básicamente todo.

Ella se echa a reír.

—Como si no lo tuviera ya. —Se señala el pecho—. Soy hacker, ¿lo has olvidado?

Sonríó y le entrego la carta y el contrato adjunto.

Wendy los lee.

—Es una oferta por tres años, renovables automáticamente a menos que una de las dos partes o las dos quieran rescindirlo antes. Os estáis comprometiendo conmigo por tres años —concluye con la voz ronca.

—Sí, y esperamos que tú también te comprometas con nosotros.

—¿Puedo llevar el contrato a casa para hablarlo con Mick antes de firmar?

—Claro. Estás comprometiendo tres años de tu vida. No entendería que no lo hablaras antes con tu pareja.

Ella sorbe por la nariz y abraza los papeles como si fueran un tesoro.

—Quiero que sepas que esto significa mucho para mí, Parker. —Inspira hondo y, cuando levanta la mirada, veo que tiene los ojos azules llenos de lágrimas—. Me siento muy halagada.

Sonriendo, le apoyo una mano en el hombro.

—Para nosotros es un honor que formes parte del equipo. El contrato es una forma de demostrártelo. Llévatelo a casa. Ya lo hemos firmado los tres. Cuando lo hayas revisado, si estás de acuerdo con todo, lo firmas y podrás instalarte en tu nuevo despacho.

Los ojos se le abren como platos.

—¿Tendré mi propio despacho?

—Sí, el que está junto a la recepción, para que puedas echarle un vistazo a Annie... y a los demás.

—Increíble —murmura.

—Me alegra que lo pienses. ¿Qué te parece si vas a ver cómo le va a Annie? Se ha adaptado bastante bien, pero no es tú. Y hay cosas que no le

hemos encargado hacer porque esperábamos a que volvieras.

—Normal. —Me guiña el ojo.

—Y, eehh..., ¿podrías asomar la cabeza para ver qué tal están Bo y Royce?

—¿Quieres que espíe para ti? —me pregunta riendo.

—Obviamente.

—No ha cambiado nada en dos meses. —Sacude la cabeza, aguantándose la risa.

—No, nada. Aparte de que acabas de ascender en la empresa, que hemos contratado a una nueva secretaria y a una abogada, que vas a casarte, que Skyler va a trabajar en Boston en el futuro inmediato y que tiene un fan acosador que nos envía mensajes raros a los dos, nada. Ah, y me dejaba que mi hermano es bisexual. Nada, cosillas.

Tres días más tarde, decir que la tensión en la sala podría cortarse con un cuchillo es quedarse corto.

La mirada y el lenguaje corporal de Kendra son imposibles de malinterpretar. Está muy erguida, mirando al frente, con la vista clavada en mí, ignorando a los dos hombres que se sientan a su izquierda. Bo está sentado en medio, lanzando miradas desdeñosas a Kendra de vez en cuando. Royce está ajeno a todo, con la vista clavada en el móvil. Tal vez esté comprobando los valores de la Bolsa, o los resultados de los partidos de anoche... O haciendo un sudoku. ¿Quién sabe?

«Joder, qué mierda. ¿Y Wendy dónde se ha metido?»

Hablando de ella, mi salvadora aparece en la puerta con una tableta en la

mano.

—Siento llegar con retraso, pero he estado investigando sobre la corporación para la que vais a trabajar. He pensado que querríais saber en qué andan metidos.

La llegada de nuestra Moneypenny me quita un gran peso del pecho.

Le dirijo una sonrisa agradecida mientras entra y se coloca junto al ventanal, a mi espalda.

—Kendra, empecemos por ti. Por favor, ponnos al día con Pure Beauty Pharmaceuticals. Viajamos el lunes y quiero saber el máximo de cosas sobre ellos.

Kendra, que lleva una blusa de seda naranja, una ceñida falda de *tweed* beige y una americana color crema con manga tres cuartos, busca en las carpetas que tiene sobre la mesa. Se levanta y nos entrega un dossier a cada uno de nosotros, incluida Wendy.

Esta mujer siempre está preparada.

Bo le enseña los dientes pero acepta la documentación, en una nueva muestra de comportamiento adolescente que Kendra ignora una vez más. No parece que sus desplantes la afecten. Parece como si los cogiera con dos dedos y los lanzara a la papelera, como un pañuelo de papel usado.

—Lo que os he dado es el contrato actualizado y firmado por la directora de Pure Beauty Pharmaceuticals.

—¿Actualizado? —pregunta Royce, examinando el documento.

—Sí, la primera versión me pareció inaceptable. —Kendra le dirige una mirada sin expresión.

—Esa versión la negocié yo personalmente —replica él con una susceptibilidad exagerada que no le pasa desapercibida a nadie.

Ella responde con una sonrisa forzada.

—Gracias por poner el proceso en marcha. Sin embargo, en la primera versión faltaban algunos puntos importantes y una cláusula imprescindible.

Él frunce el ceño sin dejar de observar el contrato.

—¿Qué cláusula?

—Una cláusula de retirada.

—¿Y para qué la necesitamos? —pregunta Bo.

—En mi experiencia, si la empresa consultora emprende un caso y se topa con una cuestión que choca con su moral o que supone un riesgo para su reputación, el consultor necesita una cláusula que le permita retirarse del caso sin tener que pagar las consecuencias por rotura de contrato. Básicamente es una medida de protección.

Examino el documento y encuentro el nuevo párrafo escrito en el típico lenguaje legal.

—Me parece una muy buena aportación —comento—. Por tu experiencia en Capitol Hill, ¿debemos preocuparnos porque suceda algo así?

Kendra frunce los labios.

—Si nos basamos en criterios profesionales, no.

—¿Significa eso que tienes un problema de índole personal con Pure Beauty Pharmaceuticals?

—¿Aparte de los negocios turbios que se mueven en torno a la industria farmacéutica? Sí, tengo razones personales. Tan personales como que soy mujer. Muchas de esas empresas quieren recortar gastos, aunque sea a costa de correr riesgos. Riesgos que, como mujer, no quiero correr por usar un producto de belleza. Se emplean ingredientes de baja calidad, se pasan por alto fechas de caducidad y otras cuestiones. Sin embargo, la empresa

básicamente contrata a International Guy para que influyáis en senadores en nombre del cliente, para que se aprueben ciertas leyes. No sé cuáles son esas leyes y eso me hace sentir incómoda, por lo que quiero una copia en cuanto llegue la información.

—Buen plan. ¿Alguien quiere añadir algo?

Wendy se acerca a mí mientras teclea en su tableta.

—Sí, hay cosas que me preocupan. Al investigar sobre la empresa, su nombre apareció en un par de blogs y webs de activistas que defienden los derechos de los animales; decían que prueban sus productos en animales. — Wendy hace una mueca de disgusto, una que se extiende por toda la mesa como si fuera una ola en un evento deportivo—. Al parecer, a ese grupo no le hace ninguna gracia que se usen animales para hacer experimentos.

—¿Alguna acusación concreta? —pregunto mientras siento un cosquilleo de inquietud en la nuca.

Ella niega con la cabeza.

—No, de momento sólo he encontrado conjeturas, nada probado. Seguiré investigando. Casi no se ha publicado información en la prensa sobre esta empresa, lo que es raro, teniendo en cuenta que quieren que se apruebe un proyecto de ley. Normalmente tras esas propuestas hay nombres importantes de gente importante. Es como si hubieran tratado de mantenerse en un segundo plano hasta ahora. He buscado qué tipo de productos fabrican y no me está resultando fácil encontrarlo.

Royce endereza la espalda pensativo.

—¿Crees que son una empresa nueva?

—¿Una empresa nueva capaz de pagar quinientos mil dólares a una empresa de consultoría como la nuestra? —pregunto.

Wendy niega con la cabeza antes de responder:

—No. En su web pone que la empresa lleva treinta años en activo.

—Puede que sea mentira —comenta Bo mirando a Kendra—. He conocido a muchos mentirosos en la vida.

Ella aprieta los dientes y endereza aún más la espalda, como si fuera un soldado preparándose para una batalla.

No le hago caso, pero tomo nota mental de hablar con él más tarde sobre su actitud con Kendra.

—¿Hemos recibido ya algún pago? —le pregunto a Royce.

—Sí, el veinte por ciento por adelantado, como con todos los clientes.

—Como hemos cobrado ya cien mil, propongo seguir investigando pero mantener la reunión del lunes. Iremos Roy, Kendra y yo. Bo se quedará aquí, al timón de la empresa.

—No me parece necesario que vaya yo ahora que cuentas con Kendra —dice Royce—. Estoy con otro caso y me iría bien poder dedicarle horas. Y eso sin contar con que hemos de empezar a prepararnos para Madrid.

—¿De qué va lo de Madrid? —Abro la agenda en mi portátil.

—Una estrella del pop —responde golpeando con el índice la parte superior del móvil.

—¿Una estrella del pop? —repito.

Los ojos de Bo se iluminan como una hoguera en una playa a principios de verano. Sonríe al ver su reacción. Me alegro de que deje de estar malhumorado, aunque sea por un momento. Tal como está el ambiente en la empresa, me conformo con cualquier cosa, por pequeña que sea. Desde que llegó Kendra, ha estado insoportable. Espero que el caso de la estrella del pop lo distraiga.

—Juliet Jiménez, nacida en Madrid —nos informa Royce—. Una chica

diminuta. La llaman JJ para abreviar. Tiene una voz de ángel y parece una niña, aunque pasa de los veinte. Vamos a potenciar su lado sexy y a enseñarle a moverse con confianza en el escenario.

Juro que, cada vez que nos entra un nuevo caso, soy el primer sorprendido por los asuntos que nos encargan. Creo que nos hemos labrado una reputación como empresa poco ortodoxa, porque nunca nos llegan dos casos iguales. Cada uno es más sorprendente que el anterior.

—Interesante —digo cubriéndome la boca con la mano mientras bostezo, lo que demuestra que la idea de viajar a Madrid no me entusiasma especialmente.

—Muy interesante, desde luego, estoy encantado de colaborar en ese caso —comenta Bo con una gran sonrisa.

—No me extraña. Por mi bien, yo prefiero quedarme en casa —suelto como quien no quiere la cosa.

Royce frunce el ceño.

—Pues no creo que puedas quedarte, pero ya lo hablaremos cuando se acerque el día. Los clientes han pedido que vayas. Os han pedido a ti y a Bo. Al parecer, se enteraron de lo que hicimos en Milán y quieren algo así. Seré yo el que se quede aquí.

Inspiro hondo y suelto el aire lentamente. Siento que nunca voy a poder relajarme. Cómo me gustaría poder quedarme dos meses seguidos en Boston, disfrutando de tener una vida normal y corriente.

Una vida normal y corriente.

No estoy seguro de qué implicaría tener una vida así. Entre que mi novia es famosa, que tenemos un fan acosador, que el personal de la empresa está en guerra y que nos pasamos el día viajando, no sé qué echo más de menos: si

pasar el día sentado en un escritorio o disfrutar de un día al sol con mi chica, haciendo una barbacoa y lanzándole pelotas a un cachorro saltarín.

La imagen se me queda grabada en la mente. Sky vestida con unos shorts de escándalo, un cachorro de golden retriever pegado a sus talones, esperando a que le lance una pelota mientras yo preparo unas chuletas en el porche. Rodeados de naturaleza, mientras el crepúsculo envuelve a mi chica en una luz dorada.

—Park... —La voz de Royce penetra en mi ensoñación como un cuchillo caliente en un trozo de mantequilla. Frunzo el ceño cuando la imagen desaparece y el careto de Roy aparece en su lugar—. ¿Dónde estabas, hermano? Te he preguntado si hemos acabado. Tengo asuntos de los que ocuparme.

—Ah, sí. Vale. Creo que vamos todos por buen camino.

Bo mira a Kendra.

—Al menos, algunos. Nos vemos, Campanilla, Roy. —Se dirige a la puerta y saluda con la mano—. Park, paz.

No se ha despedido de Kendra, pero, claro, para eso tendría que reconocer que existe, y lleva tres días ignorándola, excepto para lanzarle pullas de vez en cuando.

Kendra se levanta y se alisa la falda.

—Bueno, si hemos terminado, me iré. Debo preparar el equipaje para el viaje de la semana que viene.

La detengo, cogiéndola por la muñeca. Al verlo, Wendy apresura el paso y se va.

—Adiós, chicos. Hablamos la semana que viene —se despide antes de cerrar la puerta.

—Se le pasará —le digo a Kendra.

Ella ladea la cabeza y me dirige una mirada dolida.

—¿A quién? ¿A Royce o a Bo? Porque ninguno de los dos me dirige la palabra.

—Les costará un poco, pero son buenos tipos. Los conozco de toda la vida y sé que se les pasará —le aseguro para consolarla, aunque no tengo en qué basarme para hacer esa afirmación. No sé cómo reaccionarán, lo único que puedo hacer es confiar en ellos, en su sentido de lo que es correcto y lo que no.

Ella asiente, endereza los hombros y se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No pasa nada, me he enfrentado a cosas peores en la vida. Sé que esto también pasará.

Entorno los ojos y le aprieto la mano.

—Algo me dice que te has enfrentado a cosas mucho peores. Cosas de esas que, si se comparten, es más fácil que se curen y duelan menos.

—Parker, no vayas por ahí. —Frunce los labios y se abraza a la libreta de notas.

Nos quedamos observándonos fijamente el uno al otro durante unos momentos que se hacen eternos. Ninguno de los dos parece tener intención de aflojar. Finalmente soy yo quien cede.

—De acuerdo, sólo quiero que sepas que, si quieres hablar, aquí me tienes. En esta empresa somos un equipo, aunque ahora mismo no lo parezca. Bajo esta tensión se esconde una gran camaradería y respeto. Los chicos entrarán en razón, ya lo verás.

Ella me regala una sonrisa amable.

—Espero que tengas razón, Parker. De verdad que lo espero.

—¿Nos vamos? Mi chica va a encargarse de la comida china esta noche para hacer un maratón de Netflix. No sé qué vamos a ver, pero da igual. Sé que me voy a tragar lo que me ponga. —Kendra se echa a reír—. ¿Y tú? ¿Te espera alguien especial en casa?

—Sólo mi familia. Llevaba mucho fuera. Tengo mucho tiempo perdido que recuperar. Además, me necesitan. —Se dirige a la puerta y sale de la sala.

—Sí, Kendra. —Desde la puerta, busco con la vista el despacho de Royce y recuerdo cuando me contó que deseaba tener una familia—. Ni te imaginas lo mucho que te necesitan —susurro, y me dirijo al ascensor.

Aprieto el botón del ático y acerco el pulgar al lector óptico. Suena el aviso de aceptación, se pone verde y empieza a subir.

Cuando las puertas del ascensor se abren en el piso de Skyler, grito: —
¡Cariño, ya estoy en casa!

Pure Beauty Pharmaceuticals está situada al oeste de la Casa Blanca y del centro de Washington, D. C., en un pequeño barrio llamado Foggy Bottom. Hemos venido en metro desde nuestro hotel del centro porque Kendra nos ha dicho que es mucho más rápido que ir en coche por culpa del tráfico. Como ella ha vivido aquí, le hemos hecho caso. Un chófer nos estaba esperando a la salida de la estación de metro de la Universidad George Washington para acercarnos el último tramo hasta la sede de la empresa, donde se encuentran tanto la planta como las oficinas centrales.

Ahora estamos en una sala de espera de cristal, con grandes vistas al río Potomac. Permanezco contemplando el río hasta que se acerca una mujer vestida con un traje de aspecto muy caro. Su piel es inmaculada y tiene un brillo nacarado. Es morena y sus ojos, de color verde intenso, hacen juego con la blusa de seda que lleva bajo la americana del traje de Armani negro. Los zapatos de tacón de piel de serpiente también verdes le dan un punto moderno y estiloso. En conjunto, la mujer me recuerda a un caballo oscuro, uno que se hubiera engalanado para la batalla. Y tal vez sea así, ya que ha requerido la ayuda de nuestro equipo.

Me estrecha la mano con una fuerza sorprendente.

—Hola, soy Vivica Preston, la directora ejecutiva de Pure Beauty —se presenta, y le ofrece la mano a Kendra.

—Parker Ellis, director ejecutivo de International Guy, y ella es nuestra abogada de empresa, Kendra Banks.

Vivica alza una ceja desconfiada pero luego sonrío.

—Creo que tenemos conocidos comunes, Kendra. Me alegro de que vuelvas a estar en Washington tan pronto.

Ella no le devuelve la sonrisa.

—Sí, bueno, no tenía previsto regresar tan pronto, pero al parecer el gobierno no puede estar sin mí.

—Mmm, bien, pues vamos. Todo el mundo está esperando.

—¿Todo el mundo? —pregunto.

—Sí. —Sin dar más explicaciones, da media vuelta sobre los zapatos de tacón y echa a andar pasillo abajo.

Cuando llegamos a lo que supongo que es una sala de reuniones, abre la puerta y la sujeta para que pasemos.

Sentados a la mesa hay cinco hombres vestidos con traje y corbata. Tres parecen muy jóvenes; los otros dos, de mediana edad.

—Él es Parker Ellis, el director ejecutivo de la empresa que contraté para que nos ayuden a seducir a la senadora Birchill y a la senadora Portorino. Lo acompaña alguien que tal vez reconozcan o tal vez no. Es Kendra Banks, abogada de empresa y representante legal de International Guy. Dejó hace poco las relaciones gubernamentales para dedicarse al sector privado, pero al parecer el sector privado nos la ha traído de vuelta.

Los hombres se ríen por lo bajo mientras se levantan para estrecharnos las manos. Vivica presenta a los tres jóvenes como trabajadores de Pure Beauty Pharmaceuticals. Pero, para mi sorpresa, reconozco los otros dos nombres, ya que se trata del senador Damren, el antiguo senador demócrata por Delaware, y del senador Kemper, el actual senador republicano por Luisiana.

—Por favor, siéntense, señor Ellis, señora Banks. —Vivica señala dos sillas vacías.

Tras sentarme, me vuelvo hacia Kendra, que ha adoptado la que llamo su pose de guerrera. Espalda recta como una tabla y los hombros tan tensos que podría aguantar una pila de libros en cada uno de ellos. Tiene las rodillas

pegadas y los pies escondidos debajo de la silla. Tiene las manos unidas, colocadas cuidadosamente sobre la mesa, y la mirada fija en Vivica.

La directora se dirige a la parte delantera de la mesa y coge un mando a distancia. En la pared de enfrente, una pantalla empieza a descender.

—Ahora que estamos todos, podemos empezar. —Aprieta un botón y aparece la imagen de una mujer anodina vestida con un abrigo marrón de aspecto barato—. Ella es la senadora Birchill. Es una de las senadoras a las que tenemos que convencer para que voten a favor de la propuesta de ley que se está revisando actualmente.

—De hecho, tengo novedades al respecto —comenta el senador Kemper con una sonrisa que me resulta desagradable—. El comité se reunió ayer y logré que todos accedieran a votar la proposición de la semana que viene.

Vivica sonríe.

—¿Cree que todos votarán a favor?

El senador se echa a reír, lo que hace que se le sacuda la papada al mismo tiempo que su prominente vientre.

—Cuando quieran darse cuenta, ya estará aprobada. Lo único que ven es el número de puestos de trabajo que se crearán y el dinero que generará.

El senador Damren sonríe.

—Cuando prometes dos nuevas plantas y cincuenta mil puestos de trabajo, lo que a su vez aportará muchos dólares en impuestos, es muy fácil convencer a la gente. Por desgracia, Birchill y Portorino son la excepción. Nuestros lobistas han estado picando piedra en la Casa Blanca y en el Senado durante meses y tienen claro que el voto de esas dos senadoras será decisivo. Si ellas votan a favor, varios indecisos más las seguirán.

—Hablando de la propuesta de ley, me gustaría ver una copia de lo que incluye —interviene Kendra.

Con una inclinación de cabeza, Vivica le indica a uno de sus empleados que así lo haga. Saca dos copias y nos las da a Kendra y a mí.

Me echo hacia delante.

—Lo que yo quiero saber es qué incluye la proposición para que esas senadoras se opongán a votar a favor. Si el proyecto incluye la construcción de dos nuevas fábricas y supone la creación de tantos puestos de trabajo, lo lógico sería que todo el mundo votara a favor.

Vivica se cruza de brazos, adoptando una posición defensiva.

—Nada que justifique que no sea aprobada.

Le dirijo una sonrisa conciliadora.

—¿Podría elaborarlo un poco más?

Ella aprieta los dientes.

—A esas mujeres se les ha metido en la cabeza que la ley permitiría a las industrias del ramo hacer experimentos con animales.

—¿Y es así?

Un empleado toma la palabra. Es un hombre muy joven; parece acabado de salir de la facultad, pero me mira con una intensidad imposible de ignorar. Tengo la sensación de que viene de familia de políticos.

—No está en contra de prohibir los experimentos en animales.

Me encojo de hombros.

—¿Y por qué no se cambia la formulación? Que el proyecto formule claramente que se prohíbe experimentar en animales y problema resuelto.

Kemper me dirige una mirada furiosa. Al parecer, he tocado hueso con el senador, que me recuerda a un bulldog.

—¿Pretende que redactemos leyes que enumeren todo lo que las empresas

no pueden hacer? Si hiciéramos eso, los documentos tendrían mil páginas de longitud. ¡Es absurdo!

Vivica interviene en un tono más conciliador.

—No es un modo práctico de conseguir nuestros objetivos, señor Ellis, aunque agradecemos su sugerencia. Además, las pruebas en animales forman parte del negocio. No podemos vender nuestros productos farmacéuticos ni cosméticos sin probarlos antes en seres vivos. Nuestra prioridad es la seguridad de los seres humanos. Incluso la pasta de dientes que usa ha sido testada antes en cobayas para asegurarnos de que es segura antes de comercializarla.

Noto un regusto amargo en la lengua cuando el desayuno empieza a darme vueltas en el estómago. Necesito cambiar de táctica antes de vomitar, así que decido ir al grano.

—Disculpen, pero ¿podrían aclararme cuál es el objetivo de la propuesta de ley?

—Crear empleos y generar dinero en impuestos —replica el senador Damren con brusquedad.

Sacudo las manos.

—Disculpen mi ignorancia. Pure Beauty ha contratado a mi equipo para que convenza a un par de senadoras para que voten a favor de una ley que los favorece. Necesito saber las razones por las que quieren que se apruebe para poder buscar el mejor plan de ataque.

Vivica frunce los labios, se apoya en la mesa y me clava sus ojos verdes.

—La ley proporcionaría a Pure Beauty y al resto de las compañías farmacéuticas la capacidad de distribuir sus productos con más rapidez y con menos trabas por parte de la Agencia de Alimentos y Medicamentos. Por ejemplo, los investigadores de la sección de riesgos para la salud pueden

detener el lanzamiento de un producto por una razón tan peregrina como que una puerta de seguridad se quedó abierta mientras alguien salía a fumar un cigarrillo.

Alzo las cejas. Me parece escandaloso detener la comercialización de un producto por un simple error humano. Ella sigue hablando.

—La agencia también puede negarse a aprobar un medicamento porque en los exámenes no ha obtenido la marca positiva necesaria por una décima de punto. Una diminuta e insignificante décima de punto. Lo que pedimos es un poco más de espacio para maniobrar, para poder comercializar más productos y contratar más personal. Es un asunto que mil millones de dólares, y esas dos senadoras nos están impidiendo expandir el negocio; un negocio que crea productos que los consumidores necesitan, y que genera muchos puestos de trabajo, muy necesarios para una economía que está en crisis.

Caramba, dos personas pueden influir en el destino de una empresa, dos factorías, cincuenta mil empleos, cantidad de dinero en impuestos y mil millones en beneficios. Increíble. Ya entiendo por qué el resto de los senadores están a favor.

—¿Y cuál es el problema concreto que tienen esas dos senadoras con el proyecto? —pregunto ladeando la cabeza.

Vivica me dirige una sonrisa irónica y señala la pantalla.

—Senadora Birchill, republicana, de Colorado. Firme defensora de la Agencia de Protección del Medio Ambiente. Al parecer, piensa que los lugares elegidos para la construcción de las nuevas factorías no son respetuosos con el entorno. Ésas son sus palabras. No le gusta que vayamos a cortar unos cuantos árboles para construir una fábrica de cien hectáreas de superficie en Jackson, Wyoming, a las afueras de los parques de Yellowstone y Grand Teton.

Uno de los jóvenes interviene.

—Es el lugar ideal. A un precio asequible, cerca de la costa Oeste y de la zona norte del país. La otra planta estará situada al norte de Texas y dará servicio al sur y a la costa Este.

—¿Me están diciendo que la senadora es un poco hippie, en plan «salvemos el planeta» y esas cosas? —pregunto buscando reacciones que me den más información.

Vivica sonrío. Caramba, cuando sonrío de verdad es mucho más guapa.

—Pues sí. Algo así. Su trabajo consistirá en hacerle entender que las ventajas del proyecto son muy superiores a los perjuicios para el medio ambiente.

Me encojo de hombros y me froto la barbilla. No parece complicado. Revisaré los planos de las fábricas, la información sobre el entorno y comprobaré cuánto daño se puede causar. Casi siempre se puede llegar a un acuerdo con alguien poniendo en una balanza las ventajas y los inconvenientes.

—¿Y la senadora Portorino? —Doy golpecitos en los papeles que tengo delante.

—Adora a los perros. Para ella, sus perros son como sus hijos —comenta otro de los empleados—. Quiere garantías de que no experimentaremos en animales en las nuevas plantas y no podemos hacerle esa promesa.

Cuando pensaba que el estómago se me había aposentado, vuelve a darme vueltas. Recuerdo al gato pelirrojo de Alexis, el que conocí en Montreal y que tanta compañía me hizo en momentos duros; no me puedo imaginar que nadie quiera experimentar nada con esos seres pequeños y peludos..., a menos que fuera una silla de oficina especialmente diseñada para gatos de oficina. Acordarme de *Spartacus* me recuerda que recientemente me han venido ganas de tener una mascota. A Sky le encantaría tener un animal en casa, y más ahora que tiene previsto quedarse en Boston un par de años. Me pregunto qué

preferiría, si un gato o un perro. Probablemente un gato, ya que vive en el ático de un edificio en el centro de Boston. Lo hablaré con ella luego.

Vivica aprieta un botón del mando y aparece la foto de una mujer vestida con traje de chaqueta y zapatillas deportivas que lleva en la mano tres correas atadas a tres perros de razas distintas, paseando por una calle con mucho tráfico.

—Le encantan los perros —repito en un susurro mientras examino la imagen de la mujer menuda, de piel aceitunada y pelo negro.

No es fea. Debe de tener cuarenta y muchos años, y mantiene sus curvas. Lleva aros dorados en las orejas y el cabello recogido en una apretada cola de caballo. Si tuviera que adivinar, diría que es de origen italiano y que se casó con un italiano, ya que su apellido es Portorino.

—Le pediré a mi equipo que empiece por recopilar información sobre ambas. ¿Residen en Washington? Me gustaría pasar a hacerles una visita.

Vivica sonrío y el senador Kemper se echa a reír.

El senador es el primero en hablar.

—¿Cree que puede entrar en sus oficinas y lograr que lo reciban así como así? Tiene mucho por aprender sobre cómo funcionan los entresijos de Washington, hijo.

Kendra se levanta bruscamente y me apoya una mano en el hombro.

—Ningún problema, yo lo pongo al día. —Dirigiéndose a Vivica, añade —: Revisaremos el proyecto, estudiaremos los datos y buscaremos información sobre nuestros dos objetivos. Cuando tengamos un plan trazado, nos pondremos en contacto con ustedes, señora Preston.

La directora asiente.

—Bien. Nuestro equipo ya tiene información recopilada sobre ellas. —Me

entrega dos gruesos dosieres—. Aquí está lo que sabemos sobre las senadoras Birchill y Portorino, sobre todo cuestiones de las que podemos echar mano si no se avienen a aprobar el proyecto por las buenas.

Cojo los dosieres y me los pongo debajo del brazo.

—Estaremos en contacto. —Me levanto y sigo a Kendra, que está saliendo de la sala de reuniones.

Ella camina en silencio, igual que yo, hasta que entramos en el metro y contemplamos pasar el paisaje por la ventanilla.

—¿Qué es lo que acabo de presenciar? —le pregunto. Me siento mal, como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago, pero no acabo de entender por qué.

—Un ataque político —responde ella sin expresión en la voz, aunque parece enfadada.

—¿Ataque?

—Sí, quieren quitarse de encima a Birchill y a Portorino, cargándose su reputación.

Entorno los ojos.

—¿De dónde sacas esa idea? Han hablado de convencerlas para que voten a favor.

Ella hace una mueca de disgusto.

—Birchill es la abanderada de la defensa del medio ambiente en el Senado. Todo el mundo sabe que no va a cambiar de idea bajo ninguna circunstancia. Por eso representa a Colorado. Todo el estado es verde, por el amor de Dios.

—Vale, pero ¿qué tiene que ver eso con arruinar su reputación?

—Si mis sospechas son ciertas, las dos plantas previstas van a ser

enormes, y van a afectar a una gran extensión de bosques, vida animal y recursos naturales. Y no sólo eso. Si la ley se aprueba, otras empresas podrán apuntarse al carro y perjudicar también otras zonas. Cualquier empresa que justifique que piensa crear puestos de trabajo usará la ley como carta blanca para destruir el medio ambiente, contaminar el aire y llenar el país de residuos potencialmente peligrosos.

Noto una picazón en la piel y empiezo a sudar, muy incómodo.

—¿Y Portorino?

—Es una defensora acérrima de los derechos de los animales. Entre otras cosas, es la representante en el Senado de la Humane Society, la organización internacional en defensa de los animales cuyas oficinas centrales se hallan aquí, en Washington. Se encuentra a menudo en sus oficinas y nunca falta en sus eventos, cenas para recaudar fondos, ese tipo de actos. Es contraria a la experimentación en animales, de toda índole. Si cambiara de idea sobre la ley, su reputación como defensora de los animales inocentes quedaría destruida. Le sería más ventajoso dimitir que aprobar la ley. No hay nada que podamos hacer para convencerla de que la apruebe.

—Mmm, le pediré a Wendy que las investigue más a fondo. Mañana pasaremos el día estudiando la documentación que nos han dado. Y, según lo que Wendy haya descubierto sobre ellas, nos reuniremos con las dos. ¿Se te ocurre alguna idea para poder hablar con ellas? Éste es tu terreno, lo conoces bien. —Le dirijo una sonrisa para que sepa que confío en su experiencia y en su criterio.

—Preguntaré por ahí. Llamaré a mis contactos. Seguro que podré averiguar dónde suelen comer o cenar. O tal vez podamos abordarlas mientras entran o salen de sus casas.

Miro por la ventanilla mientras pasamos por Georgetown. Washington está lleno de preciosos árboles y bonitas vistas cuando recorres sus barrios.

Incluso me gusta la voz de la mujer que avisa de las paradas del metro. Suena casi británica; me recuerda a Geneva James. Me pregunto si vendrá desde Londres al rodaje de su película, que será en Boston.

—Me parece un plan tan bueno como cualquier otro. —Sonriendo, sigo contemplando el paisaje.

Dejamos de hablar y ambos nos perdemos en nuestros pensamientos. Sin embargo, hay algo que me reconcome y no permite que me relaje. La manera en que los miembros de la empresa hablaban sobre los experimentos con animales me ha dejado inquieto. Necesito saber qué implican esas pruebas, dónde se hacen y si se realizan a menudo o no. Tampoco me convence nada la idea de que instalen una gran industria cerca de un parque nacional. Por muchos empleos que genere, no puede ser bueno para el medio ambiente. De momento, lo único que puedo hacer es averiguar más cosas sobre Pure Beauty Pharmaceuticals, sobre el proyecto de ley y sobre las dos senadoras a las que quieren que convezamos.

La información es poder.

Al día siguiente, Kendra y yo estamos sentados en la suite que hemos tenido que compartir. Hubo un fallo al hacer la reserva, fallo del hotel, pero no les quedan habitaciones libres. De todos modos, la suite tiene habitaciones separadas y baños separados, aparte de un salón y una cocina bastante espaciosa. Cuando se lo expliqué a Sky, se partió de risa. Le pareció gracioso que a mí me inquietara contarle que tenía que compartir suite con otra mujer. Sobre todo ahora que sabe lo que sucedió entre Roy y Kendra en el pasado. Me dijo que así me sería más fácil llegar a conocer a la persona en la que se ha convertido, alguien distinto de la joven que salía con mi amigo en la universidad.

Yo repliqué que no pensaba hurgar más en el pasado de Kendra, por miedo a perder a mi mejor amigo y socio, pero reconozco que me siento muy intrigado por saber qué la ha llevado a volver a Boston tras haber pasado los últimos ocho años en Washington.

—Ese proyecto de ley no nos traerá nada bueno, Parker. —Kendra rompe el silencio. Está sentada en el sofá, vestida con ropa cómoda, igual que yo. Ella lleva un chándal con capucha y yo vaqueros y una camiseta.

—¿Por qué lo dices?

Sacudiendo la cabeza, levanta una hoja de papel y señala una parte del proyecto de ley que le ha llamado la atención.

—Si se aprueba la ley, tanto Pure Beauty como las demás empresas farmacéuticas podrán experimentar con cualquier ser vivo. Además, podrán lanzar productos que se encuentran todavía en fase beta, siempre y cuando hayan superado dos pruebas en seres vivos. Lo que significa prescindir de pruebas en seres humanos.

—¿En serio?

Ella asiente.

—Sí. Pueden hacer las pruebas y, si obtienen los resultados esperados, pueden elegir si se saltan la fase beta o no. La fase beta es donde se realizan las pruebas en seres humanos. La industria cosmética suele probarlos en grupos de voluntarios o de gente a la que paga. Las farmacéuticas obtienen los pacientes de maneras distintas, pero, en cualquier caso, lo importante es que, si se aprueba esta ley, se podrán saltar la fase beta directamente.

—Sigo pensando en la parte de las pruebas con animales.

Ella frunce el ceño.

—He oído hablar de esta empresa, Parker. No te he comentado nada porque no tengo pruebas, son sólo rumores, pero un amigo mío, defensor de

los derechos de los animales, dice que Pure Beauty Pharmaceuticals está ligada de alguna manera a PB Resources.

—¿Qué es PB Resources?

—Una empresa que se ocupa de hacer pruebas en animales, pero también (y aquí está el quid de la cuestión) se dedica a criar animales exclusivamente para esas pruebas. Los animales nacen en un laboratorio y su vida consiste en estar sujetos a esos test, muchos de los cuales son crueles. No estamos hablando de simples análisis de sangre. Y tampoco estamos hablando sólo de ratones o de cobayas, como mencionó Vivica. En muchas pruebas usan perros y gatos.

Saco el móvil y llamo a International Guy. Annie responde.

—International Guy, le atiende Annie. ¿En qué puedo ayudarle?

—Annie, soy Parker. Tengo que hablar con Wendy. Ahora.

—Ah. Sí, vale. Eehh, ¿puedo ayudarte yo en algo? Quiero decir, ahora que soy tu secretaria oficial...

Aprieto los dientes e inspiro hondo por la nariz para controlar la irritación que me causa que no obedezca mis órdenes de inmediato. Me digo que sólo trata de ser útil y hacer un buen trabajo.

—No, gracias. Necesito la ayuda técnica de Wendy.

—Ah, vale —replica apagada—. Ahora te paso. Espero que lo estéis pasando bien en Washington.

Aguardo en silencio hasta que me doy cuenta de que está esperando a que le responda.

—Es un viaje de negocios, Annie, no de placer. ¿Con Wendy, por favor?
—insisto casi gruñendo.

—Claro, por supuesto. Ahora mismito.

Finalmente, el teléfono empieza a sonar.

—Hola, jefe. ¿A qué debo el gran honor?

—¿Estás delante del ordenador?

—Ésa es la pregunta más tonta que he oído hoy —responde en tono de broma, pero no estoy de humor.

—Déjate de ironías. Necesito información sobre PB Resources. Dime quiénes son los dueños y a qué se dedican.

—PB Resources. Voy. —La oigo teclear rápidamente—. Parece un laboratorio farmacéutico... Eh, esto es raro.

—¿El qué?

—Aparecen algunos de los directivos de Pure Beauty Pharmaceuticals que me pediste que investigara. Unos cuantos miembros de la junta directiva están aquí también. Ostras..., ¡mierda!

—¿Qué pasa?

—Bueno, ya que he entrado en su web, me he metido más adentro. Ya sabes, en partes de la página donde nadie debería entrar, pero donde yo entro porque soy la caña...

—Wendy, por favor, dime qué has encontrado. —Suelto el aire en un suspiro exasperado y me froto las sienes, porque me está entrando dolor de cabeza.

—Resulta que Vivica Preston es la esposa de Jeffrey Preston, el director ejecutivo de PB Resources. Por lo que veo en sus cuentas, juntas directivas e inversores, diría que Pure Beauty Pharmaceuticals y PB Resources se acuestan juntos, literalmente. Y lo curioso del caso es que no es información pública; lo mantienen en secreto. Nunca aparecen citados juntos, ni siquiera hay fotos del matrimonio junto en ningún acto público.

—¿Y a qué crees que se debe eso?

—No lo sé, pero la alarma de mi detector de cosas raras se ha disparado. Necesito investigar más, penetrar mucho más profundamente hasta llegar a lugares que ni te imaginas que existen...

Me echo a reír.

—Haces que suene sucio y sórdido.

—Porque lo es. Por lo menos es incestuoso y... ¡Mierda! ¡Oh, no! Aaahh. ¡Joder!

—¿Qué pasa?

—En la web de la USDA aparece denunciada PB Resources un montón de veces.

—¿Qué es la USDA? —Busco combinaciones de siglas en mi cabeza, pero no caigo.

—El Departamento de Agricultura de Estados Unidos.

—Ah, vale. ¿Y por qué los denuncian?

—Por violación de los derechos de los animales.

Se me hace un nudo en el estómago y el café que he tomado hace un rato parece ácido.

—¿Dan detalles?

—Sí. Son casos graves. Estoy viendo cosas horribles. Hacen que perros se traguen pintalabios para ver qué les pasa por dentro y así poder decir que son seguros por si algún niño se los traga. Les vierten laca de uñas sobre el pelaje para ver qué ocurre si se lo lamen y la ingieren.

—¡Joder! —El corazón empieza a latirme furiosamente.

—Por Dios, encontraron muchísimos animales en un contenedor de basura,

unos encima de otros. A los últimos que hallaron se les había cerrado la garganta porque les inyectaron la fórmula que estaban probando para el relleno de labios. Resultó que era demasiado pegajoso y se ahogaron todos. Parece que tardaron bastante en encontrar la fórmula adecuada.

—Ay, Dios, Wendy. —Me tapo la boca, porque me vienen ganas de vomitar.

—Uf, Park. Otra vez los denunciaron por dejar a los animales encerrados en jaulas diminutas sin comida ni bebida durante todo el fin de semana. — Wendy contiene el aliento y el ácido del estómago me empieza a ascender por la garganta.

—Wendy... —Consigo no vomitar, pero me cuesta.

—Pobrecillos. Otra denuncia fue porque alguien metió unos gatitos en un congelador y se los olvidó allí. Se los encontraron congelados; sólo tenían una semana.

No puedo más. Esa última imagen hace que salga corriendo hacia la cocina y vomite en el cubo de la basura. Kendra se acerca y me acaricia la espalda.

—Estoy aquí, Park —me dice usando el diminutivo de siempre antes de alejarse. Regresa pronto con una toalla húmeda que me apoya en la nuca.

Yo sigo con el móvil en la mano mientras me libero de todo lo que tenía en el estómago, hasta que Kendra me lo quita.

—¿Wendy? Soy Kendra. ¿Qué ha pasado?

No estoy pendiente de la conversación, porque bastante trabajo tengo tratando de recobrar el aliento y haciendo que mi estómago se quede tranquilo. Me limpio la boca con la toalla húmeda, me lavo las manos en el fregadero y bebo agua, porque tengo la garganta en carne viva. Cuando acabo, ato la bolsa de la basura. Llamaré al servicio de habitaciones para que se la lleven.

Kendra se acerca a mí con los ojos brillando de odio y rabia.

—Sí, ahora mismo me encargo —le dice a Wendy—. Sí, cuidaré de él. Sí, le diré que te llame luego. Gracias. —Cuelga y deja el móvil en la encimera—. Al parecer, Pure Beauty está conectada con PB Resources. Tras ver tu reacción y oír los gritos indignados de Wendy, creo que vamos a tener que replantearnos cómo abordamos este caso.

—No pienso ayudarlos a aprobar una ley que les facilite aún más hacer daño a los animales.

—¿Estás dispuesto a perder medio millón de dólares? —me pregunta a bocajarro.

—No, pero tampoco estoy dispuesto a perder mi alma a cambio de ese dinero.

Kendra me dirige una sonrisa irónica.

—Pues parece que vamos a tener trabajo.

—¿A qué te refieres?

—Vamos a tener que justificar que los métodos de Pure Beauty van en contra de nuestra reputación y nuestra imagen de marca. Al final, la cláusula que incorporé nos va a resultar muy útil.

—Contratarte ha sido una gran decisión —admito sonriendo.

—Ya sólo falta que convenzas a los chicos. —Ella también sonríe, ladeando la cabeza.

—Esto ayudará, ya lo verás. International Guy no vende su alma al diablo. La muerte de animales inocentes no puede taparse con un montón de dinero.

—Sabía que no me equivocaba apostando por ti, Parker. Incluso con la carga del pasado, algo me decía que International Guy era la opción correcta. Y ahora acabo de darme cuenta del porqué de mi intuición.

—Pues ¿sabes qué, Kendra? A mí me ha pasado lo mismo.

—Bueno, eso está muy bien, pero seguimos teniendo un problema. Para librarnos del contrato vamos a tener que justificarnos, y eso va a condicionar el futuro de International Guy. ¿Estás dispuesto a meterte en ese berenjenal? Todo lo que hagamos a partir de ahora nos hará caminar por el filo de la ética profesional. No se arregla un error cometiendo otro. Pueden demandarnos por compartir información confidencial si divulgamos lo que hemos encontrado sobre Pure Beauty.

—¿Estás diciendo que no podemos hacer nada para solucionar esta situación?

—No, no estoy diciendo eso en absoluto. Haremos todo lo que esté en nuestra mano, pero hemos de estar preparados para su reacción.

—Pues seamos prudentes y reduzcamos todos los riesgos posibles, pero a veces hay cosas que no se pueden ignorar si uno quiere dormir tranquilo por las noches. Yo quiero dormir a gusto, y no podré hacerlo si sé que la cara oscura de la humanidad va ganando. Ante el chantaje y la crueldad animal, no podemos quedarnos de brazos cruzados. Alguien tiene que plantarles cara, y no hay mejor manera de predicar que haciéndolo con el ejemplo.

—Hermano, tanta crueldad no se puede consentir. Que yo entiendo que sea necesario probar las medicinas antes de sacarlas al mercado, pero lo de la cosmética es un capricho, no una necesidad. Y lo que hacen está mal; muy mal, joder. —La profunda voz de Royce retumba en mi habitación a través del altavoz del teléfono, que está puesto en modo manos libres.

Han pasado horas desde mi colapso, y estoy hablando con mis colegas mientras recorro la habitación. He estado leyendo la información que me ha pasado Wendy tras mi encuentro íntimo con la papelera.

—No quiero ganar dinero a costa de los animales —aporta Bo—. Para eso, preferiría ser vaquero. Al menos tendría un montón de lindas vaqueritas a las que montar entre horas. Pero, si puedo elegir en qué montar, me quedo con mi moto —comenta con su socarronería habitual, que es como un bálsamo para mis nervios castigados.

Es la primera vez que nos vemos envueltos en un caso en el que ninguno de los tres quiere continuar. Hasta ahora siempre hemos podido proporcionarle a la clienta lo que necesitaba, pero esta vez lo que nos piden va contra nuestra conciencia. Y no podemos mirar hacia otro lado y fingir que no pasa nada. Sin embargo, tengo claro que esta clienta podría arruinarnos el negocio que tanto nos ha costado levantar, así que vamos a andarnos con cuidado para que no ocurra.

Me froto las sienes.

—Chicos, esos peces gordos de la industria farmacéutica podrían hacer daño a la empresa. Nos podrían machacar. Hemos de ser más listos que ellos. Hemos de demostrarles que es imposible convencer a las senadoras y abandonar el caso sin quemarnos los dedos. Kendra está trabajando en cómo

retirarnos sin perjuicios para la empresa. Gracias a Dios que añadió la cláusula de retirada; esa cláusula nos salvará el culo.

—Parker, no me voy a quedar tranquilo si, simplemente, nos lavamos las manos —dice Bo—. Si lo dejamos, contratarán a otros que estén dispuestos a seguirles el juego. ¿Te dieron la información que tenían sobre las senadoras?

—Sí. —Suspiro hondo, soltando todo el aire que tengo en los pulmones—. La senadora Birchill abortó cuando tenía dieciséis años. Era información protegida, pero la encontraron. Es republicana y se ha manifestado públicamente en campañas a favor de la vida. Eso la convertiría en una hipócrita y una mentirosa a ojos de su partido, y podría acabar con su carrera.

—Por Dios. ¿Serían capaces de hacer pública esa información? —pregunta Royce.

—Sí, eso creo.

—¿Y sobre la otra senadora? —añade—. ¿La demócrata de Illinois?

—Tiene una hermana en rehabilitación. Ha tenido varios encontronazos con la justicia. El partido de la senadora quiere más dureza en estos casos, pero resulta que Portorino defendió a su hermana durante su tercer juicio. Le habían encontrado una bolsa llena de droga, suficiente cantidad como para acusarla de tráfico además de consumo. El juez era amigo de la senadora y, gracias a eso, su hermana acabó en rehabilitación y no en la cárcel.

—Y eso es justo lo contrario de lo que defiende su partido en estos casos, ¿no? —supone Bo.

—Bingo.

—La política es una mierda —refunfuña Bo—. Todo son acusaciones mutuas pero todo el mundo miente. Son una panda de hipócritas. Ya no te puedes fiar de nadie.

—Te entiendo, hermano. ¿Qué opinas, Royce? ¿Qué harías tú que no

perjudicara a la empresa?

Roy suspira, parece cansado.

—Propongo que hables con esas senadoras, les cuentes un poco lo que está pasando y utilices los contactos de Kendra en Washington para hacer correr la voz sobre la relación entre Pure Beauty y PB Resources. Que la gente saque conclusiones sobre eso y la aprobación del proyecto de ley.

De pronto, se me enciende la bombilla.

—¡Kendra! —grito asomándome a la zona común de la suite. Ella aparece en la puerta de su habitación, vestida con ropa de deporte—. ¿Puedes venir, por favor?

Mientras se acerca, no puedo evitar fijarme en su cuerpo bien tonificado. Caramba, siempre había tenido unas curvas muy bien puestas, pero antes no tenía las nalgas tan redondas y levantadas. Su cuerpo de chica se ha transformado en uno de mujer. Lleva un top tan corto que deja a la vista unos cuantos abdominales. Tiene hasta tableta de chocolate. Royce babearía si estuviera aquí ahora.

Aparto la mirada de su cuerpo cuando se lleva las manos a las caderas y me pregunta molesta: —¿Eras tú el que bramabas?

Sacudiendo la cabeza, me río de su comentario irónico antes de preguntarle: —¿Conoces a senadores personalmente?

—Sí, tengo bastantes buenos amigos en el Congreso y el Senado, ¿por qué?

—Estaba hablando con los chicos, comentando nuestra conversación de antes. A ellos tampoco les gusta la idea de que Pure Beauty siga aterrorizando animales o que castigue a las dos senadoras por cuestiones de su vida personal. Están de acuerdo en que hagamos algo, siendo prudentes. Creemos que debemos hacer correr la información de que disponemos; que se entere todo Washington.

Ella frunce el ceño.

—Como ya te he dicho antes, Parker, no podemos olvidarnos de la cláusula de confidencialidad. Si no vamos con cuidado, Pure Beauty puede ponerle una demanda a International Guy y dejarla en la ruina.

—Joder. —Me paso la mano por el pelo, que llevo más largo que nunca.

Kendra se da golpecitos con el dedo en la barbilla.

—Sin embargo, nada nos impide hablar sobre PB Resources. En nuestro contrato no se dice nada sobre ellos. Lo único que hemos de hacer es redoblar la prudencia y conseguir que nuestro interlocutor saque sus propias conclusiones.

Le dirijo una gran sonrisa.

—Eres brillante.

—En eso te doy la razón —replica muy seria, aunque los ojos se le iluminan con un brillo travieso.

—Y, dejando aparte la brillantez de Kendra —nos interrumpe Royce—, ¿cómo vamos a impedir que Pure Beauty se entere de lo que estamos haciendo?

—Yo me ocupo de eso —le asegura Kendra—. No hay nada raro en que salga a comer o a cenar con viejos amigos mientras estoy trabajando en un caso en Washington. A veces, la mejor manera de esconder algo es hacerlo a la vista de todos.

—Brillante de nuevo. —Sonrío.

—Gracias. Y, si no me necesitas más, voy a correr un rato. Estaré de vuelta con tiempo para ir a cenar. A ver si nos encontramos con la senadora Birchill.

—Vale. Chicos, seguimos en contacto.

—Cúidate, hermano —dice Bo.

—Paz —añade Royce antes de colgar.

—Que vaya bien —me despido de Kendra—. Me quedaré revisando un poco más estos documentos, y tal vez llame a Skyler.

Ella sonríe.

—Bien hecho. Esta noche vístete informal. La senadora Birchill es una mujer muy campechana.

Hago una mueca.

—Sí, ya me fijé en el traje que llevaba. Imaginé que se sentía más a gusto con vaqueros y botas.

—Exacto. Hasta luego. —Me saluda con la mano y se aleja.

Cuando sale de la suite, llamo a Skyler, esperando encontrarla en un buen momento. Después de que el móvil suene varias veces, responde una voz masculina.

—¡Aquí el teléfono de Skyler! —exclama una voz jovial.

Cierro los ojos y me pinzo el puente de la nariz con dos dedos, soltando el aire que he contenido mientras esperaba a oír la voz de mi chica. No obstante, ésa no es la voz sensual y relajante que esperaba oír. Joder, no quiero que ningún hombre vuelva a responder al teléfono de Sky, a menos que sea Nate y que tenga un buen motivo para hacerlo.

—Rick, soy Parker. ¿Por qué coges las llamadas de mi novia?

—Tiiiiiiiiiiiiio —exclama, alargando la palabra como si tuviera una docena de «íes». Me alegro de hablar contigo. Estoy ensayando el texto con tu chica, hermano, ¿a que mola? Vamos a trabajar juntos en plan... eternamente, tío. Estoy supermegaentusiasmado. ¡Vamos a ser muy buenos amigos!

«¿Yo? ¿Un buen amigo de Rick *el del Tic*? Lo dudo.»

—Sí, eehh, es fantástico, Rick. ¿Está Skyler por ahí?

—Sí, claro —dice con énfasis, pero sin intención de pasármela.

—¿Puedo hablar con ella? —Pongo los ojos en blanco y trato de disimular que se me está acabando la paciencia.

—Oh, no, tío. Está en el lavabo. Ahora saldrá, supongo. A menos que esté plantando un pino.

Por Dios, ¿de dónde ha salido este cafre? Supongo que los papeles se los dan porque queda bien en pantalla, porque es muy corto. Por suerte, al lado de mi chica, cualquiera queda bien.

—Eso es..., mira, no pienso hacer ningún comentario. Dile que me llame cuando tenga un momento.

—No cuelgues, tío. Quiero hablar contigo. Quería darte las gracias por los consejos que me diste. Marcaron la diferencia. La película quedó redonda gracias a tus consejos. Y nos ayudará cuando tengamos que volver a rodar escenas sexys en el futuro. En «Los más deseados» hay un montón de escenas tórridas. Voy a tener que tocarla por todas partes; necesito saber que a su hombre no le importa.

¿Quiere saber si a mí no me importa? ¿Si me parece bien que Rick *el del Tic* le meta mano por todas partes y recorra su cuerpo con la boca? No, claro que no me parece bien, joder.

Apretando los dientes, respiro por la nariz como si fuera un toro furioso.

—Intentaré llevarlo bien.

—Genial, tío. Estoy buscando alojamiento por aquí y el apartamento de Skyler es la hostia. Me ha dicho que tal vez me lo pueda pasar dentro de unos meses, cuando tenga que instalarme aquí para el rodaje. Comentó algo de buscar un sitio más grande. ¿Vais a iros a vivir juntos, tío?

Ésa es la pregunta del millón. Todavía no hemos tenido esa charla.

¿Para qué demonios quiere un sitio más grande? Para ella sola no tiene ningún sentido. A menos que, como apuntaba Rick, esté pensando en vivir conmigo. Pienso en la ropa que me compró y que está en su vestidor. En las ganas que tiene de que me sienta como en casa. En que pasamos juntos todas las noches, ya sea en su casa o en la mía. Mierda, ¿estamos ya viviendo juntos pero no nos atrevemos a llamar a las cosas por su nombre?

La mente se me llena de imágenes de los dos creando juntos un hogar. Suyo y mío, de los dos. Hasta ahora nunca he tenido ganas de vivir con una mujer.

Pero eso ha cambiado.

Tengo que hablar con Sky, saber qué piensa al respecto y, más importante aún, qué siente. Cada vez tengo más claro que Skyler es la única mujer que quiero en mi vida. Lo quiero todo, una relación a largo plazo, una casa con jardín, animales que salgan a recibirme cuando llego a casa..., el pack completo.

Aparto esos pensamientos de la mente para centrarme en la conversación.

—Me alegro de haberte ayudado, Rick. Por favor, dile a Skyler que me llame...

—Ah, aquí está. Supongo que sólo estaba meando. Skyler, osito, tu hombre está al aparato. Estábamos poniéndonos al día..., ya sabes, cosas de tíos.

Hago una mueca y niego con la cabeza. Este tipo no tiene filtro; suelta lo primero que se le pasa por la cabeza.

Oigo ruidos y luego, por fin, la dulce y sexy voz de mi mujer llega a mis oídos, transportándome inmediatamente a mi lugar feliz.

—Hola, cariño.

—Melocotones. —Noto que la voz se me vuelve ronca de golpe, fruto del

deseo.

—Te echo mucho de menos, y eso que acabas de irte. Ésa es la desventaja de vivir en Boston.

—Qué va, vivir en Boston no tiene desventajas. —Ella se ríe y su risa es música para mis oídos—. Imagino que echarás de menos el ambiente de Nueva York. Llevabas años allí, tienes amigos...

Ella se echa a reír de nuevo.

—Cariño, la única amiga que tengo en Nueva York es Tracey. Cuando le cuento que pienso instalarme aquí de manera permanente le va a dar un ataque, pero al final se alegrará por mí. Para eso están los amigos.

«De manera permanente.»

—¿Estás pensando en quedarte también cuando acabe el rodaje de «Los más deseados»? —Tiro la caña, sintiendo un escalofrío de ansiedad que nace en el lugar donde viven mis inseguridades.

—¿Tú no..., ehhh..., tienes previsto que esté por aquí tanto tiempo? —pregunta ella. Aunque trata de parecer segura de sí misma, noto que le tiembla un poco la voz.

—Mmm, bueno, supongo que eso dependerá de dónde esté yo entonces. Si estoy en una cama, a tu lado, y resulta que esa cama está en Boston, seré el hombre más feliz del mundo. ¿Qué opinas de los perros y los gatos?

—Eehh, ¿en qué sentido? —Parece confundida.

—En el sentido de tener uno como mascota. En Montreal conocí a un gato muy enrollado que se llamaba *Spartacus*. Yo siempre me había considerado más de perros que de gatos hasta que lo conocí. Ahora estoy abierto. Cualquiera de las dos posibilidades me parecería bien. O las dos. Sobre todo si piensas quedarte por aquí a largo plazo. No necesitaríamos tantos canguros si somos dos para cuidar de nuestros animales.

—¿Nuestros animales? —La voz se le vuelve más aguda.

Sonrío al pensar en mi dulce chica con un gato atigrado en el regazo y un perro a sus pies cuando llego a casa por la noche.

La puta felicidad.

—¿Vamos a tener animales compartidos, niño bonito?

—No lo sé, dímelo tú. Me lo he estado planteando desde Montreal. No puedo quitarme la idea de la cabeza. Te veo a ti con un gato peludo y gordo en brazos.

—Mmm, y en esa imagen de tu cabeza, ¿dónde nos ves viviendo? ¿Tal vez compartiendo casa, por el bien de los animales?

Me muerdo el labio, preguntándome si no sería mejor que mantuviéramos esta charla cara a cara. Es un gran paso, un paso enorme, y, sin embargo, ella parece bien dispuesta a hablar ahora, y hay que aprovechar las oportunidades cuando se presentan.

—Tal vez. ¿Te gustaría?

—Parker, ¿me estás proponiendo que nos vayamos a vivir juntos y tengamos un perro y un gato? —me pregunta entre risas.

«¿Se lo estoy proponiendo?»

Sí.

Joder.

Mierda.

Maldición.

La bomba está lanzada; ya no puedo echarme atrás.

—¿Qué dirías si te lo propusiera? —Opto por las evasivas por miedo a estar metiendo la pata. Tal vez ella no está preparada. Tal vez he interpretado

mal que se haya mudado a Boston y que me haya llenado el vestidor de ropa. Tal vez simplemente se preocupa por mi comodidad y no tiene intención de cambiar de vida.

—Diría: «¡Cuenta conmigo, cariño!». Me muero de ganas de comprarme una casa en Boston, pero no sabía si a ti te apetecería dar un paso más. Parker, quiero instalarme aquí y comprar una casa. Una de verdad, con jardín y porche, como la que tenían tus abuelos. ¿Estás preparado para todo eso?

Me paso la lengua por los dientes mientras lo pienso.

—Nunca había querido compartir esas cosas con otras mujeres, pero he descubierto que, contigo, lo quiero todo. —Me trago el miedo y la ansiedad que me atenazan la garganta. Cuando me doy cuenta de la magnitud del paso que vamos a dar, me empieza a sudar la frente. Skyler y yo compartiendo una casa que hemos comprado juntos. Es un compromiso enorme, a sólo un paso de distancia del matrimonio. Y, por primera vez en mi vida posterior a Kayla, la idea del matrimonio no me hace desear salir huyendo.

—¿En serio? —Su voz muestra tanta alegría que el miedo desaparece de golpe.

Todo está bien; somos Skyler y yo.

—Sí, nena, en serio. Sky, quiero estar contigo todo el tiempo que pueda. Quiero acostarme a tu lado siempre que esté en casa. Besar tus labios todas las noches antes de dormir, ver tu cara cuando me despierte por la mañana. Y, por supuesto, si a eso le añades un gato o un perro, o las dos cosas, lo que tú prefieras, estaría encantado.

—Cariño... —dice con dificultad.

—¿Sí?

Empieza a hablar en un susurro, pero su voz adquiere fuerza a medida que va avanzando.

—Yo también quiero todas esas cosas contigo. Y quiero un gato gordo y un perro gigante. Si son cachorros, mejor, porque así crecerán juntos y se harán amigos. ¡Será perfecto!

Sí, será perfecto.

—Pues ya está todo decidido —afirmo con seguridad.

—¿El qué?

—Compartiremos gato y perro. Y casa. Tú y yo.

—¡Ay, madre! —exclama Sky—. A ver si lo he comprendido bien, para que no haya malentendidos. Cuando vuelvas de Washington, iremos a comprar una casa. Juntos. Tú y yo. Porque nos vamos a ir a vivir juntos, oficialmente.

—Joder... —Me frote la nuca—. Sí, Melocotones, nos vamos a vivir juntos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Estoy tan contenta! —Me la imagino dando saltos por el piso—. ¡Parker, qué ganas tengo de empezar a mirar casas! Llamaré a Wendy y a Mick para preguntarles si hay alguna en la zona. Están a veinte minutos de las oficinas de International Guy, la urbanización es segura y... ¡sería perfecto! Seguro que podemos encontrar alguna finca que tenga una casita en el jardín para que Rachel y Nate puedan instalarse allí si quieren. Si no, pueden quedarse donde están ahora. Cariño... —Su voz ha vuelto a cambiar. Ya no es sensual ni loca de alegría; ahora es temblorosa.

—Sky, ¿qué pasa? Pensaba que estabas contenta. —Frunzo el ceño y empiezo a recorrer la habitación. Mierda, sabía que debería haber esperado para mantener esta conversación cara a cara y así poder abrazarla, tocarla, darle la confianza que necesita, que necesitamos los dos.

Ella se aclara la garganta.

—Estoy contenta. Más que contenta, soy feliz. Y no estoy acostumbrada a ser tan feliz. Voy a comprar una casa con mi novio. Voy a quedarme a vivir en

Boston y... —Sorbe por la nariz—. ¡Vamos a tener mascotas! Nunca he tenido animales porque me paso la vida viajando, pero me muero de ganas de elegirlos contigo. Es, es... el mejor día de mi vida. —Se le escapa un sollozo al acabar.

—Dios, ojalá pudiera estar a tu lado. Melocotones, tranquila. Tenemos todo el tiempo del mundo. ¿Qué te parece si empiezas a mirar casas para tener una idea? Tan sólo te pido que tengas en cuenta que yo no puedo seguirte el ritmo a nivel financiero. Ha de ser algo que podamos permitirnos entre los dos.

—Mmm, bueno, de hecho, ya he mirado precios en la zona de Mick y Wendy y la verdad es que no son baratas. Yo puedo permitírmelo, sobre todo teniendo en cuenta que venderé el piso de Nueva York, pero hemos de tener presente el tema de la seguridad. Debo pensar en cosas como el alojamiento de Nate y Rachel, pero creo que tú no deberías preocuparte de nada de eso.

Una sensación de incomodidad me deja sin habla. Por un lado, una voz en mi cabeza no para de recordarme que soy el hombre, que debo ser el sostén de la familia, que debo pagar la casa y darme golpes en el pecho como el cavernícola que soy. Pero otra voz menos escandalosa me recuerda que mi novia, la mujer con la que quiero irme a vivir, necesita medidas de seguridad fuera de lo corriente. Y aunque a mi ego le gustaría proporcionárselo todo a mi pareja, no podemos escatimar en seguridad. Tengo que dejar que elija la casa más adecuada y contribuir en lo que pueda.

—¿Por qué no vas mirando? Cuando tengas varias propuestas, las discutimos. No voy a pedirte que bajes tus expectativas por mí, pero sí quiero hacer una contribución importante a la casa, ¿está claro?

—Sí, cariño. Lo entiendo perfectamente —responde con alegría—. Te quiero. Me encanta que avancemos juntos hacia el futuro. Esto es más de lo que podría haber soñado. Me estás dando todo lo que podría pedirle a la vida.

Me das amor, un hogar, una familia. —Vuelve a sollozar, aunque se nota que trata de contenerse.

—Sky, yo siento lo mismo. Quiero un hogar donde poder vivir muchos años contigo y, si es posible, para siempre. Cuidar juntos de nuestros animales y, tal vez algún día, de nuestros hijos.

Ella contiene el aliento.

—Hijos. ¡Ay, Dios mío...!

—¿Querrás tenerlos algún día conmigo?

El corazón me late desbocado en el pecho. No me puedo creer que estemos hablando de comprar una casa y de tener hijos. Skyler me ha cambiado de arriba abajo, me ha convertido en una persona distinta. Antes de ella, mi vida era un desfile inacabable de mujeres disponibles. No me acostaba con todas, ni mucho menos, pero las posibilidades estaban ahí. Ahora esa puerta se ha cerrado y no me importa en absoluto. Lo único que me atrae en la vida es la idea de mudarme a vivir con Sky.

—Sí, claro que sí. Más que nada en el mundo. —Su voz está cargada de emoción, mezclada con asombro.

—Perfecto. Pues adelante con todo. Una cosa detrás de otra, ¿vale?

—Sí, una cosa detrás de otra, cariño. Ahora la casa y los animales.

—Eso mismo, Melocotones. La casa y los animales.

—No se me ocurre mejor manera de empezar, Parker. —Su tono sigue siendo maravillado, como si no acabara de creérselo, y me muero de ganas de probar su asombro en mi lengua, besándola hasta robarle el aliento para sellar este trato como se merece.

Sonrío al comprobar lo mucho que la ha afectado la conversación.

—Bueno, y ahora que nos hemos puesto de acuerdo, dime, ¿por qué

demonios responde Rick a tus llamadas?

Ella gruñe.

—Aaah, ese chico no sabe dónde están los límites. Me ve como a una hermana. Dice que tú y él vais a haceros muy coleguitas cuando se instale en Boston. Hasta está pensando en traerse a su novia aquí.

Sin contar lo de *relación a largo plazo*, *novia* es la palabra mágica del día.

—¿Novia?

Sky se echa a reír.

—Sabía que te quedarías con eso. Sí, tiene novia. Al parecer, es una chica muy dulce con la que lleva un año saliendo sin que se haya enterado nadie, sólo los más íntimos. Creo que van a casarse pronto.

—¿En serio? —Mi sonrisa se hace más grande. ¿Rick *el del Tic* con una cadena y una bola atadas al tobillo? Me gusta la idea.

—Sí. Es que ella es muy religiosa. Se ve que aún no se han acostado juntos —susurra, y su voz me llega apagada, como si hubiera tapado el teléfono con la mano.

Frunzo el ceño.

—¿Perdona?

—Lo que oyes. Rick dice que tiene las pelotas a punto de estallar, pero que la quiere y que respeta su decisión de esperar hasta el matrimonio.

—Me imagino que por eso tendrá tanta prisa por casarse.

—Sí, supongo. Aunque me parece bonito que esté dispuesto a esperar. ¿Tú me esperarías a mí?

¿Pasarme meses enteros sin clavarme hasta las pelotas en Skyler?

—¡Ni loco! Bastante esperé ya.

—¡Esperaste dos días! Eso no es nada.

—¿Cómo que no? Es una eternidad. Cuando un hombre tiene al lado una mujer como tú, cada minuto de espera cuenta como un puto año.

—Eres un cerdo —me acusa riendo.

—*Oink, oink.* —Yo también me río, y el sonido rebota en las paredes, haciéndome sentir menos solo. Dios, cómo la echo de menos.

—Es broma, cariño. Sabes que me moría de ganas de acostarme contigo desde la primera noche. Fue verte tan alto, tan bien hecho, con tus ojos azules y tu mata de pelo revuelto y me tuviste en el saco. Lo único que quería era juntar mi boca con la tuya y volverme loca.

—Y al final nos rendimos a la tentación...

—Sí —susurra ella con timidez—. Y ahora vamos a irnos a vivir juntos y cuidaremos de bebés peludos. ¿Alguna raza especial?

—Pues me gustaría que el gato fuera pelirrojo —sugiero, acordándome de *Spartacus*.

—¿Hay algo que quieras contarme? ¿Tienes debilidad por las pelirrojas?

Sonrío.

—Sólo por las peludas, nena.

—¿Y la raza de perro?

—¿A ti qué te gustaría?

—Creo que un golden retriever —responde, y su tono soñador me dice que no es la primera vez que piensa en eso.

—Ajá. Te gustan rubios —contraataco usando sus armas.

—Tal vez. —Ella me sigue el juego.

—Pues, decidido. Tendremos un gato pelirrojo y un golden retriever.

—¡Bieeeen! Voy a empezar a buscar refugios de animales ahora mismo.

Y lo primero en que piensa mi chica es en rescatar a algún animal. No sé de qué me extraño, ella es así.

—Por mí, genial. Me alegraré mucho de salvar a alguno. —Lo que me recuerda el caso de Pure Beauty—. Empieza a buscar, ¿vale? Y nada de ensayar besos o escenas subiditas con Rick mientras esté fuera.

—Cariño, esas escenas no las preparamos. Lo dejamos para los últimos ensayos en plató. Nada de comerle la boca si no es estrictamente necesario. — Hace un ruido como si vomitara que me hace sonreír como un bobo.

—Esa boca es mía y sólo mía.

—Sí.

—No lo olvides.

—No lo haré.

—Tengo que colgar. Cuanto antes me quite de encima este caso, mejor. No me hace ninguna gracia.

—¿Quieres que lo hablemos luego?

—No, lo hablaremos cuando vuelva a casa. No es nada de lo que debas preocuparte.

—Vale, cariño. Te enviaré fotos de todo lo que encuentre.

—Me encantará. Y, Melocotones...

—¿Sí? —Su voz susurrada me afecta directamente entre las piernas.

—No veo el momento de irme a vivir contigo.

—Yo tampoco. Que descanses.

—Tú también.

—¡Te quiero! —exclama antes de enviarme un sonoro beso por el teléfono.

—No dejes de hacerlo nunca —le pido riendo.

—¡Imposible! —replica, y cuelga.

Me quedo mirando el teléfono, hago rodar los hombros y el cuello y me imagino a mi chica dando botes por el ático, celebrando las novedades. Voy a tener que reunirme pronto con los muchachos para darles las noticias mientras nos tomamos unas cervezas.

Algo me dice que no se van a llevar ninguna sorpresa.

—¿Senadora Birchill? ¡Me había parecido que era usted! —exclama Kendra con un entusiasmo que hasta ahora no le había visto en ningún momento.

—¿Kendra? Pensaba que te habías mudado a Boston, buscando un sitio más tranquilo. —La imponente mujer deja en la mesa su bocadillo de beicon, tomate y lechuga.

Kendra le dirige una sonrisa sincera, lo que me sorprende, ya que no era consciente de que la conociera personalmente.

—Sí, bueno, el trabajo me ha traído de vuelta a Washington. Cosas de la vida.

La senadora Birchill me sorprende al palmear el taburete vacío que tiene al lado.

—¿Qué tal si tu amigo y tú le hacéis compañía a esta vieja?

—Muy amable, senadora. —Le ofrezco la mano—. Soy Parker Ellis, encantado de conocerla.

Ella me sonrío y los rizos de su melena corta se sacuden cuando me estrecha la mano con fuerza.

—Vaya, vaya, qué muchacho más fornido te has buscado, Kendra. Bien hecho, querida.

Ella se echa a reír.

—No es mi novio, Karen; es mi jefe.

La senadora me recorre de arriba abajo con sus astutos ojos marrones.

—Qué pena. Te mereces un hombre guapo y bueno como el señor Ellis.

Sonriendo, me aliso la camiseta. Siguiendo la recomendación de Kendra, me he vestido de manera informal.

—Vaya, muchas gracias. Espero que mi novia piense lo mismo. —Alzo una ceja y luego le guiño el ojo.

Ella se encoge de hombros mientras Kendra y yo nos sentamos a su derecha. La abogada queda en medio de los dos.

—Kendra, querida, siempre has sido un poco lenta en lo que a hombres se refiere. Tienes que salir más. Olvídate ya de tu enfermedad y busca cosas interesantes y grandes..., como un chulazo de metro noventa —le propone sonriendo.

Kendra se echa a reír, pero yo no. Se me han quitado las ganas de reír de golpe al oír la palabra *enfermedad*. Sé que hace tiempo que no nos vemos, pero no me ha parecido que la senadora estuviera hablando de una dolencia sin importancia, sino de una enfermedad grave. Una que, obviamente, ha marcado su vida. Y me molesta no saber nada de eso.

—Ya sabe que mi trabajo me ocupa mucho tiempo. Estoy tan volcada en él que no me queda tiempo para hombres. Siempre hay cosas que hacer, casos que ganar... —Kendra sacude la mano en el aire—. Pero ya basta de hablar de mí, hablemos de lo que se cuece en el Senado ahora mismo.

Caramba, es buena. Aunque no habría estado de más que mencionara que conocía a la senadora Birchill personalmente. Tengo la sensación de que son buenas amigas.

—Eehh, nada interesante. Todo son cuestiones aburridas. Prefiero que me cuentes más cosas de Boston. ¿Sigue allí aquel tipo del que estabas colgada? ¿Os habéis visto? ¿Cómo se llamaba? ¿Ray? ¿Ron?

Kendra endereza la espalda y carraspea.

—Oh, no, no, no. No quiero hablar de eso. Me mudé para estar más cerca

de mi familia, como ya sabe.

Pero yo sí que quiero hablar de eso.

—Creo que el nombre al que se refería es Royce, senadora.

Ella palmea la barra y me señala.

—¡Roy... Royce! Exacto, ése era el nombre. Cuando nos conocimos ella era una jovencita que acababa de recibir el alta en el hospital. Recuerdo que estaba totalmente colgada de un tipo al que había dejado en Boston.

Kendra le apoya la mano en el brazo.

—Karen, Parker y Royce son amigos. Trabajo para ellos. ¿Podemos cambiar de tema, por favor? —Aunque su tono es calmado, en el fondo sus palabras no dejan de ser una súplica.

La senadora abre mucho los ojos.

—Vaya, no pretendía hacerte sentir incómoda, querida. Lo siento. —Le da palmaditas en la mano, en un gesto maternal.

Mi sentido arácnido se pone en marcha. La senadora Birchill es mucho más que una conocida para Kendra. Esta mujer le importa. Lo que significa que Kendra no ha sido del todo sincera conmigo. Y, por lo que acabo de oír, no ha sido sincera sobre un montón de cosas. Aprieto los dientes. Ella me mira de reojo y se muerde el labio inferior. Es un gesto que solía hacer cuando estábamos en la facultad y reflexionaba sobre algún tema complicado.

—Es curioso que nos hayamos encontrado con usted, senadora. Su nombre se ha mencionado en un caso en el que estamos trabajando. —Trato de devolver la conversación al terreno profesional para poder acabar aquí cuanto antes y volver al hotel, donde voy a pegarle la bronca a Kendra por ocultarme su relación con la senadora. Y eso será justo antes de reñirla por no contarme que siguió enamorada de Roy y que estuvo gravemente enferma. No son

delitos, pero sí mentiras por omisión. Me pregunto si Royce sabía que estaba enferma. ¿Fue ésa la razón por la que lo abandonó?

Demasiados aspectos del pasado están volviendo para mezclarse con el presente. Ninguno de ellos me afecta personalmente, pero afectan a Royce, y todo lo que lo afecta a él nos afecta a los tres. Mi lealtad en esto siempre estará de su lado.

Kendra se aclara la garganta.

—Sí, nos han contratado para trabajar en una propuesta de ley, la que defiende el senador Kemper...

—¡Ese sucio fanfarrón! No sé cómo ese hombre puede dormir por las noches. Deja de trabajar para él cuanto antes, querida. Te arruinará sin despeinarse y se quedará tan ancho. No es una buena persona; lo único que le preocupa es cuánto dinero puede meterse en el bolsillo. Y la empresa que defiende, Pure Beauty..., se os revolvería el estómago si os enterarais de lo que tienen previsto hacer. Talar todos esos árboles, destrozar la naturaleza que Dios nos ha regalado..., y ¿para qué? ¿Para que las mujeres ricas puedan inyectarse mierdas en la cara aún más deprisa? ¿Qué ha pasado con aquello de envejecer con elegancia? ¿Con lo de aceptar lo que Dios nos dio y ser felices como somos, en vez de estar contando cuántas arrugas tienes en la cara? —Su rostro se contrae en una mueca de disgusto—. ¿Quién decidió que las arrugas eran algo malo? ¿Sabes lo que es malo? Meterse cosas en la cara para rellenar esas arrugas. Probar esos productos en animales para que tú parezcas cinco años más joven. Talar miles de árboles que nos dan el aire que respiramos. — Se ha puesto muy colorada.

Alzo la mano para llamar su atención.

—Entiendo su disgusto. Estamos de acuerdo con usted, en todo.

Ella frunce el ceño.

—Entonces ¿por qué trabajáis para esos pringados?

—Cuando nos contrataron no sabíamos qué pretendían, y ahora nos encontramos en una situación delicada —responde Kendra—. Resulta que el principal cliente de PB Resources es Pure Beauty.

La senadora abre mucho los ojos y luego hace una mueca despectiva.

—Eso es serio. Esa gente hace cosas peligrosas con los animales. ¿Tenéis pruebas de que trabajan juntos?

Me humedezco los labios y me echo hacia delante.

—La directora de Pure Beauty Pharmaceuticals y el director de PB Resources están casados. Muchos de los directivos e inversores pertenecen a las juntas de ambas empresas. Y eso es todo lo que podemos decir sin que nos caiga encima una demanda.

La senadora abre mucho las ventanas de la nariz y frunce los labios.

—Vaya, vaya. Esto se pone interesante. Cuando los demás senadores se enteren de quién está realmente detrás de la propuesta de ley, no les va a hacer ninguna gracia.

—Por desgracia, según Kemper, el comité está dispuesto a aceptar la propuesta para que sea sometida al voto del Senado. Sólo faltarían su voto y el de...

—Portorino —concluye ella, y yo asiento—. Vosotros no habéis venido aquí a cenar, ¿verdad? —Su tono no admite réplica.

Kendra traga saliva y niega con la cabeza.

—No, Karen.

—Ya veo. ¿Qué tienen sobre mí? —Da golpecitos con los dedos sobre la barra como si esto fuera lo normal para ella, su día a día.

Kendra se retuerce las manos sobre el regazo. Es la primera vez que la veo perder la actitud profesional. Está muy afectada y se nota en su lenguaje

corporal y en la seria expresión de la cara. Al ver que le cuesta hablar, lo hago yo en su lugar.

—Tomó una decisión difícil a los dieciséis años. Lo saben —expongo claramente, para ahorrarle a Kendra el mal trago de tener que admitir que sabemos que su amiga abortó.

La senadora cierra los ojos y, cuando vuelve a abrirlos, tiene los ojos empañados y el rostro inexpresivo. Fija la mirada en un punto al otro lado del bar, rehuyendo el contacto visual. El pelo rizado le cubre buena parte de la cara, pero veo que está perdida en los recuerdos.

Cuando finalmente habla, su voz suena como si le hubieran raspado las cuerdas vocales con un rallador.

—Me violaron. ¿Se molestaron en leeros el atestado policial?

Una sensación muy fea se aferra a mi pecho. Aprieto el puño y siento el impulso de darles una paliza a los asquerosos responsables de su sufrimiento hasta que no puedan volver a hacer daño a nadie más.

¿Cómo puede dormir esa gente por las noches? Si saben que abortó, sin duda también saben la causa. ¿Cómo pueden usar algo así contra una mujer violada? Apenas puedo controlar la rabia que siento. No conozco a ninguna mujer que quisiera criar a un hijo del hombre que la violó. Tener al lado un recuerdo constante de uno de los peores momentos de tu vida. Qué horror. Y encima era prácticamente una niña. A los dieciséis años aún eres una niña.

—Me agarró cuando volvía de la biblioteca. Solía ir a la biblioteca municipal para hacer los trabajos de clase. Él tenía veinticinco. Iba colocado, había consumido cristal. Me metió entre unos arbustos, me amenazó a punta de navaja y me arrebató la inocencia. Me estranguló hasta que perdí la conciencia y me dejó tirada, pensando que estaba muerta. Pero sobreviví. La bibliotecaria me encontró. Llamó a la policía y a una ambulancia y se quedó conmigo. Lo

peor fue que no me dejó sólo el recuerdo de la horrible experiencia; también me dejó un embarazo.

Cierro los ojos y me imagino que la bibliotecaria es mi madre, encontrándose a una adolescente violada al borde de la muerte. Me estremezco. Inspiro hondo, tratando de calmar la furia que me hace hervir la sangre en las venas.

—Las autoridades lo atraparon y lo sentenciaron a cadena perpetua. No podía soportar la idea de criar a un hijo de ese hombre, por eso aborté. Mi expediente es teóricamente secreto, ya que era menor de edad. El día en que lo hice, me prometí que nunca volvería a acabar con una vida, bajo ninguna circunstancia. Ese tipo me hizo mucho daño porque nunca dejé que otro hombre se me acercara. No he tenido marido ni hijos; he preferido tener una vida solitaria. Me volqué en la política y ahora quieren arrebatármela también. Es lo único que tengo en la vida. —Sacude la cabeza y se acaba lo que tiene en el vaso, que parece Coca-Cola—. A veces odio la política, pero vivo totalmente entregada a ella.

Me levanto, incapaz de estarme quieto.

—¿Nos vamos, Kendra? —Señalo la puerta.

Ella frunce el ceño, pero baja del taburete.

—Karen, sigamos hablando mañana. Hemos de detener a esa gente, pero con prudencia. No pueden ligarnos a la filtración de información.

Karen le dirige una sonrisa cargada de malicia.

—Oh, no te preocupes por eso. Mañana mismo le pediré a mi sobrino que investigue la empresa. Ya se ocupará él mismo de encontrar la conexión. Creo que los próximos días van a ser una avalancha de información.

Le apoyo la mano en el hombro.

—Piénselo bien. Conocen su pasado y no dudarán en usarlo.

Ella frunce los labios.

—Mi pasado lleva demasiado tiempo oculto. —Me da palmaditas en la mano que sigue en su hombro—. No te preocupes por mí, hijo. Esta vieja sabe cuidarse sola.

Le aprieto el hombro y me alejo, dejando que Kendra se despida a solas, pero en cuanto llegamos al coche de alquiler me lanzo sobre ella.

—¿Por qué demonios no me contaste que la conocías?

Ella separa las ventanas de la nariz y se vuelve para mirarme cara a cara.

—La conocí hace mucho tiempo. Trabajé para ella como becaria durante seis meses mientras me preparaba para las oposiciones. Se portó muy bien conmigo.

—Es obvio que entre las dos hay muy buena conexión. ¿No se te ocurrió contármelo antes? ¿Tal vez incluso antes de aceptar el caso? —No puedo disimular la tensión que me causa esta situación.

—No tenía ni idea de que tendríamos que trabajar con ella o contra ella. Me sorprendió tanto como a ti ver su foto en la reunión de ayer. Lo siento, Parker. No lo sabía. —Su voz pierde fuelle, haciendo que yo también me calme al mismo tiempo.

Me humedezco los labios e inspiro hondo.

—Tu relación con ella es demasiado íntima, Kendra. No deberías seguir encargándote del caso.

Sus ojos me fulminan con la intensidad de un láser.

—Si te crees que voy a retirarme ahora, estás muy equivocado. Van a tratar de destruir a alguien a quien aprecio. Trabajan con una empresa que tortura animales. Es obvio que tienen mucho dinero y contactos en las altas esferas o,

a estas alturas, la empresa ya estaría cerrada. No pienso ir a ninguna parte hasta asegurarme de que el proyecto de ley no supera el trámite.

Golpeo el volante con el puño.

—¡Joder! —Durante un par de minutos permanezco inmóvil, agarrado al volante, tratando de librarme del enfado y la frustración que me recorren el cuerpo para poder conducir con seguridad. Kendra no dice nada. O bien ya está conforme con el silencio, o bien también necesita tiempo para recobrar la calma—. ¿De qué hablaba cuando ha dicho que estuviste enferma? ¿Estuviste ingresada? —le pregunto al cabo, volviéndome hacia ella para no perderme su reacción.

Un fogonazo de dolor intenso brilla en su mirada, pero luego se apaga.

—Parker, no pienso hablar del pasado ni de mi vida personal. Yo no te pregunto sobre tu vida; espero que tú me trates con el mismo respeto.

Entorno los ojos.

—Tu pasado acaba de volver y nos ha dado una bofetada en la cara con una situación que podría suponer la destrucción de mi empresa. Necesito saber si nos enfrentamos a más situaciones potencialmente peligrosas para mí o para mis socios.

Ella niega con la cabeza.

—No estoy de acuerdo. El tiempo que pasé en el hospital y mi pasado con Royce no tienen nada que ver con el caso. Te agradecería que olvidaras las palabras de la senadora. No es relevante y, francamente, no me apetece hablar de ello. —No se muerde la lengua.

Durante unos instantes, la observo en silencio. Tiene el rostro anguloso, los pómulos elevados, las cejas perfectamente perfiladas, los labios carnosos, la barbilla y la nariz pequeñas. Es una auténtica belleza, y ésa es parte de la

razón por la que Royce quedó tan tocado cuando lo abandonó. Y estuvo enferma. ¿Cómo de enferma?

Una sensación incómoda, como un cosquilleo, me asalta la base del cráneo. Es una sensación que me asalta siempre que hay algo que se me escapa, que necesito saber. Aprieto los dientes y decido que voy a pedirle a Wendy que investigue. Joder, conociendo a nuestra loca descarada, lo más probable es que ya lo haya hecho. Seguro que está ahora mismo deseando compartir la información, pero no lo hace por respeto a su nueva colega.

—De acuerdo —miento, consciente de que llegaré hasta donde haga falta para proteger a Royce y a la empresa. Si Kendra tiene secretos inconfesables en su pasado, quiero conocerlos para saber el impacto que podrían tener. Y cuando los conozca, ya decidiré si quiero compartirlos con el mundo o no. De momento, me calmaré y me centraré en el caso.

Mierda, qué ganas tengo de marcharme de Washington y regresar a Boston, donde una rubia de infarto está buscando casas con porche y bebés peludos a los que cuidar conmigo.

—Gracias, Parker. —Se echa hacia atrás en el asiento y se abrocha el cinturón.

Yo hago lo mismo y pongo el coche en marcha.

—Sólo espero que salgamos de este caso indemnes y con la empresa intacta.

—Así será. Te lo prometo por mi carrera. No vamos a hundirnos con ellos. —Me aferro a la seguridad que desprenden sus palabras porque necesito confiar en ella para poder salir de esta pesadilla política en la que nos hemos metido.

Cuando alguien llama bruscamente a la puerta, me levanto con las piernas temblorosas y respirando entrecortadamente, como si acabara de correr un maratón. La puerta se abre y aparece Kendra. Tiene el pelo húmedo y lleva una camiseta de Harvard que le llega hasta las rodillas. El resto de sus piernas es espectacular. Me está mirando de arriba abajo.

—Caramba, Park, qué bueno estás. —Sonríe sin dejar de observarme—. Siempre has tenido buen cuerpo, pero, Virgen santa —se abanica con lo que parece un periódico doblado—, ahora entiendo que te hayas ligado a una estrella de Hollywood. Si yo tuviera todo eso en mi cama, también te amarraría fuerte. —Sigue contemplándome con la cabeza ladeada, pero no cruza el umbral.

Me llevo las manos a las caderas y doy gracias a Dios porque no estaba soñando con Skyler y, gracias a eso, no estoy empalmado. Veo los vaqueros en el suelo, los cojo y me los pongo.

—¿Hay alguna razón para que me despiertes así?

Ella vuelve a mirarme de arriba abajo, sacude la cabeza y señala el periódico.

—No te lo vas a creer. —Abre el periódico y me lo muestra.

Lo cojo y leo el titular principal: REVELADA LA TRAGEDIA DE INFANCIA DE LA SENADORA BIRCHILL.

—¡Joder! —Leo el artículo. Está todo ahí. La violación a los dieciséis años, cómo sufrió una fuerte depresión después. Cuenta que se quedó embarazada de su violador y que tomó la dura decisión de abortar. La historia está tan bien escrita que se me llenan los ojos de lágrimas—. No me puedo creer que lo haya contado todo.

—Ha sido lo más inteligente que ha podido hacer. —Kendra se cruza de

brazos—. Tomar la iniciativa. Si lo cuenta ella misma, no pueden tergiversar sus palabras y usarlas en su contra. —Se acerca al televisor, lo enciende y busca uno de los informativos de la mañana. Por supuesto, la historia de la senadora es una de las noticias destacadas.

Los dos escuchamos cómo el presentador expresa sus condolencias por el duro trago al que tuvo que enfrentarse la senadora. Cambio de canal y encuentro imágenes de la senadora en persona.

Con voz segura, está diciendo:

—Y por eso ahora soy provida, aunque no recrimino a nadie que tenga una opción distinta. Yo he pasado por el infierno de la violación y de la depresión y sé lo que es renunciar a un hijo. En aquel momento, hice lo que mis padres me aconsejaron. Ahora no estoy segura de qué decisión tomaría, pero eso da igual. Esos hechos definieron la persona que soy ahora. Por eso me vuelco tanto en ayudar a otras mujeres que tengan que tomar una decisión parecida. Las animo a abrazar la vida siempre que sea posible. Ésa es mi posición al respecto —concluye con énfasis. Aunque el plano es cerrado, parece estar hablando en un estrado.

—Caray, se ha movido rápido —susurro.

—En este campo, tienes que hacerlo. Las noticias de hoy mañana ya no interesan a nadie. Hay que actuar en el momento y seguir adelante. Y mira las reacciones de la gente. La consideran fuerte y valiente por haber confesado lo sucedido. Asombroso. —Sacude la cabeza.

—Eso parece. Y supongo que eso significa que puede decir lo que quiera sobre Pure Beauty, ya que la espada de Damocles que pendía sobre su cabeza ha desaparecido.

Kendra sonrío y va a decir algo, pero mi teléfono suena. Lo cojo de la mesilla de noche y veo que el número que me llama tiene prefijo de Washington.

—Parker Ellis.

—Señor Ellis, soy Vivica Preston. Supongo que ha visto las noticias...

—Sí, acabo de verlas. Lo estaba hablando con mi abogada.

—Esto nos dificulta un poco las cosas para conseguir su voto, así que, a menos que hayan encontrado algo más sobre la senadora Birchill, céntrense en Portorino.

Siento un escalofrío. Aprieto los dientes y trato de no refunfuñar.

—Esto casi nos lo hace imposible —comento para empezar a trabajar con el concepto de «fracaso» que nos permita romper el contrato.

—Sí, lo entiendo. Vayan a por Portorino. Necesitamos su voto. Investigaremos a los demás senadores y veremos si encontramos algo que podamos usar. Volveré a llamar —añade bruscamente antes de colgar.

Apago la tele y gruño sentidamente, apretando los puños.

—No quiero trabajar para esa gente; me dan mucho asco.

Kendra asiente.

—Voy a poner en marcha nuestro plan de distribución de información. Hoy nos reuniremos con cuatro de mis amigos. Les hablaremos de PB Resources y de su conexión con la industria cosmética. Aunque nos vendría bien tener más información sobre los de PB Resources. ¿Dónde tienen los laboratorios? Iría bien echar un vistazo.

—¿Estás sugiriendo que vayamos a hacer una visita?

Ella sonrío.

—No, nosotros no. Estoy sugiriendo que Bo vaya a hacer una visita. Si la memoria no me falla, se le daba muy bien lo de entrar en los sitios sin permiso. —Menea las cejas como si supiera algo que a mí se me escapa.

Alzo las cejas.

—¿Mi abogada está sugiriendo que rompamos la ley?

Ella me dirige una sonrisa irónica.

—Sólo un poco. Nos vendría muy bien obtener fotografías de lo que les hacen a los animales.

No pienso consentir que Bo se juegue el cuello entrando en esa empresa, pero se me ocurre otra cosa.

—Tengo una idea mejor. —Cojo el teléfono y llamo a Wendy.

—Hola, jefe. ¿Qué deseas que mi magia te consiga hoy? —me pregunta, y se echa a reír de su propia broma.

Sonrío.

—Necesito que te cueles en internet y hagas de investigadora privada superhacker.

—Oh, tú sí que sabes lo que a esta chica le gusta oír. No se lo contaré a Mick. —Baja el tono de voz hasta convertirla en un susurro cómplice—. ¿De qué se trata?

Pongo los ojos en blanco y me acerco a la ventana, donde me quedo contemplando el paisaje.

—Necesito que entres en la web de PB Resources y descubras si hay abierta alguna oferta de empleo. Y luego necesitaré que Bo se presente en la empresa fingiendo ser candidato a la entrevista de trabajo. —Oigo los dedos de Wendy tecleando a toda velocidad. Tras unos momentos de silencio, añado —: ¿Podrás hacerlo?

Ella suelta el aire en un resoplido burlón.

—Juego de niños. La próxima vez pídemme que entre en la web del Departamento de Defensa y que le consiga un empleo —chulea—. Ajá, veo

que hay dos vacantes, una de conserje y otra de auxiliar de laboratorio. Ay, por favor, déjame que lo mande a limpiar váteres —me pide sin poder contener la alegría—. Me darías el alegrón del año. *¡Porfa, porfa!* —me ruega—. Te prometo que no te pediré nada más durante el resto del año. ¡Te lo juro! Y si no cumplo mi palabra, que me muera ahora mismo.

Al oírla decir eso, se me borra la sonrisa de la cara. Aún no he olvidado el susto que nos dio cuando estuvo al borde de la muerte por un disparo de bala.

—No bromees con eso, descarada. No me hace gracia.

Ella refunfuña.

—Lo siento, pero, en serio, ¿puedo meterlo en la convocatoria para conserje?

—No, lo necesitamos en el laboratorio.

—¿Qué pasa? —me pregunta Kendra por encima del hombro.

—Wendy ha encontrado que PB Resources tiene abierta convocatoria para cubrir las plazas de conserje y de auxiliar de laboratorio.

—La de conserje —me dice sin dudar.

Frunzo el ceño mientras oigo a Wendy gritar de alegría al otro lado de la línea.

—¿Por qué conserje? —Me aparto el móvil de la oreja—. ¿No nos iría mejor tenerlo en el laboratorio?

Ella se apoya en la cama.

—No. No quiero que se encuentre en situaciones donde no sepa qué hacer. Los auxiliares de laboratorio necesitan formación y él no la tiene. Además, nunca le pediría que hiciera algo que yo no sería capaz de hacer. ¿Qué pasa si le piden que le ponga una inyección a un animal o que le haga daño de alguna

manera? —Se estremece—. No, los conserjes tienen acceso a todo el edificio. Probablemente conseguirá mucha más información en ese puesto. Y cualquiera puede limpiar baños, suelos y esas cosas. Ya tiene un pie dentro.

—¡Sí! —exclama Wendy—. Por favor, deja que se lo diga yo.

Su entusiasmo me hace reír.

—No, loquita. Tengo que hablar con él personalmente. Tú encárgate del papeleo y procura que empiece a trabajar cuanto antes: si es mañana, mejor que pasado. Necesitamos alguna prueba del maltrato a los animales o este caso puede llevarnos a la ruina.

—Entendido. Ahora mismo, jefe. No te fallaré.

—Nunca me has fallado, Wendy. Avísame cuando esté todo listo. ¿Puedes pasarme con Bo?

—Encantada.

Dos días después, estoy muy tenso, nervioso y sexualmente frustrado. Anoche Skyler no tuvo tiempo para un poco de sexo telefónico, aunque sí lo tuvo para enviarme una foto jodidamente sexy en la que sólo lleva la ropa interior. Se la hizo justo antes de volar a Nueva York para visitar a Tracey y firmar los contratos de la serie «Los más deseados». Paso el pulgar por la foto, acariciando sus curvas cubiertas por encaje rojo. El pelo le oculta la cara, pero sé que es ella, porque conozco ese cuerpo como si fuera mi polla. Conozco cada centímetro, cada curva, cada valle, la redondez de las pantorrillas...

Se me hace la boca agua mientras el teléfono me vibra en la mano.

«El Amante de Ensueño», leo en la pantalla.

Le doy a la tecla verde y me llevo el teléfono a la oreja, olvidándome de mi diosa rubia.

—¡Dime que tienes algo! —le ruego. Estoy harto de estar en Washington, visitando a senadores engolados y fingiendo trabajar para una empresa que va en contra de todos mis valores.

—¡Hola, chico! Te llamo desde el cuartito del astuto conserje de PB Resources, donde la cantidad de mierda que esconden es inadmisibile. Ayer no pude cenar y hoy no he podido desayunar, y eso que sólo llevo un día aquí.

Hago una mueca. No me hace ninguna gracia que Bo tenga que enfrentarse a esas cosas.

—Lo siento, hermano.

—Tranquilo, no pasa nada; alguien tenía que hacerlo. Voy a enviarte varias fotos que he sacado. Alguna es incriminatoria, pero no lo suficiente. Lo peor

que he encontrado hasta ahora ha sido a un par de perros que estaban en los huesos, claramente malnutridos. Fui a la máquina de vending y les llevé un par de palitos de cecina para cada uno. Y hoy llevo los bolsillos llenos de chucherías, por lo que me pueda encontrar.

Sonríó al imaginarme a mi amigo llevando palitos de cecina de contrabando. Dejando de lado la cantidad de mujeres con las que se acuesta, Bo es un buen tipo, con un corazón de oro.

—Hay una sala en la que aún no he entrado. Según el *planning*, no me toca ir allí hasta esta noche. Tengo la corazonada de que allí es donde encontraré las cosas más escabrosas. Ya te contaré.

—Vale. Bo, gracias por lo que estás haciendo. Podrías haberte negado, pero que hayas aceptado hacer esto por la empresa significa mucho para mí.

Él refunfuña.

—Ya, cállate. Yo también soy dueño de la empresa. Mi culo está tan amenazado como el tuyo o el de Royce. Somos un equipo. Más que eso, somos una familia. Y no vamos a permitir que una panda de cabrones nos complique la existencia. Atento al teléfono, que voy a enviarte las fotos. Quiero largarme de aquí cuanto antes. Estoy harto de limpiar. De hecho, lo primero que haré cuando salga será subirle el sueldo a mi asistenta por limpiarme el baño. ¡Esa mujer es una santa!

Me echo a reír con tantas ganas que me duele hasta la tripa.

—Wendy quería darte la noticia. No veas lo contenta que estaba.

Él suelta otro gruñido.

—¡Me lo creo! Pues esto no va a quedar así. Ya lo tengo, le voy a enviar fotos de los regalitos que me dejan esos cabrones en los váteres. ¡Se va a enterar! —Se me escapa la risa y me tapo la boca para disimular. No me apetece nada recibir una de esas fotos—. Venga, ya hablaremos. Te mantengo

informado. Me quedan muchas salas donde fisgar y muchos suelos a los que pasar la mopa. Hasta luego.

Tras colgar, me llegan las fotos de las que me ha hablado Bo. En una hay seis ratas en una jaula llena de excrementos. Es asqueroso, pero no lo bastante incriminatorio para denunciarlos. En la segunda foto aparecen dos perros de orejas flexibles. Se les marcan las costillas y están tumbados muy juntos, obviamente asustados. Aprieto los dientes y respiro lentamente. Si me dejo llevar por la furia, meteré la pata. Lo importante ahora es mantener la calma y pensar que pronto les daremos a esos despiadados lo que se merecen.

Guardo las imágenes y se las reenvío a Kendra, a Royce y a Wendy. Los cinco estamos trabajando juntos y cada uno comparte lo que encuentra con los demás. Royce y Wendy se están centrando en temas financieros, por si podemos encontrar otra manera de atacarlos. Bo trabaja desde dentro. Hoy Kendra y yo tenemos una reunión con la senadora Portorino.

Ayer pasamos el día reunidos con miembros de varios lobbies, con un congresista y dos senadores. Dejamos caer la información sobre la conexión entre PB Resources y Pure Beauty Pharmaceuticals y les comentamos lo que supondría que se aprobara el proyecto de ley para la seguridad de las personas. Como quien no quiere la cosa, comentamos también los rumores que habíamos oído sobre el tratamiento que se da a los animales en esa empresa. La senadora Birchill también está llevando a cabo su propia guerra, tratando de impedir que se apruebe el proyecto en función de los miles de árboles que se destruirían tan cerca de un parque nacional y a la contaminación que supondría.

Por desgracia, a mi entender, su argumento no es lo bastante impactante a ojos de los políticos. El beneficio que las fábricas proporcionarían a las arcas del Estado y los puestos de trabajo pesan más en una economía castigada. A la gente en general le cuesta darse cuenta de las consecuencias de sus actos a largo plazo; se quedan con los beneficios inmediatos. El dinero y los empleos

son cosas positivas, pero no pueden servir para esconder lo que está mal. No es correcto saltarse pasos en la investigación de productos médicos que sirven para garantizar la seguridad de los consumidores. Como tampoco es correcto abusar de animales inocentes para sacar sus productos. La ética médica y la seguridad de los consumidores son probablemente los mejores argumentos que podemos usar para que el proyecto no prospere.

Cojo el blazer y voy a reunirme con Kendra en el salón que compartimos.

—Estoy harto de estar en Washington. ¿Cómo demonios aguantaste ocho años? Este ambiente que rodea la política es insoportable.

Ella sonríe.

—Depende del lado de la política que elijas. Cuando luchas contra las injusticias, puede ser apasionante. Llegas a sentirte como un superhéroe, trabajando por la justicia y el bien de la gente. Y yo elegí casos que protegían a las personas y los intereses de empresas honestas y trabajadoras. Sólo me faltaba el traje de látex.

Me pongo el blazer caqui con coderas color canela. Combina muy bien con los pantalones azul marino y la corbata de rayas amarillas que Skyler añadió a mi vestuario. La idea de que pronto viviremos juntos me hace sonreír. Tener las cosas claras respecto al futuro me hace sentir mucho más ligero. Me anima a enfrentarme a este caso para resolverlo cuanto antes. Joder, me veo capaz de enfrentarme a cualquier cosa si mi recompensa es volver a casa junto a Skyler.

—¿A qué se debe esa sonrisa? Has estado de un humor de perros desde que nos reunimos con la senadora Birchill.

Ladeo la cabeza mientras decido si compartir con Kendra algo tan personal. Ella no ha querido compartir su vida personal conmigo, pero yo no he respetado sus deseos. Si puedo descubrir algo sobre lo que le ha pasado durante estos ocho años de ausencia, lo haré. Si Kendra quiere obtener el grado de camaradería que tenemos los demás miembros del equipo, va a tener

que abrirse. Y eso implica que nosotros también tenemos que abrirnos, para que pueda tenderse el puente de la camaradería.

—Skyler y yo hemos decidido comprar una casa juntos para poder cuidar de un perro y un gato que también adoptaremos juntos.

Ella alza una ceja.

—¡Caramba! Es un gran paso. ¿Lleváis mucho tiempo juntos?

—Casi un año, con alguna pausa.

—¿Alguna pausa? —Se lanza hacia ese trozo jugoso de información como un halcón sobre un ratón escurridizo en el desierto.

—Sí, bueno. Una pausa de un par de semanas por un malentendido. Pero lo arreglamos y ahora somos más fuertes como pareja. Y hemos decidido que es una tontería tener dos casas cuando pasamos todo el tiempo juntos. Además, Skyler se mudó de Nueva York a Boston para estar más cerca de mí; ahora me toca a mí dar un paso parecido.

—¿Pensáis casaros pronto?

La pregunta me toma por sorpresa y me arrasa como un tsunami. Me apoyo en el sofá y me siento en el reposabrazos.

—No, de momento no.

—Mmm, interesante. Comprarse una casa y adoptar animales son cosas que la gente suele hacer después de..., ya sabes, de darse el «sí, quiero». — Apoya los codos en las rodillas y me observa en silencio, dándome tiempo para asimilar sus palabras.

Asiento.

—Es verdad. Pero la relación que nosotros tenemos no es del todo convencional. Ella es una famosa estrella de cine, y yo..., bueno, yo no soy famoso. Hacemos las cosas a nuestra manera.

Kendra se levanta, coge su inmaculada chaqueta blanca y se la pone sobre la blusa color mostaza que se ata al cuello con un lazo. La combina con una falda de tubo negra, igual que los zapatos de tacón, también negros, excepto por la tira dorada que le rodea el tobillo. Es innegable que viste bien. No necesita que nadie le dé consejos sobre cómo sacarse partido. Siempre lleva ropa ceñida, elegante y profesional, irresistible para el hombre de negocios medio. Cualquiera se sentiría orgulloso llevándola del brazo. Es muy guapa, elegante e inteligente. Por eso me cuesta tan poco imaginarme esos dedos largos y femeninos alrededor del musculoso brazo de mi hermano Royce. Esos dos no sólo harían que todo el mundo se volviera a mirarlos a su paso, es que además tendrían unos hijos guapísimos. Y eso es algo que sé que mi hermano desea con todo su corazón: una familia a la que cuidar y proteger.

Lo único que falta para despejar esa ecuación es saber si Kendra desea lo mismo. Que sea tan reservada sobre su pasado me hace temer que no están en la misma página. A veces me temo que ni siquiera están en la misma galaxia.

—¿Senadora Portorino? —Me acerco a la mujer menuda de piel aceitunada. Tiene los ojos oscuros, como el pelo, y unas curvas bien definidas. Una italiana de la cabeza a los pies.

Ella entorna la mirada.

—¿Sí?

Le ofrezco la mano.

—Soy Parker Ellis y ella es mi abogada, Kendra Banks. Somos de la empresa International Guy, con sede en Boston.

Ella frunce el ceño.

—Me temo que no sé quiénes son. —Mira a su alrededor, como si quisiera

asegurarse de que no estoy aquí por otra persona.

—Si nos concede unos momentos, se lo explicaremos. No le robaremos mucho tiempo.

La senadora nos dirige una mirada glacial.

—No sé quiénes son y no me sobra el tiempo. Tengo que volver a trabajar enseguida.

Kendra se adelanta.

—Se trata de su hermana, la que está en el centro Betty Ford, en Rancho Mirage, California. Su estancia la paga el hermano de su marido. Es curioso que sea él quien pague la estancia, a menos que...

—Siéntense —nos ordena con una mueca de disgusto.

Nos sentamos y le indicamos con una seña al camarero que no venga aún.

—Verá, senadora Portorino, no queremos ofenderla —digo tratando de reconducir la conversación tras el duro pero necesario arranque.

—Pues cualquiera lo diría —replica muy molesta.

Respiro hondo y sigo tratando de ganármela.

—No queríamos sacar el tema de su hermana, de verdad, pero las personas que nos han contratado no dudarán en hacerlo. Estamos tratando de evitar la campaña de difamación que tienen previsto lanzar contra usted si no vota a favor del proyecto de ley de regulación de pruebas en la industria farmacéutica y cosmética.

La senadora echa la cabeza hacia atrás y se echa a reír a carcajadas, haciendo que la melena le caiga espalda abajo.

—No me parece gracioso.

—¿Qué pretenden? ¿Hacerme chantaje? ¿Creen que soy tan idiota como

para aceptar las condiciones de un chantajista? No llevaría tanto tiempo en política si fuera así. No tengo nada que esconder.

Sacudo la cabeza.

—Antes que nada, no la estamos chantajeando. En segundo lugar, Pure Beauty Pharmaceuticals piensa airear el trato de favor que recibió su hermana durante su último juicio. Y eso no sólo perjudicaría su reputación, sino también la de la jueza que dictó sentencia. Usted y ella se conocían personalmente y, por tanto, debería haber renunciado al caso.

La senadora Portorino se cruza de brazos, adoptando una postura defensiva.

—Para empezar, se trataba de un cargo menor. Le habrían caído unos pocos años y habría salido al cabo de uno por buena conducta. Cambiamos eso por un año en un centro de desintoxicación. Sigue allí y le está yendo muy bien. No tengo miedo de lo que la prensa pueda sacar. Pure Beauty va a tener que esforzarse más si quiere perjudicarme.

—¿Y qué pasa con la jueza?

—Mandy se retiró un mes después del caso. Se ha mudado a Florida, donde se dedica a jugar al bridge y a tomar el sol.

Le dirijo una gran sonrisa a Kendra.

—Buenas noticias. Ya verás cuando se lo digamos a nuestro contacto.

La senadora frunce el ceño.

—Como chantajistas dejan mucho que desear si se alegran. Además, aunque me exigieran dimitir, cosa que dudo bastante, ésta es mi última legislatura.

Esta vez es Kendra la que sonrío.

—Senadora, tenemos información sobre Pure Beauty Pharmaceuticals que

desconoce. Y es que a algunos de sus colegas no les hará gracia enterarse de que esa empresa está confabulada con PB Resources.

Ese nombre debe de resultarle familiar, porque tuerce el gesto en una mueca de disgusto.

—Esa compañía es repulsiva. Se sabe que tienen un criadero de perros, pero nadie ha podido demostrarlo. Han recibido numerosas citaciones por maltrato animal, pero pagan las multas y siguen como si nada. Nadie ha encontrado los criaderos. No me cabe en la cabeza lo que deben de pasar esos pobres animales criados sólo para testar con ellos el último lápiz de labios de larga duración o el nuevo relleno para arrugas. —Se estremece.

—A nosotros tampoco. Por eso vamos a hacer todo lo que esté en nuestra mano para evitar que ese proyecto de ley siga adelante. No sólo por cómo tratan a los animales, sino también porque quieren recortar las medidas de seguridad antes de que los productos lleguen al consumidor. Es alarmante —añado.

Ella asiente.

—Bueno, a mí me da igual lo que traten de hacerme. No pienso votar a favor de ese proyecto de ley y, con la información que me han dado, sé de otros tres senadores que también votarán en contra.

Sonríó.

—Excelente.

—Por favor —le pide Kendra—, no hable con nadie de este encuentro. No queremos que nos demanden.

Ella se dibuja una cruz sobre el corazón.

—Tienen mi palabra.

Lo dice con tanta convicción que la creo.

—Gracias. La dejamos comer.

—Buena suerte, señor Ellis. Señora Banks. Cuentan con mi apoyo.

—Se lo agradecemos. Me temo que vamos a necesitarlo. —Le retiro la silla a Kendra para que se levante y la acompaño a la salida.

En cuanto salimos a la calle, me dice:

—Ha sido muy arriesgado darle la información así, en un sitio público.

Suspiro.

—A veces hay que fingir que uno hace lo que los malos quieren para que piensen que estás de su lado. Si hubiéramos concertado una reunión clandestina y nos hubieran descubierto, habría sido más fácil que sospecharan. Pero así, actuando a la vista de todo el mundo, no tanto. Por cierto...

Saco el teléfono del bolsillo y reviso las últimas llamadas. Cuando encuentro el número de Vivica, la llamo.

—Preston —responde ella.

—Sí, señora Preston. Soy Parker Ellis. Tengo novedades, pero me temo que no le van a gustar.

A la mañana siguiente estoy sentado en el sofá del salón frente a Kendra, que se encuentra en el sillón. Tengo el teléfono en la mesita, entre los dos, con el manos libres activado.

—Estamos esperando a que Bo llame —nos dice Wendy.

El silencio es ensordecedor. No hemos recibimos más buenas noticias y parece que estamos en un callejón sin salida, a menos que Bo haya encontrado algo.

—¿Chicos? —La voz de Bo nos llega muy alta, como si el volumen estuviera a tope.

—Eh, tío, baja un poco el volumen.

—Vale, ya estamos todos —comenta Wendy.

Me aclaro la garganta.

—Antes de nada, haré un resumen de la situación. La senadora Portorino no tendrá ningún problema con la información que Pure Beauty encontró sobre ella. La senadora Birchill lo hizo público, así que tampoco. Eso significa que las dos votarán contra el proyecto de ley sin importarles lo que la empresa trate de hacerles. En teoría, el asunto parece resuelto, pero Vivica Preston me ha llamado para informarme de que el senador Kemper y el senador Damren habían estado ganando partidarios del sí. Según ellos, los votos a favor ganan por cinco a los votos en contra.

—¡Oh, no! ¡Qué mierda! —protesta Wendy—. ¿Cómo puede ser que no se den cuenta de lo peligrosos que son los planes de esa empresa? Saltarse pasos, trabajar en un laboratorio horrible con animales maltratados...

—Sí, chicos, y las cosas son aún peores de lo que pensábamos. ¿Recordáis el rumor sobre el criadero de cachorros? —nos pregunta Bo.

Kendra se echa hacia delante.

—La senadora Portorino nos dijo que no se habían encontrado pruebas de que existiera en realidad.

—Oh, sí, existe. Y es espantoso. Crían cientos de animales allí mismo, en el laboratorio.

—¡No! —Kendra contiene el aliento—. ¿Y cómo puede ser que no lo hayan encontrado durante las inspecciones del Departamento de Agricultura?

—Probablemente porque está escondido bajo tierra.

—¿De dónde has sacado la información, hermano? —le pregunto.

—Lo he visto con mis propios ojos. Y os aseguro que voy a adoptar un perro, un gato o un gerbo en cuanto llegue a casa. Todos deberíamos hacerlo. Ese lugar es horrible. Cuando salga a la luz, va a haber cientos, tal vez miles de animales que necesiten un hogar. Hay un montón de razas distintas, es... es... espantoso... —Se queda sin voz y respira hondo.

—¿Conseguiste pruebas?

—¿Por quién coño me tomas? Por favor, no me insultes, Park.

Levanto las manos, aunque no pueda verme.

—Hermano, no pretendía insultarte. Lo siento. Cuéntanos con detalle lo que pasó.

Bo se aguanta la risa.

—Bueno, algunos detalles me los voy a guardar, porque no creo que os interese lo que pasó con Stephanie, la rubia técnica de laboratorio que al parecer se vuelve loca por los hombres con uniforme.

—¡Uniforme de conserje! —Wendy no deja pasar la oportunidad de meterse con él.

Todos nos reímos, soltando la tensión que hemos ido acumulando a lo largo de la semana.

—Eh, Campanilla. Querer es poder y, créeme, yo siempre quiero.

—Eres ridículo —contraataca Wendy.

—Dice la mujer que lleva un collar al cuello como si fuera una mascota.

—Y no pienso quitármelo nunca. Al menos, yo no voy por ahí montándomelo con cualquier cosa que lleve falda.

Royce los interrumpe.

—Vamos, vamos, chicos. Calmaos, ya basta.

—Perdona, Royce. Es que llevaba tres días sin pelearme con el chacal. Lo echaba de menos —admite Wendy de buen humor.

—Lo mismo digo. Yo también te he echado de menos, Campanilla.

Me pregunto qué harían estos dos si no pudieran pelearse. Estremeciéndome, me doy cuenta de que probablemente se meterían con cualquiera de nosotros.

—En todo caso, volviendo a lo que estaba contando antes de que me interrumpiera una bocazas en Boston... —Wendy gruñe, pero no dice nada y me imagino a Royce tapándole la boca con su manaza—. Tras dejar a la técnica de laboratorio saciada y feliz, le prometí sesión doble si me mostraba dónde guardaban los cachorros. Le dije que me fascinaba su trabajo, blablablá... Me llevó a un ascensor especial de la tercera planta. Está en un rincón y se usa poco porque se supone que sólo va de la planta tres a la cinco. Sin embargo, debajo de los botones hay una especie de portezuela que oculta un lector de tarjetas. Con su tarjeta bajamos, mucho más de tres plantas; diría que siete u ocho.

—Es de locos —murmuro mientras Kendra se tapa la boca con la mano.

—Cuando la puerta se abrió, aquello olía a desinfectante y a pelo de animal mojado. Me condujo por un pasillo donde había al menos veinte puertas. Tras cada puerta se criaba una raza distinta. Mientras no miraba, saqué al menos cuatro fotos. Creo que con eso sería suficiente para denunciarlos. Pero el asunto se pone aún más feo.

—Por Dios, hermano, no sé si estoy listo para oír algo más, y eso que acabas de empezar —protesta Royce, y su voz profunda retumba en la habitación. Al oírla, Kendra cierra los ojos. No es la primera vez que la veo reaccionar ante mi hermano y dudo que sea la última.

Bo se aclara la garganta y sigue hablando.

—Me llevó a una habitación que llaman «la zona muerta». No entramos, pero a través de un cristal vi a un tipo lanzando animales en lo que parecía ácido.

—Animales muertos —especifico.

—No, hermano. Esos animales no estaban muertos. Parecían enfermos, malnutridos, pero seguían vivos y respiraban antes de que los arrojara a la tina gigante. Un momento, mierda..., voy a vomitar.

Durante un buen rato, ninguno de los demás dice nada. Tengo las tripas revueltas, me arde la piel y el pulso me retumba en las sienas. La situación es más grave de lo que ninguno de nosotros imaginaba. Básicamente están achicharrando animales vivos para librarse de ellos después de haberlos torturado inyectándoles lo que les ha dado la gana.

Finalmente, Bo regresa.

—Ya estoy aquí. Lo siento. Hablar sobre ello ha hecho que todo me volviera... literalmente.

Inspiro hondo varias veces, con la vista clavada en el móvil.

—Chicos, quiero que esa gente arda en el infierno. Hasta ahora Kendra y yo hemos estado rozando los límites de la ética profesional, pero lo que hace esa gente no tiene nombre. Así que, si hemos de romper todas las cláusulas del contrato, por mí que no quede. A la mierda las consecuencias. Cueste lo que cueste, hemos de poner fin a esas prácticas. Esto no puede seguir así. ¿Estáis de acuerdo?

—De acuerdo —dice Royce.

—¡Joder, claro! —exclama Bo.

—Totalmente —declara Kendra.

—¡Y que lo digas! —añade Wendy.

—Ha llegado el momento de ser más listos que ellos. Esto es lo que vamos a hacer...

—Señor Ellis, señora Banks, adelante. Siéntense, por favor. —Vivica señala dos sillas en la misma sala de conferencias donde nos reunimos la otra vez.

Le sostengo la silla a Kendra y, cuando se ha sentado, hago lo mismo.

Vivica se sienta frente a nosotros y cruza las manos sobre la mesa.

—Me ha sorprendido que quisieran que nos reuniéramos tan pronto. Espero que esas prisas signifiquen que tienen buenas noticias y han conseguido convencer a las senadoras.

A mi lado, Kendra abre el maletín, saca un documento grapado y se lo entrega a la clienta.

—Por desgracia, no traemos buenas noticias. Venimos a rescindir el contrato.

Vivica coge el documento con el ceño fruncido y lee la nota de rescisión que Kendra ha redactado y que yo ya he firmado.

—¿A rescindirlo?

—Sí. Estos días nos ha llegado información preocupante que va contra el código moral y la ética profesional, lo que nos ha empujado a tomar la difícil decisión de rescindir el contrato con Pure Beauty Pharmaceuticals.

—¿Tiene algo que ver con el anuncio de la senadora Birchill?

Apoyo los antebrazos en la mesa de caoba e inclino la cabeza.

—No, aunque tratar de hundir la reputación de una mujer violada salvajemente haciendo pública su decisión de abortar va contra nuestra ética personal, no sería motivo suficiente para rescindir el contrato.

Kendra se echa hacia atrás en la silla y sonríe.

—Ha llegado a nuestros oídos que Pure Beauty Pharmaceuticals trabaja con PB Resources.

Vivica frunce el ceño y aprieta tanto los dedos que los nudillos se le vuelven blancos.

—¿Y qué tiene que ver esa relación con nuestro contrato con International Guy?

—Nos han contado que PB Resources realiza prácticas cuestionables en animales para probar sus productos. International Guy apoya a la organización Humane Society mediante una donación anual. Trabajar con una empresa directamente ligada a PB Resources impactaría negativamente en la imagen de la empresa, sobre todo de cara a los clientes que defienden los derechos de los animales.

Vivica aprieta los dientes mientras se ruboriza intensamente.

—Les aseguro que nuestra relación con PB Resources se limita a...

No pienso escuchar sus mentiras, así que la interrumpo:

—Sabemos que el director es su marido y sabemos que su empresa usa a PB Resources para probar sus productos. Aunque eso no es un delito, nos consta que tanto su marido como usted han tratado de ocultar prácticas que violan los derechos de los animales. Hay pruebas de esto en las citaciones del Departamento de Agricultura, donde se denunció que estaban inyectando relleno de arrugas de su empresa en perros.

Ella levanta el contrato.

—Hemos pagado una cantidad considerable en concepto de depósito...

Kendra forma una pirámide con las manos.

—Que no es reembolsable. Los liberamos del pago de los gastos

adicionales en que hemos incurrido desde nuestra llegada. Pagaremos los vuelos, el hotel y los demás gastos con el dinero del depósito, aunque tendríamos derecho a cargárselos a su empresa —le recuerda Kendra con una sonrisa irónica.

—Me encargaré de que nuestros abogados lo revisen todo. No nos gusta que nos roben, así que tomaremos las medidas necesarias para que no pase. — Entornando la mirada, se apoya en la mesa y se levanta. Su espalda se curva en una pose amenazadora que no es casual.

Kendra echa la silla hacia atrás y une las manos sobre el regazo.

—¿Nos está amenazando por querer rescindir el contrato?

—Nunca hemos tolerado que otra empresa se oponga a nuestros deseos. Creo que les convendría reflexionar un poco antes de marcharse de Washington sin haber cumplido su parte del contrato. Tenemos contactos influyentes y fondos ilimitados.

—Ya basta. —Me levanto y me abrocho la americana—. Le hemos notificado nuestra intención de rescindir el contrato. No hay nada que pueda hacernos desde la legalidad. Le recomiendo que ponga sus asuntos en orden, porque algo se está cocinando y no me gustaría que me pillara en medio cuando estalle la tormenta.

—¿Intenta decirme algo, señor Ellis? —Alza una ceja y me fulmina con la mirada.

—Al tratar de aprobar esta ley, sabiendo lo que hacen a escondidas, se ha puesto en el disparadero. Ha abierto la caja de Pandora, y ya se sabe que Pandora tiene muy mal carácter. Yo de usted me prepararía para una batalla importante.

—¿Cree que es el único que ha hecho los deberes, señor Ellis? Lo sé todo sobre usted, Royce Sterling, Bogart Montgomery y Wendy Bannerman. Tres graduados de Harvard y una fugitiva que se escapó de casa y dejó los estudios

a medias. Por no mencionar el hecho de que su novia es Skyler Paige, la actriz más famosa del país y tal vez del mundo. ¿Qué cree que pensaría la prensa si algunos de sus cadáveres salieran del armario?

Me cruzo de brazos y niego con la cabeza.

—No tengo nada que esconder. Como la propia palabra indica, mi pasado está en el pasado.

—¿Ah, sí? ¿Cree que diría lo mismo su exnovia, Kayla McCormick, o su examigo, Greg, al que sus socios y usted privaron del veinticinco por ciento de International Guy? Por lo que tengo entendido, él estuvo presente en la creación de la empresa y ustedes tres le dieron la patada. ¿Y qué me dice de la señorita Bannerman? Recibió un disparo mientras trabajaba en un caso. Me pregunto qué pensarán de eso sus futuros clientes... Aunque la información pasó inadvertida porque sucedió en Canadá, estoy segura de que la prensa estará muy interesada en conocer los detalles. Algunos medios sensacionalistas no dudarían en escribir un reportaje que podría perjudicar no sólo a su empresa, sino también a su novia.

El corazón se me ha desbocado. Me late con tanta fuerza que tengo la sensación de que se me va a salir del pecho. Aprieto los puños y los dientes, controlando las ganas de estrangularla para que se calle.

—Buena suerte con su campaña de difamación. —Logro mantener el tono calmado—. Cuando Pure Beauty nos contrató ya sabía todo eso sobre nosotros. ¿Cómo cree que quedará su empresa si comparte información que haga quedar mal a una empresa que contrató? No tengo miedo de usted ni de sus millones. —Le dirijo una sonrisa despectiva y ella me devuelve una mueca de incredulidad—. Lo que me da miedo es que las mujeres usen sus productos sin que hayan sido debidamente probados y que acaben desfiguradas por culpa de las prisas. O, peor aún, me da miedo que mueran porque usted decidió saltarse algunos pasos para ganar más dinero reduciendo costes. —Su mirada se clava en mí como si fueran dos láseres, pero sigo hablando impertérrito—.

Tengo miedo de que maltrate y acabe con la vida de animales para conseguir el tono perfecto de pintalabios. Tengo miedo de que destruya un bosque y altere el paisaje del país para ampliar su sucio negocio. Todo el mundo tiene un pasado, señora Preston. Yo no me avergüenzo del mío. Gracias a mi pasado, soy como soy ahora. Lo mismo puedo decir de mis socios. Y respecto a Wendy Bannerman, le advierto que su prometido es Michael Pritchard, así que yo lo pensaría mucho antes de meterme con esa mujer. Pritchard es un hombre muy territorial, y no dudará en usar sus miles de millones y sus contactos para proteger el honor de su mujer. Me encantaría ver cómo se enfrenta a una guerra contra MP Advertising. De hecho, pagaría por verlo.

Con esas palabras, me dirijo a la puerta y la mantengo abierta para dejar salir a Kendra. Mirando a Vivica por encima del hombro, añado:

—Que sus abogados se pongan en contacto con Kendra si quieren, pero no podrán hacer nada. Somos muy escrupulosos haciendo los deberes.

Vivica hace una mueca y se ríe sin ganas.

—Se van a arrepentir de esto. International Guy es una empresa de cinco empleados. ¿Qué puede facturar? ¿Diez millones al año? —Me dirige una mirada altanera—. Nuestra empresa factura miles de millones y tiene contactos con numerosas instituciones, tanto en la costa Este como en la Oeste. Disfruten de sus últimos días en Washington, porque cuando lleguen a casa, van a notar todo el peso de la decisión que han tomado. Y es una promesa, no una amenaza, señor Ellis. —Sonríe, y juro que esa sonrisa se la ha tenido que enseñar el diablo en persona.

—Tenga cuidado con el karma, señora Preston. Nunca se sabe cuándo va a darse la vuelta. Puede que quiera darle un beso, pero también puede morderle en el culo o cortarle las piernas a la altura de los tobillos.

—El primer paso está dado —digo con el teléfono en la mano.

Kendra está andando de lado a lado, como una rata enjaulada, mientras yo bebo pausadamente el whisky que he pedido a servicio de habitaciones, aunque es sólo la una del mediodía.

—Poned la tele —nos pide Wendy, con quien estoy hablando por teléfono, sin poder contener la alegría en su voz.

Kendra coge el mando a distancia y busco uno de los canales de noticias. Una presentadora contempla la pantalla que tiene detrás, cubriéndose la boca en una mueca de repugnancia. En la pantalla se ven cientos de cachorros: gatos, cerdos, cabras y muchos más animales encerrados en jaulas minúsculas. En otra foto se ven animales muertos guardados en un congelador.

—Dios mío —murmura la presentadora, y hago una mueca al ver a un grupo de policías entrando en las habitaciones.

Una de ellas debe de ser la que Bo definió como «la zona muerta». Están poniéndole las esposas a un hombre que grita a todo pulmón que él sólo está haciendo su trabajo. A su espalda, en una mesa, hay dos perros atados que lloran temblorosos. Dos agentes de la ley los cogen en brazos y los consuelan mientras los sacan de la habitación.

La cámara se desplaza entonces a otra sala, donde hay animales dentro de cubículos de plástico transparente, siendo sometidos a pruebas. La escena se vuelve dantesca cuando pasa junto a un animal que tiene los ojos en blanco y echa espuma por la boca.

La presentadora no puede contener las lágrimas y vuelve la cara.

—Y... y... —Se aclara la garganta, vuelve a mirar a cámara con decisión y sigue hablando mientras se seca las mejillas—. Las autoridades han registrado las instalaciones tras haber recibido unas fotografías del criadero ilegal donde numerosos animales eran maltratados. El laboratorio se ocupaba de probar los productos de una de las empresas de cosmética más importantes

del país, Pure Beauty Pharmaceuticals. Según fuentes fiables, Pure Beauty ha logrado presentar un proyecto de ley al Senado que se votará mañana. Esa ley permitiría a esa empresa y a otras del sector recortar en seguridad y saltarse la fase de pruebas en seres humanos para poder lanzar los productos más deprisa al mercado. —La presentadora hace una mueca—. Varios activistas han iniciado una campaña de boicot en redes sociales, elaborando una lista de los productos de Pure Beauty. —Una larga lista de nombres de conocidos productos de maquillaje, lociones o laca de uñas aparecen en pantalla—. Y si tienen pensado acudir al cirujano plástico, asegúrense de que su rellenedor de arrugas no sea de los que han hecho esto. —La pantalla muestra la foto del perro al que habían inyectado rellenedor de arrugas en mal estado.

Me quedo boquiabierto al ver a los agentes de policía recorrer las instalaciones donde enviamos a Bo a buscar información.

—Bo, ¿estás ahí?

—Joder, aquí estoy, hermano. Observando y bebiéndome una cerveza en la habitación de mi hotel. Vuelvo mañana, en el primer avión. Voy a ver si encuentro una chiquita que me caliente la cama esta noche.

Sonrío sin despegar los ojos de las imágenes de la pantalla. Varios activistas de Humane Society entran y ayudan a los animales que se encuentran en peor estado.

—Buen trabajo, Bo. Nos has salvado el culo a todos. Las amenazas de esa mujer...

—Park, hermano —me interrumpe Royce—, todos tenemos cosas que deseamos que se queden en el pasado. —Kendra se detiene bruscamente, como si sus palabras le hubieran hecho daño—. No olvides que somos un equipo. Si atacan a uno, los demás saltamos al rescate. Esta empresa es la niña de nuestros ojos y estamos orgullosos de ella, pero si alguien nos toca, aunque sea un pelo de la cabeza, lo demás pasa a un segundo plano.

—¡Dijo el calvo! —exclama Wendy, sin poder aguantarse la risa.

—Es verdad, hermano —comento—, pero igualmente me alegro de que todo haya salido tan bien. Me pregunto si Pure Beauty contraatacará. Sin duda sabrán que estamos detrás de esto. Por lo menos, sospecharán.

—Una cosa son sospechas y otra, pruebas. Si intentan algo, estaremos preparados —me asegura Royce con una convicción que soy incapaz de sentir porque aún estoy aturdido por todo esto—. Tenemos nuestros asuntos en orden y Wendy está al acecho. Si tratan de hacernos algo, lo sabremos.

—Francamente, creo que van a estar muy ocupados. Las multas, las citaciones por las leyes que han quebrantado... Van a enfrentarse a una auténtica pesadilla. Vengarse de nosotros iba a suponerles un gasto de energía que dudo que puedan permitirse ahora mismo —comenta Kendra con sensatez.

Muevo la cabeza a un lado y a otro, dejando que sus palabras me relajen un poco.

—Eh, ¿habéis visto cómo está la Bolsa? —pregunta Royce entusiasmado.

—Claro, lo primero que he hecho al levantarme ha sido abrir el periódico y consultar el Nasdaq —respondo con ironía.

—Bueno, pues si lo hubieras hecho habrías comprobado que sus acciones están por los suelos. Se van a arruinar. Todo el mundo que tenía participaciones tuyas las ha vendido. Nadie quiere que se lo relacione con ese tipo de gente. Así, aunque quisieran perjudicarnos, ¿con qué dinero iban a hacerlo?

Un agradable calorcillo se extiende desde el centro de mi pecho por todo el cuerpo, como si tuviera un sol brillando dentro.

—Estupendo. —Sigo bebiendo y mirando la tele.

Kendra cambia de canal. En todos están hablando del registro y de la caída de Pure Beauty y de PB Resources.

En uno de los canales vemos imágenes de Vivica y de su marido, saliendo de su casa esposados. Y juntos.

Tal vez podrán compartir celda. Una bien pequeña y oscura. O, mejor aún, un agujero frío y húmedo en el suelo; eso sería lo que se merecerían. Con una sonrisa, alzo la copa y brindo por la justicia.

«Amén, joder.»

Durante los dos días posteriores a la caída de Pure Beauty, acabamos de solucionar algunos cabos sueltos. Hablamos con las senadoras para asegurarnos de que el proyecto de ley no será aprobado y también con la policía, a la que contamos las amenazas que recibimos por parte de Vivica. Por fin pudimos montar en un avión para volver a casa. Llevo dos días sin hablar con mi chica. Nos hemos ido llamando, pero cuando a mí me iba bien hablar, ella no podía responder, y viceversa.

Al llegar a casa, me tumbo boca abajo en la cama. Skyler me envió un mensaje mientras yo estaba volando, diciéndome que seguía fuera de la ciudad, en Nueva York. Al leerlo, admito que me cabreé. Acabábamos de librarnos de un caso de mierda y lo que más me apetecía en el mundo era lanzarme en brazos de mi mujer. Quería empaparme de su olor a melocotones y nata, hundir mi polla en su calor y olvidarme de la última semana. Y, en vez de eso, me encontré con un mísero mensaje de texto.

Sin mujer, sin abrazo, sin calor en el que perderme.

Mi lado racional comprende que Skyler tiene que trabajar y sabe que nuestros trabajos a veces nos llevan fuera de casa pero, igualmente, estoy de morros y no creo que vaya a pasármelo pronto.

La suavidad de la funda de la almohada me consuela un poco, sobre todo

cuando descubro una zona que conserva algo de su olor de la última vez que vino a casa. Desde que se mudó a Boston, hemos pasado casi todas las noches en la suya, porque es muy cómodo vivir tan cerca de International Guy. Pero me alegro de haber venido a mi apartamento. No querría enturbiar el suyo con mi mal humor.

Este caso me ha afectado mucho. Como si fuera una serpiente agazapada, me saltó al cuello y me clavó los colmillos mientras me estrujaba con todo su cuerpo. Así me he sentido.

Me doy media vuelta y me quedo mirando al techo. Las cosas que esa empresa estaba dispuesta a hacer para conseguir sus objetivos eran totalmente inaceptables. Tanto me han perturbado que he llegado a plantearme qué le pasa a la humanidad. ¿Es que está todo tan jodido fuera de la pequeña esfera que forma nuestra plantilla y las clientas para las que trabajamos? ¿Tan ignorante soy de lo que pasa fuera de nuestro pequeño mundo?

Noto un regusto amargo en la boca, lo que me lleva a levantarme. Paso un rato lavándome los dientes y luego me quito la ropa y me meto en la ducha. Durante unos minutos dejo que el agua caliente me alivie la tensión de la espalda y la nuca. Bajo la vista hacia mi polla flácida, pero estoy demasiado cansado hasta para darle un meneo. Aliviarme me ayudaría a dormir, pero sin la emoción y la conexión con Skyler, la idea no despierta mi interés.

Me lavo como si funcionara con piloto automático. Y lo mismo puede decirse del resto de mis movimientos mientras me seco y me pongo el albornoz.

Cuando salgo del baño, la visión que me recibe es maravillosa.

Mi mujer está sentada con las piernas cruzadas encima de la cama. Lleva vaqueros, una camiseta de tirantes y una sonrisa. La melena rubia se ondula y le cae sobre los hombros y la espalda. Pero su presencia no es la mayor de las

sorpresas. Ese honor se lo reservan las dos bolas peludas que saltan sobre su regazo. Una es dorada; la otra, negra.

—¿Qué haces aquí? Pensaba... —Me quedo sin palabras cuando levanta a los dos peluditos, uno con cada mano.

Me acerco a la cama y cojo en brazos al cachorro negro hasta que él me lame la cara con su larga lengua rosa.

—¿Quién eres tú, colega?

Sky se pone de rodillas, abrazando al cachorro dorado.

—Bueno, oficialmente, éste es «animal 707» y éste, «animal 1.116». No tienen nombre —me aclara con tristeza—, pero eso significa que podemos ponerles el que queramos. —Sonríe, y su sonrisa me recuerda al sol que asoma por el horizonte tras una noche oscura.

—Melocotones. —Le acaricio el brazo mientras la miro a la cara—. Aunque sigue sonriendo, noto que la tristeza no la ha abandonado del todo.

—Bo me envió fotos de los cientos de animales que necesitaban acogida. Puse a trabajar a Tracey y a mi equipo de relaciones públicas, y ayer visité los refugios temporales que se han montado. Grabé una pequeña entrevista y firmé un montón de fotos que Tracey mandó imprimir. Organizamos una campaña de adopción en masa. En la entrevista animaba a la gente a venir. Los que adoptaran a un animal se llevarían una foto firmada y entrarían en un sorteo para una cena privada conmigo y con mi novio el mes que viene. Espero que no te parezca mal.

—No, nena, claro que no me parece mal. —Le apoyo la mano en la cabeza y me acerco para besarle la frente. Permanezco con los labios pegados a su piel, empapándome de su aroma mezclado con el olor del cachorro.

—¿Y qué me cuentas de estos muchachos? ¿Por qué dos perros?

—Me enamoré de ellos. Éste es una mezcla de golden retriever y algo más,

y este otro es un pastor alemán. Estaban encerrados juntos, y cuando los de la asociación trataban de separarlos se desesperaban. Empezaban a ladrar y a llorar. Era horrible. Cuando los acaricié, los dos me lamieron las manos y supe que tenían que ser nuestros. ¿Te parece bien?

La beso en los labios y el perro dorado nos lame a los dos. Nos echamos a reír y Skyler llena al cachorro de besos.

—¿Qué vamos a hacer con dos perros? —Me río, mirando al que tengo en brazos—. ¿Y cómo os vamos a llamar?

—Creo que tengo una idea. —Sonríe y alza los hombros con timidez.

Inspiro profundamente, dejando que la imagen de Skyler con un cachorrito en brazos se me grave en el cerebro.

—Cuéntamela.

—Bueno, ésta es hembra. Es tan alegre y dorada como el sol que he pensado en llamarla *Sunny*.

—*Sunny* —repito, y el cachorro se vuelve a mirarme—. Parece que le gusta. O, al menos, que lo reconoce.

—Puede que la haya estado llamando así todo el día —admite Sky ruborizándose.

—Me encanta. ¿Y a este matón cómo pensabas llamarlo? —Achucho al cachorro que tengo en brazos.

—*Midnight* —sugiere.

—*Midnight* —repito—, es decir «Medianoche». —Observo el pelaje negro como la noche con pequeñas manchas claras que son como estrellas—. Sky, *Sunny* y *Midnight*. «Cielo», «Soleada» y «Medianoche». Me encantan.

—¡Bien! ¿Lo has oído, *Sunny*? A papi le encantan. Vais a ser tan felices con nosotros... —Achucho al cachorro con un brazo, se inclina hacia delante,

abraza al otro perro y me da un intenso beso en los labios—. Te quiero.

—Yo también te quiero, y me hace muy feliz que hayas rescatado a estos dos animales. Hace que el infierno por el que hemos pasado estos días valga mucho más la pena.

—Imaginaba que dirías algo así. Cuando Wendy me contó lo que había pasado y Bo me pidió ayuda, me faltó tiempo para acudir. Las últimas noticias que me han llegado son que sólo quedan doscientos perros por encontrar hogar. Iban a distribuirlos por centros más alejados para poder llegar a más gente. Los animales de granja fueron mucho más fáciles de colocar. Las granjas locales se ofrecieron a quedarse con los cerdos, las gallinas y las cabras. Los colegios y las universidades se quedaron con los roedores. Sólo quedaron un montón de perros y gatos, sobre todo perros. Todo el equipo ha adoptado animales. Wendy y Mick se llevaron una mezcla de jack russell y beagle a la que han llamado *Lauren*. Royce se quedó con un pitbull, hembra también, a la que ha llamado *Halle*. Y Bo...

—¿No me digas que Bo ha adoptado un animal? —Abro mucho los ojos—. Pensaba que estaba bromeando el otro día cuando lo dijo.

—Pues no, supongo que no bromeaba. Se ha quedado con una gata blanca que no se separaba de él. Dijo que si una hembra se frotaba contra sus piernas para marcar su territorio, se merecía quedarse con él. Y añadió que la entendía perfectamente, porque es irresistible.

«Será posible...» Me río con tanta fuerza que me duele el estómago.

—¿Y a que no adivinas qué nombre le ha puesto? —Me dirige una sonrisa preciosa que me recuerda una vez más lo mucho que me gustan sus labios carnosos y brillantes.

—Pues no, no lo adivino.

—*Snowflake*.

—«¿Copo de nieve?» ¿Me tomas el pelo?

Ella se ríe como si fuera una colegiala intercambiando rumores con sus amigas.

—No. Dijo que una hembra capaz de cazarlo y de lograr que se comprometiera era única, como un copo de nieve.

—No le falta razón —comento entre risas—. Mejor que se haya quedado un gato. Necesitan menos cuidados. ¿Y Kendra?

Sky frunce el ceño.

—Kendra no adoptó ninguno. Dijo que no podía, que se lo plantearía más adelante, cuando tuviera su propia casa.

—¿Su propia casa?

Skyler se encoge de hombros.

—Acaba de mudarse a Boston, ¿no?

—Sí. Sé que tiene familia aquí. Supongo que debe de estar viviendo con su familia. —Aunque me resulta extraño, porque es una mujer muy independiente. Que una mujer como ella viva con sus padres me resulta muy chocante. Eso me recuerda que tengo que pedirle a Wendy que me ponga al día con la información que haya encontrado sobre ella.

—Supongo. —Sky suspira.

—¿Sabes? Todo esto ha sido muy duro, pero me alegro de haber aceptado el caso de PB Pharmaceuticals. He hablado con los chicos, y ¿sabes los cien mil dólares que nos pagaron en concepto de anticipo? Vamos a donarlos a la Humane Society para que ayuden a los animales que lo necesiten, sobre todo los que han quedado heridos por culpa de los maltratos.

Haciendo una mueca, Sky abraza a *Sunny*.

—Ha sido espantoso, cariño. Había muchos animales enfermos y heridos.

A algunos tuvieron que sacrificarlos. No podían hacer nada por ellos y sufrían terriblemente. Si no hubierais descubierto el criadero, no quiero ni imaginar cómo habrían acabado todos esos animales, incluidos nuestros bebés —admite susurrando con la barbilla apoyada sobre la cabeza de nuestro nuevo peludo, como si siempre hubiera sido suyo.

Dios, un día será una madre increíble. Aún no. Ni este año ni el que viene, pero algún día, cuando estemos listos. Estos cachorros nos ayudarán a formar una familia. De momento, me siento muy feliz con mi chica y estos dos cachorros.

—¿Qué te parece si les buscamos un sitio para que se instalen y pedimos comida a domicilio?

—Diría que lo que mi hombre quiera. Te he echado de menos. —Deja a *Sunny* en el suelo para que explore y yo hago lo mismo con *Midnight*. Me echa los brazos al cuello y hunde la cara en el hueco de mi hombro.

Con Skyler entre mis brazos y dos bebés peludos enredando por mi dormitorio, mi mundo ha recuperado la paz. No es la primera vez que lo pienso, pero cada vez que me doy cuenta de ello, me maravillo. Sólo entre los brazos de Skyler me siento en casa.

—Cachorros. Tenían que ser cachorros, no animales criados que saben dónde y cuándo hacer sus cosas y que ladran sólo cuando hay una razón. No, señor. Cachorros que ladran a todo lo que ven y luego van a mearse sobre mis alfombrillas —refunfuña Nate, tirándonos un paquete de servilletas de papel a los asientos traseros.

Las cojo y se las doy a Skyler, que es más pequeña y por tanto llegará mejor al charco que *Sunny* acaba de dejar en las alfombrillas del SUV.

—Técnicamente son mis alfombrillas —replica Sky—. Y a ti lo que te pasa es que estás enfadado porque no te consulté lo de los perros antes de adoptarlos.

—Pues sí, lo estoy. Si lo hubiera sabido, habría comprado otro tipo de alfombrillas; éstas tengo que llevarlas a la tintorería.

Skyler frunce los labios y se encoge de hombros.

—*Sunny* no quería hacerlo, ¿verdad, pequeñita? —Le acaricia con la nariz su peluda cabeza.

Midnight es un machote. Está todo él muy tieso, tanto como sus orejas, con el morro fuera del coche, alerta a todo lo que pasa. *Sunny*, en cambio, es un desastre. Un desastre precioso del que mi mujer se ha enamorado.

—No es culpa suya que el coche sea un sitio tan emocionante, ¿verdad, mi niña? Lo sé, no te preocupes. Pronto llegaremos a casa de papi, que es tu segundo hogar —le dice como si la perra la entendiera. Y tal vez lo hace. *Sunny* está pendiente de cada palabra que sale de la boca de Skyler, como si sus palabras fueran el evangelio.

Cuando Nate coge la última curva antes de llegar al edificio, Skyler le da

una palmadita en el hombro.

—Para en la puerta. *Sunny* y *Midnight* tienen que aprender a hacer pis en la hierba.

Nate niega con la cabeza.

—Hay paparazzi en la puerta.

—Me da igual. Mis perros tienen que mear.

—¿Por qué no entramos primero? Cuando estés segura en casa yo los bajaré.

—Para el maldito coche, Nate. Mis bebés tienen que hacer sus necesidades. Ahora.

—Pero si acaba de hacerlo —comenta Nate con ironía.

Skyler lo fulmina con la mirada.

—*Midnight* no. Se ha portado muy bien y quiero recompensárselo. ¿Quieres parar de una vez?

Nate frunce los labios. Rachel se aguanta la risa y no dice nada. Probablemente sabe que su marido no está de humor para bromas.

—Espera a que dé la vuelta al coche..., por favor —le pide a Skyler malhumorado.

Cuando se apea, Rachel lo sigue.

—Oh, te has metido en un lío con tu guardaespaldas —bromeo.

Ella entorna los ojos.

—Trabaja para mí.

Sonrío.

—Pues tal vez deberías recordárselo, aunque, francamente, Melocotones,

sólo está haciendo su trabajo. Su prioridad es tu seguridad, no que tus perros paren a mear.

—*Nuestros* perros —me recuerda, como si hiciera falta.

Midnight está sentado en mi regazo. Parece que le gusto. Ha decidido que soy su persona y me parece genial, porque a mí me gusta él. *Sunny* es una perrita dulce que quiere a su mamá, pero los dos quieren la atención de los dos. Siguen durmiendo juntos y siempre están cerca de nosotros, sin importarles en qué habitación estamos. Hasta el punto de que, cuando nos duchamos juntos, nos los encontramos esperando frente a la ducha.

Me parte el alma pensar que tienen miedo de quedarse solos. No sé qué tuvieron que soportar en el laboratorio, prefiero no saberlo. Lo único importante es asegurarnos de que, a partir de ahora, tengan una buena vida.

Nate abre la puerta mientras Skyler les sujeta la correa al collar. Me da la de *Midnight* y baja con *Sunny* del coche.

Los paparazzi se vuelven locos cuando sale con el cachorro en brazos.

—Skyler, Skyler, ¿es tuyo?

Ella los saluda mientras lleva a *Sunny* hacia un parterre cercano al edificio.

—¿Cómo se llama? —grita otro paparazzi.

Yo la sigo, llevando a *Midnight*.

—Parker, Parker, ¿habéis comprado un perro cada uno o son los dos de Skyler?

—¿Cómo se llaman? —Siguen tomando fotos mientras Nate y Rachel se ocupan de mantenerlos a distancia.

—Vale, pequeña, sé que tienes público, pero hazlo por mamá, ¿vale? —Sky anima a *Sunny* dándole palmaditas en la cabeza.

A *Sunny* no le gusta que haya tanta gente. Esconde la cola entre las patas y se acerca a Skyler.

Dejo a *Midnight* a su lado, que se dirige al árbol más cercano, levanta la pata y hace sus cosas con decisión.

—Buen chico. Muy buen chico. —Le rasco el pelo de la nuca y él me mira con la lengua colgando, feliz como una perdiz.

Sunny parece darse cuenta de lo que esperamos de ella, porque se agacha un poco y suelta unas gotas. Skyler da brincos de alegría y aplaude como si su perra acabara de hacer la mayor hazaña del universo.

—¡Buena chica!

Se saca unas chucherías del bolso y se las ofrece a los dos, sin dejar de felicitarlos. Me mira desde abajo. Tiene los ojos más dorados que nunca, y brillantes de felicidad. El corazón se me hincha y no puedo resistirme a acariciarle la mejilla rosada. Es como si necesitara tocar y sentir su felicidad.

—Son tan listos... —me dice con la voz teñida de orgullo.

—Sí, lo son. —Le sonrío.

—¿Se los presentamos a los paparazzi, para que se vayan? —me pregunta.

—No —refunfuña Nate.

—Sí —digo yo al mismo tiempo.

Nate se tensa y sacude la cabeza.

Cuando los perros han olfateado el parterre y el árbol, cogemos cada uno a nuestro animal y Nate nos acompaña hasta donde se encuentran los paparazzi, que disparan las cámaras como locos.

—¿Son tuyos los perros, Skyler? —le pregunta un paparazzi bastante respetuoso que conozco de otras veces y que no trata de acercarse más de la cuenta.

Ella asiente entusiasmada.

—Sí, Parker y yo los hemos adoptado. Estaban en aquel horrible criadero que cerró la Humane Society hace poco. Ésta es *Sunny* y éste es su mejor amigo y ahora hermano, *Midnight*.

Levanto al perro para que se vea bien y me sorprende que no da la impresión de estar asustado por las cámaras. Al contrario, parece crecerse. Se estira y se pavonea ante los paparazzi. Debería haberlo llamado *Machote*.

—¿Podemos deducir de tus palabras que los habéis adoptado juntos?

Skyler asiente sonriendo.

—Sí. —Se acurruca a mi lado—. Vamos a criar a estos peluditos juntos. —Cuando ella alza la cara hacia mí, la beso sin pensar en nada más. Cada vez que la miro me pierdo en su belleza.

—Buena suerte —nos desea uno de los paparazzi.

—Sí, son una monada —nos dice otro.

—Gracias. No nos olvidemos nunca de que salvar a un perro es salvar una vida. La belleza está en el interior. No hace falta torturar animales para crear productos que nos hagan sentir más guapos. La belleza nace desde dentro —dice, poniéndose poética, antes de enroscarse la correa de *Sunny* alrededor de la muñeca—. Vamos, *Sunny*. Vamos a reunirnos con los chicos. —Despidiéndose de los paparazzi por encima del hombro, se dirige al edificio, flanqueada por Nate y Rachel. Yo voy a su lado, con *Midnight* tirando de la correa.

Cuando entramos, Nate se va a aparcar el coche, pero Rachel nos acompaña. La diminuta rubia mantiene los ojos muy abiertos mientras cruzamos el control de seguridad y entramos en el ascensor. Cuando las puertas empiezan a cerrarse, una mano las detiene.

—¡Un momento! —exclama una voz bastante chillona.

Le doy al botón de abrir puertas y entra Benny Singleton. Gruño por dentro, aunque me temo que no debo de haber sido tan prudente como pensaba, porque el gruñido retumba en la pequeña cabina. Hasta que me doy cuenta de que no he sido yo el de los gruñidos, sino *Midnight*.

Benny se pega a la pared del ascensor, demostrando que es un cobarde.

—Eh, ¿qué pasa, chico? Sky, ¿podrías ayudarme?

Ella se agacha y coge a *Midnight* en brazos. Yo hago lo mismo con *Sunny*.

—Es un perro guardián. Protege a su familia. ¿A que sí, chico? —Lo acaricia debajo de la barbilla y lo abraza con fuerza.

—A mí también me encantan los perros. —Benny trata de acariciar a *Midnight*, pero él vuelve a gruñir.

Rachel agarra la muñeca de Benny.

—Tío, no toques al perro; muerde —le advierte.

La verdad es que no sabemos si muerde, pero tal como lo está mirando, mostrándole los dientes, creo que ha hecho bien en advertirle.

Benny retira la mano.

—¡Ay! Vale, vale. Perdón, *Midnight*. Y tú, ¿qué me dices?

El muy idiota trata de acariciar a *Sunny*. *Midnight* vuelve a gruñirle y *Sunny* se encoge, escondiendo la cara en mi axila.

—Mira, estos perros llevan poco tiempo aquí y sus vidas no han sido fáciles. No les gusta que los toquen extraños, así que mantente a distancia —le ordeno con bastante brusquedad, para que le quede claro.

Benny abre mucho los ojos y se encoge en el rincón más alejado del ascensor.

—Perdón, es que..., bueno, que me gustan mucho los perros. Sky, no sabía

que te gustaran tanto. Tenemos que salir juntos a pasearlos —sugiere comiéndose con los ojos a Skyler, que va vestida con vaqueros y camiseta de tirantes. Los numerosos collares, pulseras y anillos tintinean cada vez que se mueve.

—Mmm, yo... —Ella busca la manera de rechazarlo con delicadeza, pero a mí se me ha acabado la paciencia con este capullo.

—Ya nos ocupamos nosotros. Además, pronto ya no vivirá aquí.

Él frunce el ceño.

—¿Ah, no? ¿Adónde irás ahora? ¿De vuelta a Nueva York?

La rodeo con un brazo antes de responder por ella:

—Vamos a comprarnos una casa juntos.

—Oh, os vais a vivir juntos..., ya veo.

—Eso es. Así que seré yo quien la acompañe a pasear a los perros. Gracias, de todos modos. Muy amable. —Mi tono no deja lugar a dudas: estoy siendo sarcástico.

Él se frota la nuca y sacude la cabeza un par de veces.

—Y, eehh, sí, es... bueno para ti, sin duda —me dice sin mirar a Skyler.

Qué tipo más raro.

Cuando el ascensor avisa de que ha llegado a destino, veo que estamos en la oficina. Benny debe de trabajar en un piso más elevado. Me ocuparé de que Wendy o Nate lo averigüen. Cuando lo investigamos no encontramos nada alarmante. Cambiaba de trabajo bastante a menudo, pero nada más.

Rachel deja que salga Skyler primero y mantiene la puerta abierta para que pase yo.

—Adiós, Skyler. Espero verte pronto. Deberíamos volver a quedar para

tomar café —sugiere Benny.

Yo le apoyo la mano en la parte baja de la espalda.

—Va a ser que no..., amigo. —Le muestro los dientes y entorno los ojos para que sepa lo que opino de su invitación.

—Mmm, vale. Pasa un buen día, Skyler. —Benny la saluda con la mano como un loco, pero yo la empujo hacia delante y ella no lo ve.

—¿Qué demonios le pasa a ese tipo? —Sky hace una mueca—. Grabamos un anuncio juntos cuando éramos niños y actúa como si fuéramos amigos de toda la vida.

Le paso el brazo por los hombros.

—Yo me ocuparé de él.

Ella se echa a reír, pero no dice nada mientras cruzamos la puerta de las oficinas de International Guy. Al vernos, Annie se levanta.

—Bienvenidos, señor Ellis, señorita Paige.

—Annie, puedes llamarme Parker.

Skyler se encoge de hombros.

—Y yo soy Sky. Aquí no nos andamos con formalidades, Annie.

Ella sonrío y se ruboriza desde el pecho hasta la cara. Llevándose las manos a las mejillas, se queda mirando los cachorros amorosos que llevamos en brazos.

—¡Dios mío! ¿Y estos pequeñines quiénes son?

Skyler le acerca a *Midnight* y se lo presenta. El perro no muestra ningún rechazo ni agresividad. Dejo a *Sunny* en el suelo y ella se aleja curioseando.

—¿Es tu perro, Parker? ¡Yo también tengo un golden retriever! Lo rescaté tal como dijo Skyler que hiciéramos —anuncia con orgullo y con una

seguridad poco habitual en ella.

—Sí, son nuestros perros. —Miro a mi mujer mientras pongo el énfasis en la palabra *nuestros*.

Ella sonríe.

—¡Parker y yo tenemos noticias!

—Oh... Me ha parecido oír voces. —Wendy hace su aparición con el pelo rojo peinado hacia atrás y la parte de arriba ahuecada de un modo curioso. Se ha puesto unos mitones de malla de color verde fosforito, a juego con los zapatos de tacón. Los pantalones negros, muy ajustados, le llegan hasta el tobillo. Encima lleva una camiseta blanca rota y un blazer blanco con mangas tres cuartos. A través de los huecos de la camiseta rota asoman trozos del sujetador de encaje amarillo. En las orejas se ha colocado un par de pendientes largos y brillantes y en el cuello no pueden faltar la cadera y el candado.

—Pareces una estrella del rock. —Apoyo una mano en la cadera y me sujeto la barbilla con la otra mientras la examino.

—Porque soy una estrella del rock. Hola, ¿nos conocemos? —Sonríe y luego me da un fuerte abrazo.

Yo se lo devuelvo y aspiro su aroma a coco y a luz del sol.

—Hay cosas de ti que nunca cambian —le susurro al oído.

—¿Mi chispeante personalidad?

—Siempre hueles igual.

—No uso colonia.

—Ya lo sé, este olor es tuyo. Ya verás, pregúntaselo a Mick. Él sabrá de lo que hablo.

Wendy se aparta sonriendo y sus ojos azules brillan de alegría.

—¿Cómo te va, jefe?

La suelto y señalo nuestros nuevos bebés peludos.

—Pues bastante bien, después de todo.

—¡Oh, Dios mío! Son perfectos. Bueno, aunque mi *Lauren* es mejor — afirma orgullosa.

—¿*Lauren*? —repito riendo, y recuerdo que Sky mencionó algo sobre el nombre del perro de Wendy—. ¿Le has puesto *Lauren* a tu perra?

Ella saca el labio inferior.

—Sí, pero pronunciado «Loren», como Sophia. Es que Mick estaba obsesionado con Sophia Loren... antes de conocerme, por supuesto. Ahora su obsesión soy yo. —Me guiña el ojo, se saca el móvil del bolsillo trasero del pantalón y me enseña una foto con una perra de pelaje entre rubio y pelirrojo. Mick no sonríe, pero sostiene al animal en actitud protectora—. Mi *Lauren* es como un imán para Mick. Normal. Las dos somos las niñas de papá. —Me dirige una sonrisa traviesa.

—Lo que tú digas, descarada. —Suspirando, vuelvo a mirar a Sky, hasta que Bo entra en la habitación.

—¡Hermano! —Se acerca a mí y me da un gran abrazo, acompañado de muchas palmadas en la espalda—. Me alegro de que estés en casa.

Al echarme atrás, veo unos cuantos pelos blancos en su camiseta negra. Le quito uno y se lo ofrezco.

—¿De *Snowflake*?

Él se encoge de hombros.

—¿Qué puedo decir? Los conejitos y las gatitas me adoran.

—¡Eres asqueroso, tío! —Wendy le da un puñetazo en el brazo mientras pasa tras él para saludar a Skyler y a los peludos.

—Tengo algo para ti —me dice Bo en plan misterioso—, pero lo he dejado en tu despacho.

—¿Ah, sí? ¿Debo preocuparme?

Él sonrío y me agarra por el cuello.

—Cualquier otro día, tal vez, pero hoy no. Creo que te va a gustar la sorpresa.

—Cariño, voy a llevar a los cachorros al ático, para que se vayan acostumbrando a su otra casa.

—Vale. ¿Nos vemos a la hora de comer?

—¡Prepararé mi especialidad! —Sky se dirige a la puerta donde Rachel espera con los dos cachorros—. Decid adiós a papi.

—¿Papi? —repite Bo burlón.

—Calla, *Copo de nieve*.

Él se ríe y me empuja en dirección al despacho.

—¿Cuál es su especialidad? ¿Se refiere a uno rapidito en la cocina?

Yo también me río.

—No. Su especialidad son los sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada.

—No me jodas.

Niego con la cabeza, riendo.

—No te jodo. Eso lo guardo para luego. El rapidito en la cocina va incluido en el menú.

—Así se habla. —Bo asiente con una mueca de aprobación.

Cuando llegamos a mi despacho, abre la puerta y entro. Al principio no

noto nada distinto, pero cuando llego a la silla, me encuentro a un gato anaranjado dormido en ella.

Miro a Bo y le dirijo una gran sonrisa.

—¿Me has traído un gato?

Él se encoge de hombros.

—Todos necesitamos una gatita que nos caliente el asiento.

Esta vez soy yo quien le da un puñetazo en el otro brazo.

—Ya basta de pegarme vosotros dos. Me van a salir moratones, y eso significa que tendré que ir a buscar una chiquita para que les dé un besito y me diga «cura sana». —Hace una pausa dramática—. Pensándolo bien, sigue pegándome. No pares. —Menea las cejas.

—No me tientes —refunfuño de buen humor antes de darle la vuelta a la silla. El gato levanta la cabeza y me mira con sus asombrosos ojos verdes—. ¿Cómo se llama?

—No tiene nombre. He pensado que sería mejor que se lo pusieras tú. Lo usaban como semental. El veterinario que lo examinó dijo que tiene un año o dos. Se porta muy bien y parece sentirse a gusto en la oficina. Suele tumbarse al sol. Y ¿sabes qué? Ha elegido tu oficina, y eso que ha podido elegir cualquier sitio.

Ese comentario me hace sonreír. Me vienen recuerdos de *Spartacus* en Montreal, pero la sonrisa se me borra de golpe cuando recuerdo que tengo dos cachorritos que aún se están adaptando. Hacerlos convivir con un gato no creo que sea buena idea.

—Hermano, no puedo llevármelo a casa. Los cachorros... —empiezo a excusarme, pero Bo me interrumpe.

—Ya lo hemos hablado con Roy, Wendy y Annie. Será nuestro gato. Toda

oficina que se precie necesita un gato. Personalmente preferiría un buen conejito, pero...

Le tapo la boca con la mano, pero enseguida la retiro cuando él me chupa la palma.

—¡Me has chupado! —protesto secándome la mano en el pantalón.

—Eh, tú me has puesto la mano en la boca, hermano. No me hago responsable de lo que pasa cuando un trozo de carne se acerca a ese orificio.

—Eres asqueroso.

—Eso lo he oído antes en alguna parte. —Se aguanta la risa.

—Me encanta tenerlo aquí, pero ¿cómo vamos a cuidarlo cuando viajemos?

—Annie se ha ofrecido a limpiar su cajón todos los días y a ponerle agua y comida cuando llegue y cuando se marche. Es un gato, hermano, no necesitan gran cosa. Dejaremos las puertas abiertas para que pueda ir por donde quiera. Espacio no le va a faltar, la oficina es enorme y él será el puto amo del castillo. Lleva aquí dos días y le encanta esto. Míralo.

Y eso hago. Miro el gato pelirrojo sentado en mi silla de piel negra. Él levanta una pata y se la lame con parsimonia antes de bostezar, volver a agachar la cabeza y cerrar los ojos.

—¿Cómo lo vas a llamar? —me pregunta Bo.

Miro a mi nuevo amigo.

—Bueno, ya que es el rey de la oficina y un ligón, creo que voy a llamarlo *Zeus*.

—El nombre perfecto, hermano.

—Pues ya sólo tengo que conseguir que salga de mi silla para poder empezar a trabajar.

Bo se ríe con ganas mientras se dirige a la puerta.

—Buena suerte. Se ha adueñado de tu silla, vas a tener que pelearte con él para recuperarla.

Sin miedo, levanto al gato de la silla y lo dejo en el suelo. *Zeus* se sienta con delicadeza y se lame la pata. Me mira con sus ojos de color verde esmeralda y maúlla.

—Es mi silla, *Zeus*. Se siente.

Él ladea la cabeza y luego me salta al regazo. Da una vuelta sobre sí mismo, se tumba y me mira. Luego maúlla antes de bajar la cabeza y cerrar los ojos.

Le acaricio el pelaje, suave como la seda.

—Bueno, supongo que podemos compartirla.

Skyler

—Pajarillo, sé que enviamos un comunicado de prensa anunciando que te mudabas a Boston, pero ¿estás segura de que has tomado la decisión correcta? Tú eres una chica de ciudad, una mujer de acción.

Frunzo el ceño. No, en realidad no lo soy. Lo que pasa es que mi trabajo siempre me ha llevado a grandes ciudades como Los Ángeles o Nueva York. Cuando Tracey se instaló en Nueva York, me pareció lógico mudarme para estar con ella. Además, queda casi a medio camino entre Los Ángeles y París, o las otras localizaciones europeas donde suelo rodar.

—Da igual dónde viva, ¿no? Además, no me parece que Boston sea una ciudad pequeña —comento.

—No, no da igual; lo cambia todo.

—¿Por qué dices eso? Sigo estando en la costa Este. Y estar aquí va a hacer que el rodaje de «Los más deseados» sea más cómodo. Y, por si no te has enterado, mi novio vive aquí. ¡Y vamos a dar el siguiente paso! Estoy tan contenta... No me puedo creer que fuera él quien lo propusiera.

Tracey hace un ruido desagradable, como si tuviera ganas de vomitar.

—¿Y te extraña? Está saliendo con Skyler Paige, la mujer más deseada del mundo. Todo el mundo quiere algo de ti.

Sus palabras me retuercen el estómago y me dejan un regusto amargo en la boca.

—Parker no quiere algo de mí, Flor. Me quiere a mí, en cuerpo y alma. Es distinto. Lo nuestro va en serio.

—Bueno, me lo creeré cuando haya pasado más tiempo con vosotros y os vea juntos.

—¡Por supuesto! —Sonrío porque me gusta su cambio de actitud—. Tendrás que venir igualmente cuando empiece el rodaje, así que podremos pasar más tiempo juntas.

Mis perros entran corriendo en la habitación y me siguen hasta el baño, correteando y gimiendo.

—Trace, tengo que dejarte. Mis niños quieren salir.

—Aahhh, aún no me puedo creer que adoptaras dos perros. ¡Qué loca! Como si tuvieras tiempo para perros.

—Bueno, espero tener mucho más tiempo libre en un futuro próximo. —Acaricio a mis cachorros y pienso en la idea de la academia de actores que se me ha ocurrido. No le digo nada porque quiero hablarlo antes con Parker.

—¿Qué quieres decir con eso? —me pregunta Tracey tensa.

Los perros vuelven a darme golpes en las piernas.

—Trace, no puedo hablar ahora. Tengo que sacar a los niños ya. Hablamos luego. Te quiero, adiós. —Cuelgo y llamo a Rachel, que se encuentra en algún lugar de la casa—. Rach, tengo que sacar a los cachorros otra vez.

Me miro en el espejo que tengo enfrente y me ahueco el pelo mientras pienso en el último caso de Parker y en cómo derrotó a Pure Beauty Pharmaceuticals y a PB Resources. Lo que hicieron fue arriesgado y cuando me enteré de los detalles tuve miedo de que su empresa sufriera las consecuencias, pero lo que encontraron en el criadero y en los laboratorios era demasiado grave para ignorarlo.

Y eso me recuerda que tengo que revisar mis productos de cosmética para asegurarme de no estar usando ninguno de los suyos. Abro el cajón y examino las lociones, las cremas y las sombras de ojos. Inmediatamente reconozco algunas de las marcas que aparecían en la lista que vi en la tele el otro día y tiro los productos a la basura. Compraré nuevos productos y me aseguraré de

que sean orgánicos. Veo un pintalabios y lo abro. Es color rojo cereza. Al ver que es de una de las marcas citadas, estoy a punto de tirarlo a la basura, pero tengo una idea. Me miro en el espejo.

Mis ojos marrones no están ni demasiado juntos ni demasiado separados. Tengo la melena rubia alborotada, los labios carnosos, las cejas arqueadas y los pómulos altos y redondeados. ¿Qué precio estaría dispuesta a pagar para mantenerme joven y seguir sintiéndome hermosa?

Haciendo una mueca, destapo el pintalabios y lo acerco al espejo.

La belleza está en el interior.

Escribo las palabras allí para recordarme que debo valorar lo que me devuelve el reflejo. Cualquier precio sería excesivo para alterar lo que Dios y la genética me han dado. Sé que recibiré muchas presiones para que me mantenga joven, pero creo que es mucho más importante apreciar las enseñanzas de la vida. Y las arrugas son la prueba de que una persona ha vivido intensamente, ha reído, se ha preocupado, ha aprendido. Y en ese momento me hago una promesa. No voy a caer en la trampa de los que querrán hacerme creer que no soy lo bastante buena, lo bastante joven o lo bastante bonita para mis fans o para mi hombre. Yo vivo para mí y mi belleza vive en mi interior. Espero que se note igual que la exterior.

Habiendo tomado esa importante decisión, me palmeo las piernas y grito:

—Vamos, chicos, a hacer pis. Luego iremos a buscar a papi para comer con él. ¿Os apetece? —les pregunto mientras ellos dan brincos a mi alrededor.

Aparte de Parker, no hay nada en el mundo que quiera más que estos dos cachorros. Se han apoderado de mi alma en sólo tres días.

Midnight se sienta y permanece quieto mientras le ato la correa. *Sunny* da varias vueltas a mi alrededor, hasta que se decide a imitar a su hermano.

—Buena chica, buen chico. —Les acaricio la cabeza a los dos mientras

Rachel se acerca.

—He estado pensando. ¿Qué tal si ponemos hierba en una de las terrazas?
—sugiere.

Frunzo el ceño.

—¿Césped artificial?

—No, hierba de verdad. Nate podría construir un parterre y plantar unos terrones. Así los cachorros podrían usarlo y no tendríamos que salir a la puerta de casa, donde nunca faltan los paparazzi.

Echo un vistazo a la terraza pequeña. Hay una mesa y unas sillas de jardín, unas cuantas plantas y mis colchonetas de yoga.

—Pues me parece muy buena idea. ¿Cuánto crees que se tardaría en tenerlo listo?

Rachel sonrío. Hoy lleva una coleta que le cuelga sobre un hombro.

—Poco, porque ya le he encargado a Nate que vaya a comprar lo necesario y a contratar a alguien para que lo haga.

—¡Fantástico! —exclamo agradecida—. Eres la caña, Rach.

—Ya lo sé. —Me guiña el ojo—. Pero de momento nos toca ir a la calle, así que vamos.

—Vamos, y luego tendré que pasar a buscar a Parker para comer juntos.

—¿Y si pasas a buscarlo ahora? Yo puedo bajar a los perros y nos encontramos luego en la puerta. Mientras estés con Parker, estás segura.

Sonrío porque es verdad. Y no sólo eso. Ir a su lado es como llevar del brazo a un bombón para mí sola. Soy muy afortunada.

—Me gusta el plan.

Entramos en el ascensor y yo me bajo en la planta de International Guy.

Cuando entro, Annie está al teléfono. Señalo la oficina de Parker y ella asiente y me indica que pase con un gesto.

Me sorprende encontrar su puerta abierta. Sé que le gusta tener intimidad mientras trabaja. Al acercarme, oigo su voz. Habla con dulzura, como si estuviera arrullando a alguien. Me detengo en el umbral y lo contemplo. Está sentado a su escritorio, y justo enfrente tiene a un gato anaranjado. Tan concentrado está en el gato que no se da cuenta de mi presencia.

—*Zeus*, entiendo que quieras pasarte el día durmiendo en mi regazo o en mi mesa, pero vas a tener que buscarte otro sitio, hermano, o lo nuestro no va a funcionar.

La risa me delata y mi hombre vuelve sus ojos azules hacia mí.

—Hola, nena.

—¿A quién tenemos aquí? —Entro señalando al gato nuevo.

—Es un regalo de Bo. Lo rescató al mismo tiempo que *Snowflake*. Le he puesto de nombre *Zeus*.

Le acaricio la cabeza y el lomo.

—Es más suave que nuestros cachorros.

Él sonrío.

—Lo sé. Y es muy faldero. No me lo puedo quitar de encima.

—Bueno, querías un gato atigrado y ya lo tienes, pero ¿qué vamos a hacer con los cachorros? ¿Crees que se llevarán bien?

Él coge al gato y lo deja en el suelo. *Zeus* se dirige a una franja de suelo iluminada por el sol y se tumba sobre ella. Su pelaje adquiere un brillo cobrizo.

—El equipo ha decidido que sea el gato de la oficina.

—¡Sí! —aplauzo, pero con cuidado de no molestar a *Zeus*, y apoyo el culo en el escritorio—. ¡Cómo mola! Ahora todos tenemos animales y la oficina tiene gato. Me encanta.

Parker se levanta, se coloca entre mis rodillas, me sujeta el cuello y me alza la barbilla con los pulgares.

—A mí también, pero ¿sabes qué me encanta más que todo eso junto? —Alza una ceja y me dirige una sonrisa de lo más sexy.

Yo me muerdo el labio y me lo humedezco luego lentamente. Él no pierde detalle y las ventanas de la nariz se le abren un poco antes de inclinarse sobre mí.

—¿Qué? —susurro, sin aliento por su cercanía. Su aroma a madera y a limón me invade los sentidos. Lo rodeo con brazos y piernas, reteniéndolo con los tobillos.

—Ya lo sabes —me provoca.

Yo sonrío y me acerco más a su boca.

—Dímelo igualmente.

—Tú. Tú me encantas más que cualquier cosa.

—Mmm.

Suspiro en su boca y él me besa, llevándose cualquier pensamiento sobre perros, gatos, parterres de tierra, areneros o cualquier cosa parecida. Su lengua se hunde en mí y noto el sabor intenso del café mezclado con su propio sabor. Endezco la espalda y lo penetro profundamente con la lengua, porque quiero más. Parker me acaricia la espalda de arriba abajo hasta que llega al dobladillo de la camiseta y la levanta un poco para acariciar la piel que acaba de dejar al descubierto. Le encanta tocarme sin que nada se interponga entre nosotros.

Cuando acaba de explorar mi boca a placer, me mordisquea los labios y me traza una línea de besos en el cuello hasta llegar al hueco del hombro, donde se queda aspirando mi aroma. Suspiro y lo aparto, empujándolo por el pecho.

—Rachel nos está esperando en la puerta con *Sunny* y *Midnight*. He pensado que podríamos comprar unos sándwiches en el café y comérmolos en un parque. Podemos distraer a los pocos paparazzi que quedan si Rachel nos lleva en coche. ¿Qué te parece?

—Suena genial, Melocotones. Sólo déjame asegurarme de que *Zeus* estará bien.

Seguimos pegados, así que cuando noto una vibración que viene de su cuerpo me echo a reír. Él saca el teléfono y, al leer la pantalla, se le tensa la mandíbula y entorna los ojos.

—¿Qué pasa?

Parker aprieta los dientes antes de responder:

—Nada.

Le apoyo la mano en el pecho.

—No me ocultes cosas. Estás disgustado y quiero saber por qué.

Él inspira hondo y me muestra la pantalla.

De: Desconocido

Para: Parker Ellis

La apartas de mí. No eres de fiar.

Siento un cosquilleo de miedo en la nuca.

—Pensaba que nos habíamos librado del friki este. El último mensaje era menos agresivo. ¿Qué crees que significa? —Trago saliva porque se me ha

quedado la garganta seca y me froto las manos. Una energía eléctrica me recorre los nervios, haciéndome sentir insegura.

Parker responde en tono tenso pero mesurado.

—Obviamente, la persona que lo ha escrito se ha enterado de que te has mudado a Boston. ¿Se lo has contado a alguien?

—¡Sí, al mundo entero! —respondo alarmada—. Me reuní con Tracey hace unos días mientras tú estabas en Washington. Mientras cenábamos le conté que me quedaba a vivir aquí y que teníamos previsto buscar casa y adoptar animales. Tracey envió un comunicado de prensa a los medios contando mi participación en «Los más deseados» junto con una frase mía diciendo que estaba muy contenta de mudarme a Boston porque estaría más cerca de mi novio y mis amigos.

—Al parecer, a nuestro amiguito —sacude el teléfono— no le hace gracia que cambies de domicilio. Eso podría significar que la persona vive en Nueva York o cerca de allí.

Niego con la cabeza y me paso la mano por el pelo.

—O podría ser alguien que está enfadado porque hemos adoptado juntos. Hemos hablado con la prensa esta mañana. Tal vez alguien se ha dado cuenta de que vamos en serio. Y si unimos a eso el comunicado de prensa, volvemos a estar en la casilla de salida.

Parker suelta el aire entrecortadamente y en ese momento vuelve a vibrar el teléfono. Esta vez, leemos el mensaje juntos.

De: Desconocido

Para: Parker Ellis

Lección aprendida. Ahora te toca
a ti aprender una.

—¡Oh, Dios mío! —Me llevo la mano a la boca—. Te va a hacer daño. Lo

sé. Está enfadado y te va a hacer daño. —Se me llenan los ojos de lágrimas, pero no llegan a caer porque Parker me abraza con fuerza.

—Tranquila, no me va a pasar nada. Todo está bien. Nos ocuparemos del tema. Sí, el tipo se ha molestado un poco, pero eso no significa que piense atacar. Hasta ahora no ha pasado a la acción.

Trago saliva y se me rompe la voz al decir:

—¡Todavía! No nos ha hecho nada todavía, pero es cuestión de tiempo. No soporto la idea de perderte, Parker.

Él hunde la cara en mi cuello y me abraza más fuerte, pegándose a su cuerpo. Es como si quisiera protegerme del mundo formando una barrera a mi alrededor.

Estoy a salvo.

Me siento segura entre sus brazos.

—Respira, nena. Respira. No va a pasar nada. Nate y Wendy investigarán el mensaje ahora mismo. —Me acaricia la espalda, arriba y abajo.

—Cariño —logro decir—, no puedo perderte.

Él estira los brazos sosteniéndome a distancia para mirarme a los ojos.

—No vas a perderme. Ese tipo es un bromista. Un pringado que está colgado de ti de manera insana. Lo único que hace es meterse con nosotros, nada más.

Me paso la lengua por los labios y asiento.

—Bien. Sabemos una cosa: la persona que escribe es un cobarde. Más que nunca, hemos de ser prudentes y más listos que él. Y ahora, vamos. Nuestros perros quieren dar un paseo por el parque y yo quiero invitar a mi chica a un sándwich, ya que hoy no me ha preparado su especialidad.

—Podemos tomarlos para cenar —sugiere.

—Lo que tú quieras. —Me abraza fuerte.

—Yo sólo te quiero a ti. Y a nuestros cachorros, y a los amigos, y a *Zeus*.
—Él se echa a reír, y su risa me libra de parte de la ansiedad.

—No podía faltar *Zeus*. —Parker se inclina sobre mí, me besa en los labios y me seca las lágrimas—. No le des más vueltas a esa preciosa cabecita. Yo me encargo, ¿vale?

—Vale, pero no me ocultes nada. Necesito saber lo que pasa. Si no me lo cuentas, tendré más miedo.

Él me agarra por la cintura y me acompaña hacia la puerta.

—Vamos a hablar un momento con Wendy antes de ir al parque. Solos tú y yo, el cielo azul, la hierba verde y nuestros bebés. —Me da un apretón cariñoso.

—Los dos solos... contra el mundo.

—Así es. Tú, yo... y los cachorros.

Me guiña el ojo y yo sonrío, segura de que no parará hasta encontrar a esa persona. Sólo tengo que confiar en él. Sé que cuidará de mí y de nuestra pequeña familia.

Fin..., de momento.

Nota de la autora

En esta entrega de *Todo es posible* me he sumergido en algunos temas bastante serios que incluyen política, maltrato animal, acoso sexual, aborto, comportamiento poco ético y rescate animal. Básicamente, me he vuelto loca. [Risas.] Sinceramente, me he documentado muchísimo antes de escribir la novela, para que las lectoras recibieran la información más rigurosa posible, pero también me he tomado licencias literarias, ya que se trata de una historia de ficción.

El maltrato que reciben los animales en los que se prueban productos que serán usados posteriormente en humanos es un problema en nuestro país. Y no me refiero sólo a la industria cosmética. Francamente, quedé horrorizada por las cosas que descubrí mientras me documentaba. Algunas de esas cosas me sirvieron de inspiración para la historia.

Si quieres saber más sobre los derechos de los animales y las campañas para liberarlos, puedes echar un vistazo a la página <<https://rescuefreedomproject.org/>>.

Si eres víctima de acoso sexual o quieres informarte para ayudar a otras personas, encontrarás información en <<https://www.rainn.org/>> o en las organizaciones de tu país.

Si necesitas ayuda inmediata, puedes llamar al Teléfono de la Esperanza.

Espero que te haya gustado esta nueva entrega de *Todo es posible* y que te haya animado a documentarte por tu cuenta y a actuar contra las injusticias que más te importen.

¿Qué situación te llevaría a romper todas las reglas para defender lo que tu propia ética te dice que es correcto?

Vive tu verdad,

AUDREY

Audrey Carlan ha alcanzado el número 1 en las listas de libros más vendidos de *The New York Times*, *USA Today* y *The Wall Street Journal*, convirtiéndose en pocos meses en la autora revelación de la novela romántica. Entre sus obras se encuentra las series *Calendar Girl*, *Falling* y la trilogía *Trinity*.

Vive en el valle de California, donde disfruta de sus dos hijos y del amor de su vida. Cuando no está escribiendo, puedes encontrarla enseñando yoga, tomándose unos vinos con sus «amigas del alma» o con la nariz enterrada en una novela romántica calentita calentita.

Todo es posible 3

Audrey Carlan

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *International Guy. Volume 3 (London, Berlin, Washington D.C.)*

Diseño de la portada, Sophi Guët

© de la fotografía de la portada, Shutterstock

© Audrey Carlan, 2018

© por la traducción, Lara Agnelli, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-0821566-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!



